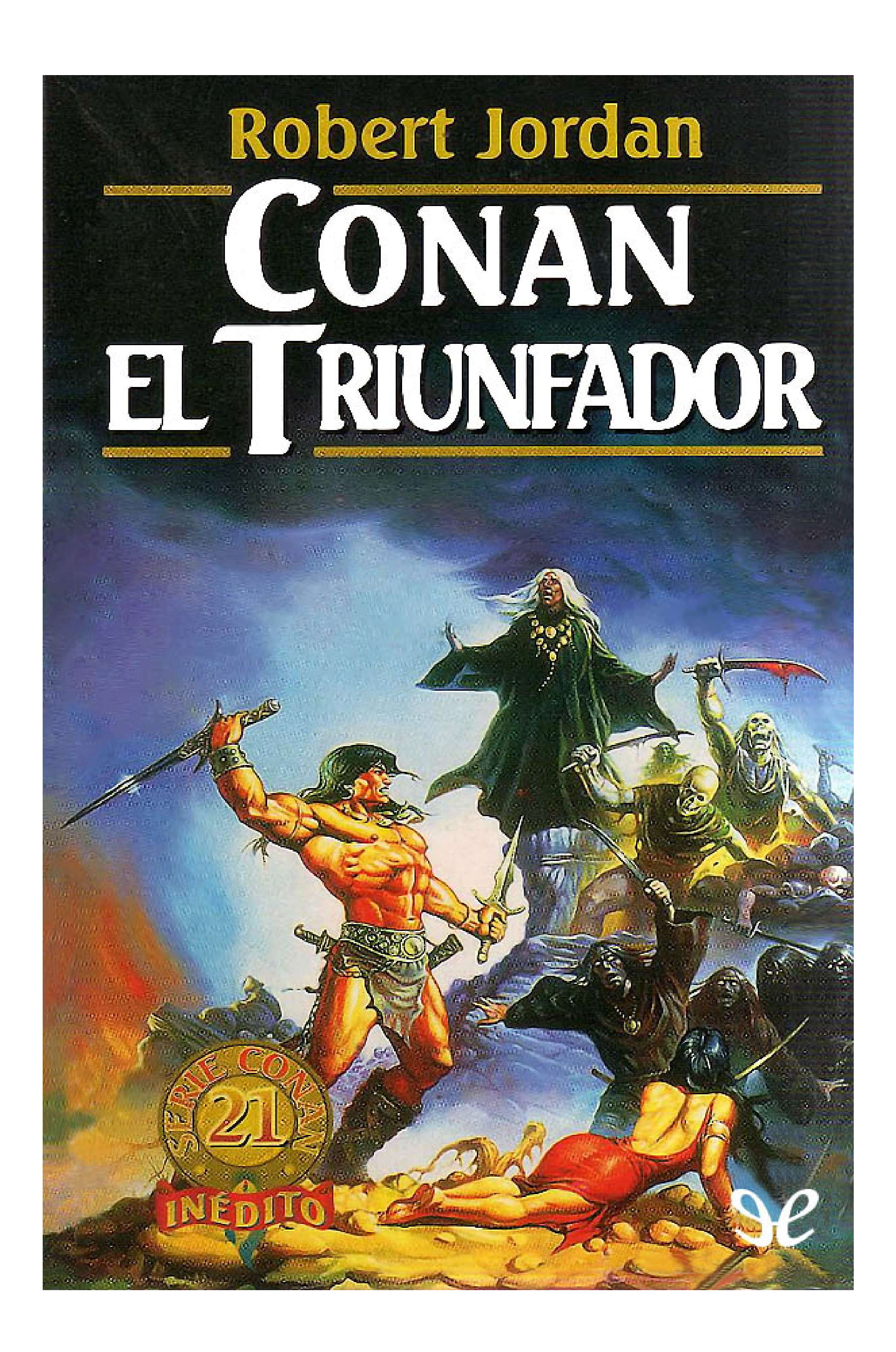

Robert Jordan
CONAN
EL TRIUNFADOR
SERIE CONAN
21
INÉDITO

El robusto cimmerio, que ahora capitanea su propia compañía de mercenarios, se ve atrapado en la anarquía que sigue a la muerte del rey Ofir, y entra al servicio de la voluptuosa dama Sinelle, sin saber que esta, en secreto, es la suma sacerdotisa del demoniaco dios
Al'Kiir
, que ama el bestial sacrificio de bellas muchachas y guerreros perfectos.



Robert Jordan

Conan el triunfador

Conan: Serie Conan - 21

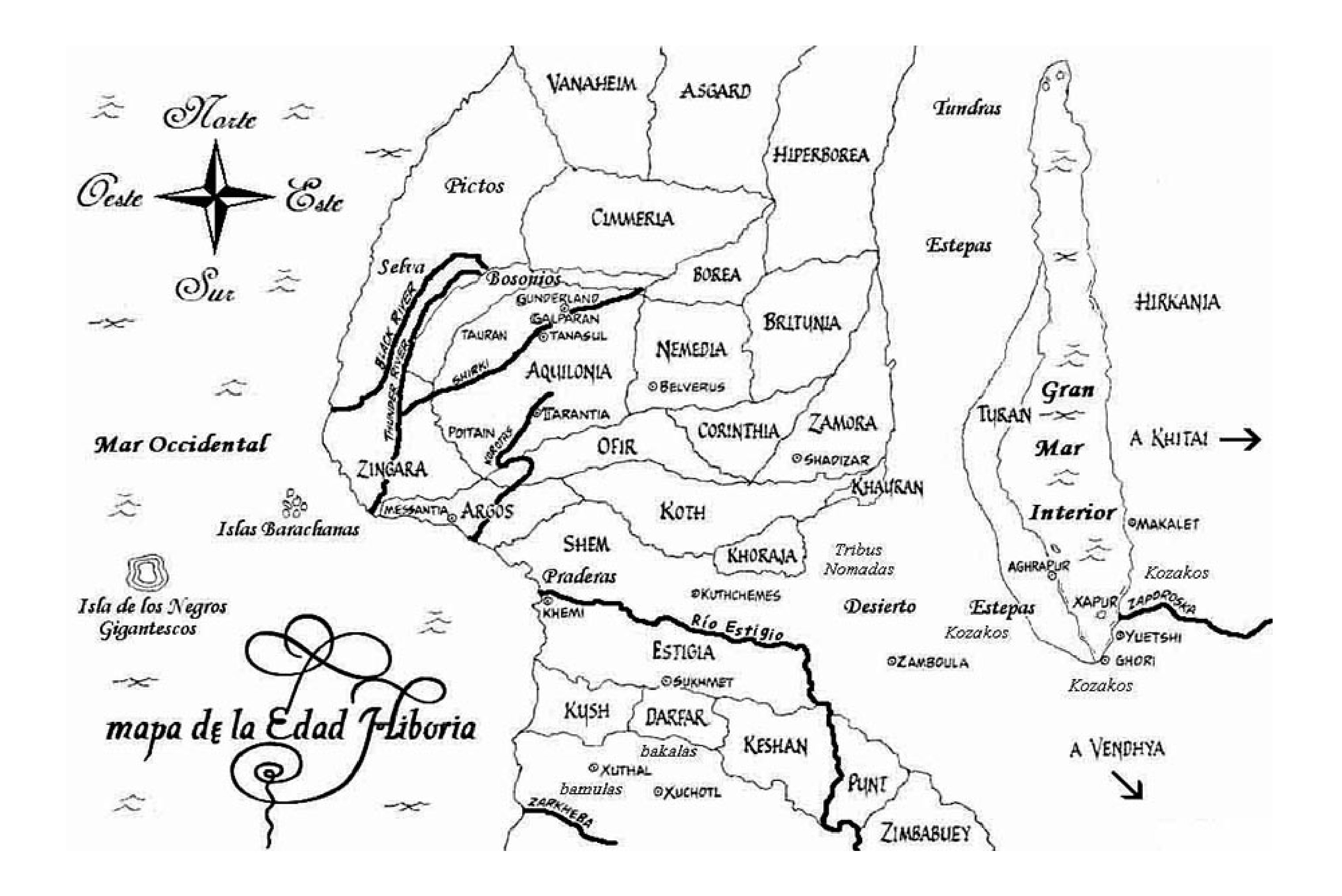
ePub r1.0

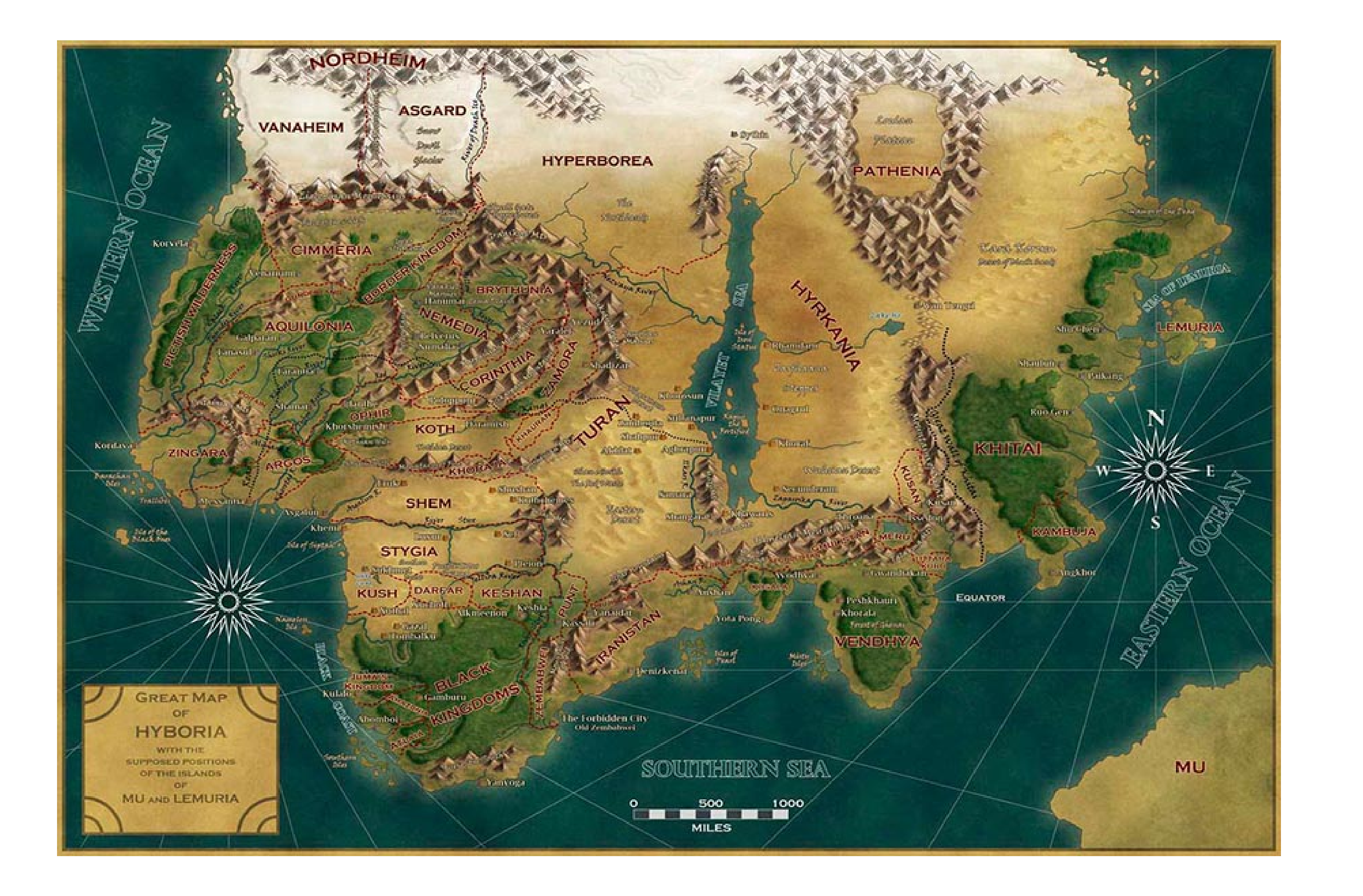
Titivillus 20.02.16

Título original: *Conan the Triumphant*
Robert Jordan, 1983
Traducción: Joan Josep Musarra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Tundras
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Estepas
Selva
Bosonios
Borea
Gunderland
Galparan
Tauran
Tanasul
Black River
Thunder River
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Hirkania
Belverus
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Khauran
Mar Occidental
Zingara
Messantia
Argos
Koth
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus Nomadas
Praderas
Kuthchemes
Desierto
Khemi
Río Estigio
Isla de los Negros Gigantescos
Estigia
Sukhmet
Zamboula
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Punt
Zarkheba
Zimbabuey
Turan
Gran
Mar
Interior
Aghrapur
Xapur
Makalet
Kozakos
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
A Khitai
A Vendhya



GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
KUSAN
MERU
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
VENDHYA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
S
E
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khorshemish
Khemi
Shadizar
Khoraf
Secunderam
Kusan
Angkhor
Yota Pong
Peshkhauri
Khorala
Kulalo
Gamburu
Abombi
Yanyoga
The Forbidden City
Old Zembabwei
Ruo Gen
Paikang
Shaulun
Keshia
Kassali
Aghrapur
Sultanapur
Khawarizm

Dedicado a Jacques Chazaud.

Prólogo

El gran montículo de granito, llamado Tor Al’Kiir, se agazapaba en la noche como un maligno sapo, coronado de muros caídos y de columnas ruinosas, testimonios de los fallidos intentos de una veintena de dinastías ofireas por construir allí. Los hombres habían olvidado desde hacía mucho tiempo el origen del nombre de la montaña, pero sabían que era un lugar de infortunio y maldad, y se reían de los antiguos reyes que no les habían igualado en buen juicio. Sin embargo, su risa se teñía de inquietud, pues existía algo en la montaña que hacía oportuno el evitarla, aun en el pensamiento.

Las turbias nubes negras de tormenta que azotaban Ianthe, la gran urbe del sur, con sus cúpulas doradas y chapiteles de alabastro, parecían tener su centro sobre la montaña; pero ningún amortiguado murmullo del trueno que golpeaba las tejas de la capital, ningún resplandor de los relámpagos que hendían las tinieblas como lenguas de dragón, penetraba en las entrañas del Tor Al’Kiir.

La dama Sinelle sabía de la tormenta, aunque no podía oírla. Era apropiada para aquella noche. «Que los cielos se rasguen —pensó—, y que las montañas se partan en honor de su regreso al mundo de los hombres».

Apenas si había cubierto su alta figura con un justillo de seda negra, estrechamente ceñido con lazos de oro que dejaban al descubierto el contorno superior de senos y caderas. Ninguno de los que la conocían como princesa de Ofir la habría reconocido en aquel momento; sus ojos negros brillaban, su bello rostro parecía esculpido en mármol, su cabello rizado, del color del platino, se

arrollaba en torno a su cabeza en prietas espirales, y llevaba puesta una diadema de cadenilla de oro. En la frente de la diadema había cuatro cuernos, símbolo de su rango de Gran Sacerdotisa del dios al que había elegido servir. Pero los brazaletes de hierro negro y liso que llevaba en las muñecas también eran un símbolo, y ella lo odiaba, pues el dios
Al’Kiir
solo aceptaba a su servicio a aquellos que reconocieran ser sus esclavos. La seda negra que le colgaba hasta los tobillos y el dobladillo adornado con cuentas de oro se agitaban en torno a sus piernas largas y esbeltas; descalza, guiaba a un grupo de personas hacia lo más hondo de la montaña, por corredores toscamente excavados, iluminados por negros tederos de hierro que sugerían las formas de una cabeza cuatricorne y horrorosa.

Unos veinte guerreros, ataviados con cotas de malla negra y con el rostro cubierto por yelmos que solo tenían una hendedura por delante y cuatro cuernos —uno de ellos apuntaba a la derecha, otro a la izquierda y los dos restantes se curvaban hacia arriba en la frente—, ofrecían un extraño espectáculo. Parecían más demonios que hombres. Las guardas de sus sables también tenían la forma de cuatro cuernos, y cada uno de ellos llevaba en el pecho, dibujada en color escarlata, la estampa de una monstruosa cabeza astada, visible tan solo gracias a los fuegos que ardían en los cuencos de hierro que, al extremo de sus respectivas cadenas, colgaban del techo.

Todavía era más extraña la mujer a la que escoltaban, vestida con traje de novia ofirea: diáfanos velos de seda pálida y cerúlea, opacos a causa de su número, estaban sujetos a su cintura con un cordón de oro. Sus largos cabellos, que eran negros como alas de cuervo y caían en rizos sobre sus hombros, estaban entretejidos con pequeñas flores negras de tarla, símbolo de la pureza, e iba descalza en señal de humildad. Se tambaleaba, y rudas manos la sostenían por los brazos para que se mantuviera erguida.

—¡Sinelle! —gritó, vacilante, la mujer de negros cabellos. Un atisbo de su altanería natural logró sortear la confusión que le producían las drogas—. ¿Dónde estamos, Sinelle? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

El cortejo no se detuvo. Sinelle no parecía haberla oído. Para sus adentros, solo sentía alivio, porque los efectos de la droga se

estaban acabando. Había sido necesaria para llevarse a la mujer de sus aposentos de Ianthe, y había hecho más fácil el prepararla y conducirla hasta allí, pero era necesario que tuviera la mente despejada durante la ceremonia que la aguardaba.

«Poder», pensó Sinelle. Ninguna mujer podía tenerlo de verdad en Ofir, pero, con todo, era el poder lo que ansiaba. Era el poder lo que ambicionaba. Los hombres creían que Sinelle se daría por contenta con gobernar las fincas que había heredado, y que al final se casaría y cedería el control sobre sus tierras —la propiedad, en todo salvo en el nombre— a su marido. En su ceguera, aquellos locos no habían pensado que por las venas de Sinelle corría sangre regia. Si las antiguas leyes no hubieran prohibido que una mujer tomara la corona, le habría correspondido suceder al rey que en aquellos momentos ocupaba el trono de Ianthe. Este, que se llamaba Valdric, consumía su tiempo importunando a su séquito de brujos y médicos para que encontraran un remedio a la terrible dolencia que le estaba matando poco a poco, y estaba demasiado ocupado para nombrar un heredero y para ver que, al no nombrarlo él, los aristócratas de Ofir estaban peleando por ocupar la silla que había de quedar libre con su muerte.

Una sonrisa satisfecha y oscura apareció en los labios rojos y carnosos de Sinelle. ¡Que aquellos hombres orgullosos se pavonearan con su armadura y se destriparan mutuamente como lobos hambrientos abandonados en un foso! Despertarían de sus sueños de gloria cuando supieran que la condesa de Asmark había de llamarse reina Sinelle de Ofir, y ella les enseñaría a arrodillarse como canallas en el tormento.

Bruscamente, el pasadizo se ensanchaba en una gran caverna abovedada, cuyo mismo recuerdo se había desvanecido de la memoria de los hombres. Las velas que ardían en las paredes desnudas, talladas en roca viva, alumbraban el liso suelo de roca, sobre el que había tan solo dos postes de madera altos y también lisos, rematados por la omnipresente cabeza cuatricorne. Poco habían pensado en ornamentos aquellos que habían excavado en una montaña sin nombre en una era ya olvidada. Habían querido construir una prisión para la figura diamantina, del color de la sangre coagulada, que dominaba la antigua gruta, igual que habría dominado el lugar más grande que pudiera concebirse. Parecía una

estatua, pero no lo era.

El enorme cuerpo era el de un hombre —si bien su estatura duplicaba a la de un hombre ordinario—, salvo por las grandes garras de seis dedos que tenía por manos. En su cabeza maligna y astada había tres ojos sin párpados, que brillaban oscuramente con un fulgor que devoraba la luz, y su boca era una abertura amplia, sin labios, repleta de hileras de dientes aguzados como alfileres. Los gruesos brazos de la figura estaban ceñidos por brazaletes y muñequeras, cada una con sus correspondientes cuernos. Cubrían su cintura un holgado cinturón y un taparrabos de oro de intrincado trabajo; un flagelo negro enrollado relucía con metálico brillo en un costado; una monstruosa daga, con cuernos a modo de guardas, pendía del otro.

Sinelle sintió que el aliento no le salía de la garganta, como si aquella hubiera sido la primera vez que veía al dios; solía sucederle lo mismo cada vez que lo contemplaba.

—Preparad a la novia para
Al'Kiir
—ordenó.

Un grito ahogado escapó de la garganta de la mujer vestida de novia; los guardias que la escoltaban la hicieron pasar adelante. Rápidamente, con cuerdas que se clavaron cruelmente en sus suaves carnes, la ataron entre los postes gemelos, arrodillada y con las piernas muy separadas y los brazos en alto sobre la cabeza. Abría como platos sus ojos azules, incapaces de apartarse de la enorme figura que se erguía ante ella; cuando se arrodilló, la mandíbula le colgaba en silencio, como si el terror le hubiera arrebatado incluso la idea de chillar.

Sinelle habló.

—Taramenón.

La mujer atada se sobresaltó al oír el nombre.

—¿Él también? —gritó—. ¿Qué está ocurriendo, Sinelle? ¡Dímelo!

Sinelle no le respondió.

Uno de los hombres armados se acercó con un pequeño cofre de bronce al oír la llamada y se arrodilló, envarado, frente a la mujer que era a la vez princesa de Ofir y sacerdotisa de
Al'Kiir

.

Al tiempo que murmuraba hechizos de protección, Sinelle abrió el cofre y fue sacando sus instrumentos y pociones, uno tras otro.

Sinelle había oído hablar por primera vez cuando era niña de Al’Kiir, un dios olvidado por todos, salvo por unos pocos; le habló de él una anciana niñera, que había sido despedida al descubrirse qué especie de siniestros secretos contaba. La vieja apenas había podido explicarle nada antes de que la echaran, pero, ya entonces, la niña había quedado maravillada ante el poder que, según la anciana le había dicho, recibían las sacerdotisas de Al’Kiir, las mujeres que consagraban su cuerpo y su alma al dios de la lascivia y del dolor y llevaban a cabo los abominables ritos que este exigía. Ya entonces, había soñado con el poder.

Sinelle sacó del cofre un frasco pequeño con tapón de cristal y se acercó a la mujer atada. Retiró con destreza el tapón transparente y, con su extremo húmedo, trazó el signo de los cuernos sobre la frente de la cautiva.

—Esto te ayudara a estar de un humor más propio de una novia, Telima. —Hablaba con voz suave y burlona.

—No lo entiendo, Sinelle —dijo Telima. Su voz se había convertido en un murmullo; dio un respingo que le hizo sacudir la cabeza y el cabello le cubrió el rostro como una nube de medianoche—. ¿Qué está ocurriendo? —gimió.

Sinelle volvió a dejar el frasco en el cofre. Empleando huesos y coágulos de sangre, todo ello pulverizado, trazó una vez más el signo de los cuernos, esta vez sobre el suelo, con gruesos trazos; estos cuernos convergían en el lugar donde la mujer estaba atada a los postes. Un jarrito de jade contenía sangre de virgen; con un pincel de cabello de virgen, Sinelle untó la ancha boca y las robustas cadenas de Al’Kiir. Ya no le quedaba nada por hacer antes de comenzar.

Sin embargo, vaciló. Odiaba aquella parte del ritual, de la misma manera que odiaba los brazaletes de hierro. Nadie iba a presenciarlo, salvo los guardias, que habrían muerto por ella, y Telima, que, de cualquier modo, pronto dejaría de tener

importancia para el mundo; pero ella misma sería consciente de lo que ocurría. Sin embargo, tenía que hacerlo. Debía hacerlo.

Se arrodilló con reluctancia delante de la gran estatua, tomó aliento con fuerza, y luego se prosternó con el rostro en tierra y los brazos abiertos.

—Oh, poderoso
Al’Kiir
—recitó—, señor de la sangre y de la muerte, tu esclava se humilla delante de ti. Su cuerpo es tuyo. Su alma es tuya. Acepta su sumisión y dale el uso que te plazca.

Sus manos temblorosas se aferraron a los grandes tobillos; lentamente, tiró de sí misma hasta que pudo besar los garrudos pies.

—Oh, poderoso
Al’Kiir
—murmuró—, señor del dolor y la lujuria, tu esclava te trae una doncella en calidad de ofrenda. Su cuerpo es tuyo. Su alma es tuya. Acepta su sumisión y dale el uso que te plazca.

En edades pretéritas, antes de que se construyera la primera cabaña en el reino de Aquerón, que ya llevaba siglos hundido en el polvo,
Al’Kiir
había sido adorado en la tierra que más adelante habría de llamarse Ofir. El dios exigía como ofrendas a las mujeres más altivas y bellas, y las recibía con constante frecuencia. Se llevaban a cabo ciertos ritos que mancillaban el alma de quienes los realizaban, y hechizaban la mente de quienes los presenciaban.

Finalmente, una cofradía de magos había jurado liberar al mundo del monstruoso dios, y había llevado en la frente la bendición de Mitra y de Asura y de otros dioses olvidados desde hacía ya mucho tiempo. De toda la compañía, solo había sobrevivido el hechicero Avanrakash, pero este, con un bastón de poder, había encerrado a
Al’Kiir
fuera del mundo de los hombres.

Lo que se erguía en la caverna, en las entrañas del Tor
Al’Kiir
, no era una estatua del dios, sino su propio cuerpo, sepultado allí desde hacía eras.

Dos de los guardias se quitaron el yelmo y sacaron sendas flautas. Se oyó por toda la caverna una música aguda y llena de embrujo. Otros dos se colocaron tras la mujer que estaba arrodillada entre los postes. Los demás desataron los sables envainados que les colgaban del cinturón y se pusieron a dar golpes en el suelo de roca, siguiendo el ritmo de las flautas.

Con fluida sinuosidad, Sinelle se puso en pie y empezó a bailar, y sus pies tocaban el suelo con cada golpe que daban las vainas. Se movía con movimientos precisos, semejante a un felino, y cada uno de sus pasos seguía un antiguo orden; danzaba y cantaba en una lengua perdida en la noche de los tiempos. Se volvió, y dejó que la pesada seda negra cayera de su cuerpo; quedó desnuda desde los pies hasta el talle. Se meció y contoneó sensualmente desde la imponente figura del dios hasta la mujer arrodillada.

El sudor perlaba el rostro de Telima, que tenía los ojos vidriosos. Parecía haber olvidado dónde se hallaba y, aun estando atada, se debatía incontrolablemente. La lujuria resplandecía en su rostro y, al ser consciente de ello, también el horror.

Como pálidas aves, las manos de Sinelle revolotearon hacia Telima, le apartaron del rostro el húmedo cabello negro, le recorrieron los hombros, arrancaron el primer velo de su atuendo nupcial.

Telima chilló, pues los hombres que se hallaban a sus espaldas la estaban azotando una y otra vez con gruesas correas de cuero que se entrecruzaban desde los hombros hasta las nalgas; pero los espasmos le venían tanto de la poción como de los azotes. El dolor se había sumado a la lujuria, tal como exigía el dios.

Sinelle todavía danzaba y cantaba. Otro velo de diáfana seda le fue arrancado a Telima y, a medida que sus chillidos se hacían más fuertes, se iban entretejiendo con el cántico, de tal manera que los alaridos de dolor devenían en parte del conjuro.

El cuerpo de
Al'Kiir
empezó a vibrar.

Donde no había tiempo, ni lugar, ni espacio, algo se agitó y medio despertó de su largo sueño. Tentáculos de placenteras sensaciones acariciaban, tenues hebras de adoración atraían. Pero ¿hacia dónde? En otro tiempo, los apetitos habían sido satisfechos

hasta la saciedad. Las mujeres habían sido ofrecidas en multitudes. Sus esencias fueron mantenidas con vida durante centurias sin cuento, revestidas de carne eternamente joven, como juguetes de la ilimitada lascivia de un dios. Parpadeaban recuerdos, sueños a medias. En el centro de la eterna nada, había aparecido de pronto una amplia superficie. Un millar de mujeres, que habían nacido diez mil años antes, danzaban desnudas. Pero solo eran meras cáscaras sin interés. Ni siquiera un dios podía mantener viva para siempre la frágil esencia humana. Bruscamente, desaparecieron bailarinas y superficie. ¿De dónde llegaban aquellas sensaciones, tan frecuentes en los últimos tiempos, al cabo de edades aparentemente infinitas de ausencia, acarreando consigo irritantes recuerdos de lo que se había perdido? Aquello no tenía sentido. Se formó un escudo, y se hizo la bendita paz. Retomó el sueño.

Sinelle cayó sobre el suelo de roca, jadeante a causa de sus esfuerzos. No se oía ningún sonido en la caverna, salvo los sollozos de la muchacha de los cabellos color medianoche, que estaba arrodillada, desnuda, entre sus revueltos velos.

Dolorosamente, la sacerdotisa luchó por ponerse en pie. Volvió a fallar en su intento. Fallaba en tantos intentos… Se tambaleó hasta el cofre, pero obró con mano firme al sacar de este una daga, una versión en tamaño normal de la que colgaba del cinturón del dios.

—El cuenco, Taramenón —dijo Sinelle.

El rito había fallado, pero debía proseguir hasta su conclusión.

Telima gimió; Sinelle le había pasado la mano por entre el cabello negro y tiraba de su cabeza hacia atrás.

—Por favor —sollozaba la mujer arrodillada.

El arma interrumpió sus gimoteos: le cortó la garganta. El hombre con armadura que había llevado allí el cofre le acercó un cuenco de bronce para recoger el chorro de sangre.

Sinelle miró sin interés cómo el último terror centelleaba en los ojos de Telima y desaparecía cuando estos se ponían vidriosos al morir. La sacerdotisa estaba pensando en el futuro. Un fracaso más, como tantos otros en el pasado; pero iba a continuar, aunque otras mil mujeres debieran morir en aquella estancia. Volvería a traer a Al’Kiir al mundo de los hombres. Sin echar otra mirada a la mujer muerta, se volvió para completar la ceremonia.

1

La larga caravana que se acercaba a los altos muros de granito almenados de Ianthe no parecía estar viajando por un país que, oficialmente, se encontraba en paz. Un par de veintenas de jinetes con los yelmos rematados en punta, cuyas capas de lana de color azul marino habían quedado grises a causa del polvo, cabalgaban en columna en ambos flancos de la larga hilera de muías de carga. Sus ojos vigilaban con constancia, aun allí, a la misma sombra de la capital. La mitad de ellos llevaba presto el arco corto, propio de jinetes. Muleros con las palmas de las manos llenas de sudor hacían avanzar a las bestias, y resoplaban, deseosos de terminar el viaje, porque ya tenían a la vista su meta.

Solo el jefe de los soldados, cuyos hombros eran tan anchos que parecía que iban a reventar su loriga de metal, tenía como un aire de indiferencia. No había en sus gélidos ojos azules ninguna traza de la angustia que hacía saltar las pupilas de los demás, pero, con todo, estaba tan atento como ellos a lo que le rodeaba. Quizá todavía más. El convoy había sido atacado en tres ocasiones desde que dejara atrás las minas de gemas y oro de la frontera nemedia. Los sentidos del bárbaro habían detectado la emboscada en dos ocasiones, antes de que esta hubiera tenido tiempo de resultar eficaz, y la tercera vez, su sable, que blandía con fiereza, había destrozado el ataque aun antes de que comenzara. En las abruptas montañas de Cimmeria, todo hombre que cayera fácilmente en una emboscada tenía una vida breve. Él había luchado allí, y había tenido un puesto en torno a las hogueras de los guerreros a una edad en que los muchachos aún solían estar instruyéndose sobre las rodillas de sus padres.

El convoy se detuvo ante la Puerta de Oro, el portalón nororiental de Ianthe.

—¡Abrid las puertas! —gritó el jefe. Al quitarse el yelmo, dejó a la vista su melena negra, de corte cuadrado, y un rostro que reflejaba más experiencia que la propia de su edad—. ¿Acaso parecemos bandidos? ¡Mitra os haga pudriros, abrid las puertas!

Una cabeza protegida por un casco de acero y un rostro barbado con la nariz torcida se asomaron a lo alto del muro.

—¿Eres tú, Conan? —Se volvió para dar la orden—: ¡Abrid esa puerta!

Lentamente, la jamba derecha del portalón reforzado con acero se abrió hacia dentro chirriando. Conan entró al galope y, una vez en el interior, obligó a su gran caballo negro aquilonio a salir del paso para que los otros pudieran pasar. Una docena de soldados con cotas de malla aplicaron los hombros al portalón una vez hubo entrado la última mula cargada. La gran jamba de madera se cerró con un golpe seco, y una gran tranca, más gruesa que el cuerpo de un hombre, cayó ruidosamente en su sitio para asegurarla.

El soldado que había gritado desde el muro apareció, llevando el casco bajo el brazo.

—Tendría que haber reconocido esos malditos yelmos orientales, cimmerio —dijo riendo—. Tu Compañía Libre tiene merecida fama.

—¿Por qué están cerradas las puertas, Junius? —le preguntó Conan—. Deben de faltar tres horas por lo menos para que anochezca.

—Son órdenes, cimmerio. Si cerramos las puertas, tal vez podamos evitar que haya problemas en la ciudad —Junius miró en derredor, y entonces bajó la voz—. Nos convendría que Valdric muriera rápidamente. Así, el conde Tiberio pondría fin a todas estas luchas.

—Yo creía que el general Iskandrian mantenía el ejército en calma —le respondió Conan fríamente—. ¿O es que tal vez te has decantado por tu propio bando?

El soldado de la nariz torcida retrocedió, y se lamió nerviosamente los labios.

—Solo hablaba por hablar —murmuró. De pronto, se cuadró y habló con fanfarronería—: Habría sido mejor que no te hubieras quedado aquí, cimmerio. Ya no se permiten jaranas entre estas murallas. Especialmente a las compañías mercenarias.

Volvió a ponerse el casco en la cabeza, como para darse mayor

autoridad, o quizá solo para protegerse de la penetrante mirada del cimmerio.

Gruñendo contrariado, Conan espoleó a su semental y galopó tras su compañía. Hasta aquel momento, Iskandrian —le llamaban el Águila Blanca de Ofir; algunos decían que era el general más grande de su época— había logrado impedir que Ofir cayera en abierta guerra civil, porque había conseguido que el ejército se mantuviera fiel a Valdric. Mas el rey no parecía saberlo, ni tampoco parecía saber que su país se hallaba al borde de la destrucción. Pero si el control del anciano general sobre su tropa se relajaba…

Conan frunció el ceño y siguió adelante. El complicado laberinto de intrigas encaminadas a conseguir el trono no era de su agrado, pero le era forzoso estar pendiente de ellas por mor de su propia seguridad y por la de su compañía.

Un observador casual no habría hallado en las calles de Ianthe ningún indicio de que los ejércitos privados de los nobles estaban enfrentándose en el campo, en una guerra no declarada y no reconocida. Las apresuradas muchedumbres ocupaban por igual los estrechos callejones y las anchas avenidas: mercaderes en holgada túnica y andrajosos buhoneros; damas vestidas de sedas que iban de compras, acompañadas por sus séquitos de siervos que les llevaban las cestas; aristócratas presumidos con sus rasos y brocados, con sus bolas de confecciones aromáticas debajo de la nariz para protegerla del hedor de las cloacas; aprendices con sus delantales de cuero que hacían recados y dedicaban palabras obscenas a las jóvenes muchachas que pregonaban sus cestos de naranjas y de granadas, de peras y ciruelas. Había mendigos harapientos sentados en cada esquina, en torno a cuyos ojos ciegos, o muñones toscamente vendados, zumbaban las moscas; había todavía más desde que el conflicto había expulsado a muchos de ellos de sus aldeas y granjas. Las rameras se pavoneaban con sus ajorcas doradas y sus simples sedas, o todavía menos vestidas, y a menudo adoptaban poses tras los palacios adornados con columnatas, o incluso en las amplias escalinatas de los templos.

Sin embargo, había algo en aquel gentío que desmentía la cotidianidad de la escena. Unas mejillas enrojecidas donde tendría que haber habido calma. Un aliento rápido donde no había prisa alguna. Un ojo que se volvía rápidamente donde no había razón

alguna para la sospecha. Lo que estaba ocurriendo fuera de los muros pesaba con fuerza sobre Ianthe, aunque la ciudad negara la realidad de los acontecimientos y el miedo de que estos se extendieran hasta la urbe reinara en todos los ánimos.

Cuando Conan dio alcance a la caravana, la halló abriéndose paso con dificultad entre la multitud. Se detuvo al lado de su lugarteniente, un canoso nemedio que se había visto forzado a elegir entre desertar de la Guardia de la Ciudad de Belverus o ser ejecutado por cumplir demasiado bien con su labor, con fatal perjuicio para el señor de aquella ciudad.

—Estate atento, Macaón —dijo el cimmerio—. Aun aquí podríamos ser asaltados si el gentío supiera qué es lo que transportamos.

Macaón escupió. El nasal de su yelmo no ocultaba la lívida cicatriz que le atravesaba las anchas narices. Un tatuaje azul, en forma de estrella kothia de seis puntas, le adornaba la mejilla izquierda.

—Daría una moneda de plata por saber cómo es que el barón Timeón recibe esta entrega. No sabía que nuestro obeso cliente hiciera negocios en las minas.

—No los hace. Timeón se quedará con algo de oro, y tal vez con unas pocas gemas; el resto irá a otra parte.

El veterano de oscuros ojos le dirigió una mirada interrogativa, pero Conan no le dijo más. Le había costado no poco esfuerzo el descubrir que Timeón no era sino una herramienta del conde Antimides. Pero en principio, Antimides era uno de los pocos aristócratas de Ofir que no estaban intrigando para ascender al trono a la muerte del rey. En consecuencia, no parecía necesitar aliados secretos, y de todo ello podía inferirse que estaba implicado en algún asunto aún más secreto. Además, Antimides tampoco hacía negocios de ningún tipo con las minas y, por tanto, tampoco podía tener derechos sobre ninguna caravana cargada de lingotes de oro y de cofres de esmeraldas y rubíes. Una segunda razón para mantener la boca cerrada hasta que estuviera mejor informado, aun cuando el orgullo del joven cimmerio se resintiera por ello.

Había sido la Fortuna, más que nada, la que le había puesto al mando de su Compañía Ubre en Nemedia, pero, en el año de campañas que había pasado desde que entraran en Ofir, se habían

ganado cierta reputación. Los arqueros montados de Conan el Cimmerio eran célebres por su fiereza y por la habilidad de quien los capitaneaba, y se habían ganado el respeto hasta de quienes tenían razón para odiarlos. El ascenso de Conan había sido largo y difícil desde su mocedad, en la que había sido ladrón, hasta su puesto de capitán de mercenarios a una edad en que la mayoría de hombres no habría podido ni soñar con alcanzar tan alto rango. Conan pensaba que, en su ascenso, había buscado siempre la libertad, pues nunca le había gustado obedecer las órdenes de otros; y sin embargo, se veía participando en las intrigas de un hombre a quien jamás había visto, y se sentía afligido por ello. Sí, muy afligido.

Al llegar frente al palacio de Timeón, en una plaza de mármol blanco con anchas escalinatas, con pretenciosos adornos y columnatas, llena de gente, situada entre un templo de Mitra y el taller de un alfarero, Conan desmontó de repente y le pasó sus riendas y su yelmo a un sorprendido Macaón.

—Después de poner todo esto a salvo en los sótanos —le dijo a su lugarteniente—, autoriza a los hombres a marcharse de juerga hasta mañana al amanecer. Se lo han ganado.

—Conan, el barón puede tomárselo mal si te marchas antes de que el oro esté encerrado bajo llave. Conan negó con la cabeza.

—Si le viese ahora, acabaría por decir cosas que más vale que me calle.

—Probablemente estará tan ocupado con su última querida que no tendrá tiempo ni para intercambiar un par de palabras.

Uno de la compañía que estaba detrás de ellos rio; sorprendente sonido, pues provenía de un rostro tétrico. Parecía que aquel hombre hubiera sido consumido casi hasta la muerte por una enfermedad.

—Timeón yace con casi tantas mujeres como tú, Macaón —dijo —. Pero él tiene riquezas que las atraen. En cambio, no sé cómo lo consigues tú.

—Si pasaras menos tiempo apostando, Narus —le respondió Macaón—, y más cazando, quizá descubrirías mis secretos. Tal vez mi problema es que no tengo tus esbeltas caderas.

Una docena de soldados rompió en carcajadas. Narus tenía éxitos con las mujeres que querían engordarle y ayudarle a recobrar

su salud; allí parecía haber un gran número de ellas.

—Macaón tiene mujeres suficientes para cinco hombres —dijo riendo Taurianus, un ofireo flaco, de cabellos oscuros—. Las de Narus contentarían a diez, y las de Conan a veinte.

Era uno de los que se habían unido a la compañía después de que esta llegara a Ofir. Solo quedaban nueve de los veinte originales. La muerte había acabado con algunos de ellos; los demás, simplemente, se habían hartado de su monótona dieta de sangre y riesgos.

Conan aguardó a que terminaran las carcajadas.

—Si Timeón tiene una nueva querida (y, suponiendo que se mantenga en forma, ya debe de tenerla), apenas se dará cuenta de si estoy allí o no. Hazlos entrar, Macaón.

Sin aguardar respuesta, el cimmerio desapareció entre el gentío.

Conan no sabía qué era lo que buscaba, aparte de alejarse de Timeón hasta que hubiera mejorado su propio humor. Tal vez una mujer. Habían tardado ocho días en ir hasta las minas y regresar y durante el viaje no habían encontrado ni siquiera una vieja. Las mujeres estaban prohibidas en las minas; los hombres condenados a pasar el resto de su vida excavando en la roca ya eran difíciles de controlar sin la vista de carnes suaves que les incitaran y, tras vivir durante uno o dos años en las galerías, la carne dejaría de ser tan suave.

Así pues, buscaría una mujer, pero sin prisas. Pasearía durante un rato y se contagiaría del bullicio de la ciudad, tan distinto, a pesar de todo, del abierto terror que se había adueñado de los campos.

Ofir era un reino antiguo; había coexistido con el imperio plagado de hechiceros de Aquerón, que llevaba tres milenios, o más tiempo aún, hundido en el polvo; había sido una de las pocas tierras que se había resistido a la invasión de las huestes de aquel siniestro reino. Tal vez su capital, Ianthe, hubiera sido meticulosamente ordenada y dividida en distritos en algún momento de su larga historia, pero, a lo largo de los siglos, la gran ciudad de torres rematadas por chapiteles y palacios de cúpula de oro había crecido y se había transformado, las tortuosas calles se habían ido abriendo camino al azar, los edificios se habían ido alzando allí donde quedaba espacio. Los templos de mármol, flanqueados por

interminables hileras de aflautadas columnas, silenciosos salvo por los cánticos de sacerdotes y devotos, se erguían entre burdeles de pared de ladrillo y fundiciones humeantes donde resonaban las mazas; las mansiones y edificios de alabastro se encontraban entre las tabernas y los puestos de los herreros. Existía un sistema de alcantarillado, aunque normalmente los desechos arrojados a las cloacas se quedaban allí y añadían su propio olor al de las calles. Y ciertamente reinaba el hedor, pues los había que eran demasiado holgazanes aun para arrojar a las cloacas sus propios desechos, y vaciaban los orinales y arrojaban los restos de comida en el callejón más cercano. Pero a pesar de todos sus olores y de las calles abarrotadas, a pesar de sus miedos, aquella ciudad estaba viva.

Una ramera, vestida tan solo con una sencilla tira de seda que colgaba de su cinturón de monedas, sonrió provocativamente al corpulento joven, se acarició los negros rizos con las manos, levantó con ellas sus redondeados pechos y se lamió los labios al contemplar los anchos hombros del cimmerio. Conan respondió a su provocativa sonrisa con otra sonrisa, que hizo que la joven se estremeciera visiblemente. Aunque pensó en volver con ella más tarde, siguió adelante, seguido por la quejumbrosa mirada de la moza de partido. Arrojó una moneda a una muchacha que vendía fruta y tomó un puñado de ciruelas; las fue masticando durante su camino, tirando los huesos a la cloaca cada vez que veía una.

En la tienda de un forjador de espadas, examinó las afiladas armas con ojo de experto, aunque nunca había encontrado un acero que pudiera igualarse a su antiguo sable, el que siempre le colgaba de la cintura en su raída vaina de chagrín. Pero empezó a pensar en mujeres, y recordó las caderas de la puta. Después de todo, tal vez sí que tuviera prisa por encontrar una mujer.

En el establecimiento de un orfebre, compró un collar de bronce sobredorado con incrustaciones de ámbar. Quedaría bien en la garganta de aquella moza de cabellos rizados, y, si no en la suya, en la de alguna otra. Había aprendido que las joyas, las flores y el perfume solían hacer más efecto en las mujeres, tanto si se trataba de la más vulgar de las zorras callejeras como de la hija de una casa noble, que un saco lleno de oro; aunque, por supuesto, la ramera también querría algunas monedas. A un buhonero tuerto, que llevaba una bandeja colgada de una correa en torno al flaco cuello,

le compró el perfume: un frasco de algún líquido que olía a rosas. Ya lo tenía todo.

Buscó un sitio discreto para arrojar el último de sus huesos de ciruela, y se fijó entonces en un tonel abierto que se hallaba a la entrada de un artesano del latón, repleto de trozos de latón y bronce, claramente destinados a ser fundidos. Encima de los fragmentos de metal había una figura de bronce, tan larga como su antebrazo y teñida de verdín por el tiempo. Tenía por cabeza una monstruosidad cuatricorne, ancha y plana, con tres ojos y, debajo de estos, una raja a modo de boca, amplia, llena de colmillos.

Riendo entre dientes, Conan enderezó la estatuilla dentro del barril. Sin duda alguna, era fea. También estaba desnuda, y tenía grotescos atributos masculinos. Un perfecto regalo para Macaón.

—Veo que el señor es un experto. Esa es una de mis mejores piezas.

Conan miró de soslayo al hombrecito regordete y sonriente que había aparecido a la entrada del comercio y juntaba sus rollizas manos sobre la barriga que apenas si le cabía en la túnica amarilla.

—¿Una de tus mejores piezas, dices? —El cimmerio hablaba con evidente regocijo—. ¿En la pila de los desechos?

—Ha sido un error por parte de mi aprendiz, noble señor. Es un muchacho inepto. —La voz del gordo comerciante destilaba quejumbrosa ira contra la ineptitud de su aprendiz—. Le voy a dar bien con la correa por esto. La tendréis por solo un par de monedas de oro…

Conan alzó la mano para hacerlo callar.

—Si dices otra mentira, no te la compro. Si sabes algo de esta escultura, dímelo.

—De verdad, noble señor, puede llegar a valer… —Conan se volvió, y el comerciante chilló—. ¡Aguardad! ¡Por favor! ¡Solo os diré la verdad, tan cierto como que Mitra escucha mis palabras!

Conan se detuvo y miró hacia atrás, fingiendo dudar. Pensó que aquel hombre no habría durado ni un solo día entre los buhoneros de Turan.

La cara del comerciante estaba llena de sudor, aunque aquel día hacía fresco.

—Por favor, noble señor. Entrad en mi establecimiento y hablaremos. Por favor.

Fingiendo reticencia, Conan se dejó guiar adentro, y al pasar por el lado del barril tomó la figura. El estrecho comercio estaba abarrotado de mesas, sobre las que el forjador exhibía sus trabajos. En los anaqueles de las paredes había cuencos, vasos, aguamaniles y copas, con gran variedad de formas y tamaños. El corpulento cimmerio dejó la estatuilla sobre una mesa que crujió bajo su peso.

—Ahora —dijo—, proponme un precio. Y no pienso pagar oro por algo que ibas a fundir.

En el orondo rostro del herrero, la avaricia luchaba con el miedo a perder un cliente.

—Diez monedas de plata —dijo por fin, y su rechoncha cara se contrajo en una parodia de su anterior expresión de alegría.

Deliberadamente, Conan sacó una única moneda de plata de su bolsa y la dejó sobre la mesa. Cruzando sobre el pecho sus robustos brazos, aguardó.

El tendero frunció sus carnosos labios y negó bruscamente varias veces con la cabeza, pero al final suspiró y asintió.

—Es vuestra —murmuró con amargura—. Por una moneda de plata. Sacaría lo mismo de ella fundiéndola, y así me ahorraría el trabajo. Pero esa cosa da mala suerte. Me la trajo un campesino que quería huir de infortunios. La encontró cuando cavaba en su terruño. Las figuras de bronce antiguas suelen venderse bien, pero nadie quiere esa. Dicen que trae mal augurio. Y desde que la guardo en mi tienda he tenido mala suerte. Una de mis hijas ha parido un niño, pero sin casarse. Otra se ha marchado con un proxeneta que vive a menos de tres puertas de aquí. Mi mujer se ha fugado con un carretero. Un carretero de lo más vulgar, ya lo veis. Os lo aseguro, esa cosa está…

Calló al darse cuenta de que podía estar desanimando a un comprador. Recogió a toda prisa la moneda de plata y la hizo desaparecer bajo su túnica.

—Es vuestra por una moneda de plata, noble señor, y habéis hecho un negocio mejor de lo que creéis.

—Si tú lo dices —le respondió Conan con sequedad—. Pero tráeme algo para que pueda llevarla por la calle. —Miró la estatuilla y rio entre dientes, a pesar de sí mismo, imaginando qué cara pondría Macaón cuando la viera—. La ramera más curtida de esta ciudad enrojecería al verla.

Mientras el herrero entraba en su comercio, dos hombres robustos, vestidos con atuendos de segunda mano que habían pertenecido a aristócratas, entraron pavoneándose. Uno, que vestía una sucia túnica roja de brocado, tenía las orejas y la nariz cortadas; aquellas eran las penas por el primer y el segundo robo. A la tercera vez, lo mandarían a las minas. El otro, que era calvo y tenía una barba negra y revuelta, se cubría con una capa de lana raída, guarnecida en otro tiempo con bordados de plata o de oro que ya habían sido arrancados. Se fijaron de inmediato en la figura de bronce que se encontraba encima de la mesa. Conan no los perdía de vista; sus espadas, al menos, parecían cuidadas, y tenían las empuñaduras gastadas por el mucho uso.

—¿Qué deseáis? —les preguntó el tendero, que había reaparecido con un saco toscamente tejido en la mano.

A los hombres de aquella calaña no les llamaba «nobles señores».

—Eso —le dijo ásperamente el de las orejas cortadas, señalando a la estatuilla—. La compramos por una moneda de oro.

El herrero tosió y escupió, y dirigió a Conan una mirada llena de reproche.

—Es mía —dijo Conan tranquilamente—, y no pienso venderla.

—Dos monedas de oro —dijo el de las orejas cortadas. Conan negó con la cabeza.

—Cinco —ofreció el calvo.

El de las orejas cortadas se volvió hacia su compañero:

—¡Gástate todo tu dinero, si quieres, pero no el mío! Le voy a hacer una oferta a este patán —masculló, y se volvió de nuevo; su espada salió silbando de la vaina.

Conan no trató de coger su propio acero. Agarró la figura de bronce por los pies y golpeó con ella. El crujido del hueso se mezcló con el aullido del Orejascortadas; le había aplastado el hombro.

El calvo ya había desenvainado, pero Conan, simplemente, esquivó su acometida y arremetió con la pesada estatuilla como con una maza, y derramó sangre y sesos. El cadáver cayó por su misma inercia sobre las mesas, y derribó las que no rompió; los vasos de bronce y los cuencos cayeron estrepitosamente por el suelo. Conan se volvió y se encontró con que el otro hombre le estaba acometiendo con una daga en la siniestra. La hoja le resbaló sobre

la loriga y los dos hombres chocaron. Durante un segundo, forcejearon pecho contra pecho, y la mirada de Conan se clavó en unos desesperados ojos negros. Esta vez desdeñó el empleo de un arma. Su enorme puño viajó a más de dos palmos de distancia y Orejascortadas retrocedió tambaleándose, con la cara cubierta de sangre, y cayó al suelo arrastrando consigo varios anaqueles. Conan no sabía si el hombre estaba vivo o muerto, ni le importaba.

El forjador se hallaba en el centro de la estancia, y saltaba, ora sobre un pie, ora sobre el otro.

—¡Mi tienda! —gemía—. ¡Has destruido mi tienda! ¡Me robas por una moneda de plata algo por lo que me habrían pagado cinco monedas de oro y luego destrozas mi comercio!

—Tienen bolsas —masculló Conan—. Puedes pagarte los arreglos con… —profirió una maldición y calló, pues acababa de llegarle a la nariz el aroma a rosas.

Buscando en su bolsa, sacó un trozo de frasco. El perfume le estaba empapando la loriga. Y la capa.

—Que Erlik se quede con ambos —murmuró. Levantó la figura de bronce, que aún sostenía con una mano—. ¿Cómo es que esto vale cinco monedas de oro? ¿Y cómo es posible que alguien muera por tenerlo?

El tendero, que estaba registrando cautelosamente las bolsas de los rufianes, no respondió.

Maldiciendo entre dientes, Conan limpió la sangre de la estatuilla y la metió en el saco que el herrero había dejado caer.

Con un grito de alegría, el herrero sacó un puñado de plata; luego se reprimió, como si hubiera temido que Conan se lo quitara. Se sobresaltó, y luego miró a los dos hombres que estaban tendidos en el suelo, como si hubiera advertido por primera vez su presencia.

—Pero ¿qué voy a hacer con ellos? —dijo gimoteando.

—Tómalos como aprendices —le dijo Conan—. Apuesto a que no echarán nada valioso al tonel de la chatarra.

Conan dejó al hombre de rodillas en el suelo, boquiabierto, y salió airado a la calle. Hacía rato que había llegado el momento de buscar una mujer.

Con las prisas, no se fijó en una que, envuelta en muchos velos, abrió como platos sus ojos verdes al verle. Le observó mientras se unía al gentío y luego, recogiendo la capa en torno al cuerpo, le

siguió con andares pausados.

2

El toro y el oso estaba casi vacío cuando Conan entró, y aquel silencio medio atemorizado cuadraba bien con su humor. Al volver a la esquina de la ramera de cabellos rizados, se había encontrado con que esta se había marchado con un cliente, y no vio ninguna que se le pudiera comparar antes de llegar al mesón.

El aire de la taberna estaba cargado de olor a vino rancio y sudor; no era un mesón de gentilhombres. Media docena de individuos —carreteros y aprendices que vestían bastas túnicas de lana— se sentaban solos en torno a las mesas dispersas por la sala de pétreo suelo, y cada uno estaba atento a su propia bebida. Una única moza de partido estaba de pie, con la espalda apoyada en un rincón, y no se afanaba en su oficio, sino que parecía ignorar a los hombres que se encontraban en la estancia. Su cabello pelirrojo le caía sobre los hombros en suaves ondas. Envuelta en velos de seda verde, vestía con más recato que la mayoría de las nobles damas de Ofir y no llevaba puesto ninguno de los chillones adornos con los que solían adornarse tales mujeres, pero el elaborado kohl de sus párpados, así como su presencia en aquel lugar, la delataban como profesional. Sin embargo, había cierta frescura juvenil en su rostro que daba razón para pensar que no llevaba mucho tiempo en aquello.

Conan estaba tan absorto con la muchacha que no había visto a un hombre de cabellos canosos y gran barba de erudito que estaba murmurando para sí delante de una jarra de peltre estropeada, en una mesa cercana a la puerta. Al verle, suspiró, y se preguntó si la moza valía tanto como para arriesgarse a un encuentro con el viejo.

En aquel momento, el barbudo vio a Conan, y la borracha sonrisa de sus dientes carcomidos afloró a su marchito rostro. Su túnica tenía parches de todos los colores del arco iris, y estaba

manchada de vino y comida.

—Conan —gritó, al tiempo que, al llamar al joven, gesticulaba tan violentamente que estuvo a punto de caer de su escabel—. Ven. Siéntate. Bebe.

—Parece que tú ya has bebido bastante, Boros —le dijo Conan secamente—, y no voy a pagarte más.

—No hace falta que me lo pagues —dijo Boros, riendo. Cogió la jarra con la mano—. No hace falta. ¿Ves? Agua. Pero solo con que yo…

Su voz se convirtió en murmullo, a la vez que hacía pases sobre la jarra con la mano que tenía libre.

—¡Por Crom! —gritó Conan, y dio un salto que lo alejó de la mesa.

Algunos de los que estaban en la taberna levantaron la vista, pero como no vieron sangre, ni oportunidad de conseguir algún dinero, siguieron bebiendo.

—¡No quiero saber nada de ti mientras estés borracho, viejo necio! —le dijo vivamente el cimmerio—. Narus todavía no se ha curado de aquellas verrugas que le hiciste crecer cuando trataste de curar su forúnculo.

Boros graznó y le acercó la jarra.

—Pruébalo. Ahora es vino. No tienes que temer nada. Cautelosamente, Conan tomó la jarra que le ofrecían y olisqueó el borde. Arrugó la nariz y devolvió la vasija.

—Bebe primero, ya que lo has elaborado tú.

—Te da miedo, ¿verdad? —dijo Boros, riendo—. Con lo corpulento que eres. Si yo tuviera tus músculos… —Metió la nariz en la jarra, irguió la cabeza, y casi con el mismo movimiento dejó caer la vasija, entre arcadas, esputos y escupitajos—. Misericordia de Mitra —murmuró tembloroso, mientras se pasaba por la boca el dorso de su flaca mano—. No había probado algo así en toda mi vida. Debo de haberme metido más de media pinta por el gaznate. En nombre de Asura, ¿qué es esto?

Conan disimuló una sonrisa.

—Leche. Por su olor, parece leche agria. Boros se estremeció y le vinieron arcadas, pero no devolvió nada.

—Me has cambiado la jarra —dijo cuando pudo hablar—. Tienes manos rápidas, pero no tan rápidas como mi ojo. Me debes vino,

cimmerio.

Conan se sentó en un escabel, al otro lado de la mesa donde se hallaba Boros, y dejó en el suelo, a su lado, el saco en el que llevaba la figura de bronce. No le gustaban los hechiceros, pero, hablando con propiedad, Boros no era tal. El viejo había sido aprendiz de las artes negras, aunque su inclinación por la bebida había devenido en una pasión devoradora que le había llevado al arroyo y le había apartado de los tortuosos caminos de las ciencias oscuras. Con todo, era un buen compañero de borracheras, siempre y cuando se le mantuviera alejado de la magia.

—¡Eh! —gritó el tabernero, que se acercó a ellos frotándose las manos con un delantal mugriento que antaño había sido blanco. Con sus piernas zanquivanas y su gruesa barriga, parecía una gorda araña—. ¿Qué significa esta algarabía? Os advierto que este es un mesón respetable, y que…

—Vino —Conan le interrumpió, al tiempo que arrojaba al suelo monedas de cobre que tintinearon a sus pies—. Y que lo traiga una muchacha. —Señaló con un gesto a aquella moza de partido que se mantenía a extraña distancia—. Esa del rincón me vendrá bien.

—No trabaja para mí —gruñó el tabernero, que se estaba agachando para recoger la jarra y las monedas. Anduvo a cuatro gatas para recoger una moneda de debajo de la mesa y, cuando la tuvo, sonrió satisfecho—. Pero te mandaré una muchacha, no temas.

Desapareció por la parte de atrás del edificio y, al cabo de un momento, apareció una muchacha rolliza, que apenas si se cubría los descomunales pechos con una prenda de seda azul y llevaba otra que le ceñía las caderas; dejó una jarra de vino y un par de bocks abollados delante de los dos hombres. Contoneándose, se acercó a Conan, y en sus ojos oscuros brilló una luz seductora. El cimmerio apenas si se fijó en ella; no apartaba los ojos de la zorra pelirroja.

—¡Estúpido! —exclamó la camarera—. Antes que ir con esa, ya podrías abrazar un bloque de hielo. —Y frunciendo los labios, se marchó enfadada.

Conan la miró asombrado.

—Por los Nueve Infiernos, ¿qué le ocurre? —gruñó.

—¿Quién comprende a las mujeres? —murmuró Boros, como ausente. Se apresuró a llenar uno de los bocks, y bebió hasta la

mitad—. Además —tras respirar hondo, prosiguió con voz fatigada —, ahora que Tiberio ha muerto, tendremos muchas otras preocupaciones… —El resto de sus palabras se ahogó en otro trago de vino.

—¿Tiberio ha muerto? —dijo Conan con incredulidad—. He hablado de él hace pocas horas, y no me lo han comentado. Por el Trono Negro de Erlik, deja de beber y habla. ¿Qué le ha pasado a Tiberio?

Boros dejó su bock sobre la mesa con evidente mal humor.

—La noticia acaba de empezar a circular. Sucedió la pasada noche. Se abrió las venas en el baño. Por lo menos, eso es lo que cuentan.

Conan gruñó.

—¿Quién se lo va a creer, si él era el que tenía más derechos por linaje para suceder a Valdric?

—El pueblo cree lo que quiere creer, cimmerio. O lo que temería no creer.

Conan pensó que aquello tenía que acabar por ocurrir. Había habido secuestros en gran número: esposas, hijos, hijas. Algunas veces se amenazaba con romper una alianza o traicionar un secreto; en otras ocasiones, nadie decía nada y el miedo paralizaba a un aristócrata en su castillo. Ahora, empezaban los asesinatos. Se alegraba de que un tercio de su Compañía Libre ya estuviera de guardia en el palacio de Timeón. Si perdía un cliente de aquella manera, la reputación de su compañía se habría visto dañada.

—Todo encaja —siguió diciendo Boros con voz vacilante—. Alguien trata de resucitar a Al’Kiir. He visto luces en lo alto de esa maldita montaña, he oído en susurros que alguien estaba buscando conocimientos siniestros. Y esta vez no habrá ningún Avanrakash que vuelva a aprisionarle. Necesitamos que renazca Moranthes el Grande. Lo necesitaríamos a él para restablecer el orden.

—¿Qué estás farfullando? Ah, no importa. ¿Quién era el siguiente en la línea sucesoria después de Tiberio? Valentius, ¿verdad?

—Valentius —Boros soltó una risilla burlona—. No le permitirán que ocupe el trono. Es demasiado joven.

—Ya es un hombre hecho y derecho —dijo Conan, enfadado. Sabía poco de Valentius y aún le importaba menos, pero el conde era seis años mayor que el cimmerio. Boros sonrió.

—Existe una diferencia entre vosotros dos, cimmerio. Tú, con tus años, has vivido ya un par de vidas difíciles. Valentius ha gozado de las comodidades de un cortesano y solo ha conocido perfumes, galanterías y palabras suaves.

—Estás desvariando —le gritó Conan.

¿Cómo había podido leer sus pensamientos? Su rápido ascenso no le había hecho menos sensible a los comentarios acerca de su juventud, ni había apaciguado su ira contra quienes le consideraban demasiado joven para su posición. Pero más le valía aprovechar el tiempo en algo mejor que en hacerle compañía a un mago fallido y borrachín.

—El resto del vino es tuyo —dijo.

Tras recoger el saco con la figura de bronce, se alejó de la mesa y dejó que Boros se quedara allí riéndose con su vino.

La muchacha no se había apartado del rincón, ni había variado de actitud durante todo el rato en que Conan la había estado observando. Su rostro acorazonado no cambió de expresión al acercársele el cimmerio, pero sus ojos abatidos, azules como el cielo norteño al alba, se abrieron como los de un cervato temeroso, y se estremeció, como si se hubiera dispuesto a alzar el vuelo.

—Ven a beber vino conmigo —le dijo Conan, señalando una mesa cercana.

La joven le miró de frente, y sus grandes ojos se abrieron todavía más —sí es que esto era posible—, y negó con la cabeza.

Conan parpadeó, sorprendido. Aquel rostro inocente parecía indicar lo contrario, pero, si la muchacha quería ir al grano…

—Si no quieres vino, ¿qué te parecen un par de monedas de plata?

La joven despegó los labios.

—Yo no… es decir… quiero decir…

Aun tartamudeando, hablaba con voz de soprano, semejante a argénteas campanillas.

—Entonces, tres monedas de plata. Una cuarta si te la ganas.

La muchacha no apartaba la vista del cimmerio. Este se preguntó por qué perdía tiempo con ella, puesto que había otras

muchachas a mano. Porque le recordaba a Karela. El cabello de la muchacha no era tan pelirrojo, ni tenía los pómulos tan prominentes, pero le recordaba a la bandida que en otro tiempo se había acostado con él y había logrado desorganizar su vida en cada ocasión en que sus caminos se habían cruzado. Karela era una mujer digna de un rey. Pero ¿de qué le servía hurgar en sus recuerdos?

—Muchacha —dijo ásperamente—, si no quieres mis monedas de plata, dímelo, y me iré a buscar por otra parte.

—Quédate —le susurró ella. Había pronunciado esta palabra con visible esfuerzo.

—¡Mesonero —gritó Conan—, una habitación!

El rostro de la muchacha enrojeció bajo el carmín de sus mejillas.

El flaco camarero apareció al instante, y tendió su larga mano a la espera de dinero.

—Cuatro monedas de cobre —masculló, y aguardó a que Conan se las hubiera dejado sobre la palma de la mano para añadir—: Al final de las escaleras, a la derecha.

Conan tomó del brazo a la muchacha, que se había ruborizado hasta las orejas, y la llevó arriba por la crujiente escalera de madera.

El cuarto era tal como había esperado: un lugar pequeño, con el suelo cubierto de polvo y telarañas en las esquinas. Una cama hundida con colchón de cáscaras y sábanas no muy limpias, un taburete de tres patas y una mesa desvencijada constituían todo el mobiliario. Pero lo que Conan iba a hacer podía hacerse en un granero tan bien como en un palacio, e incluso mejor.

Tras dejar caer el saco al suelo ruidosamente, cerró la puerta de una patada y puso ambas manos sobre los hombros de la muchacha. Al acercarla hacia sí, le arrancó las ropas de seda desde los hombros hasta la cintura. Tenía los pechos grandes, pero recios, y los pezones rosados. Soltó un chillido antes de que los labios de Conan le cubrieran los suyos y luego quedó rígida en sus brazos. El cimmerio tuvo la impresión de estar besando a una estatua.

Se apartó de ella, pero la retuvo aún entre sus brazos.

—¿Qué especie de moza de partido eres tú? —le preguntó—. Parece que nunca hayas besado a un hombre.

—No lo he hecho nunca —exclamó ella, y entonces empezó a balbucir—. Quiero decir, que sí que lo he hecho. He besado a muchos hombres. Más de los que puedes contar. Tengo mucha… experiencia.

Contrajo los labios en lo que Conan supuso que debía de ser un intento de sonreír provocativamente; parecía más bien un rictus de temor.

Resopló burlonamente y la apartó a unos palmos de sí. La muchacha alargó las manos nerviosamente hacia su deshecho atuendo, y luego se quedó quieta. Su pesada respiración hacía que los pechos le subieran y bajaran de manera interesante; los colores le fueron subiendo de nuevo a la cara.

—No hablas como la moza de una granja —dijo finalmente Conan—. ¿Quién eres? ¿La hija fugada de un mercader que no tiene suficiente sentido común para volver a casa?

Una helada máscara de arrogante orgullo cubrió el rostro de la joven.

—Tú, bárbaro, vas a tener el honor de llevar a una aristócrata de Ofir a tu… a tu cama.

Ni siquiera el tartamudeo lograba borrar su porte altanero. La suma de este y de su manera de vestir —o, más bien, de no ir vestida— fue demasiado para el cimmerio. Este irguió la cabeza y soltó una carcajada al techo cubierto de motas de mosca.

—¿Te ríes de mí? —murmuró ella—. ¿Cómo te atreves?

—Vístete —le espetó el cimmerio, cuya alegría se estaba esfumando.

Sus deseos sofocados se transformaron en ira; aquella joven era un bocado apetitoso, y Conan había tenido ganas de gozar de ella. Pero una muchacha virgen que había huido de un padre aristócrata era lo último que necesitaba, lo último en lo que quería verse implicado. Por otra parte, no podía abandonarla si necesitaba ayuda. Le dio vueltas de mala gana a esta última circunstancia. «Qué bondadoso eres», gruñó para sus adentros. Solía tener problemas por serlo. Le espetó a la muchacha:

—Vístete antes de que te dé en la espalda con el cinturón.

Por unos instantes, la joven le miró con odio, y sus ojos azules como el cielo lucharon con aquellos otros de gélido zafiro. Se impuso el zafiro, y la chica se apresuró a ponerse los ropajes de

color verde, a la par que iba murmurando algo entre dientes.

—Dime tu nombre —le exigió él—. Y no me mientas, porque si lo haces te llevaré yo mismo al Convento de las Marlinas. Aparte de hambrientos y enfermos, también acogen a muchachas descarriadas y criaturas rebeldes, y tú pareces reunir ambas condiciones.

—No tienes derecho a hacer esto. He cambiado de idea. No quiero tus monedas de plata. —Hizo un gesto imperioso—. Apártate de esa puerta.

Conan le devolvió tranquilamente la mirada, sin moverse.

—Sigue hablando así, y te encontrarás delante de una mujer de rostro severo que te enseñará modales y buena conducta a golpes de fusta. ¿Tu nombre?

La joven miró airadamente a la puerta.

—Soy la dama Julia —dijo, envarada—. No pienso avergonzar a mi casa nombrándola en este lugar, ni aunque me tortures con hierros al rojo vivo. Ni aunque emplees las tenazas y el flagelo y… y…

—Julia, ¿por qué estás aquí disfrazada de ramera y no haciendo calceta al lado de tu madre?

—¿Qué derecho tienes tú a preguntar…? ¡Que Erlik te maldiga! Mi madre lleva largo tiempo muerta, y mi padre estos últimos tres meses. Sus propiedades habían sido comprometidas como aval por sus deudas y sus acreedores las han ocupado. No tengo parientes que me acojan, ni amigos interesados en una muchacha que ya solo tiene algunos ropajes. Y haz el favor de llamarme dama Julia. Todavía soy una aristócrata de Ofir.

—Eres una niña boba —le respondió Conan—. ¿Y por qué te has metido en esto? ¿Por qué no te empleaste como camarera? Incluso podrías hacerte mendiga.

Julia sorbió altaneramente por la nariz.

—No pienso caer tan bajo. Mi sangre…

—¿Y por eso te has hecho ramera?

Conan notó que la joven se ponía graciosamente colorada. Por otra parte, lo hacía a menudo.

—Había pensado… —empezó a decir, vacilante, y luego calló. Cuando volvió a hablar, su voz se había convertido en murmullo—. No era tan distinto de lo que hacían las queridas de mi padre, que me parecían nobles damas. —Escrutó el rostro de Conan, pero

siguió hablando atropelladamente—. Pero no he hecho nada. Todavía soy… quiero decir que… oh, ¿por qué te estoy contando todo esto?

Conan se recostó contra la puerta, y las tablas toscamente cortadas crujieron a causa de su peso. Si hubiera sido un hombre civilizado, la habría dejado en aquel camino en el que se había metido. Si no la abandonaba, nada de lo que la joven hiciera podría compensarle por las molestias que le ocasionaría. Solo los dioses sabían a qué facción debía de estar vinculada por su sangre y a qué otra facción molestaría al ayudarla.

El cimmerio hizo una mueca con los labios y Julia se encogió, porque pensó que iba dirigida a ella. En aquellos últimos tiempos, Conan pensaba demasiado en facciones, desperdiciaba demasiado tiempo hurgando en los intrincados vericuetos de la política ofirea. Que los dioses se hicieran cargo de aquel laberinto. Y también de la muchacha.

—Me llamo Conan —dijo bruscamente—, y soy el capitán de una Compañía Ubre. Tenemos nuestro propio cocinero, porque las cocinas de nuestro cliente solo preparan viandas refinadas, que no son gratas al estómago de un hombre. Este cocinero, Fabio, necesita una muchacha que le ayude con la comida. El trabajo es tuyo, si lo quieres.

—¿Crees que voy a trabajar de pinche? —exclamó la joven—. ¿Yo?

—¡Cállate, muchacha! —rugió Conan, y Julia giró sobre sus talones.

El cimmerio aguardó para asegurarse de que ella le obedeciera, entonces asintió satisfecho al ver que se sentaba, se llevaba las manos a la garganta y callaba.

—Si llegas a la conclusión de que no te verás muy rebajada con ello, preséntate en el palacio del barón Timeón antes del ocaso. Te voy a explicar cuál será tu futuro si no lo haces.

La joven chilló sobresaltada, pues Conan había dado el necesario paso hacia adelante para aplastarla contra su pecho. Le enredó en el pelo la mano que tenía libre, y sus labios gozaron de los de la muchacha. Durante unos instantes, los pies desnudos de Julia le golpearon las espinillas, y luego fueron perdiendo fuerzas. Cuando Conan la dejó caer ruidosamente al suelo, la joven tembló en

silencio y le miró al rostro con sus trémulos ojos azules.

—He sido gentil, en comparación con algunos otros —le dijo.

Recogió el saco donde llevaba la estatuilla de bronce y, dejando allí a la muchacha, se marchó.

3

Al bajar a la taberna, Conan se encontró con que Boros se había ido, y se alegró por ello.

El flaco mesonero, sin embargo, se le acercó precipitadamente, frotándose las manos con avaricia.

—No habéis pasado mucho rato con la muchacha, noble señor. Os tendría que haber dicho que no os gustaría. Pero mi Selina…

Conan gruñó, y el hombre se marchó a toda prisa. «¡Por Crom! Qué día», pensó. Había ido a buscar a una ramera y había acabado rescatando a una niña tonta de su propia tontería. Creía haber dejado atrás desde hacía tiempo aquellas necedades.

Afuera, la calle era angosta y tortuosa, poco más que un callejón, y estaba salpicada de embarrados hoyos, puesto que algunas baldosas habían sido arrancadas y robadas; pero incluso en aquel lugar había mendigos. Conan arrojó un puñado de monedas de cobre al cuenco más cercano y se apresuró a marcharse antes de que otros veinte se apiñaran a su alrededor. Un olor a nabos podridos y asaduras llenaba el aire, retenido por edificios de piedra que parecían ladearse hacia la calle.

Antes de que se hubiera alejado de allí, se le ocurrió que los mendigos, en vez de ir tras él y pedirle entre sollozos que les diera más, habían desaparecido. Aquellos hombres tenían instintos de animales primitivos. Acercó la mano a la espada, aun antes de que tres hombres aparecieran en la angosta salida de la calle que tenía delante. El jefe de estos llevaba un jirón de tela atado sobre el lugar donde había estado su ojo. Los otros dos eran barbudos y apenas si conservaban unos pocos cabellos desordenados. Los tres blandían espadas. Un pie rozó las baldosas a espaldas del cimmerio.

No aguardó a que dieran otro paso. Le arrojó al tuerto el saco donde llevaba la estatuilla de bronce, desenvainó su viejo sable y se

agazapó, todo en un único movimiento. Cuando se volvía, un arma silbó sobre su cabeza, pero su propio acero ya se había clavado profundamente en el costado del hombre que tenía detrás. Mientras perdía sangre a chorros, el hombre gritó, y sus rodillas se doblaron.

Conan se arrojó al suelo, al lado del enemigo que se desplomaba, dio una voltereta y se puso en pie, espada en mano, justo a tiempo para atravesar al tuerto cuando este arremetía contra él. Por un instante, Conan contempló su único ojo castaño, que se llenaba de desesperación y se ponía vidrioso ante la cercanía de la muerte; entonces, uno de los otros se acercó y trató de acometer al corpulento cimmerio antes de que desclavara la espada del cadáver. Conan arrebató el puñal del cinturón del tuerto y lo clavó en la garganta de su otro atacante. El hombre retrocedió dando traspiés, chillando entre gorgoteos; la sangre le chorreó entre los dedos con los que se cubría la garganta y tiño de carmesí su sucia barba.

Todo había ocurrido con tanta rapidez, que el hombre atravesado por la espada de Conan aún no había terminado de caer. Cuando el tuerto se hubo desplomado, el cimmerio arrancó la espada de su cadáver. El primero de los atacantes se estremeció por última vez, y yació inmóvil en un charco de sangre que se iba ensanchando.

El hombre de la barba revuelta no había tenido tiempo siquiera de unirse a la refriega. Estaba en pie con la espada a medio alzar e iba posando los oscuros ojos ora en un cuerpo, ora en otro, y torcía su fina nariz. Parecía una rata que acabara de descubrir que estaba luchando con un león.

—No vale la pena —murmuró—. El oro no me importa, no vale la pena morir.

Retrocedió cautamente hasta hallarse a la entrada de un callejón; con una última mirada asustada, huyó por él. Al cabo de unos momentos, incluso el eco de sus pies dejó de oírse.

Conan no hizo ningún esfuerzo por seguirle. No le interesaban para nada los bandoleros, que abundaban sobradamente en aquella ciudad. Aquellos habían hecho un intento, y habían pagado por él. Se agachó para limpiar la espada, y se le ocurrió algo que le dejó helado. Aquel último hombre había hablado de oro. Solo los nobles solían llevar oro encima, y Conan no parecía en absoluto un noble. Podía ofrecerse oro por matar a alguien, pero por la vida de un

mercenario se solía pagar en plata, aunque se tratara de un capitán. Pocas muertes había que se pagaran en oro. Excepto… un asesinato político. Profiriendo un grito que arrancó ecos a las paredes de piedra, Conan recogió la estatuilla oculta en el saco y echó a correr; aún llevaba en la mano la espada enrojecida. Si alguien acababa con el cimmerio, podría sortear más fácilmente a su compañía y atacar a Timeón. Los asesinatos de aquel tipo ya habían empezado. Sus enormes piernas pisaron con más fuerza, y salió por el callejón hasta una calle importante.

Una florista chilló cuando vio al gigante con la espada ensangrentada, y se apartó de un salto para dejarlo pasar; un buhonero que vendía fruta no se hizo a un lado con suficiente rapidez y chocó con el pecho de Conan, de modo que las naranjas cayeron de su cesto en todas direcciones. Las imprecaciones del buhonero, dirigidas en parte al cimmerio, y en parte a los aprendices que le estaban robando la fruta caída, siguieron a Conan por la calle abarrotada, mas no frenaron su carrera. Los porteadores, que pugnaban por apartarse de su camino, dejaban caer sus sillas de manos y los aristócratas rodaban por el suelo. Los mercaderes de holgada túnica y las criadas que compraban para las cocinas de sus amos huían gritando y chillando a su paso.

Entonces, Conan avistó el palacio de Timeón. Cuando subió con fuertes pisadas por la ancha escalinata de alabastro, los dos guardias que él mismo había apostado en la columnata del pórtico avanzaron con los arcos prestos, y buscaron con la mirada, por las calles, a quien lo estuviera persiguiendo.

—¡La puerta! —rugió el cimmerio—. ¡Erlik os arranque el pellejo! ¡Abrid la puerta!

Se precipitaron a abrir una de las grandes jambas de bronce, guarnecida con el emblema familiar de Timeón, y Conan entró sin detenerse.

Macaón y una decena de soldados de su compañía salieron a recibirle al vestíbulo; sus botas levantaban ecos en las pulidas baldosas de mármol. Diversos grados de desaliño, y más de una jarra que todavía llevaban en la mano, delataban que los gritos del cimmerio habían interrumpido su ocio; pero todos ellos empuñaban armas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Macaón—. Hemos oído tus gritos,

y…

Conan le interrumpió.

—¿Dónde está Timeón? ¿Le habéis visto desde que hemos llegado?

—Está arriba con su nueva querida —le respondió Macaón—. ¿Qué…?

Volviéndose, Conan corrió hacia la escalera más cercana: una espiral de alabastro que se sostenía sin pilares visibles. Se detuvo solo un instante, y Macaón y los demás le siguieron a la carrera. El cimmerio no se paró ni siquiera a la puerta de la alcoba de Timeon, que era alta y tenía tallas de improbables bestias. Abrió la puerta de un violento empujón y se abalanzó adentro.

El barón Timeon saltó de su lecho de elevado dosel con un grito de sorpresa, meneando su oronda barriga, y agarró una larga túnica de brocado rojo. Sobre la cama, una muchacha esbelta, completamente desnuda, cubrió con la colcha sus pechos pequeños pero bien formados. Agachando la cabeza, la joven miró tímidamente a Conan, a través de un velo de cabellos negros y sedosos que la cubría hasta la cintura.

—¿Qué significa esto? —preguntó Timeon, abrochándose el cinturón con furia.

Siguiendo lo que en aquel momento era moda entre la nobleza, se había dejado una barba menuda y triangular al extremo de la barbilla. Como tenía cara de luna y los ojos brillantes y salidos, le hacía asemejarse a una obesa cabra. En aquellos momentos, a una cabra colérica.

—¡Exijo inmediata respuesta! Habéis entrado en mis aposentos con la espada desenvainada. —De repente, se fijó en el acero que Conan empuñaba—. ¡Sangre! —murmuró, tambaleándose. Se agarró a uno de los soportes del dosel, grueso y adornado con intrincadas tallas, como para mantenerse en pie, o tal vez para ocultarse detrás —. ¿Nos están atacando? Tenéis que contenerlos mientras yo escapo. Eso es, huiré a caballo en busca de ayuda. Contenedlos, y habrá oro para todos.

—No hemos sido atacados, mi señor Timeon —dijo Conan con rápidas palabras—. Aquí no, por lo menos. Pero unos hombres me han asaltado en la ciudad.

Timeon miró a la muchacha. Parecía haberse dado cuenta de

que el barón no se estaba mostrando muy valeroso. Irguiéndose bruscamente, el aristócrata tiró de sus vestiduras, como para ponerlas en su sitio, y se alisó el escaso cabello.

—Vuestras pendencias con la escoria de Ianthe no me interesan. Y mi bella Tivia es una flor demasiado delicada como para que vengas a asustarla con tus relatos de peleas callejeras y con tu espada ensangrentada. Márchate, y trataré de olvidar tus malos modales.

—Mi señor Timeon —dijo Conan con forzada paciencia—, si alguien te quisiera mal, es probable que tratara de acabar primero conmigo. El conde Tiberio ha muerto esta pasada noche a manos de un asesino. Pondré guardias a tu puerta y en el jardín, bajo tus ventanas.

Los ojos azules y acuosos del rollizo noble volvieron a mirar a la muchacha.

—No hagas eso. Tiberio se quitó su propia vida… Eso me han contado. Y en cuanto a los asesinos… —Anduvo hasta la mesa sobre la que se hallaba su espada, arrojó la vaina a un rincón y posó con el arma en la mano—. Si alguien logra eludir tu vigilancia, yo mismo me encargaré de él. Ahora, dejadme. Tengo… —miró con lascivia a la esbelta muchacha que, sin éxito, todavía intentaba cubrirse— algunos asuntos que atender.

Conan hizo una reverencia de mala gana y salió. Gruñó en cuanto la puerta estuvo cerrada a sus espaldas.

—Vaya tonel de sebo roñoso. Una vieja con una fusta podría hacerle huir corriendo por todos los pasillos de este palacio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Macaón—. Si no quiere que le pongamos guardias…

—Se los pondremos igualmente —dijo Conan, resoplando—. Puede afrontar todos los peligros que quiera mientras nosotros le protejamos, y sin duda lo hará mientras tenga una mujer delante a la que impresionar, pero no podemos permitirnos que muera. Manda dos hombres al jardín, a un lugar donde no pueda verlos desde las ventanas. Y otros dos, uno a cada extremo de este corredor, en esquinas donde puedan esconderse si Timeon sale, y al mismo tiempo no pierdan nunca de vista su puerta.

—Me encargaré de que se haga. —El guerrero lleno de cicatrices calló por unos momentos—. ¿Qué es lo que traes?

Conan se acordó de que aún llevaba la estatuilla de bronce bajo el brazo, oculta en el saco. La había olvidado en sus locas prisas por encontrar a Timeon. Entonces, dudo. Si los hombres que le habían atacado no llevaban el propósito de abrirse camino hasta el barón —y en aquel momento no le parecía probable—, tal vez quisieran apoderarse de la estatuilla. Al fin y al cabo, otros dos habían luchado y muerto por ella. Y habían querido comprarla con monedas de oro. Parecía más atinado tratar de averiguar el porqué antes de hacerle un regalo a Macaón que tal vez pusiera su vida en peligro.

—Solo es un objeto que he comprado en la ciudad —dijo—. Envía de inmediato a esos guardias. No quiero correr riesgos, por si se diera el caso de que mis primeras sospechas fueran ciertas.

—¿Tus «primeras» sospechas? —repitió Macaón, pero Conan ya se alejaba.

La habitación asignada a Conan era espaciosa, pero en nada sobrepasaba a lo que Timeón juzgaba propio de un capitán mercenario. Los tapices de las paredes eran de segunda categoría, las lámparas estaban hechas de peltre pulimentado y de bronce, no de plata ni de oro, y sencillas baldosas rojas cubrían el suelo. Podía asomarse al jardín por dos ventanas terminadas en arco, pero no tenía ningún balcón. Con todo, el colchón de su amplia cama estaba relleno de pluma de ganso, y las mesas y sillas, aunque estuvieran hechas con sencilla madera barnizada, eran lo bastante sólidas como para que Conan se sintiera cómodo, a diferencia de los muebles frágiles y sobredorados de las estancias de los huéspedes de noble cuna.

Sacó la estatuilla de bronce del burdo saco y la puso sobre la mesa. Aquella malévola escultura parecía casi viva. Viva y dispuesta a rasgar y herir. El hombre que la había forjado era un maestro. Y también un conocedor de abominaciones —Conan estaba seguro de ello—, puesto que, de otro modo, no habría logrado instilar tanta maldad en su creación.

Desenvainó la daga, y dio golpecitos en la estatuilla con la empuñadura. No estaba vacía; no podía haber gemas ocultas en su interior. Por su tacto y su peso, no parecía que fuera una escultura de oro bañada en bronce, aunque, por otra parte, tampoco imaginaba quién podría haberse molestado en recubrirla de bronce,

ni por qué motivo.

Aún estaba mirando con ceño la astada figura y tratando de adivinar su secreto, cuando alguien llamó a la puerta. Vaciló, y cubrió la estatuilla con el saco antes de abrir. Era Narus.

—Una muchacha pregunta por ti —le dijo el mercenario de mejillas chupadas—. Va vestida como una moza de partido, pero tiene la cara tan limpia como una virgen del templo, y es lo bastante guapa como para poder desempeñar ambos oficios. Dice que se llama Julia.

—Ya la conozco —dijo Conan, sonriente. La tétrica expresión del rostro de Narus no se alteró; no solía alterarse.

—Una moneda de oro contra una de plata a que te traerá problemas, cimmerio. Se ha presentado en la puerta y ha exigido con la arrogancia de una princesa del reino que la dejáramos entrar. Cuando le he dicho que se marchara, ha tratado de recitarme su genealogía. Dice ser de noble cuna. No corren buenos tiempos para mariposear con chicas de esa casta.

—Llévasela a Fabio —dijo Conan, riendo—. Es su nuevo pinche. Dile que la ponga a pelar nabos para el estofado.

—Será un placer —dijo Narus, con un leve atisbo de sonrisa—, después de que me haya estado fustigando con la lengua. Conan pensó, al alejarse de la puerta, que por lo menos una cosa le había salido bien en aquel día. Entonces vio sobre la mesa el saco donde tenía oculta la estatuilla de bronce, y su momento de alegría pasó. Pero tenía que ocuparse de otros asuntos, y una sensación en la nuca le advirtió que, al hacerlo, correría peligro de muerte.

4

El hombre de astutos ojos que se hacía llamar Galbro andaba nerviosamente por el mugriento cuarto donde le habían dicho que aguardara. Dos grandes águilas disecadas, puestas en sendas perchas, eran la única decoración, y las cuentas de ámbar que habían reemplazado a los ojos de ambas parecían mirar con mayor fiereza que los de cualquier águila viva. Todo el mobiliario consistía en una larga mesa, sobre la que se encontraba el zurrón de cuero en el que había traído todo lo que tenía por vender. No le gustaban aquellas reuniones; aunque en ellas llenara la bolsa de plata y de oro, no le gustaba la mujer que le pagaba. No sabía su nombre, ni quería saberlo, ni le interesaba nada que tuviera que ver con ella. El mero hecho de averiguar algo de la mujer le habría puesto en peligro.

Sin embargo, sabía que no era solamente la mujer quien le había puesto así. Aquel hombre. Un norteño, según Urian. Viniera de donde viniese, había matado a cinco de los mejores hombres de Galbro y se había marchado sin sufrir un rasguño. Nunca le había ocurrido nada semejante, por lo menos desde que llegara a Ofir. Era un mal augurio. Por primera vez durante largos años, habría querido regresar a Zíngara, al laberinto de callejones donde vivían los ladrones que colindaba con los muelles de Kordava. Y aquella idea era necia, pues si la Guardia no le acortaba el cuerpo en una cabeza, los propios moradores de aquellas callejuelas le habrían rajado la garganta antes de que se hiciera de noche. Había castigos por jugar a la vez en dos bandos, especialmente cuando ambos bandos descubrían a la vez que estaban siendo engañados.

Una suave pisada le alertó. Ella entró en la habitación, y el hombre sintió un estremecimiento. Ninguna parte de su cuerpo era visible, salvo sus ojos, oscuros y desprovistos de gentileza. Un

manto plateado, que llegaba al suelo, la envolvía por completo. Un velo oscuro, opaco, le cubría la mitad inferior del rostro, y llevaba el cabello oculto bajo una cofia de seda blanca, sujeta con una aguja de rubí; la gema era tan larga como la última falange de su pulgar.

El rubí no suscitó en él ninguna codicia. No había nada en la mujer que le suscitara ningún sentimiento, salvo miedo. Galbro odiaba aquello —temer a una mujer—, pero, por lo menos, esta le pagaba con dinero abundante. No se permitía con ella ninguna otra codicia que la que sentía por sus monedas.

Con sobresalto, comprendió que la mujer estaba aguardando a que él hablara. Lamiéndose los labios —¿por qué se le secaban tanto cuando la tenía delante?—, abrió la bolsa y colocó sobre la mesa lo que le iba a ofrecer.

—Como ya veis, señora mía, esta vez os traigo muchas cosas. Y muy valiosas.

Una mano pálida y delgada salió de debajo del manto para tocar lo que le habían traído, un objeto tras otro. Apartó con desdén la placa de bronce, adornada con la cabeza del demonio que tanto la fascinaba. El hombre había aprendido a no parpadear. Aunque Leandros hubiera trabajado con afán en aquellas piezas, últimamente la mujer aceptaba pocas de las falsificaciones del corinthio. Miró con atención tres fragmentos de manuscrito, rasgados y raídos, y los dejó un lado. Acarició con los dedos una cabeza de arcilla, tan desgastada por el paso del tiempo que no estaba convencida de que representara de verdad a la criatura que le interesaba a ella. La puso con los pergaminos.

—Dos monedas de oro —dijo suavemente cuando hubo terminado—. Una por la cabeza y otra por los códices. Solo son un duplicado de otros que ya tengo.

Una moneda de oro por la cabeza estaba bien —Galbro había contado con que iba a pagársela solo con monedas de bronce—, pero había esperado dos de oro por cada uno de los manuscritos.

—Pero señora mía —gimoteó—, solo puedo traeros lo que encuentro. No sé leer esa escritura, ni saber si ya los tenéis. No sabéis qué dificultades he tenido que afrontar para serviros, ni cuántos gastos. Cinco de mis hombres han hallado la muerte. He tenido que pagar por los robos. Hombres que…

—¿Cinco hombres muertos? —Sintió la voz de la mujer como un

flagelo que le azotara en la espalda, aunque ni siquiera había elevado el tono.

Se revolvió bajo su mirada; el sudor le resbalaba por el rostro. Sabía que aquella fría mujer apenas toleraba el fracaso, y todavía menos en los hombres que llamaban la atención sobre sí mismos… por ejemplo, dejando cadáveres por las calles. El caso de Baraca era un buen ejemplo de ello. Habían encontrado al kothio colgando por los pies, con toda la piel limpiamente arrancada y, sin embargo, aún vivo. Durante unas pocas y dolorosas horas de alaridos.

—¿En qué has podido meterte, Galbro —siguió diciendo ella, con palabras que, dichas en voz baja, se clavaban cual dagas—, para perder cinco hombres?

—Nada, mi señora. Un asunto privado. No debería ni haberlo mencionado, señora mía. Perdonadme, por favor.

—¡Necio! Tus mentiras estás claras. Tienes que saber que el dios al que sirvo, y a quien tú sirves a través de mí, me ha dado el poder de infligir dolor.

Decía palabras que el cerebro de Galbro no quería comprender; la mano de la mujer trazó una figura en el aire que mediaba entre ambos.

Una luz cegadora estalló tras los ojos del hombre, y el dolor se adueñó de su él; todos los músculos de su cuerpo se contrajeron y retorcieron. Cayó indefenso, todos los miembros le temblaron, y se dobló como si se le fuera a romper el espinazo, hasta que solo la cabeza y los talones, que pateaban sin cesar, siguieron tocando el suelo. Trató de chillar, pero los chillidos no podían pasar por entre las congeladas cuerdas de su garganta, ni tampoco el aliento. La negrura le cubrió los ojos, y encontró un núcleo en su interior que clamaba por la muerte, por cualquier cosa que le permitiera escapar de aquel dolor que todo lo devoraba.

Bruscamente, el tormento cesó, y se desplomó hecho un bulto sollozante.

—Ni siquiera la muerte podría salvarte —susurró ella—, pues la muerte es uno de los reinos de mi dueño. ¡Mira!

De nuevo pronunció palabras que desgarraron el cerebro de Galbro.

Este alzó una mirada suplicante, trató de rogar, pero las palabras se le atravesaron en la garganta. Las águilas se movieron. Él sabía

que estaban muertas; las había tocado. Pero se movieron, y desplegaron las alas. Una emitió un penetrante chillido. La otra caló desde su percha hasta la mesa, y sus grandes garras se aferraron a la madera, y avanzó la cabeza para mirarle, como hubiera mirado a un conejo. Las lágrimas resbalaban sin freno por las flacas mejillas del hombre.

—Te harán pedazos en cuanto se lo ordene —le dijo la mujer velada—. Ahora, habla. Cuéntamelo todo.

Galbro empezó a balbucear. Las palabras brotaron de sus labios como el agua de una fuente. Describió la figura de bronce con minucioso detalle. Cómo había sabido de su existencia y cómo había intentado adueñarse de ella. Pero aun en su terror, se calló la verdadera descripción del gigantesco norteño. Había una pequeña fracción de su ser que quería tomar parte en la muerte de aquel hombre que le había puesto en peligro; otra fracción más grande aún quería que la mujer velada le pagara por la estatuilla. Si ella descubría cómo encontrarla sin su ayuda, tal vez llegara a la conclusión de que Galbro ya no le era útil. Sabía que otros como él estaban también a su servicio, y lo de Baraca le recordaba cuan terrible era la cólera de la mujer. Cuando su torrente de palabras terminó, quedó tumbado en el suelo, aguardando con terror.

—Me desagradan los que me ocultan cosas —dijo ella por fin, y el hombre sintió escalofríos al pensar en su desagrado—. Apodérate de esa estatuilla, Galbro. Si me obedeces en todo, te perdonaré tus mentiras. Si fracasas…

No tuvo que formular la amenaza. Las temblorosas mientes de Galbro le sugirieron una veintena de ellas, cada una peor que la anterior.

—Os obedeceré, señora mía —gimió, al tiempo que frotaba el rostro contra la mugre del suelo—. Os obedeceré. Os obedeceré.

No fue capaz de interrumpir su letanía hasta que el ruido de pasos dejó de oírse en la habitación. Levantando la cabeza, miró nerviosamente por la estancia, y sintió el alegre consuelo de estar solo y todavía vivo. Sus ojos tropezaron con las águilas, y gimió. Volvían a estar inmóviles, pero una tenía el cuerpo adelantado, con las alas a medio alzar, como si hubiera estado presta a calar desde su percha. La otra todavía se aferraba a la mesa, y había vuelto la cabeza para perforarle con su mirada ambarina.

Quiso huir, pero comprendió, con abatimiento, que no podría ir lo bastante lejos, ni con suficiente rapidez para escapar de ella. Aquel maldito norteño era el responsable de su situación. De no ser por él, todo habría seguido igual que antes. En su interior crecía la rabia, reconfortante rabia que le ocultaba su propio terror. Haría pagar al norteño por todo lo que le había ocurrido. Aquel hombre corpulento iba a pagar por ello.

Sinelle no se quitó el velo hasta que estuvo en su palanquín —que carecía de adornos, para garantizar su anonimato— y hubo echado las cortinas de pálido color gris. Sin necesidad de que dijera palabra alguna, los porteadores se la llevaron del patio de la pequeña casa donde se había encontrado con Galbro. No tenían lengua, para que no pudieran ir contando adonde la llevaban, y sabían que su obligación era servirla tan perfectamente como el ladrón de ojos astutos.

Por suerte, siempre acudía preparada a las reuniones como aquella. Un trapo con el que Galbro se había limpiado el sudor y que le había proporcionado otro de sus sicarios, así como unas pocas plumas arrancadas de las águilas, le habían servido como medios para torturar al ladrón. Sinelle podría descansar sin más preocupaciones, porque sabía que el alma de aquel hombre estaba abrasada por la necesidad de absoluta obediencia. Y sin embargo, por una única vez, el suave balanceo del palanquín no la adormeció después de que se repantigara sobre los cojines de seda.

Había algo en la descripción de la estatuilla de bronce que le había hecho el astuto hombrecillo que le cosquilleaba de manera enojosa en algún rincón del ánimo. Sinelle había encontrado muchas representaciones de la cabeza de Al’Kiir, muchos medallones y amuletos repujados con la figura de su cabeza o el símbolo de los cuernos, pero aún no había hallado nunca una figura completa. La que le había descrito Galbro parecía muy detallada; tal vez se tratara de una réplica del verdadero cuerpo del dios. Su rostro palideció de estupefacción. En uno de los fragmentos de manuscrito que había reunido había… algo. Estaba segura de ello.

Apartó ligeramente las cortinas de delante.

—¡Más rápido! —ordenó—. ¡Más rápido, y que Erlik os abrase el

alma!

Los porteadores aceleraron el paso y se abrieron camino entre el gentío, sin prestar atención a las maldiciones que les seguían. Sinelle no se contentaría con proferir maldiciones si no la obedecían. Dentro del palanquín, la mujer, en su frustración, se golpeó la cadera con el puño durante todo el tiempo que le llevó el cruzar la ciudad.

Tan pronto como el palanquín entró en el patio de la mansión, antes de que los porteadores pudieran dejarlo sobre las baldosas de pizarra, Sinelle bajó de un salto. A pesar de sus prisas, el odio le centelleó en los ojos al ver la casa. Aunque fuera tan grande como cualquiera de los palacios de la ciudad, no era un palacio. Las paredes blancas estucadas y el tejado de tejas rojas eran apropiados para la morada de un comerciante. O de una mujer. En virtud de una antigua ley, ninguna mujer, ni siquiera una princesa, podía poseer un palacio dentro de los muros de Ianthe. Pero ella iba a cambiar la ley. ¡Por los dioses!, si sus pronósticos se cumplían, podría cambiarla aquel mismo mes. ¿Por qué tenía que aguardar a que Valdric muriera? Ni siquiera el ejército podría sostenerse contra ella. Iskandrian, el Águila Blanca de Ofir, iba a caer de rodillas a sus pies, así como los grandes señores del reino.

Dejó el manto a una doncella, se arremangó la túnica hasta las caderas y echó a correr sin prestar atención a los siervos que miraban sus veloces y desnudos miembros. Corrió hasta el piso superior de la mansión, a una estancia sin ventanas donde, aparte de ella misma, solo podía entrar otra mujer, y aun con la mente embrujada para que no recordara lo que había visto allí dentro, para que muriera si alguien trataba de arrancarle sus pasmosos secretos.

Los dorados candelabros de las paredes sostenían velas pálidas y perfumadas, mas toda su luz no podía borrar cierto aire de oscuridad, la atmósfera de un santuario del mal. Y en cierto sentido, aquello era un efecto un santuario, aunque sin ídolo, sin un altar para ofrendas votivas. Tres largas mesas, tan pulidas que brillaban, constituían todo el mobiliario de la estancia. Sobre una de ellas había redomas llenas de líquido que burbujeaba en sus cerrados recipientes o brillaba con luz fantasmagórica y frasquitos de polvo nocivo y abominable, los instrumentos de las artes que había

aprendido con gran esfuerzo. La segunda mesa estaba cubierta de amuletos y talismanes; algunos tenían espantosos poderes que Sinelle podía detectar, pero no manejar. Al'Kiir iba a entregárselos.

Pero había corrido hacia la tercera mesa, pues allí tenía los fragmentos de rollos, las rasgadas páginas de pergamino y de papel vitela que, lenta y cuidadosamente, había ido reuniendo a lo largo de los años. Contenían oscuros secretos de hechicerías que el mundo había tratado de olvidar, hechicerías que pronto iban a llevarla al poder. Buscó apresuradamente entre las antiguas páginas y, por una vez, no se preocupó por los trocitos de papel que se desprendían de estas. Encontró lo que había buscado, y leyó sin dificultad alguna un idioma que llevaba mil años muerto. Tal vez fuera la última persona del mundo capaz de leer en aquella lengua extinta, pues Sinelle había estrangulado al erudito que se la había enseñado con su propia barba, y había asfixiado en la cama a su mujer y sus hijos para estar más segura. La muerte guarda los secretos mejor que el oro.

Un fulgor de entusiasmo iluminó sus oscuros ojos, y leyó de nuevo el pasaje que había encontrado.

«Sí, llama al gran dios, ruégale, construye ante la imagen el puente entre mundos, el faro que glorificará el camino del dios hasta ti».

Siempre había pensado que aquel pasaje se refería a la sacerdotisa como puente y faro, y que era ella quien debía ponerse ante la imagen de Al'Kiir, pero lo que había en el interior de la montaña no era una imagen. Era el cuerpo material del dios. Era la imagen lo que había que poner ante la sacerdotisa durante los ritos. La imagen. La figura de bronce. Tenía que ser eso. Un escalofrío triunfal recorrió su cuerpo cuando salía de la habitación.

Una criada, que estaba ocupada en el corredor volviendo a encender las lámparas de plata, fue a cumplir sus órdenes, llevándose el pote de brasas y las tenacillas.

Sinelle no se había dado cuenta hasta entonces de que faltaba muy poco para el anochecer. El crepúsculo llegaría muy pronto a la

ciudad; había perdido un tiempo precioso en su cámara.

—Ve a buscar al noble Taramenón —ordenó—, y dile que venga inmediatamente a mi vestidor. ¡Corre, muchacha!

La criada se marchó corriendo, pues los enfados de la dama Sinelle comportaban castigos en los que más valía no pensar siquiera.

No hizo falta que preguntara si el joven y apuesto aristócrata se encontraba en la mansión. Taramenón quería ser rey, un deseo necio para quien no tenía sangre regia ni dinero, y creía habérselo ocultado a Sinelle. Ciertamente, era el mejor espada de Ofir —la mujer tenía como punto de honor el tomar a su servicio a los mejores espadachines del país—, pero de poco le serviría eso en sus intentos de llegar al trono. Había seguido a Sinelle en sus intrigas porque, en su arrogancia, creía que la mujer no podría reinar sin un marido a su lado; porque creía en su orgullo que podría desposarla. Pensaba conseguir así la corona. Ella no había hecho nada por desengañarle. Todavía no.

Cuando Sinelle entró en el vestidor, cuatro criadas, cuatro esbeltas rubias cuyas túnicas apenas si parecían vapores de seda, se detuvieron solo un momento para doblar la rodilla y pusieron manos a la obra, con gracia propia de bailarinas. Los agentes de Sinelle habían tenido que esforzarse mucho para encontrarlas: cuatro hermanas de sangre noble corinthia, nacidas en cuatro años consecutivos; la propia Sinelle se había encargado de someterlas e instruirlas. La siguieron, dóciles y calladas, mientras andaba de un lado para otro por la estancia, y le fueron quitando los vestidos sin estorbar ni uno solo de sus movimientos. Sinelle, que con sus largos miembros y sus opulentos senos resplandecía más en su desnudez que con las mejores sedas y rasos, permitió que la atendieran. Una sostenía un espejo con el marco de marfil, mientras que otra empleaba delicados cepillos de piel para dar nuevo brillo al kohl que Sinelle tenía en los párpados y al carmín de sus labios. Las otras la frotaban suavemente con paños frescos y húmedos, y la ungían con un raro perfume de Vendhia, que valía una moneda de oro por gota.

Las recias pisadas de las botas de un hombre se oyeron en la antesala, y las bailarinas corrieron a buscar una túnica informal de terciopelo escarlata. Sinelle no quiso alzar los brazos para que se la

pusieran hasta que los pasos se oyeron detrás mismo de la puerta.

Taramenón dio un respingo al contemplar el hipnótico fulgor de sus sedosas curvas, cubiertas al instante, que le saludaron al entrar. Era un hombre alto, de espaldas anchas, pecho robusto, nariz aguileña y profundos ojos castaños que habían derretido el corazón de muchas mujeres. Sinelle estaba contenta de que no siguiera la moda de dejarse barba y prefiriera afeitarse. También se sintió complacida al notar que la respiración se le había acelerado al contemplarla.

—Marchaos —ordenó, al tiempo que se ajustaba el cinturón de raso bermejo de su túnica.

Las muchachas salieron obedientemente de la habitación.

—Sinelle —dijo Taramenón en cuanto hubieron salido, y dio un paso adelante como para tomarla en brazos.

Ella le detuvo con una mano alzada. No había tiempo para tales frivolidades, aunque habitualmente se divirtiera viéndole retorcerse de deseo, de un deseo que no tenía la intención de aplacar. Había averiguado por sus estudios que podía ganar ciertos poderes permitiendo que un hombre la poseyera y consagrando luego esa posesión a
Al'Kiir
; pero conocía los planes de Taramenón. Y había visto a muchas mujeres orgullosas e independientes que se entregaban a un hombre, y luego descubrían que también habían entregado su orgullo y su independencia. No quería verse escuchando sin aliento las pisadas de un amante, sonriendo cuando él riera, llorando cuando él frunciera el ceño, corriendo a atender sus deseos como la más vil de las esclavas. No quería arriesgarse a que le ocurriera aquello. No pensaba entregarse jamás a ningún hombre.

—Manda a tus dos mejores esclavos a que sigan a Galbro —dijo — sin que él se de cuenta. Está buscando una estatuilla de bronce, una imagen de
Al'Kiir
tan grande como el antebrazo de un hombre corpulento, pero es demasiado importante como para confiársela. Cuando Galbro la encuentre, tienen que apoderarse de ella y traérmela en seguida. ¿Lo comprendes, Taramenón? ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho —dijo él con voz ronca y con cierto toque de ira

—. Como me habías llamado a tu vestidor a estas horas, pensaba que querrías otra cosa, no una maldita escultura.

Una sonrisa seductora acarició los carnosos labios de Sinelle; se acercó a Taramenón hasta rozarlo con los pechos.

—Ya tendremos tiempo para eso cuando el trono esté en nuestras manos —le dijo suavemente. Sus finos dedos le tocaron los labios—. Todo el tiempo del mundo. —Los brazos de Taramenón trataron de rodearla, pero Sinelle dio un rápido paso hacia atrás—. Primero el trono, Taramenón, y esa estatuilla de bronce a la que tú maldices es necesaria para conseguirlo. Manda a tu gente esta misma noche. Ahora mismo.

Sinelle vio que una multitud de emociones pasaban por el rostro de Taramenón y se maravilló una vez más de lo transparente que es la mente de los hombres. Sin duda alguna, Taramenón creía que sus facciones no delataban ninguno de sus pensamientos, pero la mujer sabía que el aristócrata estaba añadiendo aquel incidente a muchos otros, y que estaba enumerando los castigos que pensaba infligirle en cuanto fuera suya.

—Se hará, Sinelle —masculló por fin.

Cuando el hombre se hubo marchado, la sonrisa de Sinelle se transformó para expresar triunfante ambición. Iba a tener el poder. Su sonrisa mutó en abierta carcajada. El poder sería suyo, solamente suyo.

5

Durante la noche, las calles de Ianthe estaban oscuras y desiertas, pero cerca del palacio del barón Timeón se movía una sombra. Una figura, cubierta con un manto y embozada, oprimía el cuerpo contra muros de mármol profusamente adornados, y sus ojos verdes y fríos, que sobre los prominentes pómulos recordaban a los de un gato, observaron a los guardias que estaban haciendo la ronda entre las gruesas y aflautadas columnas de alabastro. Apostar a los guardias allí había sido buena idea, pero ¿el hombre que dormía dentro se acordaría de sus propios trucos de ladrón?

El manto cayó al suelo y quedó a la vista una mujer, vestida con una túnica ceñida y calzones ajustados de cuero fino; calzaba flexibles botas rojas. La luz de la luna se reflejaba en sus cabellos pelirrojos y brillantes, que se había atado con un cordel para que no le viniesen delante de la cara. Se despojó con presteza del talabarte y se lo volvió a abrochar de tal manera que la cimitarra turania colgara a sus espaldas; procuró que la bolsa de cuero le quedara en el costado. Sus dedos alargados y fuertes examinaron las níveas tallas de mármol de la pared, y seguidamente trepó como un mono.

Se detuvo bajo el alero del tejado, que era plano. Sus botas crujieron contra los azulejos de pizarra. Él no olvidaba. Sin embargo, a pesar de la reputación que aquella Compañía Libre se estaba labrando en Ofir, solo eran soldados. Los que vigilaban en el tejado seguían un camino regular, como los centinelas de un campamento. Sus rítmicos pasos se acercaron más y más. Y luego se alejaron.

Ágil como una pantera, trepó hasta arriba y corrió con pies silenciosos, ocultándose a la sombra de chimeneas de dos salidas. Cuando pudo asomarse al jardín central en torno al que estaba construido el palacio, se tendió sobre el vientre y miró hacia abajo.

Divisó las ventanas de su dormitorio. No había luz en ellas. Así pues, estaba durmiendo. Había pensado que estaría divirtiéndose con la última adición a su larga lista de mozas demasiado complacientes. Era una de las cosas que mejor recordaba de aquel hombre: su buen ojo con las mujeres y los buenos ojos con que estas le miraban a él.

Había sido fácil encontrarle. Ni siquiera había tenido que pagar sobornos. Le había bastado con hacerse pasar por sirvienta —aunque, a causa de su exuberante belleza, esta tarea no había sido sencilla; las sirvientas que tenían curvas como las suyas no tardaban en promoverse a la cama de su dueño— y charlar en los mercados con las mujeres del palacio del barón Timeón. Le habían hablado gustosas de la gran casa en donde servían, de su obeso dueño y de su cortejo de mujeres en incesante mutación, de los guerreros de dura mirada que había alquilado. Sobre todo, tenían ganas de hablar de los guerreros, reían tontamente y hacían bromas sobre alguna ocasión en que habían vuelto del establo con las espaldas de la túnica llenas de heno y sobre momentos robados en discretos rincones del jardín.

Algunas le habían dicho que había guardias en ese mismo jardín, así como en el techo, pero estos no la preocupaban. Sacó de la bolsa de cuero una cuerda tejida con sedas teñidas de negro, a cuyo extremo colgaba un garfio almohadillado. Las puntas de metal se clavaron en los relieves de espirales y volutas del borde del tejado; la cuerda descendió en la oscuridad sin ser vista. Era lo bastante larga como para alcanzar la habitación adonde quería llegar.

Tardó unos momentos en bajar, y entró en la habitación. Estaba tan oscura como el Séptimo Infierno de Zandrú. Aferró el puño de su daga… y se quedó inmóvil. ¿Y si había algún error en su información? No quería matar a otro hombre. Tenía que estar segura.

Maldiciendo para sus adentros su propia necedad, encontró a tientas una mesa, una lámpara… y, sí, el pote de brasas y unas tenacillas. Sopló suavemente en el carbón hasta avivar la llama, lo aplicó a la mecha. La luz se encendió, y la mujer dio un respingo al contemplar lo que había en la mesa, detrás de la lámpara de bronce. Una astada malevolencia la estaba observando desde allí. Solo se trataba de una figura de bronce, pero ella percibía maldad en aquel

objeto, y un instinto primario que moraba muy hondo en sus entrañas le dijo que estaba dirigida contra las mujeres. ¿Tanto había cambiado aquel hombre como para tener una monstruosidad tal en su habitación? ¡El hombre al que buscaba!

Con palpitos en el corazón, se volvió y alzó la daga. Aún dormía, como un joven gigante repantigado en su sueño. Conan de Cimmeria. Con pasos suaves se acercó aún más a su cama, devorándole con los ojos, devorando los rasgos de su faz, la anchura de sus hombros, los grandes brazos que…

«Basta», se ordenó a sí misma. ¿Cuántos agravios le había infligido aquel hombre? La mujer había vivido en las llanuras de Zamora y de Turan, libre como el halcón, hasta que vino Conan y provocó el fin de su cuadrilla de bandoleros. Por su estúpido honor de hombre, y por un estúpido juramento que ella le había hecho formular en un momento de cólera, había permitido que la vendieran como esclava a una zenana de Sultanapur. Cada ocasión en que la fusta le había besado las nalgas, cada ocasión en que se había visto obligada a bailar desnuda para el placer del gordo comerciante al que había tenido por dueño, pesaba sobre los hombros de Conan.

Cuando por fin logró escapar y huir a Nemedia, donde se erigió en reina de los contrabandistas de aquel país, Conan había aparecido de nuevo. Y antes de que pudiera terminar con él, había tenido que cargar en bestias de carga sus riquezas adquiridas con gran dificultad y huir de nuevo.

Había escapado de Conan, pero no de su recuerdo, el recuerdo de los ardores que este le inspiraba, ardores que la mujer había llegado a anhelar, como el fumador de loto amarillo siente anhelo de su pipa. Aquel recuerdo la había acosado, la había empujado a la vida desordenada y a los excesos que incluso la licenciosa corte de Aquilonia había hallado sorprendentes. Solo cuando hubo gastado todo el oro conoció de nuevo la libertad. Volvió una vez más a la vida que amaba, vivió de su inteligencia y de su espada. Buscó un nuevo país, Ofir, y organizó una nueva cuadrilla de bandidos.

¿Cuántos meses habían pasado desde que oyó los primeros rumores acerca de un corpulento norteño, cuya Compañía Libre era el terror de todos quiénes se le opusieran? ¿Durante cuánto tiempo había tratado de convencerse de que aquel no era el mismo hombre

que siempre la llevaba a la ruina? Una vez más coincidían en el mismo reino, pero ahora no pensaba huir. Se libraría de él por fin. Con un gemido, alzó la daga y acuchilló.

Un extraño sonido penetró en los sueños de Conan —«un gemido de mujer», pensó, medio adormilado— y le despertó. Apenas si tuvo tiempo de ver una figura al lado de su cama y la daga que se abatía sobre él, pero se apartó en el mismo instante.

La daga se clavó en el colchón sobre el que había reposado el pecho de Conan, y la inercia del fallido golpe hizo caer sobre él a la atacante. El cimmerio la aferró de inmediato —en un rincón de su mente, advirtió su extraña blandura— y la arrojó al otro extremo de la habitación. Al instante, saltó de la cama, agarró la empuñadura envuelta en raído cuero de su sable y arrojó a un lado la vaina. Entonces, vio claramente por primera vez a su enemiga.

—¡Karela! —exclamó.

La belleza pelirroja que se estaba incorporando cautamente al lado de la pared le gruñó.

—¡Sí, que Derketo maldiga tus ojos! Así la diosa te hubiera hecho dormir un momento más.

Conan vio la daga clavada en el colchón, y enarcó las cejas. Pero solo dijo:

—Yo creía que te habías marchado a Aquilonia para llevar una vida de damisela.

—No soy una damisela —dijo ella—. ¡Soy una mujer! ¡Soy lo bastante mujer como para acabar contigo de una vez por todas!

Se llevó la mano al hombro y súbitamente cargó contra él, blandiendo tres pies de acero curvo y afilado como una navaja.

La cólera se inflamó en los ojos azules y gélidos de Conan, y este, alzando la espada, paró estrepitosamente la acometida de la mujer. El asombro apareció en el rostro de Karela, quedó boquiabierta de incredulidad, pues había estado a punto de tener que soltar la espada. Dio un paso hacia atrás y, desde aquel momento, solo pudo luchar a la defensiva ante el veloz acero del cimmerio. No la obligaba a retroceder, pero avanzaba cada vez que ella daba un paso atrás. Y Karela solo podía dar pasos hacia atrás para alejarse de la fuerza de aquellos ataques, jadeaba, estaba desesperada por acometerle, aun cuando no hallara la más mínima ocasión. De la misma manera que se aseguraba de que su arma solo

golpeara la espada de la mujer sin herirla a ella, Conan también procuraba poner toda su fuerza en cada uno de los ataques y de hacer que Karela los sintiera hasta las plantas de los pies. La fría sonrisa de su rostro, que no se alteraba en la pelea, le oprimía el corazón a su enemiga. Se estaba burlando de ella, la estaba hiriendo más profundamente que el acero.

—¡Que Derketo te maldiga, bárbaro de músculos hinchados! —le gritó.

Con agudos ecos metálicos, el cimmerio le arrebató la cimitarra. Por un instante, Karela no se movió, y entonces se lanzó a recoger el arma caída.

Conan arrojó a un lado el sable y la agarró a medio salto por la espalda de la túnica. La tela, que ya se resentía de sus más que opulentos senos, se rasgó por delante; el mismo impulso que la mujer había tomado hizo que perdiera una parte de la túnica y quedara desnuda hasta la cintura. Al momento, Conan le sujetó los brazos a los costados con el jirón de tela. Se encontró con que había capturado a una arpía que le escupía y le arreaba patadas. Se fijó, sin embargo, en que aquella arpía aún contaba con los pechos más bellos y redondeados que había visto desde hacía mucho tiempo.

—¡Cobarde! —gritaba ella—. ¡Vástago de cabra enferma! ¡Enfréntate a mí con la espada, y te escupiré como al capón que eres!

Conan la colocó fácilmente sobre la cama, se sentó él mismo y la puso sobre sus rodillas. Dominó fácilmente su frenética pataleta.

—¡Oh, no! —murmuró ella—. ¡Eso no! ¡Cimmerio, te voy a trinchar el corazón! ¡Te cortaré tus partes si…!

Un aullido interrumpió su diatriba, pues la gran mano de Conan acababa de aterrizarle con fuerza sobre las nalgas, cubiertas tan solo por los ajustados calzones.

Alguien llamó con el puño a la pesada puerta de madera, y se oyó en el corredor la voz de Macaón.

—¿Qué ocurre ahí dentro, Conan? ¿Estás bien?

—Todo va bien —respondió Conan—. Solo estaba aleccionando a una muchachita rebelde.

Al oír aquello, Karela, furiosa, se puso a forcejear en vano en un intento de librarse de sus manos de hierro.

—Suéltame, cimmerio —bramó—, o te colgaré de los talones

sobre un fuego lento. ¡No me toques, ojalá Derketo haga que se arruguen tus partes!

Conan le respondió con un azote que tuvo como respuesta otro aullido de maldición.

—Has querido matarme, muchacha —dijo lentamente, marcando el ritmo de cada palabra con la encallecida palma de la mano—. Has traicionado mi confianza desde el primer día en que te puse los ojos encima. En Shadizar permitiste que trataran de matarme sin decirme una sola palabra de advertencia. —Las imprecaciones que le chillaba Karela ni siquiera se entendían ya; la mujer daba patadas al aire, pero Conan no se detuvo—. En los Montes Kezankios, me entregaste a un hechicero. Allí te salvé la vida, pero en Nemedia sobornaste con oro a mis carceleros para que me torturaran. ¿Por qué? ¿Por qué has querido clavarme un cuchillo en el corazón mientras dormía? ¿Es que alguna vez te he hecho daño? ¿Tienes el alma llena de traición, mujer?

Una súplica a medio formular se abrió paso entre sus chillidos y penetró en la ira de Conan; mató su furia y refrenó su mano. ¿Karela le estaba suplicando? Independientemente de lo que hubiera hecho o de lo que hubiera tratado de hacer, aquello no estaba bien. De la misma manera que era incapaz de matarla, tampoco era capaz de quebrantar por completo su orgullo. La echó de su regazo y la dejó caer al suelo, a sus pies.

El rostro de Karela, surcado de lágrimas, se desfiguraba con cada sollozo; la mujer se tanteó cuidadosamente las nalgas con sus finas manos. Entonces, como si de repente hubiera recordado la presencia de Conan, las apartó de allí; sus húmedos ojos verdes se clavaron en él como dagas.

—Que Derketo te reviente los ojos, cimmerio —dijo entrecortadamente—, y que Erlik se quede tu alma como juguete. Ningún hombre que me haya tratado como tú ha quedado nunca con vida.

—Tampoco ha habido nunca ningún hombre o mujer —le respondió él tranquilamente— que me haya tratado con tanta doblez como tú sin incurrir en mi enemistad. Y con todo, no puedo obligarme a odiarte. ¡Pero esto! Tú nunca habías asesinado a traición, Karela. ¿Lo has hecho por oro? Tú siempre has amado el oro por encima de todas las cosas.

—¡Lo he hecho por mí misma! —le espetó la mujer, y se golpeó la cadera con el puño. Entrecerró los ojos y bajó la voz hasta convertirla en susurro—: Tu presencia convierte mis músculos en vino. Tu mirada derrite mi voluntad. ¿Cómo no voy a querer tu muerte?

Conan sacudió la cabeza, asombrado. Nunca había pretendido comprender a las mujeres, y todavía menos a aquel fiero halcón. Una vez más, se veía reafirmado en su convicción de que los dioses que crearon al hombre no fueron los mismos que crearon a la mujer.

Como Karela estaba arrodillada, desarreglada, desnuda hasta la cintura, Conan no sentía tan solo asombro. Aquella mujer tenía prodigiosas curvas que alegraban la vista, una maravillosa mezcla de blandura y firmeza que deleitaba al tacto. La mujer siempre había sido capaz de suscitarle deseos, aunque a menudo los aprovechara para tratar de doblegarle a su voluntad. Repentinamente, Conan llegó a la conclusión de que no tenía ninguna prisa por saber cómo y por qué había llegado Karela a Ofir. La puso de rodillas con suavidad.

Los claros ojos verdes de la joven, todavía temblorosos, se abrieron nerviosamente.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con voz vacilante. Conan le quitó el jirón de túnica y lo arrojó a un lado. Karela se mordió el carnoso labio inferior con sus dientes pequeños y blancos, y negó con la cabeza—. No —dijo sin aliento—. No quiero. No. Por favor.

Conan la puso fácilmente sobre la cama, le descalzó las flexibles botas y le quitó los ajustados calzones de las largas piernas.

—Te odio, Conan. —Pero había cierta curiosa nota de súplica en su afirmación—. He venido a matarte. ¿Es que no lo entiendes?

Conan arrancó la daga del colchón y la sostuvo a dos dedos del rostro de Karela.

—Tómala, si de verdad quieres que muera.

Durante el tiempo en que se tarda en tomar aliento tres veces, la miró a los ojos. Convulsivamente, la mujer apartó el rostro. Conan sonrió y, tras dejar caer despreocupadamente la daga al suelo, le arrancó gemidos que no tenían nada que ver con el dolor.

6

La luz del sol que se colaba por las ventanas despertó a Conan. El cimmerio abrió los ojos y vio la daga de Karela, que de nuevo estaba clavada en el colchón hasta la empuñadura. Además, había un trozo de pergamino sujeto en la hoja. Karela se había marchado.

—Maldita sea esa mujer —murmuró Conan, y arrancó el pergamino.

Había algo escrito, con trazos gruesos y alargados.

Otra deuda que se añade a lo que ya me debes. La próxima vez morirás, cimmerio. No pienso huir de otro país por tu culpa. Por las tetillas de Derketo, te juro que no lo haré.

Frunció el ceño, y estrujó el pergamino. Era propio de ella: le había abandonado antes de que despertase y le había dejado amenazas, pero sin darle ninguna respuesta a sus preguntas. Conan había pensado que ya no le amenazaría más; había disfrutado de aquella noche tanto como él, en ningún momento le había dado pie a dudarlo.

Presurosamente, se vistió y bajó a las estancias principales de palacio. Todavía se estaba ciñendo el talabarte en torno a la cintura cuando entró en la alargada sala donde comía su compañía, cerca de la cocina que Timeón les había cedido. El sencillo y sano pienso que preparaba Fabio era una ofensa para los cocineros de palacio; eso decía el barón. Unos treinta guerreros mercenarios, sin armaduras, pero con las armas pendiendo del cinturón, estaban dispersos entre toscas mesas de caballete que habían sacado de los establos. Macaón y Narus se habían sentado juntos, y no estaban tan absortos en las botas de cuero repletas de cerveza que sostenían con el puño, ni en los cuencos de madera llenos de estofado, como para no darse cuenta de la entrada de Conan.

—Eh, cimmerio —le llamó Macaón con fuerte voz—. ¿Cómo te

fue anoche con aquella, ah, muchachita rebelde?

Un corro de bastas risas dejó bien claro que había contado la historia a los demás.

Conan se preguntó por qué aquel maldito necio no podía tener el pico cerrado. Dijo en voz alta:

—Dobla la guardia del tejado, Macaón. Y diles que tengan los ojos y los oídos bien atentos. Si siguen como ahora, todo un coro de vírgenes del templo podría entrar sin ser visto.

Narus rio tristemente, con la cara amorrada a la cerveza, mientras Conan se sentaba a horcajadas en un banco que estaba enfrente de ellos.

—La moza era demasiado rebelde, ¿verdad? Así se comportan todas las mujeres: se muestran menos complacientes cuando más las quieres.

—¿Tienes que pegarlas a todas? —le preguntó Taurianus, con cierto retintín de celos en su tono guasón—. Yo pensé que sus chillidos acabarían por hundir el techo.

—¡Comida! —bramó Conan—. ¿Es que tengo que morirme de hambre?

—Hay un buen bocado en la cocina —dijo Macaón, riendo entre dientes—. Yo podría acabármelo todo.

Le dio un codazo a Narus cuando Julia salió de la citada cocina, sosteniendo con cierta dificultad un cuenco de estofado, un mendrugo de pan y una jarra de cerveza.

Había cambiado mucho desde la última ocasión en que Conan la viera. Llevaba el largo y pelirrojo cabello atado con una cinta verde y se había quitado todo el carmín y el kohl de la cara, que ahora tenía cubierta de sudor a causa de los fuegos de la cocina. Conan supuso que su larga túnica de suave lana blanca, manchada de hollín y húmeda de agua jabonosa, pretendía ser discreta, pero se pegaba a sus curvas de tal manera que atraía la mirada de todos los que estaban en la sala.

—Tienes que hablar con ese hombre —dijo al traerle la comida a Conan. Este la miró con interrogación y ella, con dramático gesto, señaló la cocina con la mano—. Ese nombre. Fabio. Me ha amenazado… con una fusta. Dile quién soy.

Conan llenó de estofado una cuchara de cuerno. Era lo que comían los mercenarios, en una u otra variedad, dos veces cada día:

por la mañana y por la noche.

—Tú trabajas en las cocinas —dijo Conan—. Están a cargo de Fabio. Aunque fuera una reina quien le fregara los potes, él la azotaría si lo hiciese mal. Más te vale aprender a hacerlo como él te diga.

Julia escupió con indignación, y volvió a hacerlo cuando Macaón soltó una carcajada.

—Te das demasiados aires, moza —dijo, riendo entre dientes, el canoso veterano—. Además, estás bien acolchada. —Y la pellizcó con los cinco dedos para confirmarlo.

Chillando, la pelirroja muchacha pegó un salto. Agarró el cuenco de Conan y lo vació sobre la cabeza de Macaón. Narus estalló en carcajadas tan fuertes que acabó por toser.

—Niña tonta —masculló Conan—, me lo estaba comiendo. Tráeme otro cuenco, y no te hagas esperar.

—Ve a buscarlo tú —le replicó Julia—. O muérete de hambre, ya que te gusta comer con gente de esta calaña.

Giró sobre sus talones y, envarada, se metió en la cocina.

Un estupefacto Macaón se iba quitando con los dedos los trozos de carne estofada que tenía en la cara.

—Creo que seré yo quien le dé con la fusta a esa zorra engreída —murmuró.

—Sé paciente con ella —le dijo Conan—. Acabará por aprender, tanto si le gusta como si no. Está acostumbrada a una vida más cómoda que esta a la que debe enfrentarse ahora.

—Ya me gustaría a mí amansarla —le respondió Macaón—. Pero no la tocaré porque es tuya, cimmerio. Conan negó con la cabeza.

—No es mía. Ni tampoco es tuya, mientras ella no diga que lo es. Si necesitas una ramera, en esta ciudad las hay a montones.

Los dos hombres le miraron perplejos, pero asintieron, y Conan se dio por satisfecho. Tal vez creyeran que quería quedarse con la muchacha —aunque debían de preguntarse por qué intentaba mantenerlo en secreto—, pero no le exigirían a la joven más de lo que esta quisiera darles. Y harían correr la voz por la compañía, y con ello la protegerían también frente a otros. Conan no sabía por qué no hacía realidad aquel rumor, salvo quizás por Karela. Le costaba pensar en otras mujeres cuando aquella ardiente moza andaba cerca.

En todo caso, Karela le traería diez veces más problemas que Julia, y con la mitad de esfuerzo. Era una mujer que mantenía su palabra. Si Conan no encontraba una manera de detenerla, ella acabaría por clavarle una hoja de acero entre las costillas. Aún peor: era vengativa como un estigio. Si le era posible, destruiría la Compañía Libre antes de matarlo a él.

—¿Habéis oído hablar de alguna mujer bandida? —dijo, afectando despreocupación.

—Tendré que tomar un baño para limpiarme todo esto —masculló Macaón, al tiempo que se quitaba un trozo de carne de entre el cabello. Se lo metió en la boca—. No he oído hablar de nada parecido. Las mujeres no están hechas para el bandidaje, sino para otras cosas.

—Yo tampoco —dijo Narus—. Las mujeres no pueden dedicarse a oficios violentos. Salvo quizás la zorra pelirroja con la que nos encontramos en Nemedia. Decía ser una bandida, aunque yo nunca había oído hablar de ella. Aquella ramera pechugona se ofendió porque yo no conocía su fama. ¿Recordáis?

—No es una ramera —dijo Conan—, y te trincharía el hígado si oyera que hablas así de ella.

En el mismo momento en que hubo dicho estas palabras, deseó haber callado la boca.

—¡Está aquí! —exclamó Macaón—. ¿Cómo se llamaba?

—Karela —dijo Narus—. Tenía un genio de mil demonios. De repente, Macaón se echó a reír.

—La moza de la pasada noche era ella. —Se encogió de hombros al ver que Conan le estaba mirando con ira—. Bueno, no hay ninguna mujer en todo palacio a la que tuvieras que calentarle el trasero para que se metiera entre tus sábanas. Tuvo que ser ella. Yo no me iría a la cama con esa mujer sin espada ni armadura, y quizás apostaría también a un hombre que me vigilara las espaldas.

—Era ella —dijo el cimmerio, y añadió de mala gana—: Trató de clavarme una daga.

—Eso me parece propio de la mujer que conocí —dijo Narus, riendo entre dientes—. Por cómo gritaba, me imagino que le enseñaste mejores modales.

—Sería divertido —graznó Macaón— meterlas a Julia y a ella dentro de un saco.

Narus rio hasta que las lágrimas le resbalaron por el rostro.

—Yo pagaría por verlas pelear.

—Erlik os maldiga a los dos —gruñó Conan—. Esa mujer nos traerá más peligros que diversiones. Cree que la he agraviado y, si puede, le causará problemas a la compañía.

—¿Qué puede hacer una mujer? —dijo Narus—. Nada.

—Yo no pondría la mano en el fuego por ello —le dijo Conan—. No, si la mujer es Karela. Quiero que preguntéis por ella en los mesones y los burdeles. Tal vez haya cambiado de nombre, pero no puede cambiar de aspecto. Una bandida pelirroja, con un cuerpo que recuerda al de las doncellas de Derketa, tiene que ser conocida por alguien. Decid a los demás que también estén atentos.

—¿Y por qué no la curas de sus agravios como hiciste la pasada noche? —le preguntó Macaón—. Unos azotes en el trasero, y a la cama. Bueno, está bien… —Alzó las manos en señal de reconciliación al ver que Conan se estaba irritando de nuevo—. Preguntaré por ella en los burdeles. Por lo menos, así tendré una excusa para pasar más tiempo en la Casa de las Palomas.

—No te olvides de la Casa de las Vírgenes de Miel —añadió Narus.

Conan frunció el ceño sin decir nada. Aquellos necios no conocían a Karela tanto como él. Esperó, por el bien de la compañía, que la encontraran antes de que fuera demasiado tarde. De pronto, se acordó de la cuchara llena de estofado que aún sostenía en la mano y se la llevó a la boca.

—Fabio está volviendo a guisar carne de caballo —dijo, después de engullirla.

Narus se detuvo con la cuchara a medio levantar.

—¿Carne de caballo? —murmuró.

Macaón miró su cuenco, como si hubiera esperado que saltara de la mesa para atacarle.

—De caballo —dijo Conan, y arrojó la cuchara sobre la tosca mesa.

Narus tuvo arcadas. Solo cuando hubo salido de la estancia, el cimmerio se permitió una sonrisa. A él le parecía que aquella carne sabía a vaca, pero Macaón y Narus se merecían sufrir un poco por la comida que les daba Fabio.

—¡Conan! —Julia salió corriendo por la misma puerta por la

que el cimmerio acababa de pasar, y se estrelló contra su pecho cuando este se volvió. La muchacha agarraba su propia túnica por el talle y arrugaba la tela nerviosamente.

—Conan, tú no… quiero decir que, la pasada noche… es decir… —Calló por unos momentos, y respiró hondo—. Conan, tienes que hablar con Fabio. Me ha pegado. Mira. —Dio media vuelta, y se levantó la túnica para mostrarle las redondeces de alabastro de sus nalgas.

Conan apenas si pudo distinguir una marca rosada cerca del muslo. La miró a la cara. Julia tenía los ojos entrecerrados; se estaba humedeciendo los carnosos labios con la punta de la lengua.

—Voy a hablar con él —le dijo Conan severamente. La muchacha abrió los ojos como platos, y una sonrisa iluminó su rostro—. Le diré que tiene que pegarte con más fuerza, si quiere poner en vereda a una pinche testaruda.

—¡Conan! —dijo ella, gimiendo. Se cubrió al instante, y se alisó la pálida lana sobre las caderas. Sus ojos se endurecieron como sendos zafiros—. La pasada noche, tuviste una mujer en tu… en tu habitación. Pa… pasé por el corredor y lo oí.

Conan sonrió, y vio como la muchacha enrojecía hasta las orejas. Así que había estado escuchando en su puerta, ¿eh?

—¿Y a ti qué te importa? —le preguntó—. Estás aquí para fregar pucheros y remover el estofado, para ayudar a Fabio. No para pasearte por pasillos del palacio donde no tienes nada que hacer.

—Pero tú me besaste —protestó ella—. ¡Y cómo me besaste! No puedes hacerme sentir así y luego marcharte. ¡Soy una mujer, maldito seas! ¡Tengo dieciocho años! No puedes deshacerte de mí como si fuera un juguete.

Conan notó que, por segunda vez en pocas horas, una mujer reivindicaba ante él su femineidad. Pero ¡qué contraste existía entre ambas! Karela era valiente y retadora, aun cuando se fundiera de pasión; Julia tenía miedo, pese a toda su jactancia. Karela sabía bien cómo son los hombres y las mujeres; Julia se había trastornado por un beso. Karela sabía quién era y qué quería. Julia…

—¿Quieres venir a acostarte conmigo? —le dijo suavemente, tomándole la barbilla con la mano y obligándola a levantar la cabeza. El rostro y el cuello de Julia se pusieron de color escarlata, pero la muchacha no trató de apartarse de él—. Di que sí, y ahora

mismo te llevo a mi cama.

—Los demás —murmuró Julia—. Lo van a ver.

—Olvídalos. Tienes que decidirlo tú.

—No puedo, Conan. —Cuando el cimmerio la soltó, se puso a gimotear, y se acercó a él, como queriendo que la tocara—. Quiero decirte que sí, pero me da miedo. ¿No podrías, simplemente… tomarme? Sé que los hombres hacen cosas como esa. ¿Por qué me quieres hacer arrastrar esa carga?

Apenas si diferían en cuatro años, pero en aquel momento Conan se sentía como si les hubieran separado cuatrocientos.

—Porque no eres una esclava, Julia. Dices que eres una mujer, pero cuando lo seas de verdad podrás decir sí o no, y sabrás lo que eso significa. Pero hasta entonces… yo solo llevo mujeres a mi cama, y no niñas asustadas.

—Erlik te maldiga —dijo ella amargamente. Al instante se arrepintió, y alargó una mano para tocarle la mejilla—. No, no quería decir eso. Me confundes tanto… Cuando me besaste, hiciste que quisiera ser mujer. Vuelve a besarme, y me harás recordar. Bésame, y me darás el coraje que necesito.

Conan la agarró y, en aquel mismo momento, un grito de dolor y rabia resonó por los corredores. El cimmerio se volvió y echó mano del puño envuelto en cuero de su espada. Volvió a oírse el chillido, que sin duda alguna provenía de arriba.

—Timeón —murmuró. Desenvainó la espada y echó a correr. En su carrera gritaba—: ¡En pie, canallas sifilíticos! ¡El barón está chillando como una mujer en el parto! ¡A las armas, malditos seáis!

Los siervos y esclavos corrían histéricamente, chillaban y agitaban los brazos en alto al oír sus gritos. Los hombres de la compañía, tras abandonar los rincones donde habían estado reposando, les apartaban a empujones sin ningún remordimiento. Después de ponerse los yelmos y blandir espadas, un grupo creciente de guerreros subía por las escaleras de mármol tras el corpulento cimmerio.

En el pasillo por el que se llegaba a la estancia de Timeón, los dos guardias que Conan había mandado apostar allí contemplaban pasmados la puerta de vistosas tallas. Conan se arrojó a gran velocidad contra la puerta y la abrió.

Timeón yacía en el centro de una polícroma alfombra

iranistania, su cuerpo se agitaba convulsivamente, golpeaba el suelo con los talones, se clavaba en la garganta las uñas de sus manos regordetas. Tenía la cabeza echada para atrás, y cada vez que lograba tomar aliento lo expulsaba gritando. Tivia, su querida, estaba arrimada a la pared, se oprimía con fuerza su propio manto contra el cuerpo, y sus ojos, grandes y oscuros, estaban clavados, con expresión de horror, en el hombre que se debatía indefenso. Cerca de Timeón había una copa volcada y un charco de vino sobre la alfombra.

—¡Por los infiernos de Zandrú! —masculló Conan. Vio a Macaón, que se estaba abriendo camino entre los hombres que se agolpaban en el pasillo—. Trae un médico, Macaón. ¡Rápido! ¡Han envenenado a Timeón!

—Tenemos a Boros en las cocinas —le respondió el tatuado mercenario. Conan vaciló, y el otro lo advirtió—. Maldición, cimmerio, tardaríamos la mitad de un día en encontrar otro.

Las convulsiones de Timeón eran cada vez más débiles; sus chillidos se habían convertido en gemidos de dolor. Conan asintió.

—Hacedle venir, pues.

Macaón desapareció, y Conan se volvió hacia el hombre tendido en el suelo. ¿Cómo habían podido envenenar a aquel estúpido? La respuesta podía significar la vida o la muerte para él y para el resto de la compañía. Tenía que encontrar una respuesta antes de que aquel asunto quedara a cargo de los torturadores del rey. Valdric podía fingir que ignoraba gran parte de lo que estaba ocurriendo en su país, pero no pasaría por alto el asesinato de un noble a la misma sombra del trono.

—¡Narus! —gritó Conan. El mercenario de chupadas mejillas se asomó a la estancia—. Encárgate de que el palacio quede cerrado. Que no salga nadie, ni tampoco ningún mensaje, mientras yo no lo diga. ¡Venga, date prisa!

Al mismo tiempo que Narus se marchaba, Macaón irrumpió en la alcoba acompañado por Boros. Conan se alegró de ver que, por lo menos, el antiguo aprendiz de mago parecía sobrio.

—Lo han envenenado —dijo el cimmerio. Boros le miró de la misma manera en que habría mirado a un niño.

—Eso ya lo veo.

Mientras hurgaba en su bolsa, el anciano de barba gris se

arrodilló al lado de Timeón. No tardó en sacar una piedra blanca y lisa, tan grande como el puño de un hombre, y un pequeño cuchillo. Con dificultad, logró estirar uno de los brazos del barón, le arremangó la túnica e hizo una profunda incisión. Cuando brotó la sangre, apretó la piedra blanca contra la herida. Apartó la mano, y la piedra quedó adherida; se estaba tiñendo de negro.

—Es piedra bezoar —dijo Boros a todos los que estaban en la estancia—, supremo remedio contra el veneno. Estrictamente hablando, es un instrumento médico, pero yo la encuentro útil. Sí.

Se tiró de las abundantes barbas y empezó a examinar la piedra. Había quedado completamente negra, y mientras la observaban se volvió aún más negra, como ceniza chamuscada, como pluma de cuervo, y todavía más negra. De pronto, se partió por la mitad. En el mismo instante, Timeón echó su último aliento por la garganta y el obeso barón dejó de moverse.

—Ha muerto —murmuró Conan—. ¡Creía que habías dicho que esa maldita piedra era el remedio supremo contra el veneno!

—¡Mírala! —gimió Boros—. Está echada a perder. Solo ha podido lograrlo una cantidad de veneno suficiente para matar a diez hombres. No podría haberle salvado ni con un saco lleno de piedras bezoar.

—Entonces, lo han asesinado —murmuró Narus: Se oyó un murmullo de inquietud entre los hombres del pasillo.

Conan aferró la espada con más fuerza todavía. La mayoría de los sesenta que le seguían habían sido reclutados en Ofir; se trataba de una cuadrilla políglota, procedente de media docena de países, y su lealtad para con el cimmerio no era tan fuerte como la del pequeño grupo inicial. Le habían acompañado a menudo a la batalla —así era la vida que llevaban, y se conformaban con ello—, pero, a menos que encontraran en seguida al asesino, el miedo a ser interrogados lograría lo que ningún enemigo había conseguido. Se dispersarían a los cuatro vientos.

—¿Quieres que encuentre al que envenenó el vino? —le preguntó Boros.

Por unos instantes, Conan quedó estupefacto.

—¿Puedes hacerlo? —le preguntó por fin—. Que Erlik te haga reventar, ¿estás sobrio? Si cometes algún error de borracho, habré de rasurar tu cadáver.

—Estoy tan sobrio como un sacerdote de Mitra —le respondió Boros—. Más que la mayoría. Tú, muchacha. ¿El vino ha salido de ahí? —Señaló una jarra de cristal, llena hasta la mitad de vino del color del rubí, que reposaba cerca del lecho sobre una mesa. Boros sacudió la cabeza—. No importa. No veo más jarras, así que el vino tiene que haber salido de allí. —Se puso en pie con un gruñido, y volvió a hurgar en su bolsa.

—¿Está sobrio de verdad? —le preguntó Conan en voz baja a Macaón.

El canoso soldado tiraba nerviosamente de tres finos aros de oro que colgaban del lóbulo de su oreja derecha.

—Eso creo. A Fabio le gusta su compañía, pero no suele dejarle beber. No muy a menudo.

El cimmerio suspiró. Para evitar los hierros al rojo vivo, tendrían que confiar en un hombre que, por error, los podía dejar a todos enfermos de lepra.

Con un tizne de carbón, Boros dibujó figuras sobre la mesa, en torno a la jarra de vino. Empezó a salmodiar lentamente, en voz tan baja que sus palabras eran ininteligibles para los otros que se hallaban en la estancia. Con la mano izquierda, esparció sobre la jarra un polvillo que llevaba dentro de un pergamino doblado; con la diestra, trazó extrañas figuras en el aire. Estaba apareciendo un fulgor rojizo en el recipiente de cristal.

—Ya está —dijo Boros, bajando las manos—. En realidad, ha sido sencillo. —Miró a la jarra y frunció el ceño—. Cimmerio, el envenenador está cerca. Este fulgor lo revela.

—Por Crom —murmuró Conan.

Los hombres que habían estado a la puerta retrocedieron hasta el pasillo.

—Cuanto más se acerque el vino a quien lo ha envenenado —dijo Boros—, con más fuerza brillará.

—Empieza a buscarlo —le ordenó Conan.

Tras coger la jarra, Boros se acercó a Macaón. El fulgor no se alteró. Cuando pasó por delante de la puerta y acercó brevemente la jarra a los nombres que estaban fuera, perdió brillo. Bruscamente, el barbudo anciano oprimió el recipiente lleno de vino contra el pecho de Narus. El mercenario de chupadas mejillas dio un paso hacia atrás; el fulgor no se intensificó.

—Qué lástima —murmuró Boros—. Y eso que tienes facha de envenenador. Entonces, solo nos queda…

Todos los ojos que había en la estancia se volvieron hacia Tivia, que seguía de pie, con la espalda arrimada a la pared. La muchacha se sobresaltó cuando la miraron y movió violentamente la cabeza de un lado para otro, pero no dijo nada. Boros se acercó a la joven y sostuvo delante de ella la jarra de refulgente vino. A cada zancada que daba, la luz se volvió más intensa, hasta que, cuando Boros se detuvo a menos de un paso de la muchacha, pareció que la vasija de cristal contuviera rojo fuego.

Tivia apartó la mirada de la luminosa jarra.

—¡No! —gritó—. Esto es alguna especie de truco. El que puso el veneno en el vino también lo hechizó.

—¿Hechicero, además de envenenador? —le preguntó suavemente Boros.

Profiriendo un juramento, Conan se acercó a ellos.

—¡Dime la verdad, muchacha! ¿Quién te ha pagado? —Ella negó con la cabeza—. No tengo estómago para torturar a una mujer —siguió diciendo el cimmerio—, pero puede que Boros disponga de algún hechizo que te obligue a decir la verdad.

—Bueno, vamos a ver —murmuró el anciano—. Ah, sí, creo que tengo lo que necesitamos. El hechizo de envejecimiento. Cuanto más tardes en decir la verdad, más envejecerás. Pero ese hechizo actúa con rapidez, niña. Yo, en tu lugar, me apresuraría a confesar, porque si no saldrás de esta habitación convertida en una vieja desdentada. Sería una lástima.

Los ojos de Tivia miraban desesperadamente, ora al cimmerio de torvo rostro, ora a aquel otro hombre de apariencia tranquila que había formulado la terrible amenaza.

—No sé su nombre —dijo, dejándose caer contra la pared—. Llevaba una máscara puesta. Me dio cincuenta monedas de oro junto con un polvillo, e iba a pagarme otras cincuenta cuando Timeón hubiera muerto. No puedo deciros más. —Sollozando, se sentó en el suelo—. No importa lo que me hagáis, no puedo deciros más.

—¿Qué vamos a hacer ahora con ella? —preguntó Macaón—. ¿La entregamos a los jueces?

—La harían decapitar por haber matado a un noble —dijo Narus

—. Sería una pena. Es demasiado bella para morir así, y a mí no me parece que matar a un necio como Timeón sea un crimen.

—De nada nos serviría entregarla a los jueces —dijo Conan. Habría querido poder charlar a solas con Macaón y Narus, pero la puerta estaba abierta y la mayor parte de la compañía se había apiñado en el pasillo. Si cerraban las puertas, no quedaría ni una docena de hombres cuando las volvieran a abrir. Respiró hondo y siguió hablando—. Han asesinado a nuestro cliente. Normalmente, para una Compañía Libre eso significaría el fin. —Se oyeron murmullos de inquietud en el pasillo, pero Conan siguió hablando con voz atronadora—. Normalmente, he dicho. Pero Timeón apoyaba al conde Antimides para la sucesión de Valdric. Tal vez Antimides nos tome a su servicio si le entregamos al asesino.

Pensó que, por lo menos, tenían una oportunidad. Tal vez Antimides se prestara a buscarles un empleo, aunque solamente lo hiciera para mantener sus propias ambiciones en secreto.

—¿Antimides? —dijo Macaón, vacilante—. Cimmerio, se dice que ese es uno de los pocos aristócratas que no aspiran a hacerse con el trono cuando Valdric muera.

Se oyeron murmullos de acuerdo en el pasillo.

—Timeón hablaba con excesiva libertad cuando estaba borracho —dijo Conan—. Me contó que Antimides era tan astuto que había engañado a todo el mundo. Y que él mismo sería uno de los señores más poderosos de Ofir en cuanto Antimides ocupara el trono.

—Está bien —dijo Macaón—, pero ¿crees que Antimides nos tomará a su servicio? Si finge no implicarse en la rebatiña por suceder a Valdric, ¿para qué necesita una Compañía Libre?

—Nos contratará —dijo Conan, aparentando más seguridad de la que sentía—, o nos encontrará un empleo, os lo juro. —Conan pensó que, además, aquella era la única salida que les quedaba.

—Ese hechizo de envejecimiento —dijo súbitamente Narus— parece algo extraño, aun cuando lo inventara una gente que de por sí tiene fama de extraña, como son los hechiceros. ¿Por qué te molestaste en aprender una cosa así?

—Por el queso —le respondió Boros, riéndose entre dientes—. Cuando era joven me encantaba el queso rancio, e inventé un hechizo para poder producirlo. Mi maestro me fustigó por haber perdido el tiempo. En realidad, dudo que haga efecto en un

humano.

—Me has engañado —mascculló Tivia—. ¡Perro, hijo de puta! —chilló, y se arrojó sobre el barbudo anciano con la intención de clavarle las uñas. Conan la agarró por los brazos, pero ella seguía forcejeando por atrapar al viejo, que la contemplaba sorprendido—. ¡Te voy a arrancar los ojos, viejo mentiroso! ¡Cría de escarabajo pelotero! ¡Voy a hacer trizas tus partes! ¡Tu madre era una puta borracha, y tu padre una cabra sifilítica!

—Traed una cuerda para atarle las muñecas —dijo Conan. Y luego añadió—: Y una mordaza.

La diatriba de la muchacha ya era tan obscena que Macaón la escuchaba con interés. El cimmerio miró con enojo a Narus, que pareció avergonzado al ir a buscar lo que Conan le pedía. Lo que faltaba: tener que llevar por la calle a una muchacha que no paraba de chillar. Narus volvió con jirones de tela y Conan, murmurando para sí, ató a su cautiva, que no cejaba en sus forcejeos.

7

Conan atrajo pocas miradas al atravesar Ianthe, aun cuando acarreara sobre sus descomunales espaldas a una mujer que, envuelta en un manto, se debatía sin cesar. O quizá evitaran mirarle precisamente a causa de la mujer. En las calles de la capital, consumidas por el miedo y plagadas de sospechas, nadie quería entrometerse en los trastornos que tenían lugar de muros afuera. Si veían cometer un secuestro o un asesinato, miraban hacia otro lado y pasaban de largo. Nadie quería saber quién era el joven gigante, ni por qué estaba llevando a una mujer como a un saco de grano. Saberlo podía ser peligroso. Incluso aparentar curiosidad podía ser peligroso. Por ello, nadie miraba de cerca al corpulento cimmerio ni a su carga.

Conan ya había estado en el palacio de Antimides. Con no pequeña dificultad —pues el bien alimentado chambelán, que a su modo era tan orgulloso como los nobles del país, no veía razón alguna para dar información a un extranjero, y todavía menos a un bárbaro—, averiguó que el conde había sido invitado por el monarca. El rey Valdric gustaba de la conversación de Antimides, y decía que prefería aquel tónico a cualquier otro que le pudieran preparar sus médicos o hechiceros. El conde Antimides iba a quedarse durante varios días en el palacio real. Nótese que el chambelán empezó a hablar con suma diligencia solo cuando una gruesa mano lo levantó del suelo, y sus zapatos de terciopelo quedaron colgando a cierta altura.

El palacio real de Ofir se asemejaba más a una fortaleza que a los edificios de mármol y alabastro que los nobles habían erigido en la ciudad. No por casualidad vivía el rey tras gruesos muros de granito, mientras que los aristócratas pasaban sus días en la capital, en mansiones destinadas al placer antes que a la defensa. En más de

una ocasión, el trono de Ofir solo se había salvado porque el rey había buscado refugio tras aquellos muros, a veces para protegerse de sus propios nobles. Estos, como no poseían ninguna plaza fuerte en Ianthe, siempre habían tenido que dejar la capital en manos del rey. Y como el control de Ianthe era la clave para conservar la corona, se decía que cualquier hombre que se apoderara del palacio real se adueñaría también de Ofir. Los guardias que se hallaban al pie de la elevada barbacana, a la entrada del palacio, se inquietaron al ver que Conan se acercaba. Un sargento barrigudo, en cuya barbilla se meneaba la pequeña barba triangular que estaba de moda entre los nobles, se adelantó y levantó la mano para indicarle al cimmerio que se detuviera.

—¿Qué ocurre? ¿Es que ahora los mercenarios nos vais a ceder a las mujeres que os sobren? —Disfrutando de su propio ingenio, se volvió y rio entre dientes para los piqueros que tenía a sus espaldas —. Lárgate. El palacio real no es lugar para vuestras juergas. Y si no os queda otro remedio que atar a las mujeres, procurad no hacerlo a la vista del ejército real, porque, en caso contrario, nos veríamos obligados a intervenir.

—Es un regalo para el conde Antimides —le respondió Conan, y le dirigió un guiño de complicidad—. Un sabroso pastelillo para mi cliente. Además, está deseosa de ganarse los favores de un gran señor.

Tivia se retorció con todavía más furia; se oyeron ruidos ininteligibles detrás del jirón de tela que la amordazaba.

—Parece que a ella no le gusta la idea —dijo el sargento con una tonta risilla.

Conan le devolvió la sonrisa.

—Apuesto a que el conde Antimides sabrá qué hacer con esta moza, independientemente de si ella está de acuerdo.

—Ciertamente. Espérame aquí.

Sacudiendo la barriga a fuerza de risotadas, el militar desapareció por la puerta. Al cabo de unos momentos, regresó con un hombre delgado cuyos negros cabellos comenzaban a encanecer y que iba vestido con un tabardo de color dorado y verde, los colores de Antimides.

El delgado siervo miró con desdén al corpulento cimmerio.

—Soy Ludovic —dijo ásperamente—, el asistente del conde

Antimides. ¿Has venido a visitar al conde? ¿Quién eres?

Aparentaba ignorar la carga que Conan llevaba sobre el hombro.

—Soy Conan de Cimmeria, capitán de la Compañía Libre al servicio del barón Timeón.

Ludovic se acarició la barba con un solo dedo, pensativo, mientras miraba a la muchacha que se debatía sobre las espaldas de Conan, y luego asintió.

—Sígueme —le ordenó—. Puede que el conde te conceda una breve audiencia.

Conan apretó con fuerza las mandíbulas. Toda aquella pompa y circunstancia bastaba para revolverle el estómago. Pero siguió al delgado siervo y, pasando por debajo del rastrillo, entró en el palacio real.

Aunque desde fuera pareciese una fortaleza, por dentro la morada de los reyes de Ofir era efectivamente un palacio: Resplandecientes paredes de mármol blanco, suelos cubiertos con una profusión de mosaicos multicolores, columnas aflautadas de alabastro; lámparas doradas que, al extremo de cadenas de plata, colgaban de los abovedados techos, donde había escenas pintadas de la gloriosa historia de Ofir; jardines, circundados por umbrías columnatas y repletos de extrañas flores traídas de los más alejados rincones del mundo; patios pavimentados con baldosas de jade, donde las damas de la corte, ataviadas con diáfanas túnicas que apenas si ocultaban sus curvas, jugueteaban con sus pálidos dedos en las aguas rumorosas de las ornadas fuentes.

El cimmerio y la carga que llevaba sobre las anchas espaldas dejaron tras de sí una estela de risitas y murmullos, y de miradas. Allí dentro nadie tenía miedo de fijarse en lo inusual, ni de comentarlo. Las mujeres de elevada cuna y ojos ardientes especulaban en voz alta acerca de los placeres que podían conocer si alguien las acarreaba de la misma manera… sin atarlas, por supuesto.

El delgado siervo frunció el ceño y aceleró el paso, murmurando algo en baja voz. Conan le siguió, deseando que el asistente acelerara todavía más el paso.

Finalmente, Ludovic se detuvo enfrente de una puerta ancha, donde había sido tallado el antiguo escudo de armas de Ofir.

—Aguarda —le dijo—. Voy a ver si el conde quiere concederte

audiencia.

Conan abrió la boca, pero, antes de que pudiera hablar, el delgado siervo desapareció por la puerta y la cerró cuidadosamente a sus espaldas. «Una audiencia», pensó Conan, asqueado. Antimides se comportaba como si ya tuviera la corona.

La puerta se abrió de golpe, y Ludovic le llamó con un gesto.

—Date prisa. El conde Antimides solo puede perder unos pocos momentos contigo.

Murmurando para sí, Conan entró con su carga. Entonces contempló la estancia y, sorprendido, enarcó las cejas. Tal vez un observador casual no habría visto nada extraño, pero, para un hombre que conociera las ambiciones de Antimides, aquello era claramente un pequeño salón del trono. Un tapiz que cubría la pared mostraba una famosa escena de batalla, la de Moranthes el Grande al derrotar al último ejército de Aquerón en los Montes Karpashios. Sobre un podio, delante del gran tapiz, había una gran silla de respaldo elevado, cuya oscura madera había sido tallada con gran profusión de leopardos y águilas, los antiguos símbolos de los reyes ofireos.

Aunque la silla, por sí sola, no fuera lo bastante suntuosa como para servir de trono, el hombre que se sentaba en ella hacía que lo pareciera. Estaba bien acomodado en el asiento, y sus penetrantes ojos negros flanqueaban una nariz robusta y prominente. Tenía la mandíbula sólida y el mentón firme, con la barba minuciosamente recortada a la moda. Sus largas manos, en las que había callosidades de espadachín, estaban jugando con una sarta de rubíes que colgaba sobre la pechera de su túnica de oro, abierta por delante para dejar a la vista una prenda de seda esmeralda.

—Mi señor conde —dijo Ludovic, inclinándose ante el hombre del podio—, he aquí el hombre que se hace llamar Conan de Cimmeria.

—Ese es mi nombre —dijo Conan.

Dejó a Tivia sobre las gruesas alfombras del suelo, polícromas alfombras de elevado precio, procedentes de Vendhia e Iranistán. La muchacha se acurrucó en silencio, y pareció que el miedo había apaciguado por fin su rabia.

—El conde Antimides —dijo Ludovic con voz altisonante— desea saber por qué has comparecido ante él.

—Esta muchacha es Tivia —le respondió Conan—, que ha sido amante del barón Timeón. Hasta que lo ha envenenado esta misma mañana.

Antimides alzó un dedo, y Ludovic volvió a hablar.

—Pero ¿por qué la has traído ante él? Deberías entregarla a los justicias del rey.

Conan se preguntó por qué el conde no hablaba por sí mismo. Pero los comportamientos de los nobles eran tan extraños como los de los hechiceros. Además, en aquel momento le preocupaban otros asuntos más importantes. Había llegado el momento de formular la apuesta.

—Como el barón Timeón apoyaba a Antimides en su intento de suceder a Valdric, he juzgado oportuno traerla ante el conde. Ahora, mi Compañía Libre se ha quedado sin cliente. Tal vez el conde pueda encontrarnos…

—¡Mi intento de suceder a Valdric! —gritó Antimides, y su rostro hirvió de furia—. ¿Cómo osas acusarme de…? —Calló, y le rechinaron los dientes. Ludovic le miraba con obvia sorpresa. Tivia, cuyas mandíbulas se esforzaban en vano por desembarazarse de la mordaza, parecía haber quedado traspasada por su mirada—. Tú, zorra —masculló—. Así que envenenaste a tu dueño, y este bárbaro mercenario te ha capturado en el acto. Reza porque la justicia sea misericordiosamente rápida contigo. Llévatela, Ludovic.

Fútil y desesperadamente, Tivia trató de hablar a través de la tela que la amordazaba. Cuando el asistente la agarró, luchó por liberarse de sus ataduras, pero el esbelto siervo se la llevó detrás del tapiz con poco esfuerzo. Una puerta se abrió y se cerró detrás de los tapices; sus chillidos dejaron de oírse.

El cimmerio se recordó a sí mismo que Tivia era una asesina confesa y que además lo había hecho por oro. Sin embargo, le apenaba el haber tenido parte de culpa en la muerte de una mujer. Conan creía que las mujeres no debían morir violentamente; eso era cosa de hombres. Se forzó a dejar de pensar en ella ya concentrarse en el hombre de ojos de halcón que se sentaba en el trono.

—Conde Antimides, aún no hemos resuelto el asunto de mi Compañía Libre. Nuestra reputación es bien conocida y…

—¡Vuestra reputación! —gruñó Antimides—. Acaban de asesinar a vuestro cliente y tú me hablas de reputación. Aún peor, has

venido a mí con viles acusaciones. ¡Debería ordenar que te cortaran la lengua!

—Dime, Antimides, ¿cuáles son esas acusaciones que te han enfurecido tanto?

Conan y el conde se sobresaltaron; estaban tan atentos el uno al otro que no habían advertido la entrada de una tercera persona. Al verla, sin embargo, Conan la contempló con agrado. Era una exótica belleza de largas piernas y senos opulentos, en quien se combinaban de manera extraordinaria el cabello, semejante a hebras de platino, y los ojos, oscuros como profundos pozos de pasión no consumida; andaba con sinuosa gracia, y su resplandeciente atavío de color escarlata, apenas opaco y abierto por abajo hasta llegar a la redondeada cadera, se ajustaba a las curvas de sus senos y sus muslos.

—¿Qué haces aquí, Sinelle? —le preguntó Antimides—. Hoy no quiero que tu lengua viperina me moleste.

—No había visto esta estancia desde que volviste al palacio real, Antimides —le dijo con amenazadora sonrisa—. Al verla, una mente suspicaz podría sospechar que, después de todo, aspiras a la corona, aunque declares en público tu desdén por los que están luchando fuera de la ciudad. —El rostro de Antimides se ensombreció, y sus nudillos, aferrados a los brazos de la silla, quedaron blancos; la sonrisa de Sinelle se ensanchó—. Pero vayamos al grano. Se comenta en palacio que un gigantesco norteño ha venido a verte y que te ha traído una mujer envuelta como un paquete de pescadero. ¡No querrás que me lo pierda! Pero ¿qué significa este regalo? Porque la muchacha era un regalo, ¿verdad?

—Eso no te importa, Sinelle —le replicó Antimides—. Ocúpate de tus asuntos de mujer. ¿No tienes ningún trabajo de costura pendiente?

Sinelle se limitó a enarcar las cejas y acercarse a Conan.

—¿Y este es el bárbaro? Su corpulencia es tan grande como me habían dicho. Me gustan los hombres robustos. —Estremeciéndose ostensiblemente, acarició las pequeñas placas sobrepuestas de su loriga—. ¿Eres un mercenario, mi atractivo norteño?

El cimmerio le devolvió la sonrisa y, a pesar de sí mismo, se pavoneó ante la seductora dama.

—Soy el capitán de una Compañía Libre, señora mía. Me llamo

Conan.

—Conan. —Le acarició el nombre con los labios—. ¿Y por qué has venido a ver a Antimides, Conan?

—Basta, Sinelle —gritó Antimides—. Es un asunto privado entre este bárbaro y yo. —El conde le dirigió una severa mirada al cimmerio, una advertencia para que se callara.

Conan se irritó, y le respondió con otra mala mirada.

—He venido a buscar empleo para mi compañía, señora, pero el conde no tiene nada que ofrecernos.

¿Acaso aquel necio tomaba al cimmerio por imbécil? Hablar de Timeón y de su relación con Antimides no le habría servido para nada, y tal vez le hubiese costado caro.

—¿Nada? —La voz de Sinelle se llenó de conmiseración—. Pero ¿por qué no entras a mi servicio? —Le miró descaradamente a los ojos, y el cimmerio creyó leer en ellos una promesa—. ¿No te gustaría… servirme a mí?

Antimides resopló con desdén.

—Te estás sobrepasando a ti misma, Sinelle. ¿Es que no te basta con Taramenón? ¿Necesitas toda una compañía de bellacos para quedar satisfecha? ¿O tal vez piensas competir tú misma por el trono? —Se rio de su propio chiste con una sonora carcajada, pero sus airados celos tiñeron la mirada que le dirigió a Conan.

El rostro de Sinelle se endureció; Conan pensó que debía de estar refrenándose la lengua. Finalmente, la mujer habló con gélida voz.

—Mi casa es tan antigua como la tuya, Antimides. Si la sucesión dependiera tan solo de la sangre, yo sería la heredera más directa después de Valdric. —Respiró honda, estremecidamente, y recobró su sonrisa—. Quiero tomar tu compañía a mi servicio, Conan. Por el doble del oro que te pagaría Antimides.

—Acepto —dijo Conan.

Aquel no era el tipo de servicio que había buscado, pero al menos los hombres de su compañía estarían contentos con el oro.

El severo conde parecía estar furioso por lo que había ocurrido.

—¿Lo dices en serio, Sinelle? —preguntaba con incredulidad—. ¿De qué te van a servir estos hombres? Derrochas el dinero como una tonta mozuela, por puro capricho.

—¿Acaso los bandidos no podrían atacar mis propiedades igual

que las de otros, ahora que el ejército está en las ciudades? Además —añadió, dirigiéndole una abrasadora mirada al cimmerio—, me gustan sus hombros. —Se enfureció—. ¿O me niegas incluso el derecho de tomar hombres armados a mi servicio?

—Las mujeres que necesitan hombres armados —le replicó acaloradamente Antimides— tienen que unirse a un hombre que pueda proporcionárselos.

—Eso es lo que yo hago —dijo Sinelle, y su veleidoso humor se transformó en júbilo—. Ven conmigo, Conan. Aquí ya no tenemos nada más por hacer.

Conan la siguió por la estancia y dejó a Antimides echando humos en su trono de madera.

Una vez en el corredor, Sinelle se volvió de repente y abrió la boca para hablar. Conan, cogido por sorpresa, estuvo a punto de tropezar con ella. La mujer aguardó por unos momentos, habiendo olvidado toda palabra; abría como platos los negros ojos que había clavado en el cimmerio.

—Jamás he visto un hombre como tú —le susurró entonces, casi hablando para sí—. ¿No podrías ser tú quién…? —No terminó la frase, pero siguió contemplándole como en trance.

Una sonrisa, propia de un conocedor de las mujeres, apareció en el rostro de Conan. Hasta aquel momento no había sabido si el coqueteo de Sinelle en la otra estancia había estado dirigido a él o a Antimides, pero ya no le cabía ninguna duda. Tomándola en brazos, la besó. Ella respondió al beso con sus labios ardientes, le acarició el rostro con ambas manos, oprimió su cuerpo contra el del cimmerio.

Pero entonces se echó bruscamente para atrás, y sus ojos se llenaron de terror; le pegó un bofetón.

—¡Suéltame! —gritó—. ¿No te acuerdas de quién eres?

Confuso, Conan la dejó en el suelo. Sinelle retrocedió con dos rápidos pasos, y se cubrió los labios con una mano temblorosa.

—Perdóname, mi señora —dijo Conan pausadamente. ¿Acaso la mujer quería jugar con él?

—No quiero hacerlo —le respondió ella, con la respiración entrecortada—. No quiero. —Poco a poco, fue recobrando la compostura y, cuando habló de nuevo, su voz era tan fría como al dirigirse a Antimides—. Olvidaré lo ocurrido, y te aconsejo que lo

olvides tú también. Tengo una casa en la Calle de las Coronas donde podrás acuartelar tu compañía. En la parte de atrás encontraréis establos para los caballos. Pregunta por ella, y te indicarán dónde está. Ve allí y aguarda mis instrucciones. Y olvida esto, bárbaro, si es que aprecias la vida.

Al contemplar la tiesa espalda de Sinelle que se alejaba por el corredor, Conan se preguntó si las mujeres tendrían las ideas claras alguna vez. ¿Cómo podían esperar que los hombres las conocieran? Sin embargo, su consternación no duró mucho rato. Una vez más, había logrado salvar a su compañía. Por lo menos durante un tiempo; eso era todo lo que le podían pedir. Ahora solo tenía que convencerlos de que trabajar para una mujer no era ninguna deshonra. Pensando en ello, empezó a buscar el camino de salida de palacio.

8

Las descomunales paredes y las grandes torres exteriores del palacio real se habían sostenido a lo largo de centurias sin sufrir alteración alguna, pero su interior se había transformado con cada cambio de dinastía hasta el punto de convertirse en un dédalo de pasillos y jardines. Al cabo de poco, Conan tuvo la sensación de que los había visitado todos, y aun así no había conseguido llegar hasta la barbacana.

Los sirvientes se afanaban en sus labores por los pasillos y ni siquiera se detenían por la curiosidad que podía causarles un joven bárbaro vestido con una desgastada armadura. Eran casi tan arrogantes como los nobles que se distraían en torno a las fuentes de los patios, así que las preguntas que Conan les hizo apenas si hallaron respuesta por parte de aquellos presuntuosos, salvo las burlas que, en un par de ocasiones, estuvieron a punto de hacerle desenvainar la espada. Las pulcras y lánguidas mujeres le dirigían sonrisas insinuantes, e incluso invitaciones tan abiertas como las de una ramera de la calle. Si no hubiera tenido prisa por regresar con su Compañía Libre, puede que hubiese accedido; pero entonces se divertían a costa de su desconocimiento del palacio, hablándole con risas cantarinas y dándole indicaciones que le hacían andar en círculo.

Conan fue a parar todavía a otro patio y se encontró cara a cara con el propio rey Valdric, que caminaba sobre el pavimento de jade seguido por su cortejo. Conan pensó que el monarca tenía peor aspecto que Narus. El atuendo regio de Valdric, bordado en oro, colgaba holgadamente en torno a un cuerpo endeble que en otro tiempo había pesado el doble; y el soberano empleaba el largo y enjoyado cetro de Ofir a modo de bastón para caminar. Su corona de oro, profusamente adornada con incrustaciones de esmeraldas y

rubíes de las minas de la frontera nemedia, le cubría parte de la frente; y sus ojos, hundidos en su rostro de chupadas mejillas, brillaban con luz febril.

El cortejo consistía, sobre todo, en hombres con largas barbas de eruditos, aunque lo animaban varios nobles vestidos con abigarradas sedas y soldados de alto rango con armadura dorada que llevaban empenachados yelmos bajo el brazo. Los barbudos hablaban sin cesar y competían ruidosamente por la atención de Valdric a la par que el séquito atravesaba con lentitud el patio.

—Esta noche, las estrellas serán favorables a una invocación a Mitra —exclamaba uno.

—Tenéis que sangraros, Majestad —gritaba otro—. Tengo un nuevo cargamento de sanguijuelas procedente de las marismas de Argos.

—Este nuevo hechizo, sin duda alguna, os liberará del último de los demonios —añadía un tercero.

—Es la hora de aplicaros ventosas, mi rey.

—Esta poción…

—El equilibrio de los flujos y humores… Conan hizo una torpe reverencia, aunque nadie pareció darse cuenta. El cimmerio sabía que los reyes eran algo puntillosos con tales cosas.

Cuando se enderezó, rey y séquito ya habían desaparecido; pero un hombre, un militar de cabellos blancos, se había quedado atrás y le estaba mirando. Conan le reconoció de inmediato, aunque nunca lo hubiera visto. Iskandrian, el Águila Blanca de Ofir, el general que estaba impidiendo que el ejército se enredara en la contienda por suceder a Valdric. A pesar de su edad y de su cabello cano, el curtido rostro del general era tan adusto como los muros de palacio; y sus ojos grises de pobladas cejas, lúcidos y penetrantes. La encallecida mano que reposaba sobre el puño de su espada era fuerte y firme.

—Tú eres el que le ha llevado esa muchacha a Antimides —le dijo bruscamente el canoso general—. ¿Cómo te llamas?

—Conan de Cimmeria.

—Un mercenario —le dijo secamente Iskandrian. Su actitud para con los mercenarios era bien conocida. En su opinión, ningún guerrero foráneo debía pisar el suelo de Ofir, ni siquiera si servía a un ofireo—: He oído hablar de ti. Sirves a ese imbécil gordinflón de

Timeón, ¿verdad?

—Yo no sirvo a nadie, salvo a mí mismo —le respondió Conan con ardor—. Mi compañía, en efecto, seguía las órdenes del barón Timeón, pero hemos adoptado recientemente los colores de la dama Sinelle. —Por lo menos, lo harían cuando Conan les metiera la idea en la cabeza a los demás. Iskandrian silbó entre dientes.

—Entonces, mercenario, tú y la dama que te ha dado empleo vais a tener problemas. Tus espaldas son robustas como un buey, e imagino que las mujeres deben de hallarte atractivo. Taramenón se encolerizará por tener a un hombre como tú cerca de Sinelle.

—¿Taramenón?

Conan recordó que Antimides también había mencionado aquel hombre. El conde había insinuado que Taramenón sentía algún interés por Sinelle, o ella por él.

—Es el mejor espadachín de Ofir —dijo Iskandrian—. Más te vale afilar tu arma y rogar a tus dioses que te den suerte.

—Cada uno se fabrica su propia suerte —dijo Conan—, y mi espada siempre está afilada.

—Buenas convicciones para un mercenario —dijo riendo Iskandrian—. O para un soldado. —El ceño no tardó en sustituir a su alegría—. ¿Qué haces en esta parte del palacio, bárbaro? Estás muy lejos del camino que lleva desde los aposentos de Antimides hasta la puerta.

Conan dudó, y luego se encogió de hombros tristemente.

—Me he perdido —admitió, y el general rio de nuevo.

—Me habían dicho que eras de otra manera. En cualquier caso, te voy a buscar un guía. —Haciendo un gesto con la mano, llamó a un sirviente, que se inclinó ante Iskandrian e ignoró a Conan—. Lleva a este hombre hasta la barbacana —le ordenó el general.

—Gracias —le dijo el cimmerio—. Tus palabras son las primeras que oigo desde hace rato que no son burlas ni mentiras. Iskandrian le miró con ojos penetrantes.

—No te equivoques, Conan de Cimmeria. Eres conocido por tu osadía y tu sentido táctico y, si fueras ofireo, te tomaría como oficial. Pero eres un mercenario, y extranjero. Si tengo éxito en mis propósitos, llegará el día en que deberás marcharte de Ofír tan deprisa como puedas, o bien tus cenizas serán esparcidas aquí.

Tras decir esto, se marchó con arrogancia.

Después de volver al palacio de Timeón, Conan se preguntó si alguna otra vez se había tenido que enfrentar a tantos enemigos. Iskandrian parecía tenerle cierta simpatía personal, pero trataría de matarle si tenía oportunidad. Antimides le odiaba hasta la médula de los huesos y, sin duda, estaba deseoso de quemarle vivo o muerto en una pira funeraria. No sabía qué pensar de Sinelle; los deseos que había formulado con los labios y los que había dado a entender con el cuerpo se contradecían, y el hombre que se complicaba con mujeres como aquella estaba perdido. Karela decía querer su muerte, aun cuando no hubiera aprovechado la oportunidad que se le presentó y, en aquellas circunstancias, la habitual destreza de la mujer en la persecución de sus metas habría cubierto de sudor frío a una estatua. Además, había que contar con aquella tres veces maldita escultura astada. ¿Podía ser que el segundo grupo de atacantes hubiera querido apoderarse de ella, igual que el primero? Si era así, podía apostar buena moneda a que habría más intentos, aunque todavía no supiera el motivo de todo ello.

Por supuesto, podía librarse de la amenaza del ataque deshaciéndose él mismo de la estatuilla de bronce, pero al hacerlo habría demostrado más temor del que le parecía tolerable. Primero quería descubrir por qué había gente que mataba y moría por aquella estatua, luego ya se desharía voluntariamente de ella; en todo caso, no solía huir de los peligros. El cimmerio casi rio al comprender que el asesinato de Timeón era el único incidente de aquellos últimos días que había quedado resuelto. Los guardias de la blanca columnata del pórtico le miraron con expectación, y él les sonrió.

—Todo va bien —les dijo—. Ya tenemos cliente y oro para tentar a las mozas.

Dejó que se dieran palmadas en la espalda entre risas de alivio, pero, una vez estuvo dentro, su sonrisa desapareció. Si hubiesen tenido noticia de la mitad de lo que les amenazaba, habrían arrojado los arcos al suelo y habrían desertado.

—¡Macaón! —llamó, y el nombre resonó por la entrada de elevado techo.

Narus respondió desde la balconada.

—Está en el jardín. ¿Cómo te ha ido con Antimides?

—Reúne a los hombres aquí —le dijo Conan, y se marchó a toda prisa.

El tatuado veterano se hallaba en el jardín, como Narus le había dicho, sentado en un banco con una muchacha a la que tenía en brazos y que le abrazaba a su vez. «Uno puede confiar en Macaón —pensó el cimmerio, riendo entre dientes—, incluso en los momentos en que no sabemos si tendremos que huir del país». Ya era hora de buscar algo que le alegrara el día.

—Déjala —le dijo jovialmente—. Ya tendrás tiempo luego para las much… —Calló cuando la joven se puso en pie.

Era Julia; tenía las mejillas encarnadas, y los pechos se le agitaban con la respiración.

Agarrándose las faldas con ambas manos, la joven le miró indefensa, se volvió hacia Macaón con los ojos llenos de lágrimas y entró corriendo en el palacio, gemebunda, pasando de largo por el lado del cimmerio.

Macaón alzó ambas manos al ver que Conan se le acercaba furioso.

—Escúchame antes de que hables tú, cimmerio. Ha venido a buscarme ella, ha coqueteado conmigo y me ha retado a que la besara. Y cuando lo he hecho, no ha tratado de escapar.

Conan frunció el ceño. ¿Acaso la había salvado de una vida de ramera y le había dado un empleo honesto para que luego actuara así?

—No es una puta de campamento, Macaón. Si la quieres, cortéjala. No la agarres como a una moza de partido en una taberna.

—¡Pero, por las gracias de Mitra! ¿Dices que la corteje? Hablas de ella como si fuera tu hermana. Por los infiernos de Zandrú, en toda mi vida no he poseído a ninguna mujer contra su voluntad.

El joven cimmerio abrió la boca para responderle con una airada réplica, pero no le salió ninguna. Si Julia quería hacerse mujer a todos los efectos, ¿quién era él para negárselo? Y sin duda alguna, Macaón tenía experiencia suficiente para hacerle gozar del aprendizaje.

—Estoy tratando de proteger a alguien que al parecer ya no quiere que lo haga, Macaón —dijo pausadamente. Entonces recordó por qué había ido a buscar al canoso mercenario—. Todo ha ido

como yo supuse. Ya tenemos cliente. —Macaón rio con fuerza y agitó triunfalmente el puño en alto—. Narus está llevando a algunos de los hombres al vestíbulo. Ve tú por el resto, y daré la noticia a toda la compañía.

El vestíbulo, espacioso y adornado con tapices, se llenó con rapidez; unos sesenta hombres —solo los guardias se habían quedado en sus puestos, porque no había motivo alguno para actuar estúpidamente— se apiñaron entre sus paredes. Conan pensó, mientras los contemplaba desde lo alto de la escalera de mármol, que todos le estaban mirando con expectación. Distinguió a Boros entre ellos, pero, después de que el anciano de barba gris hubiera desenmascarado a Tivia, estaba dispuesto a permitir que les acompañara. Por lo menos, mientras se mantuviera sobrio y no empleara la magia.

—La compañía tiene un nuevo cliente —anunció, y la sala estalló en vítores. Aguardó a que el tumulto se apaciguara, y luego añadió—: Nuestra soldada será el doble de lo que cobrábamos hasta ahora. —Mientras los demás prorrumpían de nuevo en gritos de júbilo, Conan pensó que, al fin y al cabo, Sinelle le había dicho que pagaría el doble de lo que pudiera ofrecerles Antimides; ¿y acaso Antimides les habría pagado menos que Timeón?—. Escuchadme —les dijo—. Callaos y escuchadme. Nos instalaremos en una casa de la Calle de las Coronas. Nos marcharemos de aquí antes de que pase una hora.

—Pero ¿a quién vamos a servir? —le gritó Taurianus. Otros se hicieron eco de su pregunta. Conan respiró hondo.

—A la dama Sinelle.

Se hizo el silencio en respuesta a sus palabras.

Finalmente, Taurianus murmuró asqueado:

—¿Nos harás servir a una mujer?

—Sí, a una mujer —respondió el cimmerio—. ¿Acaso su oro valdrá menos cuando te lo gastes en un mesón? Y además, ¿cuántos de vosotros habéis pensado en los problemas que podemos tener si, cuando alguien suceda a Valdric, nos hallamos en el bando perdedor? Ahora quedaremos al margen. Una mujer no puede subir al trono. No tendremos que hacer nada, salvo proteger sus propiedades de los bandidos y gastarnos su oro.

—¿Dices que nos pagará el doble? —preguntó Taurianus.

—El doble. —Ya se los había ganado. Lo veía en sus rostros—. Recoged vuestras pertenencias. ¡Y no robéis nada! Timeón debe de tener algún heredero. Y no quiero que los justicias vengan a buscar a ninguno de vosotros por robo, canallas.

Riendo de nuevo, la compañía empezó a dispersarse; Conan se sentó en las escaleras. En algunas ocasiones, tenía que consumir esfuerzos tan grandes en mantener unidos a sus hombres como en hacer frente en el campo de batalla a los enemigos contra los que les enviaban.

—Los has manejado con la maestría de un rey —le dijo Boros, que estaba subiendo por la escalera con pasos vacilantes.

—Sé poco de los reyes —dijo Conan—. Lo único que conozco es el acero y la batalla.

El anciano de barba gris rio ásperamente entre dientes.

—¿Cómo crees que los reyes llegan a reyes, joven amigo mío?

—No lo sé ni me importa —le respondió el cimmerio—. Solo quiero mantener unida a mi compañía. Nada más.

El cuerpo de la joven desnuda que estaba en el potro de tormento brillaba sudoroso y reflejaba las llamas de los tederos de hierro, repletos de carbón vegetal, que sobresalían de las paredes de húmeda piedra en las mazmorras del palacio regio. Cerca de allí, los mangos de los hierros sobresalían de un brasero lleno de brasas relucientes, aguardando a que alguien los necesitara. Habida cuenta de los balbuceos con que la muchacha contaba su historia, regularmente puntuados con chillidos cada vez que el rapado torturador la estimulaba con el látigo, los hierros no serían necesarios.

La muchacha había aceptado dinero por envenenar a Timeón, pero no conocía al hombre que se lo había dado. Llevaba una máscara puesta. Se había asustado al ver que la primera dosis de veneno no producía efecto alguno en el barón, entonces había echado al vino todo el que le quedaba. Juró ante todos los dioses que no conocía a quien le había pagado.

Antimides escuchaba en silencio mientras el torturador cumplía con su oficio. Le sorprendía el hecho de que las víctimas del tormento lucharan siempre por la más nimia posibilidad de seguir con vida, aun cuando supieran que no les quedaba ninguna esperanza. Había presenciado aquello en repetidas ocasiones, en

hombres y en mujeres. Tan pronto como había hablado y había visto la cara que ponía Tivia, se había dado cuenta de que ella reconocía su voz y sabía que era él quien había ocultado su rostro con la máscara de seda negra. Y sin embargo, a pesar del potro y del flagelo, seguía negándolo y rezaba porque Antimides creyera que su secreto estaba a salvo y la dejara con vida.

Sin embargo, era extraño que los peligros se multiplicaran de aquella manera cuando ya se encontraba cerca de su meta. Si la muchacha hubiera administrado la poción en dosis diarias, como él le había indicado, hasta el mejor de los médicos habría atribuido la muerte de Timeón a causas naturales, y Antimides se hubiera visto libre de un necio que bebía demasiado, y hablaba demasiado cuando estaba borracho. Además, tenía que prevenirse contra aquel bárbaro de nombre extranjero que le había entregado a la joven y había llamado la atención sobre él cuando menos lo necesitaba. Por culpa del lenguaraz de Timeón, sin duda alguna. Pero ¿cuán grande era el riesgo de que aquel hombre le contara a Sinelle lo que sabía o sospechaba?

Él, Antimides, había sido el primero en tener noticia de la enfermedad de Valdric, el primero en prepararse para ocupar el trono tras su muerte, y estaba seguro de haberlo hecho sin despertar las sospechas de nadie. Mientras los demás luchaban en el campo, él se quedaba en Ianthe. Cuando Valdric muriera por fin, todos los que habían pensado en apoderarse del trono, los pocos que hubieran logrado escapar de sus asesinos, se encontrarían con que él ocupaba el palacio real. Y cualquier hombre que se apoderara del palacio real se adueñaría también del trono de Ofir. Ahora todos sus elaborados planes peligraban; tal vez no pudiera mantenerlos en secreto.

Debía hacer algo con Sinelle. Siempre había tenido planes en reserva para aquella zorra de lengua viperina. A todas horas se jactaba de su linaje. ¿De qué le servía el linaje a una moza, salvo para transmitírselo a sus hijos varones? Había hecho planes para tomarse el gran placer de ponerla de rodillas y aprovechar aquel linaje del que ella alardeaba para tener herederos con más derechos al trono que él mismo. Pero ahora se veía obligado a acabar con ella, y sin demora. Y también con el bárbaro.

Volvió a escuchar a Tivia. La joven se estaba repitiendo.

—Basta, Raga —dijo, y el hombre de cabeza rapada desistió. Antimides puso una moneda de oro en su mano de gruesos dedos. Hacía tiempo que tenía comprado a Raga, pero siempre era oportuno asegurarse las lealtades—. Es tuya —le dijo Antimides. Raga sonrió con sus pocos dientes—. Cuando hayas terminado, dispón de ella de la manera habitual.

Cuando el conde salió de la mazmorra, volvieron a oírse los chillidos de Tivia. Absorto en lo que estaba planeando para Sinelle y para el bárbaro, Antimides no la oyó.

9

La casa de la Calle de las Coronas era grande, de planta cuadrada, con dos pisos, y tenía en su centro un polvoriento patio central; había establos a ambos lados de la planta baja. Una balconada con techo de madera, a la que se llegaba por unas escaleras que se habían resentido por el largo abandono, circundaba el patio por completo en el segundo piso. Las sucias tejas rojas del tejado brillaban apagadamente a la última luz de la tarde; el yeso desconchado de las paredes, mezclado con las sombras, daba la impresión de que el edificio se hallaba cubierto de lepra. Una puerta de cola, cuyos goznes rechinaban de puro oxidados, permitía entrar directamente desde la calle al patio, donde había una fuente mugrienta, repleta de hojas pardas y marchitas.

—Tampoco deben de faltar las ratas y las pulgas —dijo Narus quejumbrosamente al desmontar.

Taurianus, aún montado a caballo, miraba en derredor.

—¿Y hemos dejado un palacio por esto? —Una bandada de palomas salió volando de una ventana del piso superior—. ¡Mirad! ¡Tendremos que dormir en una pajarera!

—Os habéis acostumbrado demasiado a la vida relajada de palacio —masculló Conan antes de que todos empezaran a refunfuñar—. Dejad de quejaros como un rebaño de viejas y recordad los tiempos que habéis pasado durmiendo en el fango.

—Aquel fango era mejor que esto —murmuró Taurianus, pero desmontó.

Algunos hombres, rezongando, cargaron con las mantas y los fardos que habían hecho con sus cosas, y empezaron a buscar un sitio donde instalarse. Otros fueron a dejar los caballos en los establos; no tardaron en oírse maldiciones ocasionadas por el gran número de ratas y telarañas. El rollizo Fabio se apresuró a buscar

las cocinas, seguido por Julia, que medio corriendo, sostenía con los brazos gran cantidad de potes cubiertos de hollín y manojos de hierbas varias, y llevaba ristras de ajo y pimientos colgándole de los hombros. Boros se detuvo en la puerta y miró en derredor, asombrado, aunque sin duda alguna no solía dormir en lugares mejores. El cimmerio pensó que Sinelle tenía mucho que aprender sobre las necesidades de una Compañía Libre.

En opinión de Conan, habían llamado demasiado la atención mientras buscaban la casa. Sesenta hombres armados a caballo, cargados con sacos y fardos liados con mantas, hasta el punto de parecer un desfile de buhoneros venidos del terruño, atraían forzosamente las miradas aun en una ciudad que se esforzaba por no ver lo que pudiera representar peligro. El cimmerio habría querido que toda la Compañía se volviera invisible hasta que el asunto de la muerte de Timeón se olvidara. Y prefería no mirar lo que había dentro de alguno de aquellos fardos, pues en muchos de ellos había oído ruidos metálicos, y parecía que pesaran más de lo debido. Pese a todas sus reconvenciones contra el pillaje, estaba seguro de que los habían llenado de copas de plata y adornos de oro. La mayoría de sus hombres, y muy especialmente los ofireos, eran largos de manos cuando menos.

Tras entregar el caballo a uno de sus hombres, el corpulento cimmerio fue a buscar una habitación para sí mismo, con la manta al hombro y el saco con la estatuilla de bronce bajo el brazo. Aparte de armas y armadura, caballo y ropas de muda, aquellas eran sus únicas posesiones.

No tardó en hallar una gran estancia en una de las esquinas del segundo piso, con cuatro ventanas por las que entraba la luz. En uno de los rincones vio un montoncito de paja que delataba la presencia de una rata. Había dos bancos y una mesa en medio de la habitación cubiertos por una gruesa capa de polvo. Una cama, algo hundida, pero lo bastante grande para un hombre de su estatura, estaba puesta contra la pared. Las cáscaras secas del colchón crujieron cuando la palpó, y Conan suspiró, recordando los colchones de plumón del palacio de Timeón. «Acuérdate de cómo se dormía en el fango», dijo estoicamente para sí.

Se oyó la voz de Macaón en el patio.

—Conan, ¿dónde estás? ¡Tenemos noticias! Conan arrojó sus

pertenencias sobre la cama y salió corriendo a la balconada.

—¿Qué ocurre? ¿Sinelle nos ha mandado llamar?

—Todavía no, cimmerio. Los asesinos tuvieron quehacer la pasada noche. Valentius huyó de su palacio después de que tres de sus propios guardias volvieran sus armas contra él. Se dice que otros hombres suyos los mataron, pero ahora ese aristócrata parece temer a su propia sombra. Ha buscado refugio al lado del conde Antimides.

Conan enarcó las cejas. Antimides. Aquel joven necio se había puesto sin saberlo en manos de uno de sus rivales. Otro noble había quedado eliminado de la carrera y, en aquella ocasión —digámoslo así—, por su propia mano. ¿Quién seguía a Valentius en la línea sucesoria? Pero se le ocurrió que ni él ni su Compañía tendrían que preocuparse ya por lo que sucediera entre las facciones.

—Eso ya no nos concierne —dijo riendo—. ¡Que se maten entre ellos!

El canoso veterano se unió a sus risas.

—Si eso ocurre, tal vez podamos coronarte rey a ti. Yo me conformaría con un título de conde.

Conan iba a replicarle, pero de repente oyó un sonido que no habría tenido que oír, que se le clavó en el cerebro. Tablas que crujían en la estancia de la que acababa de salir. Las ratas no podían hacer crujir las tablas. Su espada abandonó la vaina con un silbido; corrió hacia la puerta, seguido por el grito de sorpresa de Macaón.

Cuatro hombres sobresaltados, vestidos con atuendos desechados por algún aristócrata, uno de los cuales todavía estaba trepando por la ventana, se detuvieron pasmados ante la aparición del joven gigante. Su sorpresa solo duró un momento; cuando Conan hubo dado el primer paso en el interior de la estancia, empuñaron espadas y arremetieron contra él.

El cimmerio paró de una patada al primero que acometía y, con el mismo movimiento, plantó el pie en medio de la sucia y gris túnica de seda de su oponente. Este expulsó violentamente el aliento, y cayó inerme a los pies de un hombre de poblado bigote que venía detrás. El hombre del bigote tropezó, y la punta del arma de Conan convirtió su garganta en una fuente de sangre. Cuando el moribundo cayó encima del primer atacante, un tercer hombre con

una irregular cicatriz en la mejilla izquierda saltó sobre él, asestando mandobles desordenadamente. Conan se agazapó, cortó el aire con el acero en alto, y su propia espada rajó el estómago del Caracortada. Con un chillido, se desplomó, y aferró con ambas manos los gruesos intestinos que escapaban de su cuerpo. Una espada arrojada desde el suelo se coló entre las escamas de metal de la loriga de Conan y le hirió en el costado, pero el contragolpe del cimmerio atravesó hasta los ojos el cráneo del hombre de la túnica gris.

—¡Que Erlik te maldiga! —le gritó el único enemigo que quedaba. Este, un hombre flaco de ojos astutos, había sido el último en entrar en la estancia, y no se había unido a la salvaje refriega—. ¡Has matado ya a ocho de mis hombres! ¡Que Erlik maldiga a toda tu estirpe! —Chillando, se abalanzó sobre Conan con rápidos mandobles.

El cimmerio quería capturarlo vivo, en condiciones para responder a sus preguntas, pero el furioso ataque era demasiado peligroso como para mantenerlo a raya durante mucho tiempo. Un destello de miedo y rabia, casi demencial, brillaba en el sudoroso rostro del atacante que gritaba con cada mandoble. Las espadas se cruzaron en tres ocasiones y, entonces, del cuello de Ojosastutos empezó a manar sangre; su cabeza rodó por el suelo.

Armando estruendo con sus pisadas, los mercenarios se agolparon en la estancia con Macaón al frente, todos con la espada en mano.

—Por Mitra, cimmerio —dijo el tatuado mercenario al contemplar la escena de matanza—. ¿No podrías habernos dejado por lo menos uno?

—No se me ocurrió —le respondió Conan ásperamente.

Julia se abrió paso entre los hombres. Cuando vio los cadáveres, se cubrió el rostro con ambas manos y chilló. Entonces vio a Conan y recobró la compostura con la misma rapidez con que la había perdido.

—¡Estás herido! —le dijo—. Siéntate sobre la cama, y te curaré.

Por primera vez, Conan se dio cuenta de que una cuchilla de fuego le ardía en las costillas y de que la sangre le estaba empapando el costado de la loriga.

—Solo es un rasguño —le respondió—. Sacad esto de aquí —le

dijo a Macaón, señalando los cadáveres.

Macaón ordenó que algunos hombres se llevaran a los muertos.

Julia, sin embargo, no se resignaba.

—No importa que sea un rasguño —le dijo con firmeza—, si nadie te lo cura, puedes ponerte enfermo. Traedme agua caliente y paños limpios —gritó por encima del hombro, al mismo tiempo que trataba de obligar a Conan a sentarse en la cama—. ¡Fijaos en que estén limpios!

Para sorpresa de todo el mundo, dos mercenarios fueron a cumplir su orden.

Conan, que se divertía con ello, la dejó hacer. Murmurando para sus adentros, Julia le quitó con exagerado cuidado la túnica de cuero con placas de metal. Le palpó suavemente la carne en los contornos de la alargada y superficial incisión y frunció el ceño, pensativa. No parecía preocuparse por la sangre que le estaba ensuciando los dedos.

—Parece que me has pasado delante una vez más —dijo Macaón, resentido, antes de dejarlos solos.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó ella, como ausente —. No hables. Que la herida no se mueva. No tienes costillas rotas y no será necesario suturarla, pero cuando te la haya vendado procura no hacer esfuerzos. Quizá, si te tumbas… —Entonces, contuvo un grito—. Mitra nos proteja, ¿qué es esa cosa maligna?

Conan siguió su mirada, súbitamente aterrada, hasta la figura de bronce que yacía sobre el lecho, ahora fuera del saco.

—Un regalo que le compré a Macaón —dijo, y la agarró con la mano. Julia retrocedió—. ¿Qué te pasa, muchacha? Solo es una figura de metal.

—Tiene razón al asustarse —dijo Boros desde la puerta. Estaba mirando a la estatuilla de bronce como si hubiera sido un demonio viviente—. Esa cosa es malvada más allá de toda comprensión. Puedo sentir desde aquí sus vibraciones malignas.

—Yo también —dijo Julia, temblorosa—. Me quiere mal. Lo presiento.

Boros asintió sabiamente.

—Sí, una mujer tiene que poder advertirlo. Los ritos de
Al’Kiir
eran abominables. Docenas de hombres luchaban hasta la muerte

mientras las sacerdotisas salmodiaban y el corazón del sobreviviente era arrancado de su cuerpo, aún con vida. Ritos de tortura mantenían viva a la víctima mientras chillaba durante varios días sobre el altar. Pero el más malvado de todos esos rituales, y el más poderoso, era la ofrenda de una mujer como víctima sacrificial. O como algo aún peor.

—¿Puede existir algo peor que ser ofrecida en sacrificio? —preguntó débilmente Julia.

—Que te entreguen al dios viviente cuya imagen es esa escultura —respondió Boros— para ser su amante por toda la eternidad. Ese debe de haber sido el destino de las mujeres entregadas a Al'Kiir.

Julia se tambaleó, y Conan exclamó:

—¡Cállate, anciano! La estás asustando. Ahora recuerdo que habías mencionado a ese Al'Kiir en otra ocasión, estando borracho. ¿Estás borracho ahora? ¿Todo lo que estás diciendo ahora te lo ha dictado el vino?

—Estoy completamente sobrio —dijo el anciano de barba gris—, y querría estar encurtido en vino como un cadáver. Porque eso no es solo una imagen de Al'Kiir, cimmerio. Es un instrumento vital y necesario del culto de ese dios horroroso. Yo creía que todos habían sido destruidos desde hacía siglos. Alguien está intentando traer a Al'Kiir de nuevo al mundo, y si dispusiera de esa horrible imagen tendría el éxito garantizado. Yo, por lo menos, no querría seguir viviendo si lo lograra.

Conan observó la estatuilla de bronce que estaba sosteniendo con su gran mano. Dos hombres habían muerto tratando de quitársela en la tienda. Tres más habían perecido en un segundo ataque, y ya no dudaba de que iban tras el mismo objeto. Antes de morir, Ojosastutos había acusado a Conan de haber matado a ocho de sus nombres. Los números encajaban. Los que querían volver a traer a aquel dios al mundo se habían enterado de que el cimmerio tenía la imagen que ellos necesitaban. En cierto sentido, Conan se

sintió aliviado. Había llegado a pensar que algunos de aquellos ataques, incluyendo el último, se debían a Karela.

Los hombres que habían ido a buscar el agua caliente y las vendas entraron en la habitación; Conan ocultó la imagen bajo su manta e indicó a los demás por señas que no dijeran nada hasta que los soldados hubieran salido de nuevo.

Cuando volvieron a quedarse solos los tres, Julia habló.

—Voy a curarte la herida, pero no lo haré si vuelves a sacar esa cosa. Siento su presencia incluso allí.

—La dejaré donde está —dijo el joven cimmerio, y la muchacha se arrodilló a su lado y se puso a bañarle y vendarle el corte—. Prosigue con tu relato, Boros —siguió diciendo—. ¿Cómo es que este dios no puede llegar por sí solo al mundo de los hombres? No parece que debamos temer a semejante dios, a pesar de toda su cornamenta.

—Bromeas —murmuró Boros—, pero esto no es divertido. Para hablaros de
Al'Kiir
, tendré que remontarme al pasado lejano. Sabéis que Ofir es el más antiguo de los reinos que ahora existen en el mundo, pero hay pocos hombres que sepan algo de sus nebulosos orígenes. Yo tengo algunas nociones. Antes de que existiera Ofir, esta tierra era el centro del culto de
Al'Kiir
. Los hombres más fuertes y apuestos, y las más orgullosas y bellas mujeres, eran traídos desde lejos para que participaran en los ritos de los que os he hablado. Pero, como ya imagináis, hubo algunos que se opusieron al culto de
Al'Kiir
, y sobresalieron entre ellos los que se llamaban a sí mismos Círculo del Sendero de la Mano Derecha.

—¿No podrías contárnoslo con mayor brevedad? —dijo Conan —. No es necesario que adornes el relato como un juglar del mercado.

Boros resopló.

—¿Qué quieres, que sea breve o que te cuente todos los hechos? El Círculo del Sendero de la Mano Derecha tenía al frente a un hombre que se llamaba Avanrakash, tal vez el más poderoso

practicante de la magia blanca que jamás haya existido.

—No tenía idea de que existiera una magia blanca —dijo Conan—. Jamás he visto a un hechicero que no apestara a negrura y maldad, de la misma manera que hiede un estercolero.

Esta vez el anciano le ignoró.

—Se dice que aquellos hombres contactaron con los propios dioses, e hicieron un trato. Ningún dios había de enfrentarse abiertamente a Al'Kiir, pues temían que una guerra entre deidades lo destruyera todo, incluidos ellos mismos. Algunas divinidades, parece que Set se contó entre ellas, no quisieron tomar parte en lo que iba a ocurrir. Otras, sin embargo, acrecentaron el poder de los miembros del Sendero de la Mano Derecha, hasta el punto de que, si actuaban todos a una, podían llegar a derrotar a un dios aislado. Comprenderás que no quisieron otorgar tanto poder a un solo hombre, porque entonces, como mínimo, se habría convertido en un semidiós, ni tampoco podían concederles fuerzas a todos ellos hasta el punto de que no pudieran ser derrotados por dos dioses que lucharan juntos.

A pesar de sí mismo, Conan acabó por escucharle con interés. Julia, boquiabierta, se olvidó de atarle las vendas al cimmerio mientras atendía a las palabras de Boros.

—En la batalla que siguió, el mismo rostro de la tierra fue alterado, se alzaron montañas, los ríos cambiaron de curso, antiguos mares se transformaron en desiertos. Todos los que marcharon contra Al'Kiir, exceptuando tan solo a Avanrakash, perecieron, y el propio Avanrakash fue herido de muerte. Pero en su agonía, con un bastón de poder, logró separar a Al'Kiir del cuerpo que ocupaba en el plano de los hombres, para expulsar al dios de este mundo.

»Entonces, el pueblo se rebeló contra los templos de Al'Kiir, y el primer rey de Ofir fue coronado. Ciudades enteras fueron arrasadas de tal modo que ni siquiera se conserva su recuerdo. Se

hizo para que incluso el mismo nombre de Al'Kiir se desvaneciera del recuerdo de los hombres.

»¿Qué ocurrió con el cuerpo terrenal del dios? Los hombres trataron de destruirlo también, pero ni siquiera las mayores hogueras hicieron mella en él, y las mejores espadas se quebraron al golpearlo. Finalmente, lo sepultaron en las entrañas de un monte y cegaron las entradas, para que, con el tiempo, los hombres olvidaran su misma existencia.

»Aquellos que quisieron acabar con el nombre y el recuerdo del dios tuvieron éxito y fracasaron a la vez, pues la montaña recibió el nombre de Tor Al'Kiir; pero, en los siglos posteriores, solo unos pocos tuvieron noticia del origen de ese nombre, aunque todo el mundo sabe que es un lugar de mal agüero, un lugar que debe evitarse.

»Yo creía ser el último que conocía esta historia, y pensaba que todo sería olvidado en cuanto se encendieran las hogueras de mi funeral. Pero he visto luces por la noche en la cumbre del Tor Al'Kiir. He oído susurros que cuentan que alguien está tratando de desentrañar ciertos secretos. Alguien está intentando volver a traer a Al'Kiir a este mundo. Estaba convencido de que fracasarían, porque no tenían esa imagen, ni ninguna otra semejante; pero, si logran apoderarse de ella, todos los hombres volverán a sufrir el peso de la sangre, la lujuria y la esclavitud.

Cuando el anciano calló por fin, Conan soltó el aliento con morosidad.

—La solución es sencilla. Llevaré esa maldita escultura a casa del forjador más cercano y haré que la funda.

—¡No! —gritó Boros. Un violento estremecimiento le sacudió el cuerpo, y se peinó nerviosamente la barba con los dedos—. Si no se ejecutan los hechizos adecuados, liberaría tanto poder que borraría esta ciudad de la faz de la tierra, y también la mitad del país. No hace falta que me lo preguntes; no conozco los hechizos que necesitamos y es probable que quienes los conocen los empleen

para sacar partido de la estatua, no para destruirla.

—Ese bastón —dijo Julia súbitamente—, el que empleó Avanrakash, ¿podría destruir la imagen?

—Eres muy perspicaz, niña —dijo el anciano—. Pero no sé responderte. Sin embargo, es muy posible que tenga ese poder.

—Qué más da —masculló Conan—. Sin duda, ese bastón se pudrió hace siglos.

Boros negó con la cabeza.

—En absoluto. Al fin y al cabo, es un bastón de poder, el Bastón de Avanrakash. Aquellos hombres de tiempos antiguos veneraban su potencia y lo eligieron como Cetro de Ofir; y aún lo es, aunque esté recubierto de oro y gemas. Se dice que fue la presencia de ese cetro, enarbolado como estandarte al frente de los ejércitos de Ofir, lo que permitió a Moranthes el Grande vencer en las batallas contra Aquerón. Conan, si pudieras hacerte con el cetro…

—No —le respondió secamente el cimmerio—, no quiero tratar de robar el cetro del rey Valdric por la simple posibilidad de que tenga algún poder. ¡Por los Nueve Infiernos de Zandrú, ese hombre lo usa como bastón para andar! Nunca se separa de él.

—Tienes que comprenderlo, cimmerio… —empezó a decirle Boros, pero Conan le hizo callar.

—¡No! Voy a esconder esa cosa tres veces maldita bajo las tablas del piso hasta que encuentre un sitio donde enterrarla para que nadie la pueda volver a encontrar. No se te ocurra contar nada de esto hasta que lo haya hecho, Boros. Y tampoco te acerques al vino.

Boros se cubrió con un manto de dignidad herida.

—Hace cincuenta años que guardo este secreto, cimmerio. No es necesario que me alecciones.

Conan gruñó, y dejó que Julia le levantara el brazo para acabar de vendarle. Se le había añadido otro problema a los que ya tenía. ¿Cómo era posible destruir una cosa que no podía ser destruida, que por lo menos ellos no podían destruir si no encontraban un hechicero de confianza, algo tan raro como una puta virgen? De todas formas, lo que más le preocupaba era Karela. Se preguntaba qué estaría tramando aquella moza de cabellos de fuego.

10

Karela tiró de las riendas de su yegua baya al salir de entre los altos árboles, cubiertos por las sombras del crepúsculo, y contempló la pequeña cabaña con tejado de cuatro aguas que había en el claro. Había un único caballo atado afuera, un gran caballo de guerra negro, con los abigarrados jaeces de un noble, aun cuando sus bardas de color negro y escarlata no ostentaran el blasón de ningún linaje. Tenía que encontrarse allí con un hombre solo, pero aguardaría hasta que se supiera segura.

El crujido de una ramilla caída anunció la llegada de un sujeto vestido con una basta túnica de lana y calzones de feo color marrón, que se confundía fácilmente con las sombras. Karela sabía que había hecho ruido deliberadamente, para que ella, estando ya advertida, no respondiera a su repentina aparición con la cimitarra turania que le colgaba del talabarte; cuando quería, Agorio andaba por los bosques tan silenciosamente como cae una pluma. Había perdido las dos orejas por ladrón, y tenía una cicatriz en el alargado rostro que obligaba a su ojo derecho a mantenerse en perenne expresión de sorpresa.

—Ha venido solo, mi señora, como tú habías dicho —explicó.

Karela asintió. Los hombres que ahora la seguían no eran tan buenos como sus sabuesos de las llanuras zamorias. Antes de que ella los encontrara, habían sido en su mayoría cazadores furtivos, y rateros si se les presentaba la ocasión, y no les gustaba la disciplina que la mujer les había impuesto; pero, con el tiempo, Karela lograría que inspiraran tanto pavor como cualquier otra cuadrilla de forajidos que jamás hubiera cabalgado.

Avanzó a caballo hasta el claro, lentamente, montada en la silla con el orgullo de una reina. Desdeñó el tomar más precauciones que las ya adoptadas. Al desmontar, desenvainó su espada curva y

abrió, empujándola con la hoja, la tosca puerta de madera de la cabaña.

En el interior había una única habitación, con el burdo mobiliario que podía esperarse en un sitio como aquel, apenas iluminado por el fuego del hogar. Todo estaba cubierto de polvo, y telarañas antiguas y ya secas colgaban de las desnudas vigas envueltas en sombras. Un hombre, que vestía una sencilla sobrepelliz escarlata sobre la armadura, estaba de pie en medio del oscuro habitáculo, y entremetía despreocupadamente los pulgares en el holgado talabarte del que colgaba su sable envainado. Karela observó que era casi tan alto como Conan, y tenía las espaldas casi tan anchas como el cimmerio. Era un hombre apuesto y, a juzgar por la sonrisa que afloró a sus labios al entrar ella, estaba avezado al trato con las mujeres.

Karela cerró la puerta con el talón y aguardó a que él hablara. No envainó la espada.

—No eres como yo pensaba, muchacha —dijo el hombre por fin. Sus ojos oscuros estaban acariciando las curvas que se insinuaban en su ceñido justillo y en los calzones—. Eres muy bella.

—Y tú acabas de cometer el primer error. —Hablaba con voz amenazadora, pero el hombre no pareció comprenderlo—. No permito que nadie me llame muchacha. Antes de que sigas hablando, quiero que respondas a algunas preguntas. Tu mensaje me llegó por conductos que yo creía reservados a unos pocos en quienes confío. ¿Cómo pudiste encontrarlos? ¿Quién eres tú, y por qué me has mandado cincuenta monedas de oro antes de saber si vendría? —Porque esta era la suma que había acompañado al mensaje.

—Y con todo, has venido —dijo él, con fría confianza en sí mismo. Sacó de debajo de la sobrepelliz dos saquitos de cuero repletos y los arrojó sobre la mesa. Tintinearon al caer—. Y si aceptas mi encargo, aquí tienes otras cien monedas de oro; recibirás cien más cuando lo termines.

El tono de voz de Karela se endureció.

—Responde a mis preguntas.

—Por desgracia, no puedo —dijo él con voz suave—. No debes temer una emboscada, inquisitiva belleza mía. He venido solo, como ya dije. No se oculta ningún hombre en la arboleda que nos

rodea.

—Salvo los míos —dijo ella, y vio con placer que la sorpresa pasaba fugazmente por el rostro de su interlocutor.

El hombre recobró en seguida el aplomo.

—Pero eso ya lo esperaba. Cuando oí hablar de una cuadrilla de bandoleros capitaneada por una… una mujer, adiviné que tenías que ser muy buena para sobrevivir durante tanto tiempo. ¿Sabes?, te estás haciendo famosa. Enséñame tu espada. Es oriental, ¿verdad? ¿Eres del Este, mi bella bandida? No tienes el color de las bellezas orientales que conozco, aunque eres tan encantadora como todas ellas juntas.

Su sonrisa se ensanchó; una sonrisa que, Karela estaba segura de ello, pretendía producir un hormigueo en las mujeres a quienes se dirigiera. Y —ella lo admitió— debía de haber conseguido a menudo su propósito. También sabía que su ira contra aquellos modales —¡sí, la llamaba muchacha! Mi pequeña bandida, ¡ja!— la protegía contra él. Se aferró a aquella cólera, la cultivó. Sin embargo, envainó la espada.

—No pienso contarte mi historia —mascculló—, si tú no me dices por lo menos tu nombre. Al menos, puedes decirme qué tengo que hacer a cambio de esas doscientas monedas de oro.

Los ardientes ojos del hombre no dejaron de observarla, pero al menos se moderaron.

—El barón Inaros se ha retirado de su fortaleza, y se marcha a su palacio de Ianthe. No está implicado en los presentes enfrentamientos. Más bien los teme. Esta es la razón de su movimiento: busca la seguridad de la capital. Sus guardias serán pocos, no habrá bastantes para hacer frente a una atrevida cuadrilla de bandoleros. Por esas doscientas monedas, me traerás su biblioteca, que se ha llevado consigo en dos carretas. Y por supuesto, puedes quedarte con todo lo demás que arrebates a su séquito.

—¡Una biblioteca! —exclamó Karela—. ¿Cómo puedes pagar doscientas monedas de oro, doscientas cincuenta, de hecho, por una colección de pergaminos polvorientos?

—Digamos simplemente que colecciono rarezas, y que hay algunas obras en posesión de Inaros por las que estoy dispuesto a pagar ese precio.

Karela casi se rio. No se creía que aquel hombre fuera coleccionista de pergaminos raros. Pero nada sacaría de llamarlo mentiroso.

—Muy bien —dijo—, pero quiero que me des doscientas monedas de oro cuando te entregue esas, ah, rarezas. —Le tocaba sonreír a Karela—. ¿Estás dispuesto a pagar ese precio?

El hombre asintió morosamente, y volvió a mirarla de arriba abajo.

—Casi podría considerarlo barato, aunque más te vale no presionarme demasiado, porque podría encargarle la tarea a otra persona que, aunque no fuera tan bella, tampoco se mostraría tan codiciosa. Ahora, cerremos el trato.

—¿Qué…? —empezó a decir Karela, pero, antes de que pudiera terminar la frase, el hombre dio un paso adelante y la agarró. La oprimió rudamente contra su cuerpo; la mujer no pudo liberar el brazo para desenvainar la espada.

—Tengo una manera especial de cerrar los tratos con mujeres —dijo él, riendo entre dientes—. Forcejea si te place, pero antes de que termine empezarás a disfrutar. —De pronto se quedó como helado, pues había sentido en el cuello la aguzada punta del puñal de Karela.

—Debería rajarte la garganta —susurró la mujer—, como al cerdo que eres. Aléjate de mí. Poco a poco.

Lentamente, el nombre retrocedió; su rostro era una rígida máscara de cólera. Tan pronto como dejó de estar al alcance de su puñal, aferró el puño de la espada.

Karela arrojó el puñal al aire y lo cazó al vuelo por la punta.

—¿Te apuestas la vida a que no puedo arrojártelo al ojo?

El hombre apartó la mano del arma.

Karela combatió con desesperación su propio deseo de matarlo. En su opinión, lo merecía claramente, pero si mataba a un hombre que había ido a pagarle por sus servicios, ¿cómo podría mantenerlo en secreto? Todos los que se enteraran de lo ocurrido pensarían que lo había hecho por las monedas que estaban sobre la mesa y nadie más volvería a ofrecerle oro.

—¡Cría cobarde de un camello enfermo! —le espetó en su frustración—. Pero me recuerdas a una figura a quien vi hace poco. Una fea criatura que habría congelado la sangre de cualquier mujer,

igual que tú. Tenía cuernos y colmillos, sus partes duplicaban en tamaño a las de cualquier hombre y, si hubiera estado viva, probablemente habría pensado con ellas, igual que tú. Si es que tienes.

Mientras Karela hablaba, el hombre se había quedado muy quieto, la ira había ido desapareciendo de su rostro y, al hablar de nuevo, apenas si disimuló la emoción en su voz.

—Esa figura… ¿cuántos cuernos tenía?, ¿cuántos ojos? ¿No tenía forma de hombre?

Karela le miró asombrada. Si aquel hombre estaba intentando que bajara la guardia, lo hacía de extraña manera.

—¿Qué interés tienes en ella?

—Más del que puedes llegar a imaginar. ¡Habla, mujer!

—Se parecía a un hombre —dijo ella morosamente—, solo que tenía más dedos de la cuenta en las manos y los pies, y siempre con forma de garras. También tenía cuatro cuernos y tres ojos. Y un hedor maligno tan intenso como el tuyo.

El hombre volvió a sonreír, pero no por ella. Para sorpresa de Karela, era una sonrisa triunfal.

—Olvídate de Inaros —dijo—. Si me traes esa figura, te pagaré por ella quinientas monedas de oro.

—¿Crees que voy a aceptar tu oro —le dijo Karela con incredulidad— después de lo ocurrido?

—Creo que aceptarías las quinientas monedas aunque te las pagara el propio Erlik. Piénsatelo, mujer. ¡Quinientas monedas!

Karela vaciló. Era una cantidad tentadora. Y todavía le gustaba más la idea de ganarlas a costa del cimmerio. Pero hacer negocios con aquel individuo…

—De acuerdo. —Se sorprendió al oír su propia voz—. ¿Dónde nos volveremos a encontrar cuando la tenga?

El hombre se quitó la brillante sobrepelliz roja, y dejó a la vista la armadura sobredorada que llevaba debajo.

—Pon un hombre vestido con esta misma prenda enfrente de la puerta principal del palacio del rey cuando el sol llegue a su cénit, y ese mismo día, al ocaso, vendré con el oro a esta cabaña.

—De acuerdo —dijo Karela de nuevo—. Ahora me voy y, te lo advierto, aguarda el tiempo necesario para contar a mil, si es que sabes contar, antes de salir; si no, podrás comprobar la eficacia de

esa bonita armadura contra los cuadrillos de ballesta.

Tras hablar así, salió de la cabaña y montó de nuevo.

Mientras cabalgaba hacia el bosque, sintió ganas de cantar. Quinientas monedas de oro y otro golpe, aunque pequeño, contra el cimmerio. Ya le atacaría de nuevo con más violencia; por el momento, había comenzado un asalto. Esta vez sería Conan, y no ella, quien debiera huir. Tendría que huir o morir.

Sinelle andaba por su alcoba como una pantera enjaulada y, aunque detestara su propia agitación, se veía incapaz de apaciguarla. Las lámparas de plata iluminaban la estancia contra la noche que asomaba por las ventanas y prestaban su brillo a las colgaduras de gasa de la pared. Su claro cabello estaba húmedo de sudor, a pesar de la noche fresca. Normalmente, Sinelle protegía celosamente su belleza y no permitía que un solo rizo se saliera de su lugar, ni toleraba, aun estando sola, la más leve mancha de carmín; pero en aquel momento, el alboroto que se había apoderado de ella le hacía olvidar todo lo demás.

Por centésima vez, se detuvo frente a un espejo y examinó sus carnosos y sensuales labios. No parecían distintos de cómo habían sido siempre, pero se los notaba hinchados. Con un gruñido de enfado, siguió dando vueltas por la estancia; su larga túnica de seda gris se le pegaba a las curvas del cuerpo. La mujer estaba pendiente del roce de cada una de las fibras del pulcro tejido contra la finura de su cuerpo.

Desde que… desde que aquel bárbaro la había besado, se encontraba así. No podía dejar de pensar en él. Alto, con los hombros robustos como un toro y ojos como un lago en invierno. Era un bellaco tosco y sin refinamiento. Salvaje e indómito, como un león, y sus brazos podían aplastar a una mujer con su abrazo. Sinelk se sentía como si le hubiera burbujeado miel en el cuerpo. No podía dormir; aquella misma noche, había pasado ya varias horas revolviéndose en su tormento, llena a desbordar de sentimientos que jamás había experimentado hasta entonces.

¿Por qué había tomado una Compañía Libre a su servicio? Solo para despechar a Antimides, como había hecho tantas otras veces para divertirse. No había razón alguna para conservarla, a menos que Antimides pudiera creer de algún modo que había derrotado a Sinelle si ella los despedía. Pero seguía obsesionada con el bárbaro.

Desesperada, trató de obligarse a no pensar más en Conan.

—¡No quiero entregarme a él! —gritó—. ¡Ni a ningún otro hombre! ¡Jamás!

Había otras cosas en que pensar. Tenía que haberlas. Las mujeres. Sí. Ya estaba segura de obtener la imagen de bronce de Al'Kiir. Los hombres que Taramenón había enviado en pos de Galbro se la traerían. Pero necesitaba una mujer para la ejecución del rito, y no le servía cualquiera. Tenía que ser una mujer más bella que todas cuantas se hallaran a su alrededor, orgullosa hasta la fiereza. Desde luego, había mujeres orgullosas, pero eran feas, o ancianas, o inaprovechables por otros veinte motivos. Las mujeres bellas abundaban, y algunas eran orgullosas, pero ¿acaso las había fieras? Sin excepción, temblaban ante la ira de un hombre y acababan por ceder a su voluntad, aunque se le resistieran durante un tiempo.

¿Por qué tenían que ser así? Sin embargo, ella misma había empezado a entenderlo. ¿Qué mujer podía resistirse a un hombre como aquel bárbaro? ¡Otra vez pensaba en él! Frustrada, se golpeó el bello muslo con el puño. ¿Por qué tenía que invadir continuamente sus pensamientos?

De pronto, la resolución apareció en su rostro. Se acercó a una mesa de mármol que estaba apoyada contra el muro cubierto de tapices, y cogió con los dedos un pliego de pergamino. Dentro de este había tres cabellos largos, negros y sedosos, que se habían quedado en su túnica cuando el bárbaro… Su mano tembló. No podía pensar en aquello; debía conservar la lucidez. Debía conservarla.

¿Por qué tenía que ser él? ¿Por qué no Taramenón? ¿Por qué él nunca la había trastornado de la misma manera que Conan? ¿Por qué había jugado durante tanto tiempo con Taramenón por el único placer del juego?

—Que sea Conan —susurró—. Pero del modo en que yo quiera. Estrujó el pergamino y abandonó la estancia.

Los esclavos, que barrían los suelos a las horas en que su dueña solía estar ausente, se apartaban con torpeza de su camino y se prosternaban hasta tocar las baldosas de mármol con la frente en señal de sumisión. Sinelle no les prestaba más atención a ellos que a los muebles.

Fue directamente a su cámara secreta, cerró la puerta a sus espaldas y encendió con rapidez las lámparas. El sentimiento de triunfo añadía velocidad a sus movimientos, la certeza del triunfo que pronto iba a tener en sus manos.

Sobre la mesa cubierta de jarras y frascos, separó cuidadosamente uno de los cabellos del paquete. Con uno le bastaría, así le quedarían otros dos por si tenía que arrojar más hechizos sobre el corpulento bárbaro.

Trazó el signo de los cuernos sobre una lisa bandeja de plata, el signo de Al’Kiir, valiéndose de sangre de virgen y de un pincel de cabello de feto humano, cuyo mango estaba hecho con el hueso de uno de los dedos de su madre. Entonces puso dos velas sobre la bandeja, una a cada extremo, y las encendió. Eran de color negro y estaban hechas con grasa de hombres asesinados, robada de sus tumbas en tierra santificada.

La rapidez era esencial, pero también el cuidado, no fuera que, en lugar del efecto querido, ocurriera un desastre. Sujetándose la lengua con los dientes, pintó los últimos símbolos en el borde de la bandeja. Deseo. Lujuria. Necesidad. Carencia. Pasión. Anhelo.

Arrojó bruscamente a un lado el pincel, levantó ambas manos por encima de la cabeza y luego las tendió frente a su cuerpo, con las palmas hacia arriba, en un gesto de súplica. Sinelle salmodió en la arcana lengua que había aprendido con tanto esfuerzo, con palabras que, dichas en voz baja, resonaban en las paredes como gritos, y tenían poderes de invocación que estaban ligados a Al’Kiir pero no pertenecían al dios, poderes de este mundo, no del vacío donde Al’Kiir se hallaba aprisionado. En el principio, había tratado de emplear aquellos poderes para contactar con Al’Kiir. El resultado había sido un incendio que engulló una torre de su castillo, uno que se encontraba a medio camino de la frontera aquilonia; un fuego cuyas llamas no había podido extinguir el agua y que se había apagado tan solo cuando ni siquiera quedaban ya

cenizas que pudieran arder. Durante largo tiempo, había tenido miedo de intentarlo de nuevo, en buena parte por las miradas debidas a los rumores de que se había estado practicando la brujería en el castillo de Asmark. Para protegerse, había presentado cargos de hechicería contra una mujer del castillo, una vieja de la cocina con aspecto de bruja, y la había hecho quemar en la estaca. Después de aquel primer error, Sinelle había aprendido a tener cuidado.

Lentamente, se formaron charcos de negro sebo en torno a las velas, y Sinelle bajó las manos. Respiró relajadamente por primera vez en varias horas. Los símbolos pintados en la bandeja, el cabello, todo había quedado reducido a cenizas. Una sonrisa cruel afloró a sus labios. Ya no tendría que temer a sus propios deseos. El bárbaro era suyo y podría hacer con él lo que se le antojara. Suyo.

11

Mientras caminaba por el polvoriento patio de la casa donde estaba acuartelada su compañía, Conan sintió que se le ponía la carne de gallina. Todo el vello de su cuerpo pareció agitarse con vida propia. La brillante luz solar caía en cascada desde el dorado globo que se estaba remontando por el cielo matinal; un aire gélido parecía rodear a Conan. Había sufrido aquella extraña sensación desde el momento en que había despertado, y no comprendía el motivo.

El corpulento cimmerio no creía que el miedo fuera la causa. Conocía bien sus temores, los tenía bajo control. Ningún miedo podía afectar de aquella manera a Conan, quien, en sus pocos años, había luchado con todo tipo de criaturas que habrían helado el corazón de otros hombres. Y en lo tocante a la imagen, e incluso en lo tocante a
Al'Kiir
, se había enfrentado ya a todo tipo de monstruos, desde grandes gusanos carnívoros hasta gigantescas arañas que rezumaban veneno corrosivo por mandíbulas que habrían podido perforar las mejores armaduras, e incluso un dragón de escamas diamantinas y aliento de fuego. Los había derrotado a todos y, aunque sintiese prevención ante tales monstruos, no los temía.

—Cimmerio —le llamó Narus—, ven a coger un manto.

—Luego iré —le gritó Conan al mercenario de chupadas mejillas, que estaba buscando, junto con otros de la compañía, entre el gran montón de fardos y bultos que las carretas les habían traído aquella mañana.

Finalmente, Sinelle había atendido a las necesidades de la Compañía Libre que había tomado a su servicio. Había fardos de largos mantos de lana de color escarlata —el color de su casa—

amontonados en el patio, así como ropa de cama limpia y buenas mantas de lana. También había botas aquilonias de media caña, de buen cuero negro, pequeños espejos zingarios de metal pulido, navajas corinthias de afilada hoja y muchas otras cosas, procedentes de una docena de países, que un soldado podía necesitar. Además, les había enviado un saco de monedas de oro como primera paga. Con todo aquello, los mercenarios habían pasado la mañana como en un día de fiesta. Fabio no había dejado descansar a Julia, le había hecho acarrear sacos de nabos y guisantes, cargar con cuartos de bovino y corderos enteros y empujar toneles de vino y cerveza hasta las cocinas.

Fabio encontró a Conan al lado de la fuente seca. El rollizo y orondo cocinero se estaba frotando la cara con un trapo.

—Conan, esa haragana que dejaste a mi cuenta se ha escapado y se ha escondido en algún lugar. Y mira, todavía no ha barrido ni la cuarta parte del patio. Dice que es una dama de alta alcurnia. ¡Que Erlik te maldiga si lo es! Tiene más labia que una verdulera. Me ha dado con la escoba en la cabeza en mi propia cocina y me ha insultado con palabras tan gruesas como las de cualquier hombre de la compañía.

Conan sacudió la cabeza, irritado. No estaba de humor para escuchar las quejas de Fabio; se sentía como si le hubieran corrido hormigas por todo el cuerpo.

—Si quieres que el patio esté barrido —le replicó—, bárrelo tú mismo.

Fabio contempló al cimmerio, boquiabierto, mientras este se marchaba enojado.

Conan se pasaba las manos por el cabello. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Era posible que la maldita estatuilla de bronce, la maldad que Julia decía percibir, le hubiera afectado a través del suelo sobre el que dormía?

—Cimmerio —le dijo Boros, saliendo de la casa—. Te he estado buscando por todas partes.

—¿Por qué? —le gritó Conan, y entonces trató de contenerse—. ¿Qué quieres? —le preguntó en un tono de voz algo más razonable.

—Oh, pues hablar de la estatuilla, por supuesto. —El anciano miró en derredor, y luego bajó la voz—. ¿Has estado pensando en cómo destruirla? Cuanto más lo pienso yo, más me parece que el

Bastón de Avanrakash es la única solución.

—No pienso robar ese cetro maldito por Erlik —masculló Conan.

Al ver que Macaón se les acercaba, el cimmerio se sintió a punto de explotar.

El canoso mercenario vio con sorpresa la cara malhumorada del corpulento cimmerio, pero le dijo tan solo:

—Nos están vigilando. Por lo menos, alguien vigila esta casa.

Conan cerró con fuerza ambas manos sobre el talabarte. Aquello era un problema de su compañía, tal vez un problema importante, y había trabajado tanto en ella, y durante tanto tiempo, que no podía permitir que su propio mal humor la perjudicara.

—¿Hombres de Karela? —preguntó, con un tono de voz casi normal. Mantenerlo le costó un gran esfuerzo.

—No creo, a menos que haya empezado a reclutar jóvenes petimetres para su banda —le respondió Macaón—. Son dos, y están vestidos y enjoyados como para visitar el jardín de una dama, con bolas de confecciones aromáticas arrimadas a la nariz. Andan sin cesar de un extremo a otro de la calle. Muestran especial interés por esta casa.

«Jóvenes nobles», pensó Conan. Tal vez fueran hombres de Antimides, pues el conde querría saber si Conan había revelado los secretos que conocía. O tal vez quisieran apoderarse de la estatuilla, aunque difícilmente trabajarían unos aristócratas al lado de hombres como los que hasta aquel momento lo habían intentado. Incluso podían tratarse de Taramenón, el celoso pretendiente de Sinelle, y de un amigo, que quisieran ver por sí mismos qué tipo de hombre había tomado a su servicio aquella belleza de cabellos de platino. Decidirse por una de las posibilidades era difícil, y aún más en el estado en el que Conan se encontraba.

—Tendríamos que prenderlos la próxima vez que pasen… —empezó a decir, y los otros dos se espantaron.

—Te has vuelto loco —murmuró Boros—. Ha sido la estatuilla, cimmerio. Te está afectando. Tenemos que destruirla sin demora.

—Yo no sé de qué está hablando esta vieja urraca —dijo Macaón—, pero si prendemos a unos nobles… a la luz del día, en el centro de Ianthe… cimmerio, no nos bastaría la suerte de diez sabios brithunios para salir de la ciudad con la cabeza aún sobre los hombros.

Conan cerró los ojos con fuerza. El cerebro le daba vueltas, danzaba entre brumas que le velaban el entendimiento. Aquello era fatalmente peligroso; tenía que pensar con claridad para no llevarlos a todos al desastre.

—¿Amo Conan? —dijo una voz tímida.

Conan abrió los ojos y vio a un hombre descalzo, vestido con la túnica de los esclavos, blanca y corta, bordada en escarlata.

—No soy el amo de nadie —respondió ásperamente.

—Sí, mi am… uh, noble señor. Se me ha ordenado que os diga que la dama Sinelle desea que acudáis a su casa de inmediato.

Imágenes de la hermosa aristócrata de senos opulentos aparecieron en el cerebro de Conan, y borraron todo lo demás. Un cálido flujo de deseo acabó con su inquietud. Severamente, se recordó a sí mismo que Sinelle debía de querer consultarle acerca del servicio de su compañía, pero aquella sugerencia produjo el mismo efecto que si hubiera sido susurrada en medio de una gran tormenta del mar de Vilayet. Al besarla Conan por primera vez, Sinelle le había respondido. Sus palabras no importaban, su cuerpo había revelado sus verdaderos sentimientos. Tenía que ser así.

—Acompáñame —ordenó Conan y, sin más tardanza, salió a la calle.

El esclavo tuvo que salir tras él.

Conan apenas si prestaba atención a aquel hombre que casi tenía que correr para seguirle el paso, pues estaba caminando a toda velocidad por las calles abarrotadas. Con cada paso que daba, las visiones que tenía de Sinelle se hacían más fuertes, más convincentes, y se le aceleraba la respiración. Cada uno de sus contornos se le aparecía con claridad en la imaginación: la opulencia de sus redondeados senos, el esbelto talle que el cimmerio casi podía rodear con las manos, la curva de sus hermosos muslos y de sus caderas que se mecían sensualmente. Sinelle acaparaba sus pensamientos, le nublaba los ojos hasta el punto de que Conan no veía a las desbordantes multitudes, ni recordaba nada de su camino.

En cuanto llegaron a la gran casa de Sinelle, el hombre de la túnica corta se adelantó para guiar a Conan por las escaleras y los corredores, pero el cimmerio estaba seguro de poder encontrar el camino por sí solo. Las palmas de sus manos sudaban por tocar

aquella suave piel de raso.

Con una reverencia, el esclavo le hizo pasar a la cámara privada de Sinelle. La belleza de pálida piel estaba de pie, acariciándose con su pequeña mano la garganta de alabastro; los negros ojos parecían ir a llenarle todo el rostro, circundados por sedosas olas de cabello de puro platino. Diáfanas sedas cubrían su marfileño esplendor, pero no ocultaban nada.

—Déjanos solos, Escipión —dijo ella con voz vacilante. Conan no se dio cuenta siquiera de que el esclavo salía y de que cerraba la puerta a sus espaldas. Se atragantaba en su propio aliento; clavaba las uñas en sus palmas encallecidas. Jamás había poseído a una mujer que no lo quisiera, pero, en aquel momento, estaba a punto de hacerlo. Con un gesto de Sinelle, o una palabra que pudiera entender como invitación, tendría bastante. La batalla rugía en el interior del gigante cimmerio; la devastadora lujuria guerreaba contra su voluntad. Y por primera vez en su vida, sintió que su voluntad empezaba a doblegarse.

—Te he mandado que vinieras, bárbaro… —empezó a decir Sinelle, entonces tragó saliva y volvió a comenzar—: Te he llamado a mi presencia…

Dejó de hablar cuando Conan se acercó a ella. El cimmerio la cogió suavemente por los hombros; contuvo sus fuerzas para no rasgar el atuendo que, con sus transparencias, parecía una burla. Cuando miró al rostro de Sinelle, vuelto hacia arriba, encontró miedo, y anhelo. Los ardientes ojos de la mujer eran pozos sin fondo en los que el cimmerio habría podido caer por toda la eternidad; los de Conan eran llamas azules.

—No me temas —dijo ásperamente el bárbaro—. Jamás te haría daño.

Sinelle oprimió la mejilla contra su pecho, estrujó sus opulentos senos contra él. Conan no lo vio, pero una leve sonrisa afloró a sus labios, una sonrisa que suavizó el miedo que había en sus ojos sin suplantarlo.

—Eres mío —susurró.

—Cuando te besé por vez primera —dijo Conan entre jadeos—, tú me deseaste. Igual que yo te deseo a ti. Sabía que no lo había imaginado.

—Ven —dijo ella, cogiéndole de la mano al tiempo que se

alejaba de su cuerpo—. Mi lecho se encuentra una vez se ha entrado por esa puerta rematada en arco. Haré que traigan vino, y frutas recubiertas de nieve de las montañas.

—No —murmuró Conan—. No puedo esperar más.

Su mano le agarró las sedas; le desgarró la túnica y la dejó completamente desnuda. Sin hacer caso de sus protestas de que podían entrar sirvientes, la puso en el suelo. Al cabo de poco, Sinelle dejó de protestar.

12

Cuando el sol se elevaba de nuevo hacia su cénit, Conan se marchó de casa de Sinelle; se preguntó, fatigado, cómo podían haber pasado tantas horas sin que se diera cuenta. Pero la mujer le había abstraído de tal manera que le había hecho olvidar el tiempo. Si no hubiese abandonado el lecho antes de que Conan se despertara, tal vez el cimmerio no la habría dejado todavía. Aunque hubiera pasado un día y una noche con Sinelle y apenas si hubiera dormido, aún sentía en su vientre un nudo de deseo, que se inflamaba cada vez que pensaba en ella. Solo la necesidad de ver a su Compañía Libre y la ausencia de la mujer, le habían compelido a vestirse y marcharse.

Aturdido, anduvo por las calles abarrotadas como si no hubiera habido nadie a su alrededor, solo veía a la mujer que, además de su cuerpo, había domeñado también su mente. Mercaderes ataviados con holgadas túnicas y capuchones, y fulanas que apenas si se cubrían el cuerpo con ajorcas sobredoradas, se apartaban de su camino para que no les arrollara; nobles vestidos de raso y barbudos eruditos abandonaban toda dignidad para saltar a un lado cuando veían, incrédulos, que el cimmerio seguía avanzando en línea recta. Conan oía las maldiciones que lo seguían, pero no comprendía los insultos que le estaban dedicando docenas de gargantas. Solo eran balbuceos sin sentido, que en nada le concernían.

De repente, un hombre que no se había apartado chocó con el pecho de Conan, y el bárbaro se encontró con un rostro indignado, al tiempo que el recuerdo de los sedosos muslos de Sinelle se difuminaba sin llegar a desaparecer. Era un joven, de edad no superior a la del cimmerio; pero su túnica de brocado azul con aberturas sobre otra prenda amarilla, la cadenilla de oro que le

colgaba sobre el pecho, la menuda barba a la moda, la bola de confecciones aromáticas que sostenía con la mano, todo ello apuntaba a su noble cuna.

—Quieto, ladrón —le dijo con sorna el joven aristócrata—. Te he capturado.

—Sal del paso, imbécil —gritó Conan—. No tengo tiempo ni ganas de jugar a juegos de señoritos.

El cimmerio se fijó en que el noble llevaba una espada en la cintura, que quedaba extraña con aquel atuendo.

Conan trató de esquivar al joven de la túnica de brocado, pero un segundo joven noble, que además de la barba lucía un fino bigote, le salió al paso con arrogancia. Enjoyados anillos le cubrían los dedos, y también llevaba una espada.

—Este forastero —dijo en voz alta— ha robado a mi amigo.

Conan se preguntó por qué lo diría; no había nadie en la abarrotada calle que les prestara ninguna atención. De hecho, se había abierto un claro en torno a ellos, porque los transeúntes, prudentemente, evitaban acercarse. No importaba qué diversión pudieran buscar aquellos dos, el cimmerio no estaba interesado en ella. Solo quería comprobar que su compañía estuviera bien y regresar en cuanto pudiera con Sinelle. Sinelle, la de la piel de alabastro, suave como el raso.

—Dejadme en paz —dijo, alzando su enorme puño—, si no queréis ver las estrellas. Yo no he robado nada.

—¡Nos está atacando! —gritó el señorito del bigote; desenvainó la espada mientras que su compañero arrojó la bola de confecciones con olor a rosas a la cara de Conan.

Aun cuando el recuerdo de la mujer le entorpeciera el cerebro, el corpulento cimmerio había sobrevivido a demasiadas batallas como para que pudieran sorprenderle tan fácilmente. El arma con que el otro trataba de cortarle la cabeza solo atravesó el aire vacío, porque Conan saltó hacia un lado. La ira le hizo olvidar todo, salvo su propia sed de combate. La diversión que buscaban aquellos petimetres era la muerte del cimmerio, un asesinato por el que, con los tiempos que corrían y la circunstancia añadida de que Conan era extranjero, no habrían sido castigados. Pero no habían escogido una presa fácil. Al mismo tiempo que desenvainaba su propia espada, Conan le arreó una ruda patada en la entrepierna al noble que se le

había acercado; el joven chilló como una muchacha y se desplomó, agarrándose el lugar donde había recibido el golpe.

Dándose la vuelta, Conan paró la acometida que el señorito del bigote había dirigido a sus espaldas.

—¡Crom! —bramó—. ¡Crom y acero! —Y se arrojó ferozmente a la pelea; su espada devino en centelleante ingenio de destrucción.

Paso a paso, su oponente tuvo que retroceder; aparecieron manchas de sangre en su túnica, pues su desesperada defensa no lograba parar a tiempo el arma del cimmerio. La incredulidad apareció en su rostro, pues no comprendía que estaba luchando con un hombre que era mejor que él con la espada. Temerario, trató de arrojarse sobre él. Una vez más, Conan le hirió con su acero, pero esta vez partió hasta el bigote el cráneo del señorito.

Cuando su cadáver cayó, el roce de una bota sobre el empedrado puso sobre aviso a Conan, y este se volvió para detener el mandoble del otro aristócrata. Ambos pechos hicieron fuerza; habían cruzado las armas.

—Yo soy mejor de lo que jamás fue Demetrio —le decía con sorna su joven atacante—. Vas a comparecer ante tus dioses en esta misma hora, bárbaro.

Con el esfuerzo de sus poderosas espaldas, Conan logró que su oponente retrocediera tambaleándose.

—Corre al regazo de tu madre, jovenzuelo —le dijo—, y ve a jactarte ante mujeres. Si es que no eres virgen.

Con un grito de furia, el noble se abalanzó sobre Conan, precedido por un borroso acero. Las espadas de ambos chocaron ocho veces y, con la misma fuerza de los mandobles, se arrancaron centellas; los ecos se oyeron por toda la calle, semejantes a los del martillo de un herrero que golpea el yunque. Entonces, el sable del cimmerio atravesó costillas y carne hasta llegar al corazón.

Durante unos momentos, Conan volvió a contemplar aquellos ojos oscuros.

—Tú luchabas mejor —dijo—, pero no te ha bastado. El joven aristócrata abrió la boca, pero arrojó sangre en vez de palabras, y la muerte le nubló los ojos.

Conan extrajo su espada presurosamente y la limpió con la túnica de brocado azul. Aún no se les había acercado nadie y, como si un invisible muro le hubiera separado a él y a los dos muertos del

resto de la ciudad, nadie se volvía para mirarles. Dado el ambiente que reinaba en Ianthe, era probable que nadie admitiera haberles visto —a menos que los torturadores del rey le sometieran a interrogatorio—, pero no le convenía aguardar allí hasta que apareciera una veintena de guerreros de Iskandrian. Tras envainar la espada, Conan se mezcló con el gentío. En cuanto hubo dado unos cuantos pasos, se encontró en medio de la muchedumbre, oculto por su número.

La imagen de Sinelle ya no le nublaba el entendimiento. Al morir el segundo de sus atacantes, recordó que Macaón le había contado que dos jóvenes nobles habían estado vigilando la casa donde se había acuartelado la Compañía Ubre. No podía creerse que dos inequívocos señoritos le atacaran al día siguiente. Uno había gritado en voz alta que Conan había robado al otro, como pidiendo testigos. Difícilmente actúa así un hombre que quiere cometer un asesinato, pero tal vez tuvieran otro propósito aparte de matarle.

Si hubieran tenido éxito, ¿quién se habría puesto de parte de un bárbaro muerto frente a dos hombres de linaje aristocrático? Los transeúntes habían hecho todos los posibles por ignorar lo que ocurría, pero si un noble les abordaba y les acorralaba, ¿quién no recordaría que Conan había sido acusado de robo y que luego había atacado a los dos jóvenes, probando así su culpabilidad? Acompañados por un justicia del rey y por una columna de infantería ofirea, Demetrios y su amigo habrían podido salir al encuentro de la Compañía Libre, habrían exigido el objeto que, según ellos, les había sido robado —y que podrían describir con tanta precisión como el mismo Conan— y puesto toda la casa patas arriba hasta encontrarlo. La estatuilla de bronce habría llegado a las manos de quienes querían darle uso. Boros habría tratado de hablar de dioses malignos y de ritos que tenían lugar en las entrañas del Tor Al’Kiir, también Julia, pero nadie habría prestado atención a la parlanchinería de un antiguo aprendiz de mago borrachín, ni a los balbuceos de una pinche de cocina.

Conan aceleró el paso, presa de la urgente necesidad de asegurarse de que la imagen todavía estuviera bajo el suelo de su dormitorio. Se había convencido de una cosa. No tendría ninguna

otra noche de reposo en Ofir hasta que aquella maligna figura estuviera más allá del alcance de los hombres.

Las negras velas llamearon, y Sinelle bajó las manos con un suspiro de satisfacción. El hechizo con el que dominaba al bárbaro había quedado alterado. Este seguía atado a ella, pero con deseos más sutiles que antes.

Con un gemido de fatiga, se dejó caer sobre un taburete bajo, dio un respingo y se apartó de la cara los cabellos de platino bruñido. Se puso la capa —aquella sencilla prenda de lana escarlata era lo único que había podido llevarse en su huida, porque había tenido que escapar con rapidez— en torno a sus desnudeces. Tenía los pechos amoratados y doloridos, y las caderas y las nalgas magulladas a causa de los fieros deseos de Conan.

—¿Cómo iba a saber yo que se pondría así? —susurró—. ¿Quién iba a suponer que un hombre puede mostrarse tan…? —Se estremeció violentamente.

En brazos del bárbaro, se había sentido capturada por una fuerza de la naturaleza tan irresistible como una avalancha. El cimmerio había encendido fuegos en su interior y los había alimentado hasta que escaparon a todo freno. Y cuando las llamas hubieron consumido todo lo demás, después de aplacar y saciar los deseos que le suscitaba, Conan atizó nuevos fuegos en ella. Sinelle había tratado de detener aquel interminable círculo, lo había intentado en más de una ocasión —el recuerdo de aquello la abrumaba, el recuerdo de gritos incoherentes, cuando no podía formar palabras, y el entendimiento le pendía de la más fina de las hebras en una esquina de su alma drogada por la pasión—, pero la brujería de la mujer no solo había despertado su lujuria; la había magnificado, la había vuelto insaciable, sojuzgadora. Las fuertes manos de Conan la habían manejado como a una muñeca. Sus manos, tan fuertes, tan expertas y seguras con ella.

—No —murmuró airada.

No quería pensar en las manos del cimmerio. Aquel camino conducía a la debilidad. Recordaría más bien la humillación de haberse marchado reptando débilmente de su propia cama cuando el bárbaro se había adormilado por fin, de haberse escabullido como una ladrona por miedo a despertarlo, de haber suscitado el deseo que dominaría a Conan cada vez que sus ojos la encontraran.

Sinelle había dormido sobre el suelo de su cámara secreta, encogida sobre el duro mármol, cubierta tan solo con el manto, desprovista incluso de la esterilla sobre la que habría dormido la más vil de sus esclavas, demasiado exhausta para pensar o soñar. Se decía a sí misma que debía recordar aquello y no el placer que, solo con ser recordado, le acariciaba placenteramente el vientre.

Un grito desgarrado surgió de su garganta; se puso en pie, tambaleante, y paseó de un extremo a otro de la estancia. Se fijó en la bandeja de plata, en el negro sebo que se estaba endureciendo en sus bordes, en la ceniza de sangre y de cabello que se encontraba sobre su superficie. El hechizo quedaba alterado. No quería pasarse otra noche atrapada como una mota de polvo en el huracán de los deseos del gigantesco bárbaro. Su respiración se calmó, se hizo más normal. Aún era suyo, aún volvería a llevarla al éxtasis, pero su lujuria sería más dominable. Dominable por parte de Sinelle, claro está.

—¿Por qué he temido esto durante tanto tiempo? —Rio suavemente. Al fin y al cabo, aquello que hacían los hombres era maravilloso—. Solo hay que controlarlos, y entonces la fuerza y el poder de los que se jactan no les sirven para nada.

Esta era la lección que las mujeres aún no habían aprendido, que ella acababa de descubrir. Si las mujeres no querían ser dominadas por los hombres, tenían que dominarlos. Sinelle siempre había codiciado el poder. ¡Qué extraño y bello que en aquel acto el poder también fuera la clave de su seguridad!

Alguien llamó a la puerta y acabó con sus meditaciones. ¿Quién osaba molestarla allí? Volvió a oír golpes, esta vez con mayor insistencia. Sosteniéndose la capa delante de los pechos con una mano, abrió la puerta, con la lengua dispuesta a fustigar a quienquiera que violara su lugar de retiro.

Sin embargo, se le escapó un sorprendido: «¡Tú!».

—Sí, yo —dijo Taramenón. La ira apenas contenida le endurecía el rostro—. La pasada noche vine a hablar contigo, pero estabas… ocupada.

Apoyándole suavemente la mano en el pecho, le empujó fuera —qué fácil era moverle, aun cuando estuviera enfurecido— y cerró la puerta a sus espaldas. Ningún hombre, ni siquiera Taramenón, podía entrar en aquella cámara.

—Me alegro de que estés aquí —le dijo, como si él no hubiera tenido nada de qué acusarla—. Tenemos que hablar de algunos asuntos. Hay que encontrar a una mujer…

—Estabas con él —mascculló el aristócrata de elevada estatura—. Le has entregado a ese puerco bárbaro lo que me prometiste a mí.

Sinelle enderezó todo el cuerpo, y le arrojó su fría furia como una daga.

—Todo lo que le he dado era mío. Lo que he hecho me incumbía a mí, y nadie tiene derecho a negármelo.

—Voy a matarlo —dijo Taramenón en su miseria— como a un perro en un estercolero.

—Vas a matar a quien yo te diga, cuando yo te lo diga. —Sinelle suavizó el tono; la sorpresa había reemplazado a la ira en el rostro de Taramenón. Aquel hombre aún podía resultarle útil, y desde hacía tiempo conocía medios para dominarlo que no tenían nada que ver con la brujería—. Ese bárbaro puede ser útil por algún tiempo. Luego podrás matarlo, si así lo deseas.

Este último pensamiento se le había ocurrido de pronto. Conan era un maravilloso amante, pero ¿por qué tenía que limitarse a uno solo? Los hombres no se limitaban a una sola mujer. Sin embargo, el joven gigante siempre tendría un lugar en sus afectos por los mundos de placer que le había abierto; cuando fuera reina de Ofir, le haría erigir una magnífica tumba.

—Ya he encontrado al bandido que querías —murmuró hoscamente Taramenón—. Es una mujer. Sinelle enarcó las cejas.

—¿Una bandida? Se tratará de una ramera endurecida, de cabello grasiento y ojillos penetrantes.

—Es la mujer más bella que haya visto jamás —respondió él.

Sinelle se encogió, y se le endureció la mandíbula. ¿Por qué aquel necio había ido a buscarla antes de que sus doncellas la arreglaran?

—Con tal de que me traiga los pergaminos de la biblioteca de Inaros, no me importa el aspecto que tenga. —Taramenón rio entre dientes, y Sinelle clavó los ojos en él. De repente, se había relajado, como si hubiera tomado conciencia de que era él quien mandaba—. Si te piensas que vas a divertirte a mi costa… —le dijo amenazadoramente.

—No la he mandado por los pergaminos de Inaros —dijo

Taramenón.

Las palabras de Sinelle murieron en su garganta. Cuando fue capaz de hablar de nuevo, dijo entre dientes:

—¿Y puedes explicarme por qué?

—Porque le he hecho buscar la imagen de
Al’Kiir
de la que me hablaste. Sabe dónde está. Me la describió. Seré yo quien te consiga lo que buscas con tanta desesperación. ¿Creías que podías ocultar esa impaciencia y ese entusiasmo que jamás habías mostrado por los otros pergaminos e instrumentos que has ido reuniendo? Te la voy a traer yo, Sinelle, no ese animal bárbaro, y espero que, por lo menos, me concederás la misma recompensa.

La pálida belleza de ojos oscuros se quedó helada. Dejó caer la capa al suelo; Taramenón contuvo un grito, y su frente se perló de sudor.

—Vendrás a mi cama —empezó a decir suavemente Sinelle, pero, de pronto, sus palabras devinieron en latigazos de un flagelo con punta de hierro— cuando yo te lo diga. Vendrás, sí, tal vez más pronto de lo que imaginas, sin duda alguna más pronto de lo que mereces, pero solo cuando yo te lo ordene. —Lentamente, con calma, volvió a cubrirse—. Ahora, dime, ¿cuándo te van a entregar la imagen?

—Hemos convenido una señal para cuando ella la tenga —murmuró Taramenón, malhumorado—. Un hombre, vestido con mi sobrepelliz roja, aguardará de pie frente a la puerta principal del palacio del rey por la tarde. Cuando llegue el ocaso, me encontraré con ella en una cabaña del bosque.

Sinelle asintió, pensativa.

—¿Y dices que esa mujer es bella? Una mujer bella que vive igual que un hombre, que, en vez de rendirse a los hombres, les da órdenes. Debe de tener un gran orgullo. Acudiré contigo a la cita, Taramenón. —Por el rabillo del ojo, vio a un esclavo que se acercaba tímidamente a ellos por el corredor, y se volvió hacia él, furiosa por la interrupción—. ¿Qué pasa? —le gritó.

El hombre cayó de rodillas, y bajó el rostro hasta tocar las baldosas de mármol.

—Traigo un mensaje del noble Aelfric, mi graciosa señora.

Sin levantar la cabeza, le mostró un pergamino plegado.

Sinelle frunció el ceño y le quitó el mensaje de la mano. Aelfric era el senescal de Asmark, el castillo de sus ancestros; un hombre que le servía bien, pero que también se alegraba de que Sinelle no lo visitara ni le molestase a menudo. No tenía costumbre de requerir la atención de su señora. Sinelle rompió de inmediato el grumo de cera estampado con el anillo de Aelfric.

A mi muy graciosa señora Sinelle.

Os transmito estas noticias con dolor. En el día pasado, unos ruines bellacos atacaron con gran cobardía las granjas de la mansión de mi señora, quemaron los campos, allanaron los graneros y se llevaron bueyes y vacas a los bosques. Aun en la hora en que vuestro humilde siervo os escribe estas afligidas líneas, el cielo nocturno enrojece por causa de los nuevos incendios. Le ruego a mi señora que nos mande ayuda, pues, en caso contrario, no nos quedarán cosechas y sus gentes tendrán que pasar hambre.

Siempre obediente, Vuestro humilde servidor, Aelfric

Airada, Sinelle estrujó la carta. ¿Unos bandidos estaban atacando sus propiedades? Cuando llegara al trono, cuidaría de que todos los bandidos del país fueran empalados en lo alto de los muros de Ianthe. Por el momento, Aelfric tendría que defenderse solo.

«Pero aguarda», pensó. Con el poder de Al'Kiir podía apoderarse del trono y atemorizar a nobles y aldeanos, pero ¿acaso no le convenía demostrar en algún incidente que ella valía más que otras mujeres? Si marchaba hacia el campo con los guerreros de Conan y acababa ella sola con los bandidos…

Empujó a su esclavo con el pie.

—Parto hacia mis tierras. Di a los demás que se preparen. Ve.

—Sí, mi señora —dijo el esclavo, y retrocedió sobre sus rodillas —. Ahora mismo voy, mi señora. —Se levantó, hizo una profunda reverencia y se marchó corriendo por el pasillo.

—En cuanto a ti, Taramenón —dijo Sinelle—, envía a un hombre para que aguarde la señal de esa mujer y me tenga al corriente, luego vete al Castillo Asmark. Espérame allí, y esta misma

noche terminará tu espera. —Casi rio al ver la lasciva alegría que aparecía en el rostro del hombre—. Ve —le dijo, en el mismo tono con que le había hablado al esclavo, y Taramenón se marchó con idénticas prisas.

Sinelle se decía que lo único importante era tenerlo todo dominado. Fue a buscar recado de escribir para mandarle un mensaje al bárbaro.

13

Conan se incorporó tras examinar la cincha de su silla de montar y miró agriamente a los demás, quienes, siguiendo órdenes de Sinelle, estaban haciendo una nueva pausa. Veintitrés carretas de grandes ruedas, cada una de ellas tirada por dos bueyes enjaezados, cargadas con todo lo que la Condesa de Asmark juzgaba necesario para vivir en el castillo de sus quintas: Colchones de plumón enrollados y cojines de abigarrada seda, barriles de los más refinados vinos de Aquilonia, Corinthia e incluso de Khaurán, paquetes de viandas delicadas que tal vez no pudiera obtener fácilmente una vez fuera de la capital, baúles y más baúles de rasos, terciopelos y encajes.

La propia Sinelle viajaba en una litera dorada, llevada por ocho esclavos musculosos y aislada con una fina redecilla de seda que dejaba pasar la brisa, pero protegía del sol su piel de alabastro. Sus cuatro criadas rubias estaban sentadas bajo el toldo de una carreta y se abanicaban para aliviarse del calor del mediodía. Sus esbeltos cuerpos atraían muchas miradas por parte de los treinta mercenarios que escoltaban las carretas, pero las mujeres estaban instruidas para oír tan solo las órdenes que procedían de la litera. Unos sesenta siervos y esclavos se acurrucaban a la sombra o atendían a recados: los conductores de los bueyes, las doncellas, las costureras, e incluso dos cocineros que, en aquel momento, discutían ruidosamente cuál era el método más apropiado para preparar las lenguas de colibrí.

—¡Erlik os maldiga, vigilad los árboles! —gritaba Conan.

Avergonzados, sus mercenarios dejaron de contemplar a las rubias y escrutaron el bosque que por ambos lados flanqueaba la ancha pradera verde donde se habían detenido.

El cimmerio se había opuesto a aquella pausa; se había opuesto

a todas las pausas que habían hecho hasta aquel momento. Como las carretas tiradas por bueyes eran lentas, no llegarían al castillo de Sinelle hasta el día siguiente por la tarde, y aun suponiendo que obligaran a las calmosas bestias a avanzar al paso más ligero del que fueran capaces. No le gustaba la idea de pasar una noche en los bosques con aquel extraño cortejo, ni quería arriesgarse a tener que pasar otra. Tendrían que plantar una tienda para que Sinelle durmiera, otra donde pudiera bañarse y una tercera para las esterillas de sus criadas. Encenderían una hoguera para que Sinelle tuviera calor, hogueras para cocinar, hogueras para que las doncellas no se asustaran de la noche, y sin duda les delatarían ante cualquiera que tuviese ojos.

Macaón, montado a caballo, se acercó a Conan.

—Tenemos noticias de Karela, cimmerio —dijo—. La pasada noche conocí a un enclenque sinvergüenza en el Toro Azul, un proxeneta que había perdido su mujer y sus ingresos en beneficio de otro hombre, y que hablaba con libertad porque ya se había bebido tres jarras de cerveza. Te lo habría comentado antes, pero, como esta mañana te llegaron las órdenes urgentes de nuestra cliente, lo había olvidado.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Conan con interés.

—Por ejemplo, que vuelve a utilizar su verdadero nombre. No hace mucho tiempo que llegó a Ofir, pero ya la siguen unos veinte canallas, y se está labrando una reputación tal que Iskandrian ofrece veinte monedas de oro por su cabeza.

—Se habrá enfadado al ver que pagan tan poco por ella —dijo Conan, riendo—. Estoy seguro de que pronto ofrecerán más. Pero ¿sabía cómo enviarle un mensaje, o dónde encontrarla? ¿Qué te contó?

—Al cabo de poco rato, pareció darse cuenta de que estaba charlando demasiado y cerró el pico. —Al ver la mirada de decepción del cimmerio, Macaón sonrió—. Pero con lo que me contó, pude hacer más preguntas a otros. Al norte de Ianthe, a una hora de viaje en un buen caballo, existe todavía una antigua fortaleza, que ha desaparecido en parte bajo el bosque Sarelio. Karela acampa allí con su banda casi todas las noches. Lo sé con certeza.

Conan sonrió de oreja a oreja.

—Le haré admitir que no tiene motivos para guardarme rencor, aunque tenga que darle una buena zurra en el trasero.

—Yo recomendaría ese mismo tratamiento para otras —dijo el tatuado mercenario, y miró expresivamente a la litera. Conan siguió su mirada y suspiró.

—Ya llevamos mucho tiempo acampados —se limitó a decir.

Al acercarse al palanquín, el joven cimmerio trató de entender algo de lo que había ocurrido durante los dos últimos días; lo había intentado varias veces aquella misma mañana. Recordaba el día y la noche anteriores como un sueño, más bien como un sueño de locura engendrado por la fiebre, en el que la lujuria había destruido todo otro pensamiento. ¿Había sucedido de verdad lo que él recordaba… los muslos de Sinelle cubiertos de sudor y los lascivos gemidos que pasaban fugazmente por su memoria? Todo le parecía lejano y confuso.

Al acudir aquella misma mañana a su llamada, no había sentido el mismo anhelo abrasador. La deseaba, la deseaba más que a ninguna otra mujer a la que hubiera deseado, la deseaba más que a todas las otras mujeres de su vida juntas, pero sentía como un freno en su interior, barreras extrañas a su naturaleza que le contenían. No solía perder el dominio de sí mismo cuando estaba con mujeres —¿eran verdaderos los recuerdos del día anterior?—, pero tampoco se había sentido nunca como retenido por sólidas cuerdas ante ellas.

¡Y de qué manera se había sometido a ella! Cuando, altanera y regia como una soberana, Sinelle le había explicado cómo tenía que ordenar a sus hombres para la marcha, el cimmerio había querido contestarle que solo él se encargaba de aquellos detalles. Sin embargo, se había visto casi suplicando, se había esforzado por convencerla de que debía dejarle a él la dirección de la compañía. Conan jamás se había comportado de aquella manera, ni siquiera delante de reyes y potentados. ¿Cómo era posible que aquella mujer le afectara de tal modo? Se juró que no iba a ocurrir lo mismo.

Se detuvo ante la litera de Sinelle e hizo una reverencia.

—Si así le complace a mi señora, deberíamos seguir adelante. —Gruñó para sus adentros. Nunca incumplía sus juramentos y, sin embargo, había faltado al último como si nunca lo hubiera formulado. ¿Qué le estaba ocurriendo? Sin embargo, no podía evitarlo—. Señora mía, es peligroso detenerse aquí durante tanto

tiempo con bandidos y gentes aún peores en la cercanía.

Una delicada mano apartó la redecilla y Sinelle le miró tranquilamente, con una leve sonrisa en los carnosos labios. Su atuendo de viaje de ligero lino se le ajustaba al cuerpo y revelaba sinuosidades y sombras. Conan sintió que se le secaba la boca y se le humedecían las palmas de las manos al verla.

—No sería tan peligroso —le dijo— si me hubieses obedecido y hubieras traído a toda la compañía.

Los dientes de Conan rechinaron. Por un lado, quería decirle a aquella necia que dejara el oficio de las armas a quienes lo conocían; pero, por otra parte, también quería balbucear una disculpa.

—Tenemos que ponernos en marcha, señora mía —dijo por fin.

Había tenido que hacer grandes esfuerzos para decir aquello y prefería no pensar en lo que podría haber llegado a decirle.

—Muy bien. Da las órdenes necesarias —dijo Sinelle, y dejó caer la cortina.

Conan hizo una nueva reverencia antes de irse.

Cuando fue en busca de su montura, el estómago le daba vueltas. Quizá estuviera enloqueciendo de verdad.

—¡A caballo! —rugió, al tiempo que montaba él mismo—. ¡Montad y preparaos para la marcha! ¡Los conductores de carretas, a vuestros puestos! —Todos se dirigieron a la hilera de carretas; los hombres charlando, las mujeres riendo tontamente—. ¡Que las doncellas vayan a pie! —gritó Conan—. ¡Tenemos que ir tan rápidos como podamos, y es mejor que los animales no tiren de tanto peso! ¡Venga!

Cuando las grandes bestias empezaron a andar, sus arneses crujieron; los mercenarios se encaramaron a las sillas de montar, y sus armaduras chirriaron.

Conan alzó el brazo para dar la señal de marcha y, en aquel mismo instante, una hueste de jinetes ataviados con cotas de malla atacó desde el bosque. Las mujeres, aterradas, chillaron, y los bueyes, sintiendo el miedo de los humanos, bramaron lastimeramente. El cimmerio había temido aquello desde que habían salido de Ianthe, pero, por la misma razón, estaba preparado.

—¡Arcos! —ordenó, y treinta manos, además de la suya propia,

tomaron arcos cortos, aptos para arqueros montados.

Aquellas potentes armas, que nadie conocía en Occidente salvo la Compañía Libre de Conan, no podían ser tensadas como los arcos ordinarios. Tras apoyar una flecha en la cuerda, sujetándola con tres dedos, el cimmerio puso esos mismos dedos contra la mejilla y tiró del arco hacia adelante.

Mientras aprestaba el arco, constató que los enemigos podían contarse por centenares; no llevaban el emblema de ninguna casa y tampoco enarbolaban estandartes ni pendones; sin embargo, sus armaduras eran demasiado buenas para pertenecer a bandidos. Arrojó una flecha, y otras treinta la siguieron. El enemigo estaba tan lejos que aún era imposible apuntar a ningún hombre en concreto, pero todos juntos ofrecían un buen blanco. Algunas sillas quedaron vacías, pero los hombres armados, cuyos inarticulados gritos de batalla estaban empezando a oírse, siguieron adelante. Cuando Conan arrojó la tercera flecha —su emplumado astil entró por el visor del yelmo con cimera del primer jinete; el hombre se cubrió el rostro con las manos y cayó rodando por la grupa del caballo, que no cesó en su carrera—, el enemigo ya estaba demasiado cerca como para que los arcos tuvieran mucha utilidad.

—¡Desenvainad! —gritó Conan, y volvió a meter el arco en su estuche de madera lacada, detrás de la silla.

A la vez que desenvainaba, y metía el brazo por detrás de las correas de cuero de su escudo redondo con centro puntiagudo, se dio cuenta de que su yelmo todavía colgaba de la frontera de la silla. El furor de la batalla le dominaba; «van a ver quién mata a quién», pensó.

—¡Crom! —gritó—. ¡Crom y acero!

Bajo la presión de sus rodillas, el gran caballo negro aquilonio se lanzó al galope. Conan vio a Sinelle, que estaba de pie en su litera y abría la boca en un chillido que Conan no podía oír a causa de la sangre que se agolpaba en sus oídos; entonces, su montura chocó con otro caballo, derribó al animal más ligero y pisoteó al jinete en armadura con sus herrados cascos.

El corpulento cimmerio paró un mandoble con el escudo, y su contraataque cortó por el hombro el brazo armado de su enemigo. De inmediato, asestó otro mandoble del revés que se hundió en el cuello de otro adversario.

Vio confusamente a otros hombres suyos que luchaban a su alrededor en la frenética pelea, pero aquellos combates, por necesidad, consistían en una serie de enfrentamientos individuales; solo cuando los azares de la batalla juntaban a dos camaradas, estos hacían frente hombro con hombro a los atacantes.

Un hombre con cota de malla se acercó a caballo, con el sable en alto para cortar, y Conan le clavó la punta del escudo en el pecho; lo derribó de la silla empujándole con su robusto brazo. Su gran caballo negro, entrenado para la guerra, golpeaba con sus ágiles patas delanteras a las monturas del enemigo, mientras el cimmerio se abría paso entre la masa humana con su acero asesino.

Entre el frenético torbellino de mandobles, clamor y muerte, se oyó un grito.

—¡Conan! ¡Por el cimmerio!

«Ya era hora», pensó un rincón sobrio de la mente de Conan, y Narus, seguido por veinte mercenarios más, atacó la retaguardia del enemigo. No hubo tiempo para más pensamientos, pues tuvo que intercambiar mandobles con un hombre cuya cota de malla estaba salpicada de sangre de otros. Vio caer a uno de sus hombres con la cabeza a medio cortar. El que lo había matado se le acercó al galope, con la sangrienta espada en alto, profiriendo un grito de guerra. Conan soltó un pie del estribo y, con una patada, lo derribó del caballo. El arma del cimmerio logró liberarse de la de su oponente y se clavó bajo la barbilla de este; partió los anillos de acero de su cofia de malla y arrancó un chorro de sangre a su destrozada garganta. El hombre al que Conan había derribado de una patada se puso dificultosamente en pie al mismo tiempo que caía su camarada, pero el sable del joven gigante golpeó una vez e hizo caer al suelo el acero que el otro blandía; atacó por segunda vez, y el cadáver descabezado se desplomó sobre el cuerpo de su camarada.

—¡Crom y acero!

—¡Conan! ¡Conan!

—¡Por el cimmerio!

Aquello era demasiado para los atacantes en cota de malla, que se veían combatidos por vanguardia y retaguardia, tenían un enloquecido guerrero norteño entre ellos y no sabían, en la confusión de la batalla, con cuántos luchaban. Un hombre huyó de

la refriega, y luego otro. El pánico se extendió entre ellos, y se perdió toda cohesión. En parejas y tríos, pelearon por escapar. A medida que se desperdigaban, los mercenarios salían en su persecución, imitando la llamada de los cazadores que persiguen venados.

—¡Volved atrás, necios! —gritaba Conan—. ¡Volved atrás, y que el Negro Erlik os haga pudriros!

De mala gana, los mercenarios abandonaron la cacería y, al cabo de unos minutos, el último de los hombres en cota de malla capaz de huir desapareció en el bosque. Los soldados de la compañía que lo habían perseguido regresaron al trote; blandían espadas ensangrentadas y proferían gritos de victoria.

—¡Qué excelente plan, cimmerio! —decía Narus, riendo, en su galope—. Hiciste que te siguiéramos de lejos para que sorprendiésemos a posibles visitantes no deseados. —Su loriga estaba manchada de sangre, y ni una sola gota era suya. Aquel mercenario de mejillas chupadas, aunque pareciera consumido por la enfermedad, era igual a Macaón con el acero, y solo Conan habría podido darle lecciones—. Diez a uno en monedas de oro a que no han llegado a enterarse de cuántos les atacábamos.

—Sería difícil resolver esa apuesta —dijo Conan, pero volvió su atención hacia otra cosa—. Macaón —llamó—, ¿qué precio hemos pagado por esta carnicería?

—Estoy haciendo el recuento, cimmerio. —El tatuado veterano terminó enseguida y se unió a ellos—. Dos muertos —dijo—, y una docena que tendrá que volver a Ianthe en carreta.

Conan asintió sombríamente. Más de una veintena de enemigos yacía sobre la tierra revuelta por las pezuñas de los caballos, sobre la pradera verde y el suelo que ahora parecía arado; y solo unos pocos se movían débilmente. Hallaron otros tantos desperdigados por el bosque, traspasados por emplumadas saetas. Habían ganado poco más de lo que habían perdido, pues, en el mundo hostil de los mercenarios, los enemigos ya estaban allí y resultaba fácil encontrarlos, mientras que era difícil hallar nuevos compañeros.

—Mirad si hay alguno lo bastante vivo para responder a unas preguntas —ordenó el cimmerio—. Quiero saber quién los ha enviado contra nosotros, y por qué.

Macaón y Narus desmontaron al instante. Se pasearon entre los

cadáveres, de vez en cuando le dieron la vuelta a alguno, y regresaron sosteniendo entre ambos a un hombre empapado de sangre, con un mal corte de la cara al cuello.

—Piedad —decía con voz débil—. Suplico piedad.

—Entonces, dime quién os envió —le exigió Conan—. ¿Teníais que matarnos a todos, o solo a alguien en particular?

Conan no tenía ninguna intención de matar a un hombre herido e indefenso, pero el cautivo temía claramente lo peor. Casi de buena gana, dijo:

—El conde Antimides. Nos ordenó mataros a todos y capturar a la dama Sinelle. Teníamos que llevársela desnuda y cargada de cadenas.

—¡Antimides! —gritó Sinelle.

Los hombres se volvieron con inquietud y vieron cómo la dama se acercaba pisando suelo ensangrentado; escenas como las que les rodeaban —hombres heridos y desgarrados por el salvajismo de la batalla— no convenían a los ojos de una mujer. Sinelle no parecía notarlo.

—¿A tanto se atreve contra mí? —dijo—. ¡Le haré arrancar los ojos y las partes! ¡Le…!

—Mi señora —dijo Conan—, los hombres que nos han atacado podrían reagruparse y volver de nuevo por ti. —«Y también por mí», se dijo, aunque aquello le preocupaba menos—. Tienes que regresar a Ianthe, y en seguida. Irás montada sobre uno de los caballos.

—¿Que vuelva a la ciudad? —Sinelle asintió con fuerza—. Sí. ¡Y cuando llegue allí, Antimides sabrá cuál es el precio por atacar a mi persona!

Sus ojos brillaban de ansia por impartirle aquella lección.

Conan empezó a ocuparse de los preparativos y dio órdenes a hombres que las cumplían a toda prisa. Los guerreros, al menos, sabían cuan vulnerables serían si el enemigo regresaba, tal vez con refuerzos.

—Macaón, toma diez hombres para que escolten las carretas. Descárgalo todo, salvo las joyas y los atuendos de la dama Sinelle, para que los bueyes no tengan que tirar de tanta carga. Deja la litera aquí, para que vean que la dama ya no viaja con las carretas. ¡Crom, por supuesto que nos llevamos a nuestros muertos!

Distribuid los heridos por las carretas para que no estén apiñados en exceso, y que las doncellas los atiendan. Sí, también a los enemigos.

—¡No! —gritó Sinelle—. Deja aquí a los hombres de Antimides. Querían llevarme desnuda y cargada de cadenas, ¿te acuerdas? ¡Déjalos morir!

Conan aferró con fuerza las riendas, hasta el punto de que los nudillos le quedaron blancos. Sentía redoble de tambores en las sienes.

—Cargad también a los enemigos heridos —dijo, y soltó aliento espasmódicamente. Casi no había sido capaz de articular las palabras.

Sinelle le miró con extrañeza.

—Qué voluntad más fuerte —se dijo, pensativa—. Y sin embargo, aún podría hallar placer en… —Calló de pronto, como si creyera haber dicho demasiado, pero el cimmerio no entendió nada.

—Señora mía —dijo—, tendréis que montar a caballo como un hombre. No tenemos silla de mujer. Ella le tendió la mano.

—Dame tu daga, bárbaro.

Cuando Sinelle la empuñó, pareció que pasaran centellas de su mano a la del cimmerio. Hábilmente, se rasgó los bajos delanteros de la túnica. Narus le trajo un caballo, y ella montó con miembros ágiles, dejando por completo al descubierto sus pálidos muslos; una vez estuvo sentada en la silla no hizo nada por cubrirlos. Conan sentía sobre sí la mirada de la mujer, tan sólida como si le tocara, pero no sabía bien cuál era su significado. Apartó la mirada de las largas piernas de Sinelle y oyó una risa suave; su sonido le ardió en el cerebro.

—¡Adelante! —ordenó ásperamente, y galopó hacia Ianthe. Los demás le siguieron.

14

Karela se cubría por completo la cabeza con el capuchón de su capa de lana de color azul marino; podía ser que alguien, en las atestadas calles de Ianthe, prescindiera del hábito de ignorar cuanto ocurría y tratara de hacerse con la recompensa de Iskandrian.

Resopló al pensarlo. ¡Veinte monedas de oro! Los reyes de Zamora y de Turan habían ofrecido mil veces más por su cabeza. Los mercaderes de esos mismos países habían ofrecido aún más, y habían juzgado barato aquel precio por salvar sus caravanas de las depredaciones de la mujer. Los Grandes Consejos habían debatido métodos para hacerle frente, la habían perseguido ejércitos, y ningún hombre viajaba de una a otra ciudad sin ofrecer antes plegarias para que Karela no se apoderara de su bolsa, plegarias siempre fútiles. Ahora se veía reducida a un montón de monedas que solo indicaban mera irritación. Se sentía tan humillada que apenas recordaba por qué había entrado en la ciudad.

Ya se hallaba enfrente de la casa en donde se alojaba la compañía de bellacos de Conan. Le había visto partir aquella mañana con la mitad de sus hombres. Pero más tarde, otro gran contingente había salido de la ciudad por otro portalón y había seguido la pista de los primeros. ¡El astuto cimmerio! Hacía tiempo que Conan no se dejaba capturar en una trampa ordinaria. Pero Karela no era una mujer ordinaria.

Le vino a la cabeza aquella dama de la aristocracia a la que Conan había estado escoltando. Si Karela conocía bien al cimmerio, este habría visitado ya la cama de la moza. Conan siempre había sabido encontrar mozas complacientes, y eran pocas las que no se mostraban complacientes cuando él les sonreía. La pelirroja habría querido ponerle las manos encima a aquella Sinelle. Sí, era una dama. No quería mancharse las manos con una de aquellas a las que

llamaban damas. Karela le habría enseñado lo que era una mujer de verdad y luego se la habría mandado como regalo a Conan, desnuda dentro de un saco. Cuando alguien le había ofrecido oro por incendiar las granjas de aquella zorra, no había preguntado el porqué, ni había tratado de averiguar quién era el hombre de ojos profundos y dominantes que se ocultaba bajo la máscara de seda negra. Había tenido una oportunidad de atacar a Conan y a su preciosa Sinelle, y se había aferrado a ella. Le hostigaría y hostigaría hasta que se viera obligado a huir, y, si no lo hacía…

Molesta, volvió a concentrarse en el asunto que traía entre manos. Se dijo que ya no le importaba a qué mujeres poseyera Conan. Solo había sacado tristezas de tomarse tal interés por aquel hombre. El cimmerio se había llevado a tantos soldados para proteger a su nueva ramera, que no podía haber dejado muchos en la casa. Al pasar por delante de la puerta de cola de la entrada, miró hacia el interior. Sí. Solo vio a un puñado de hombres que estaban jugando a los dados, sentados al lado de la fuente del patio. El que había tirado los dados gritó una maldición, y los otros rieron mientras se repartían las pérdidas del primero.

Karela alzó una mano hasta el rostro, como para espantar a una mosca, y dos hombres que estaban avanzando hacia ella con una carretilla, cargada de cajas de madera sujetas con cuerdas, se volvieron hacia un callejón que había a un lado de la casa. Karela les siguió. Los dos hombres la miraron interrogativamente; ella asintió, y se volvieron para mirar a la calle.

Uno de ellos, un zamorio de rostro moreno y bigotes caídos, que seguía a Karela por mor del recuerdo de días mejores, dijo en voz baja:

—Nadie está mirando.

En el tiempo que se tarda en tomar aliento dos veces, Karela trepó por las cajas cuidadosamente apiladas y entró por una ventana del segundo piso. Era la habitación de Conan. Sus informantes lo habían averiguado con suma facilidad.

Torció el labio con desprecio al contemplar el cuarto vacío. A aquello había llegado después de renunciar a un palacio en Nemedia. Jamás había entendido por qué Conan se había marchado de aquel país, después de que su rey le ofreciera honores y riquezas; pero sentía cierta satisfacción, porque el cimmerio no había sacado

provecho de las aventuras que habían concluido en la huida de Karela. Estaba contenta de pensar que la situación de Conan había empeorado. Sin embargo, las mantas estaban pulcramente plegadas sobre la cama. No había telarañas en el techo, ni polvo por los rincones, y el suelo había sido barrido recientemente. Se le ocurrió que allí había una mujer y que no debía de tratarse de la refinada Sinelle. El cimmerio siempre se rodeaba de una zenana como la de un oriental.

Se recordó a sí misma, con severidad, su falta de interés por las mujeres de Conan. Había venido por aquella obscena figura de bronce y nada más. Pero ¿por dónde empezaría a buscar? No parecía que hubiera muchos escondrijos. Tal vez debajo de la cama.

Antes de que pudiera dar un paso más, se abrió la puerta y entró una muchacha vestida con una sencilla túnica blanca. Había algo familiar en su rostro y su cabello, aunque Karela habría podido jurar que era la primera vez que la veía.

—Mantente en silencio, niña —le ordenó Karela—. Si cierras la puerta y respondes de inmediato a mis preguntas, no te pasará nada.

—¡Niña, dices! —exclamó la muchacha, y sus ojos ardieron de indignación—. ¿Qué estás haciendo tú aquí… niña? Creo que voy a ver si te agrada la fusta de Fabio. Entonces, serás tú quien responda a mis preguntas.

—Te he dicho que… —empezó a decir Karela, pero la joven ya se volvía hacia la puerta.

Profiriendo una maldición, la bandida saltó hasta el otro extremo del cuarto y se puso a forcejear con ella; al mismo tiempo, logró cerrar la puerta de una patada.

Había esperado que la muchacha se rindiera, o, como mucho, tratara de gritar pidiendo ayuda, pero, con un chillido de rabia, Julia agarró con las manos la pelirroja cabellera de Karela. Las dos mujeres cayeron al suelo, arreándose patadas y arañándose.

«Por Derketo», pensó Karela, «no quiero matar a esta zorra, pero llevo tanto tiempo defendiéndome con la espada que ya no sé qué hacer en una pelea de mujeres como esta». Casi chilló cuando la otra le hincó los dientes en el hombro; a punto estuvo de arrancarle puñados de cabello. Desesperadamente, golpeó el vientre de la muchacha con la rodilla. Esta se quedó sin aliento, y Karela se

debatió por sujetarle los brazos con las rodillas. Empuñó la daga y la sostuvo delante del rostro de Julia.

—¡Ahora cállate, Derketo te maldiga! —dijo entre jadeos. La muchacha la miró desafiante, pero no abrió la boca. Súbitamente, Karela comprendió por qué la muchacha le resultaba familiar. Los ojos eran distintos, pero el color de su cabello, la forma de su rostro… Conan había encontrado a una imitación de la propia Karela. No supo si reír, llorar o rajarle la garganta a la joven. O aguardar al cimmerio y rajarle la suya. Se dijo a sí misma, una vez más, que no sentía ningún interés por las mujeres del cimmerio. Ninguno en absoluto.

—¿Cómo te llamas? —dijo con voz rechinante. No iba a lograr nada. Se esforzó por parecer más amigable, si es que podía lograrlo a la par que blandía una daga delante mismo de la cara de la moza —. ¿Cómo te llamas, muchacha? Me gusta saber con quién estoy hablando.

La joven vaciló, y luego dijo:

—Julia. Y no pienso decirte nada más. Karela adornó su rostro con una sonrisa.

—Julia, Conan tiene una estatuilla de bronce que yo necesito, una figura repugnante con cuernos. Si alguna vez la has visto, no puedes haberla olvidado. Ninguna mujer la olvidaría. Dime dónde está, y me iré sin hacerte daño.

—¡No voy a decirte nada! —le espetó Julia. Pero sus pupilas se habían vuelto hacia un rincón de la habitación. Karela no veía nada allí. Sin embargo…

—Muy bien, Julia, entonces habré de buscar sin tu ayuda. Pero tengo que atarte. Ahora escucha bien mi advertencia. Si tratas de pelear o de huir, te voy a clavar esto —agitó la daga— en el corazón. ¿Lo entiendes?

Julia aún tenía el rostro lleno de furia, pero asintió, aunque claramente de mala gana.

Cuidadosamente, Karela cortó la túnica de Julia. La muchacha se encogió, pero su rostro no abandonó la expresión de odio. Mientras iba cortando jirones de la túnica con su daga, Karela no pudo evitar fijarse en el cuerpo desnudo de su cautiva. Pensó con amargura que el cimmerio siempre había sentido inclinación por las mujeres de pechos abundantes.

Pero los suyos eran mejores. No importaba, porque, en todo caso, Karela ya no sentía ningún interés de aquel tipo por el cimmerio.

—Date la vuelta —ordenó, empujando a Julia con el pie.

Cuando la muchacha hubo obedecido, la ató de manos y pies con rapidez. La moza gimió, apretando los dientes, cuando Karela tiró de sus ataduras para juntarle manos y pies a la espalda, pero la amenaza de la daga bastó para enmudecer su protesta. Karela pensó cruelmente que aquella postura no era nada cómoda, pero la joven tampoco había querido responder a sus preguntas. A modo de mordaza le llenó la boca de tela y se la sujetó con otro jirón, pero, antes de dejarla, le levantó la cara a Julia tirándole del pelo.

—A Conan le gustan los traseros redondeados —le dijo con una sonrisa mordaz—, y tú lo tienes como un chico.

Julia tiró furiosamente de sus ataduras y farfulló airada bajo la mordaza, pero Karela ya estaba examinando el rincón que la muchacha había señalado con los ojos. Allí no había nada. Ninguna grieta en el yeso, ni ninguna reparación reciente parecía indicar que se hubiera ocultado nada detrás de la pared, ni tampoco había ninguna abertura en el techo cubierto de motas de mosca… Una tabla del suelo se movió al pisarla, y Karela sonrió.

Se arrodilló al instante y levantó la tabla con su daga. La malévola estatuilla de bronce se encontraba debajo, sobre décadas de mugre y de estiércol de ratas. «Buen lugar para esta cosa», pensó Karela. Tendió la mano hacia la astada figura, pero sus dedos se detuvieron, temblorosos, a un palmo de cogerla. No podía obligarse a tocarla. La maldad que ya había sentido anteriormente todavía irradiaba de ella y le revolvía el estómago. Si la hubiera tocado, probablemente habría tenido arcadas. Agarró una manta de la cama, la utilizó para envolver la estatuilla, hizo un saco con ella y sostuvo alejada de su cuerpo la pesada carga. Con todo, sentía cuan abominable era aquel objeto, pero mientras no tuviera que mirarlo, podría llevarlo.

Se detuvo delante de la ventana.

—Dale las gracias a Conan de mi parte —le dijo a la forcejeante muchacha—. Explícale que tengo que darle las gracias por quinientas monedas de oro.

Entonces saltó por la ventana y bajó ágilmente por las cajas de

la carretilla. Una vez en el callejón ocultó la estatuilla, envuelta en la manta, dentro de una de ellas. Y se sintió muy aliviada al poder soltarla, aun después de un contacto tan breve.

—Nos encontraremos después de un giro de clepsidra —le dijo al zamorio bigotudo—, en los establos Carelianos.

Cuando se marchaba por la calle abarrotada, cubriéndose de nuevo el rostro con el capuchón de su capa, miró al sol con enojo. Ya era demasiado tarde para apostar un hombre delante del palacio real. Sin embargo, lo mandaría al día siguiente, y al caer la noche cobraría sus quinientas monedas de oro. Habría querido ver la cara del cimmerio cuando se enterara de lo que había perdido.

15

Sinelle, tras cuyos pasos flotaban de igual manera el aplatinado cabello y la rasgada túnica, corría por el amplio corredor de la gran casa sin prestar atención a los gritos de horror de siervos y esclavos, que la veían desarreglada y polvorienta, ni oía cómo le preguntaban por su bienestar, ni cómo se preocupaban por su precipitado retorno. Conan había enviado a diez de sus arqueros, que ahora estaban montando guardia en las entradas, para que la protegieran, y se había marchado al galope antes de que la mujer pudiera detenerlo. Uno de los hombres que había dejado de vigilancia le había dicho que el cimmerio iba a encararse con el conde Antimides. Pero Sinelle no pensaba esperar a que fuera Conan quien se encarara con aquel canalla maldito por Mitra. Antimides la había atacado —¡a ella!—, y su destrucción, total y completa, correspondía a la mujer por derecho. Iba a emplear medios exquisitos; así, cuando la verdad fuera proclamada al mundo, la poda de aquel retoño maligno sería narrada una y otra vez a lo largo de generaciones. Porque Antimides había aspirado a la corona y porque había querido hacerla encadenar.

Agarró un espejo de plata que colgaba de una pared. Llevándolo bajo el brazo, irrumpió en su cámara secreta. Buscó entre frascos brillantes y jarras hirvientes, y cogió un recipiente lleno de sangre de Antimides. Hasta aquel momento, el conde, aun sin saberlo, había sido una herramienta útil para Sinelle; había acrecentado la confusión y debilitado a los hombres a quienes ella debía derrotar. Pero la mujer siempre tuvo claro que a la larga podía volverse peligroso. Había obtenido aquella sangre gracias a una criada hechizada, una que a menudo compartía el lecho de Antimides y solía comunicar a Sinelle, por virtud del conjuro que la dominaba, todo lo que descubría de los planes del aristócrata; había guardado

la sangre para un día como aquel. Hechizos nigrománticos, que podían mantener incorrupto un cadáver durante unos mil años, la conservaban en estado líquido.

Con gran cuidado, esbozó la corona de Ofir en el espejo con la sangre del conde. Debajo de esta, dibujó una bermeja cadena.

—Vas a ceñirte en la cabeza la corona que has buscado durante tanto tiempo, Antimides —le susurró—. Pero solo durante un tiempo. Un tiempo breve y doloroso.

Riendo con crueldad, se inclinó para llevar a cabo su siniestra labor.

—Estamos haciéndonos notar —dijo Macaón, sin hablarle a nadie en particular.

La hilera de diecinueve jinetes en armadura y yelmos puntiagudos, con los escudos redondos colgados del brazo, guiada por Conan, avanzaba lentamente por las calles de Ianthe; las muchedumbres que se apartaban ante ellos les miraban ciertamente con atención. Un mortífero empeño les envolvía como una neblina y aturdía incluso a los que habrían mirado para otro lado, les hacía prescindir de sus reticencias a la hora de mirar.

—Tendremos problemas por esto —dijo Narus, quejumbroso. Cabalgaba inmediatamente detrás de Macaón—. Tal vez matemos a Antimides, y solo los dioses saben de cuántos guardias dispone, e Iskandrian no ignorará lo ocurrido si matamos a un noble entre los muros de la capital. Tendremos que huir de Ofir, si podemos.

—Y si no le matamos —dijo Conan torvamente—, tendremos que huir también. ¿O queréis pasar el día sentados de espaldas a la pared y aun así tener que mirar por encima del hombro para cuando llegue el próximo ataque?

El cimmerio estaba seguro de que volverían a ser atacados. Las razones que pudiera tener Antimides para capturar a Sinelle carecían de importancia; el conde tendría que matar a Conan para impedir que hablara. Los ataques continuarían hasta que Conan muriese… o hasta que muriera Antimides.

—Yo no he dicho que no debamos matarlo —suspiraba Narus—. Solo digo que después tendremos que huir.

—Si vamos a huir de todas maneras —preguntaba Taurianus—, ¿por qué corremos este riesgo? Más nos vale dejar con vida a ese noble y escapar de Ianthe sin perder una sola gota de sangre por el

camino.

El larguirucho soldado parecía aún más abatido que Narus; el largo cabello que asomaba de su yelmo estaba húmedo de ansioso sudor.

—Tú jamás llegarás a capitán, ofireo —le dijo el mercenario de chupadas mejillas—. Una Compañía Ubre vive de su prestigio, y muere también por conservarlo. Si cedemos ante un enemigo, la compañía quedará tan muerta como si nos hubieran rebanado el pescuezo a todos, y tendríamos que volvernos vagabundos y mendigos.

Taurianus murmuró algo entre dientes, pero no formuló sus quejas en voz alta.

—Ese es el palacio de Antimides —dijo bruscamente Macaón. Frunció el ceño con suspicacia ante el gigantesco edificio de mármol y alabastro con cúpula dorada—. No veo ningún guardia. Esto no me gusta, cimmerio.

El palacio de Antimides era el segundo más grande de Ianthe después del palacio real: una gran mole con columnatas, terrazas y torres rematadas con chapiteles, y escalinatas anchas y alargadas que conducían a la calle. No había guardias a la vista en aquellas escalinatas, y una de las grandes jambas de bronce estaba entreabierta.

Conan pensó que podía tratarse de una trampa. ¿Era posible que Antimides estuviera ya al corriente del fracaso de sus hombres? ¿Estaba dentro, con los guardias concentrados a su alrededor para protegerle? Habría sido un gesto estúpido, ante el que cualquier capitán competente habría protestado. Sin embargo, cabía la posibilidad de que un aristócrata arrogante como Antimides llevara ya largo tiempo forzando al comandante de su guardia a la más abyecta obediencia.

Se volvió de medio cuerpo y observó a los hombres que le seguían. Aparte de Macaón y de Narus, estaban allí los otros siete que habían cruzado con él la frontera de Nemedia. Le habían seguido hasta bien lejos, y con lealtad.

Había trabajado mucho, y duramente, por poner en pie aquella compañía y por conservarla; sin embargo, dijo honradamente:

—No sé con cuántos nos vamos encontrar. Si alguno de vosotros quiere marcharse, este es el momento.

—No digas necedades —le replicó Macaón. Taurianus abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin decir nada.

Conan asintió con la cabeza.

—Que cuatro hombres vigilen los caballos —ordenó mientras desmontaba.

Con paso firme y resuelto, subieron por la blanca escalinata de mármol y, mientras lo hacían, desenvainaron las espadas. Conan entró por la puerta abierta, en cuyas altas jambas de bronce estaba grabado a gran tamaño el escudo de armas de la casa de Antimides, y se encontró con un pasillo largo de techo abovedado, flanqueado por una balconada con columnas a la que se ascendía por una gran escalera de alabastro.

Una sirvienta de senos abundantes, vestida con una sencilla túnica verde que dejaba sus bonitas piernas al descubierto hasta el extremo superior de los muslos, salió corriendo por una puerta que se hallaba a un lado del pasillo, llevando un voluminoso y pesado saco sobre los hombros. Chilló al ver a los hombres con armas y armaduras que irrumpían en el palacio. Soltó el saco y huyó gimoteando por el mismo camino por el que había venido.

Narus miró pensativamente la gran variedad de copas de oro y vajilla de plata que se desparramaba al abrirse el saco.

—¿Tenéis idea de lo que puede ocurrir aquí?

—¿Acaso Antimides huye de nuestra justa cólera? —aventuró Macaón, esperanzado.

—No podemos permitir que se nos escape —dijo Conan. No creía que el conde huyera, pero estaba preocupado porque había algo extraño en aquel lugar.

—Separémonos. Vamos a buscarlo.

Se desperdigaron en todas direcciones, pero con cautela y con las espadas a punto. Habían peleado en demasiadas batallas, habían caído en demasiadas trampas como para que se confiaran. La supervivencia de un mercenario depende de su disposición a presentar batalla en cualquier momento. En cualquiera.

El cimmerio pensó que los aposentos del conde debían de hallarse en los pisos de arriba. Subió por las curvas escaleras.

Buscó habitación por habitación sin encontrar a nadie, ni vivo ni muerto. En todas partes hallaba trazas de una huida precipitada y de intentos por llevarse todo lo que tuviera algún valor. No

quedaban tapices en las paredes, ni alfombras en el suelo. Las mesas estaban volcadas y no quedaba nada de lo que pudiera haber habido encima de estas. Alguien había arrancado de las paredes las lámparas de oro cuyos soportes no habían cedido. Curiosamente, todos los espejos que iba viendo tenían alargadas grietas.

Entonces, abrió una puerta con la espada y se asomó a una habitación que parecía intacta. El mobiliario estaba en pie, los cuencos de oro y vasos de plata seguían en su lugar, y los tapices con escenas heroicas de la historia de Ofir colgaban todavía de la pared. Sin embargo, el único espejo que había en la habitación estaba agrietado igual que los demás. Delante de este había una silla con elaboradas tallas; su alto respaldo estaba orientado hacia la puerta, pero a un lado colgaba una holgada manga de seda verde con bordados de oro, perteneciente a una túnica de hombre; el brazo era moreno, y estaba inmóvil.

Con zancadas de gran felino cazador, el cimmerio entró en la estancia y le puso la espada en la garganta al hombre que estaba sentado.

—Ahora, Antimides… —Conan enmudeció bruscamente, y se le erizó el cabello de la nuca.

El conde Antimides estaba sentado, y los ojos casi parecían salírsele de las órbitas en el purpúreo rostro, y la lengua ennegrecida le asomaba entre las prietas quijadas; había contraído los labios en un rictus de dolor. Los anillos de una cadena de oro se hundían en la amoratada carne de su cuello, y el conde aferraba sus extremos con las manos, como si, aun en el férreo abrazo de la muerte, hubiera querido apretarla todavía más.

—¡Crom! —murmuró Conan.

No se creía que el temor a la venganza hubiera empujado a Antimides a sentarse delante de un espejo y contemplarse mientras se estrangulaba a sí mismo. El cimmerio había topado con la brujería en ocasiones suficientes como para reconocer su aroma.

—¡Conan! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —respondió el cimmerio a los que le llamaban desde el pasillo.

Macaón y Narus entraron con un joven flaco, asustado, vestido con sucios harapos que, no mucho antes, habían sido finos ropajes de raso. En sus muñecas había las sangrientas marcas de los

grilletes; la piel pálida y el rostro demacrado indicaban que había pasado varios días a oscuras y sin comer.

—Mira lo que hemos encontrado abajo —dijo el tatuado mercenario.

Al mirarle por segunda vez, Conan vio que no era tan joven; había algo en aquel hombre —el labio inferior demasiado carnoso que torcía con petulancia; mirada y ademanes malhumorados— que le daban cierto aire de muchacho.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó el cimmerio—. Habláis como si ya tuviera que conocerlo.

El hombre de aspecto juvenil irguió el mentón con altanería casi femenina.

—Soy Valentius —dijo, con voz aguda que se esforzaba por mantenerse firme—, ahora conde, pero futuro rey. Os doy las gracias por haberme rescatado. —Sus ojos oscuros se volvieron, vacilantes, hasta Narus y Macaón—. Si es que habéis venido a rescatarme.

Narus se encogió de hombros.

—Le hemos dicho lo que vinimos a hacer —le dijo a Conan—, pero no nos cree. No del todo.

—Abajo hay dos guardias con la garganta rajada —dijo Macaón —, pero no hemos encontrado a nadie vivo. La locura reina en este lugar, cimmerio. ¿De verdad que Antimides ha huido?

A modo de respuesta, Conan se volvió bruscamente hacia la silla de elevado respaldo. Los otros tres dudaron, pero se adelantaron a mirar.

Para asombro de los demás, Valentías soltó una risita tonta.

—¿Cómo habéis logrado que lo hiciera? No importa. Se lo merece por haber traicionado mi confianza. —Su rostro de finos rasgos se ensombreció al instante—. Yo vine a pedirle auxilio y refugio, y se rio de mí. ¡De mí! Me cargó de cadenas y me encerró para que me pudriera y me peleara con las ratas por mi cuenco de agua sucia diario. Qué piadoso era. Qué pomposo. Dijo que no quería ensuciarse las manos con mi sangre, y se rio. Dijo que las ratas se encargarían de mí.

—He visto la muerte en muchos campos de batalla, Conan —dijo Macaón—, pero esta es una fea manera de matar a un hombre, aun cuando mereciese la muerte.

Al mirar al cadáver, se le habían quedado blancos hasta los nudillos con que empuñaba la espada. Narus trazó con los dedos un signo que alejaba el mal.

—Yo no lo he matado —les dijo Conan—. Mirad cómo tiene cogida la cadena con las manos. Antimides se ha suicidado. Valentius rio de nuevo agudamente.

—Lo que haya ocurrido no importa, ha ocurrido para bien. —Cambiando de humor con la fluidez del mercurio, su rostro se llenó de crueldad, y escupió a la cara hinchada del cadáver—. Pero lamento no haber podido verlo.

Conan y sus dos amigos se miraron. Aquel era el hombre que, por su sangre, tenía más derechos a suceder a Valdric en el trono de Ofir. El joven cimmerio sacudió la cabeza asqueado. Sentía fuertes deseos de librarse inmediatamente de aquel joven, pero, si lo dejaban solo, no tardaría en hacerse rebanar el pescuezo. Tal vez aquello hubiera sido mejor para Ofir, pero Conan no era quién para decidirlo.

Le dijo a Valentius:

—Te escoltaremos hasta el palacio real. Valdric te protegerá. El flaco joven le miró fijamente, con miedo en los ojos, tembloroso.

—¡No! ¡No podéis hacerlo! Valdric me matará. Soy su sucesor al trono. ¡Me matará!

—Estás diciendo necedades —le espetó Conan—. Valdric no siente ningún interés por nada, salvo por salvar su propia vida. Es probable que, al cabo de un día, ni siquiera recuerde que estás en palacio.

—No lo entendéis —gimió Valentius, frotándose las manos—. Valdric me mirará, sabrá que se está muriendo y que yo he de ser rey después de él. Pensará en todos los años que me quedan por delante y me odiará. ¡Me hará matar! —Fue mirando desesperadamente a las caras de todos los demás, y al cabo murmuró tristemente—: Es lo que haría yo, y seguro que él hará lo mismo.

Macaón escupió sobre la cara alfombra turania.

—¿Y los lazos de sangre? —preguntó ásperamente—. ¿No tienes amigos, ni aliados?

Valentius, lloriqueante, negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a saber en quién puedo confiar? Mis propios

guardias, hombres que habían servido fielmente a mi casa durante años, se volvieron contra mí. —De pronto, su voz se aceleró, y una luz maliciosa brilló en sus ojos—. ¡Tú me protegerás! Cuando sea rey, te daré riquezas y títulos. Ocuparás el palacio de Antimides y serás conde en su lugar. Tú y tus hombres seréis la guardia personal del rey. Te concederé poder y riquezas sin cuento. Elige a cualquier mujer, noble o plebeya, y será tuya. ¡Dos, si quieres, o tres! ¡Dime qué honor deseas! ¡Dímelo y te lo concederé!

Conan hizo una mueca. Ciertamente, una Compañía Libre no podía encontrar un puesto mejor que el que Valentius les ofrecía, pero habría sido como servir a una víbora.

—¿E Iskandrian? —dijo—. El general no toma parte en estos enfrentamientos, ni sigue a ninguna facción. Valentius asintió con reluctancia.

—Si no queréis servirme… —dijo abatido.

—Entonces, marchémonos de este lugar —dijo Conan—, y rápido. No conviene que nos encuentren al lado del cadáver de Antimides.

Sin embargo, mientras los otros salían corriendo de la estancia, se detuvo un momento para mirar por última vez al muerto. El cimmerio no sabía con qué hechicería se había enredado Antimides, pero estaba contento de no haber tropezado con ella. Estremeciéndose, siguió a los demás.

16

Al filo del ocaso, Conan volvió adonde estaba acuartelada su compañía; la creciente oscuridad, preludio de la negrura, encajaba bien con su ánimo. Iskandrian había tomado bajo su protección a Valentius en las casernas del ejército, pero el viejo general había mirado al cimmerio con suspicacia cuando le contaron lo sucedido. Si Valentius no hubiera corroborado que Antimides parecía haberse estrangulado a sí mismo, los mercenarios habrían salido encadenados de los largos edificios de piedra, y la petulante mirada que el joven aristócrata le dirigió a Conan durante su declaración dejó bien claro que, de no haber estado seguro de hallarse exento de cargos, habría contado una historia diferente.

Quedaba lo de Sinelle. Conan la había hallado sumida en una extraña mezcla de furia y satisfacción. Ya se había enterado de la muerte de Antimides, aunque Conan no entendía cómo la voz había corrido con tanta rapidez; aquello la había dejado contenta. Pero le había reñido severamente por marcharse sin su permiso y por perder tiempo llevando a Valentius ante Iskandrian.

Esto último parecía enfurecerla más que lo primero. Conan estaba al servicio de Sinelle, no del petimetre de Valentius, y haría bien en recordarlo. Para su propio asombro, Conan la había escuchado dócilmente y, aún peor, había tenido que contender consigo mismo para no acabar suplicándole el perdón. Jamás le había suplicado nada a hombre ni mujer, a dios ni demonio alguno, y la idea de haber estado tan cerca de hacerlo le revolvía el estómago.

Abrió bruscamente la puerta de su habitación, y se detuvo en seco. En la penumbra, Julia, desnuda y atada de piernas y manos, le miraba ceñuda, al mismo tiempo que sus labios luchaban por librarse de la mordaza.

—¡Macaón! —gritó Conan—. ¡Narus!

Le desató al instante la mordaza. Sus lazos estaban muy bien trabados y, al forcejear, Julia los había apretado todavía más. Conan tuvo que manejar con cautela su daga para cortarle solo los jirones de tela, y no la carne.

—¿Quién ha hecho esto? —le preguntó, mientras se esforzaba por liberarla.

Gimiendo, Julia echó de la boca un trozo de tela húmeda y ejercitó las quijadas antes de ponerse a hablar.

—No les dejes verme así —suplicó—. ¡Rápido! ¡Rápido!

Macaón, Narus y Boros entraron juntos por la puerta, gritando preguntas todos a la vez; Julia chilló. Cuando Conan hubo cortado la última atadura, Julia se apartó violentamente de él y se arrastró hasta la cama, de donde cogió una manta para cubrirse.

—¡Vete, Macaón! —chilló, acurrucándose. Un color bermejo le subía a las mejillas—. No quiero que me veas así. ¡Vete!

—Se la han llevado —dijo Boros, borracho, señalando el rincón donde Conan había escondido la estatuilla de bronce.

El cimmerio se dio cuenta entonces de que alguien había levantado la tabla del suelo y de que no había nada dentro del agujero. Un frío de muerte se adueñó de su cuerpo. Parecía lógico que el día terminara así, con el desastre contemplándole como las cuencas vacías de una calavera.

—Tal vez —murmuró Boros— si huimos al galope, podremos atravesar la frontera antes de que le den uso. Siempre he querido visitar Vendhia, o tal vez Khitai. ¿Alguno de vosotros conoce algún país más lejano todavía?

—Cállate, viejo imbécil —gruñó Conan—. Julia, ¿quién se ha llevado la estatuilla de bronce? ¡Por Crom, mujer, deja de preocuparte por esa maldita manta y respóndeme!

Sin cesar en sus esfuerzos por cubrirse todas sus generosas curvas con la manta, y menos temerosa, Julia le miró airada y sorbió por la nariz.

—Ha sido una ramera vestida con calzones de hombre, que llevaba una espada. —Miró a Macaón por el rabillo del ojo—. Dijo que tengo trasero de chico. Tengo el trasero tan redondeado como ella, solo que no tan grande.

Conan apretó las mandíbulas.

—Sus ojos —preguntó con impaciencia— ¿eran verdes? ¿Era pelirroja? ¿Dijo algo más?

—¿Karela? —preguntó Macaón—. Yo creía que quería matarte, no robarte. Pero ¿por qué Boros está tan asustado con esa cosa que robó? ¿No nos habrás vuelto a complicar con hechiceros, cimmerio?

—La conocéis —dijo Julia en tono acusador—. Yo ya lo imaginé por lo que dijo de mí… —carraspeó, y volvió a empezar—. Solo recuerdo que juraba por Derketo y que te dio las gracias por quinientas monedas de oro. ¿Tanto dinero le has dado? Yo recuerdo a las amantes de mi padre, y no creo que esa Karela valga una moneda de plata.

Conan se golpeó la cadera con el puño.

—Tengo que encontrarla en seguida, Macaón. Ha robado una figura de bronce que llegó por casualidad a mis manos, un objeto cuyo poder maligno puede causar una destrucción inimaginable si se la vende a quienes yo me temo. Explícame cómo encontrar esa fortaleza en ruinas.

Julia gimió.

—¿Era eso lo que quería decir con lo del oro? ¿Va a entregar esa cosa infernal a la gente de quién hablaba Boros? ¡Que Mitra nos proteja a todos nosotros, y también al país!

—No comprendo ni una palabra de todo esto —dijo Macaón—, pero hay algo que sí sé. Si entras en el bosque Sarelio por la noche, te romperás el cuello. Aquel laberinto ya es difícil de atravesar a la luz del día. Solo un hombre nacido allí puede hallar el camino en la oscuridad.

—Yo la encontraré —dijo Boros, que se tenía en pie con dificultad—. Su maldad es como un faro. —Tiró de las mangas que le cubrían los huesudos brazos—. Solo tengo que…

—Como intentes hacer magia en tu estado —dijo Conan, interrumpiéndole—, clavaré tu cabeza en una pica con mis propias manos y la enseñaré en la Puerta del Río. —El anciano de barba gris pareció sentirse herido, pero cedió, murmurando algo entre dientes. Conan se volvió hacia Macaón—. No tenemos tiempo que perder. Tal vez ya sea demasiado tarde cuando llegue el día.

Macaón asintió de mala gana, pero Narus dijo:

—Entonces, veinte de nosotros iremos contigo. La cuadrilla de Karela…

—… nos oiría llegar, y se esfumaría —dijo el cimmerio, poniendo fin a la frase—. Iré solo. ¿Macaón? El tatuado veterano le fue explicando todo.

«Macaón estaba en lo cierto», pensó Conan cuando, por enésima vez, una rama que no había visto le azotó en el rostro. En efecto, era fácil romperse el cuello en aquella negrura. Estaba obligando a su caballo a avanzar por la densa fronda de ramaje y arbustos, con la esperanza de ir en la dirección correcta. De niño había aprendido a guiarse por las estrellas, pero el cielo apenas era visible, porque el bosque era antiguo y había en él grandes robles, cuyas gruesas ramas, al entrecruzarse, formaban como un toldo que dejaba pocos resquicios.

—¡Ya has llegado bastante lejos —le dijo una voz desde la oscuridad—, a menos que quieras que te partan las costillas! Conan agarró el puño de la espada.

—¡Ni lo pienses! —dijo otro hombre, y luego rio entre dientes—. Tenio y yo crecimos en el bosque, gigantón, cazando los venados del rey por la noche. Él ve mejor que yo, y yo te veo tan bien como si estuvieras en un prado bajo la luna llena.

—Estoy buscando a Karela —empezó a decir Conan, pero no habló más.

—Cállate —dijo la primera voz—. ¡Cogedlo!

De pronto, unas rudas manos derribaron al cimmerio de su caballo y Conan cayó en el centro de un grupo de hombres. Ni siquiera pudo ver cuántos eran, pero agarró un brazo y lo rompió; oyó un chillido. No tenía espacio para desenvainar, ni luz para ver adonde atacaba, pero sacó la daga y asestó puñaladas a su alrededor, y cada que vez que acertaba en carne oía gritos y maldiciones. Al cabo, los otros fueron demasiados, y su peso le aplastó contra el suelo; le ataron las muñecas a las espaldas y le anudaron una cuerda en torno a los tobillos.

—¿Hay algún herido grave? —dijo entre jadeos el hombre que antes había reído.

—Mi brazo —gimió alguien. Y otra voz dijo:

—¡Al diablo con tu brazo! ¡Casi me ha cortado la oreja!

Maldiciendo a la oscuridad —no todos veían en la negrura como los gatos— pusieron a Conan en pie y lo llevaron entre los árboles, arrastrándolo cuando el lazo de las piernas le hacía tropezar y caía,

hasta que lograba volver a ponerse en pie.

De pronto, delante de él, alguien apartó una manta y le empujaron dentro de una sala de paredes de piedra, alumbrada por antorchas de junco puestas en tederos de hierro. Una gran chimenea, con un fuego de leños chisporroteante tan alto como la pierna de un hombre, sobre el que había un gran pote de hierro colgado de unos llares, ocupaba una de las paredes. Había mantas en las ventanas —aspilleras, de hecho— que impedían que la luz pudiera verse desde el bosque. Una docena de nombres —la asamblea de rufianes más variopinta que Conan había visto en su vida— estaba desperdigada por los bancos, en torno a las toscas mesas de caballete; bebían con avidez el vino de toscas jarras de loza y devoraban estofado servido en cuencos de madera.

Karela se puso en pie cuando los captores de Conan entraron detrás de él, quejándose tumultuosamente de sus heridas y magulladuras. El justillo de cuero oscuro de la mujer caía holgadamente sobre sus ajustados calzones de pálida seda gris, que por abajo estaban metidos en rojas botas; sin embargo, tenía una abertura en la pechera que dejaba al descubierto las cremosas curvas superiores de sus opulentos y recios senos. Un talabarte, que le ceñía las bien torneadas caderas, sostenía la cimitarra.

—Vaya —dijo—, eres más necio de lo que pensaba, cimmerio. Al final, me obligaras a matarte.

—La estatuilla de bronce, Karela —dijo Conan con vehemencia —. No debes venderla. Alguien está tratando de…

—¡Hacedlo callar! —exclamó la mujer.

—… despertar a
Al’Kiir
—logró decir, y entonces un garrote le golpeó la cabeza por detrás y cayó inconsciente.

17

«Qué necio», pensó Karela mientras contemplaba al gigantesco y postrado cimmerio. ¿Tan grande era su arrogancia masculina que había creído que, para recobrar la estatuilla, le bastaría con ir hasta allí y cogerla? Le tenía por un hombre orgulloso, y sabía que su orgullo estaba justificado. Él solo, armado únicamente con un sable, podía hacer frente con ventaja a…

Súbitamente, Karela se maldijo. El cimmerio ya no era el mismo hombre que había aprisionado una parte de ella y se la había llevado consigo. Había estado pensando en cómo era Conan cuando le había conocido: un ladrón solitario que se valía tan solo de su inteligencia y de la fuerza de su brazo armado. Ahora mandaba sobre otros hombres y tenía que admitir de mala gana que estos eran más peligrosos que los perros que ella capitaneaba.

—¿Estaba solo? —preguntó—. ¡Si habéis guiado a su Compañía Libre hasta aquí, me haré botas con vuestro pellejo!

—No hemos visto a nadie más —murmuró Tenio—. Es decir, que no había nadie más. —Era un hombre pequeño, parecido a un hurón, con cara alargada y nariz puntiaguda; se escupió un diente en la palma de la mano y lo miró con ira—. Yo propongo que lo matemos. —Algunos de los que tenían costillas rotas y heridas de puñal gruñeron su asentimiento.

Marusas, su zamorio, empuñó una daga con su mano larga y encallecida.

—Despertémosle más bien. Parece fuerte. Gritará durante mucho rato antes de morir.

Al instante, todos los hombres se pusieron a gritar y a discutir lo que debían hacer.

—¡Matadlo ahora! ¡Es demasiado peligroso!

—Solo es un hombre. Si lo despellejamos, gritará como

cualquier otro.

—¡Tú no has luchado con él ahí fuera! ¡No sabes cómo es!

—¡A mí me ha apuñalado hasta el hueso mientras luchaba contra diez, y le ha roto el brazo a Agorio!

—¡Callaos, perros! —rugió Karela, y la disputa cesó, pues todos se volvieron para mirarla—. Yo decido quién muere, y he decidido que no muera. ¡Por lo menos, todavía no! ¿Alguno de vosotros quiere discutirlo conmigo, perros sarnosos? ¡Volved a vuestras perreras!

Agarró el puño de la cimitarra, y una luz amenazadora centelleó en sus ojos verdes. Uno a uno, todos fueron apartando la vista, murmuraron por lo bajo y volvieron a su bebida, o fueron a curarse las heridas. Jamaran, un corpulento kushita de cabeza rapada, que tenía las espaldas más anchas que Conan y las manos de un luchador profesional, le sostuvo la mirada más que ningún otro, y su oscuro rostro se retorció de ira. Por su mejilla partida se podía apreciar dónde le había golpeado Conan durante la pelea.

—¿Y bien, Jamaran? —dijo Karela. Sabía que aquel hombre quería quitarle el mando y llevársela a la cama, aunque él no se había dado cuenta de que la mujer conocía sus deseos. Creía saber cuál era el sitio adecuado para las mujeres; tarde o temprano, Karela tendría que demostrarle que se equivocaba, o matarlo—. ¿Estás listo para disputarme el mando?

La sorpresa apareció en el rostro de Jamaran, y al instante la reemplazó una sonrisa burlona.

—Todavía no —masculló—. Ya te avisaré cuando lo esté, guapa pelirroja.

Sus ojos negros le recorrieron el cuerpo como una caricia y entonces, con una ligereza extraordinaria en un hombre de su corpulencia, se acercó a la mesa más cercana, tomó una jarra y empinó el codo para echar un largo trago.

Karela se estremeció, sorprendida y ultrajada, mientras contemplaba con odio sus anchas espaldas. Nunca se había mostrado tan franco. Pensó que, después de lo ocurrido, tendría que matarlo. Pero no podía hacerlo en aquel momento. Mantener los ánimos de su cuadrilla en paz era una labor delicada. Aunque no le gustara admitirlo, podía destruir con un solo error todo lo que había construido. Gruñendo, soltó la espada.

Pensó amargamente que los días de Zamora habían sido distintos. Por aquel entonces, no había nadie en la cuadrilla que discutiera su palabra, o que la considerara una mujer. Conan había tenido la culpa de todo. La había cambiado de alguna manera que ella no comprendía, que ella no había querido. Había entretejido en sus fibras una hebra de debilidad, y los otros hombres lo notaban.

Como si lo hubiera llamado al pensar en él, el cimmerio gimió y se movió.

—Amordazadlo —ordenó la mujer—. ¡Poned manos a la obra, y que Derketo os maldiga! ¡No quiero que sus balbuceos me molesten!

Cuando Tenio y Jamaran se arrodillaron a su lado, Conan se agitó.

—Karela —dijo con desesperación—, escúchame. Esos hombres son peligrosos. Quieren invocar a una malvada…

Tenio trató de meterle un trapo en la boca, pero tuvo que chillar, porque el cimmerio le había clavado los dientes en la mano. Jamaran le arreó un puñetazo a la mandíbula; el hombre con cara de hurón logró liberar la mano, y al sacudirla le cayeron gotas de sangre. Antes de que Conan pudiera hablar de nuevo, Jamaran le metió la tela en la boca y le puso la mordaza. Al incorporarse, el forajido de cabeza rapada le dio una patada a Conan en las costillas y se preparó para darle otra. Tenio empuñó su daga con la mano sana, con un centelleo homicida en los ojos.

—Deteneos —ordenó Karela—. ¿Me habéis oído? ¡Dejadlo!

Lentamente, de mala gana, los dos bandoleros se apartaron del cimmerio.

Karela sentía la mirada de sus ojos de zafiro. Conan estaba sacudiendo furiosamente la cabeza, trataba de librarse de la mordaza, hacía ruidos rabiosamente con la garganta. Temblorosa, la mujer se volvió para contemplar el fuego.

Karela sabía que no debía escuchar al joven gigante. Este siempre había sido capaz de persuadirla. Si Conan le ponía las manos encima, su voluntad se derretiría. «Esta vez —se dijo a sí misma—, esta vez será distinto».

La noche se le hacía larga, y sabía que esto se debía a que Conan le estaba clavando los ojos en la espalda. Los otros bandidos habían ido a acostarse; la mayoría de ellos había extendido mantas sobre el suelo. Pero Karela no conseguía dormirse. Andaba de un lado para

otro como un leopardo enjaulado; el aguijón que le impedía detenerse eran unos gélidos ojos azules que jamás parpadeaban. Habría podido ordenar que se los vendaran, pero no quería admitir, ni siquiera para sí misma, que aquellos ojos pudieran afectarla tanto.

Finalmente, la bella pelirroja se sentó delante de la gran chimenea y contempló las agitadas llamas, como si hubieran sido lo más importante del mundo. Sin embargo, no podía dejar de pensar en el cimmerio y lo imaginaba retorciéndose en el fuego, lo imaginaba sufriendo todas las torturas de los condenados, que por tantas razones merecía. No comprendía por qué al pensarlo se sentía peor, ni por qué, de vez en cuando, tenía que secarse subrepticiamente las mejillas.

Al alba, ordenó a Tenio que se marchara a Ianthe con la sobrepelliz escarlata. Pasó el resto del día ignorando a Conan. No le dio de comer ni de beber.

—Permitidle que coma y beba cuando yo me haya marchado —ordenó.

Los hombres desperdigados por la sala, que en su mayoría estaban consumiendo energías en jugar a los dados o a los naipes, le murmuraron su asentimiento y la miraron con extrañeza. A ella no le importaba. No estaba dispuesta a permitir, ni por el más breve instante, que el cimmerio hablara en su presencia. No se lo permitiría hasta que tuviese las quinientas monedas de oro en la mano y pudiera burlarse de él. Ni hasta que hubiera logrado serenarse, y esto último le resultaba curiosamente difícil.

El sol ya estaba descendiendo. Karela tenía que abandonar su refugio. Había dejado afuera la estatuilla de bronce, aún envuelta en la manta de Conan. No pasaba por allí nadie que pudiera robarla, ni quería tener aquello bajo su mismo techo, si podía evitarlo.

Mientras Karela ataba a la silla de montar el fardo que había hecho con la manta —y murmuraba por lo bajo, a causa del mareo que aquel objeto le hacía sentir en el estómago—, Jamaran salió de la única torre que quedaba de la antigua fortaleza.

—Esa estatuilla es valiosa —le dijo, desafiante—. Quinientas monedas de oro, has dicho.

Karela no le respondió. Aquella mañana no era mejor momento

que la pasada noche para matarlo.

—Tendría que ir contigo —le dijo el corpulento negro al ver que no le respondía—. Para asegurarme de que vuelves con el oro sin que te pase nada. Ese noble con el que te encuentras podría traicionarte. O quizá podrías tener problemas de otro tipo. Una mujer sola con tanto oro…

Karela apretó los dientes. ¿Aquel necio sospechaba que quería largarse sola con el oro? ¿O tal vez quería quedarse con las monedas, y también con ella?

—¡No! —exclamó al montar—. Eres necesario aquí, para ayudar a vigilar al cautivo.

—Otros veinte están vigilándole. Tanto oro…

—¡Necio! —La palabra restalló como un látigo burlón—. Si quieres mandar sobre otros hombres, tienes que aprender a pensar. Ese hombre que tenemos dentro, aun atado, es más peligroso que cualquier otro al que conozcas. Pero espero que os bastéis para retenerlo hasta que yo haya vuelto.

Antes de que Jamaran le replicase con las furiosas palabras que Karela ya podía adivinar por su rostro, la mujer picó espuelas a su veloz bayo oriental y se marchó al galope por un angosto camino que apenas si podía considerarse sendero de caza. Había muchos como aquel, que atravesaban el bosque en todas las direcciones, y al cabo de poco estuvo demasiado lejos como para que el otro la siguiera.

En realidad, no creía que fueran necesarios todos sus hombres para dominar a Conan. Lo que le había dicho al corpulento kushita era cierto. El gigante cimmerio era tan peligroso que ella misma debía tratarlo con cautela, ella, que se enorgullecía de no tener que asustarse de ningún hombre. Lo había visto pelear cuando la derrota era inevitable, matar cuando estaba seguro de su propia muerte, vencer cuando solo le aguardaba el desastre. Pero no dudaba que el cimmerio, atado de pies y manos, y vigilado por veinte hombres, estaría aguardando hasta su regreso tal como ella lo había dejado.

Tampoco creía que Jamaran pudiera tomar su oro —o cualquier otra cosa que quisiera de ella—, puesto que le habría matado antes con su acero. Pero por orgullo no quería que el desconocido aristócrata fuera testigo de la abierta impertinencia con que el

forajido de cabeza rapada solía hablarle últimamente. Además, el aristócrata le ofrecería sin duda otras misiones —ya le había ofrecido una con anterioridad, si bien la había dejado de lado al encargarle que se apoderara de la estatuilla de bronce—, pero difícilmente querría cerrar más tratos con ella si la creía incapaz de mantener la disciplina en el seno de su propia cuadrilla.

Cuando Karela llegó al claro donde se hallaba la tosca cabaña, el sol había devenido ya en rojiza esfera, medio oculta por las copas de los árboles, y las sombras se alargaban hacia el este. El caballo de guerra con jaeces de color escarlata y negro volvía a estar allí. La mujer rodeó lentamente el claro, guareciéndose en las sombras de los árboles. Sabía que aquel reconocimiento había sido demasiado breve, pero también era consciente de la presencia de la estatuilla de bronce que llevaba atada a la silla. Más de una vez había tratado de adelantar el cuerpo para así evitar que sus nalgas rozaran la basta lana que la envolvía. Sentía la urgente necesidad de liberarse de la escultura.

Resoplando ante su propia sensibilidad, Karela galopó hasta el claro y desmontó. Cargó con la manta enrollada como si hubiera sido un saco y abrió de una patada la burda puerta de madera.

—Y bien, mi desconocido señor, aquí te traigo mi… —Calló sorprendida.

El aristócrata de elevada estatura estaba allí, como en el primer encuentro, pero en esta ocasión no había acudido solo. Una mujer envuelta en un manto escarlata, cubierta con un capuchón, estaba de pie a su lado, y sus fríos ojos oscuros contemplaban a Karela, medio ocultos por un velo de opaca seda.

Karela le devolvió la mirada con osadía, y dejó caer el fardo a sus pies, al sucio suelo.

—Aquí tenéis vuestra maldita imagen. ¿Dónde está el oro?

La mujer velada se arrodilló, y desplegó con ligereza la burda lana. Cuando la astada figura quedó a la vista, exhaló un suspiro de temor reverencial. Con delicadas manos, la puso sobre la tosca mesa. Karela se preguntó cómo podía aguantar su tacto.

—Es
Al’Kiir
—dijo la mujer velada—. Es lo que buscaba, Taramenón.

Karela parpadeó. ¿El noble Taramenón? Si la mitad de lo que se

contaba de sus habilidades con la espada era cierto, no sería un oponente fácil. Disimuladamente, agarró el puño de su cimitarra.

—Tenéis que entregarme quinientas monedas de oro antes de llevárosla.

Los ojos de la otra mujer se volvieron hacia ella.

—¿La bandida también te sirve? —le preguntó Taramenón. La mujer velada asintió, pensativa.

—Eso parece. ¿Cómo te llamas, niña?

—¡Me llamo Karela, niña! —gritó la bandida, poniendo énfasis en la última palabra—. Ahora os voy a decir qué haré con vosotros si no me habéis traído el dinero acordado. A ti, elegante señor, te venderé en Koth, donde tu cara bonita tal vez complazca a alguna mujer de elevada alcurnia. —El rostro de Taramenón se ensombreció, pero la mujer velada rio. Karela se volvió hacia ella—: Y a ti te venderé en Argos, donde bailarás desnuda en una taberna de Messantia y tendrás que acostarte con todos los clientes por una jarra de cerveza.

—Soy princesa de Ofir —le dijo fríamente la mujer velada—, y podría hacerte empalar en lo alto de los muros del palacio real. ¿Osas hablarle así a una mujer ante quién deberías temblar?

Karela sonrió con desprecio.

—No solo me atrevo a hablar así, por las tetillas de Derketo; si no me das mi oro te voy a desnudar aquí mismo para ver si una taberna argosea te aceptaría. La mayor parte de las aristócratas ofireas sois mozas flacas que no complacéis a ningún hombre aunque él lo intente con todas sus fuerzas. —El acero silbó al rozarse con el cuero; el arma de Karela salió de su vaina—. ¡Quiero ahora mismo mi dinero!

—Servirá —dijo la mujer del manto escarlata—. Agarradla.

Karela se volvió hacia Taramenón y, solo por un instante, vio que sonreía aturdido y no avanzaba hacia ella ni desenvainaba su espada; entonces, dos hombres, ataviados con las armaduras de cuero propias de la caballería ligera, saltaron de las oscuras vigas del techo. Forcejeando, Karela cayó sobre el suelo de tierra.

—¡Derketo os maldiga! —aullaba, debatiéndose fútilmente—. ¡Os voy a rustir como a capones! ¡Chacales castrados!

Taramenón le quitó la espada de la mano y la arrojó a un rincón.

—Ya no la necesitas, muchacha.

A pesar de los frenéticos esfuerzos de la mujer, los soldados consiguieron sujetar a Karela y ponerla en pie. «¡Necia!», se recriminaba a sí misma. ¡Se había dejado capturar como una doncella en las redes de un secuestrador! ¿Cómo era posible que no se hubiera preguntado dónde estaba el caballo de la mujer?

—Supongo que no podemos esperar que sea virgen —dijo esta.

Taramenón rio.

—Sí, yo creo que eso sería esperar demasiado.

—¡Ramera traidora! —le gritó Karela—. ¡Petimetre sodomizado! ¡Os voy a arrancar la piel a tiras! ¡Soltadme, o mis hombres os empalarán y os dejarán para los buitres! ¿Sois tan necios como para creer que he venido sola?

—Quizá no —le contestó tranquilamente Taramenón—, aunque la última vez que dijiste tener hombres apostados en torno a esta cabaña no vi a nadie. En todo caso, solo tengo que gritar para que acudan cincuenta hombres armados. ¿Quieres que comprobemos si tus miserables forajidos pueden con ellos?

—Basta ya, Taramenón —le dijo la mujer velada—. No malgastes palabras con esa mujerzuela. Tendríamos que desnudarla. —Miró los ajustados calzones de Karela y su holgado justillo; cierta nota de malicioso regocijo se hizo notar en su voz—. Tengo que asegurarme de que no sea… excesivamente flaca.

Taramenón se echó a reír, y los tres hombres pusieron manos a la obra de buena gana. Karela se debatía con furia y, cuando hubieron acabado con ella, le quedó sangre en las uñas y los dientes; sin embargo, estaba desnuda, y sus senos recios y opulentos se sacudían al ritmo de sus forcejeos. Las miradas libidinosas de los hombres escudriñaron su belleza, se deslizaron por las curvas de sus exuberantes caderas y su delgado talle. Unos ojos oscuros la miraron con mayor frialdad y con un destello de celos femeninos. Orgullosa, la mujer de ojos verdes se mantuvo tan erguida como pudo cuando la obligaron a poner los brazos tras la espalda. No quería encogerse como una tímida muchacha en su noche de bodas, y todavía menos delante de ellos.

El aristócrata de elevada estatura se tocó la mejilla, ahora adornada por cuatro reguerillos rojos paralelos, y se miró la sangre que le había quedado en los dedos. De pronto, alzó la mano; dio una bofetada tan fuerte, que Karela y los dos hombres que la

sujetaban se tambalearon.

—¡No le hagas daño! —le dijo bruscamente la mujer velada—. Tu belleza no se estropeará por esto, Taramenón. Ahora, atadla para que nos la llevemos.

—Puedo azotarla con la correa sin que le pase nada, Sinelle —masculló el aristócrata de siniestra apostura—, y tal vez así aprenda cuál es su lugar.

Karela se sorprendió tanto por el nombre que no escuchó la respuesta de la mujer velada. ¡Era la cliente de Conan! ¿Acaso la mujer había descubierto su propia relación con el cimmerio y creía estar deshaciéndose de una rival? Bueno, podía ofrecer al cautivo cimmerio a cambio de su liberación y, si Derketo la ayudaba, acabaría por colgar de los pies a la traicionera aristócrata al lado de Conan.

Karela abrió los labios para formular su oferta —la libertad de Conan a cambio de la suya propia—, pero le metieron un jirón de trapo en la boca que no le permitió hablar. Se debatió como una pantera hambrienta, pero tres hombres eran demasiados para ella. Con una facilidad que parecía burla, la ataron como a un bonito fardo, con las muñecas sujetas a los tobillos y las rodillas bajo el mentón, y le rodearon el cuerpo, una y otra vez, con finas correas que se le hundieron en la carne. Cuando uno de los soldados de caballería trajo un gran saco de cuero, Karela recordó los planes que tenía para Sinelle y cómo había querido devolvérsela a Conan, y se le subieron los colores al rostro.

—Al menos, todavía sabe ruborizarse —dijo Sinelle, riendo, mientras la metían dentro del saco—. Por su lenguaje, llegué a creer que había perdido toda decencia. Llevadla a los caballos. Tenemos que darnos prisa. Los acontecimientos se están sucediendo con mayor rapidez de la que yo querría, y debemos tomarles la delantera.

—He de volver a palacio para cumplir con mis obligaciones —dijo Taramenón—. Iré contigo en cuanto pueda.

—Date prisa —le dijo calmadamente Sinelle— si no quieres que Conan te sustituya.

Cuando elevaron su oscura prisión por los aires, Karela sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. ¡Que Derketo maldijera al cimmerio! Una vez más, había sido culpable de su

humillación. Deseó que Jamaran le rajara la garganta. Lentamente.

18

Conan estaba tumbado sobre las sucias losas; ya había pasado un día y una noche allí, atado, aguardando una oportunidad con la paciencia del predador de la jungla; había dedicado todas sus energías a aguardar y observar. La orden de Karela de darle comida y agua había sido ignorada, y tenía cierta conciencia del hambre y la sed, pero le afectaban poco. En otras ocasiones había pasado todavía más tiempo sin comer ni beber, y sabía que nadie le impediría hacerlo en cuanto acabara con los hombres que le estaban vigilando. Tarde o temprano cometerían algún error, y él lo aprovecharía. Tarde o temprano, ocurriría.

Las lámparas de bronce iluminaban la noche cada vez más negra, pero, como Karela se hallaba ausente, nadie había vuelto a colgar las mantas para cubrir las largas y estrechas aspilleras. Las burdas jarras de arcilla se llenaban de vino con mayor generosidad desde que la mujer no estaba, y los cuatro bandoleros que aún no se habían ido a dormir la mona al piso superior de la torre seguían bebiendo y jugando a los dados. El fuego de la gran chimenea se estaba extinguiendo; el último de los grandes leños que habían amontonado contra la pared se había consumido desde hacía un rato y nadie había ido afuera por más. Tampoco se había preocupado nadie de la olla de hierro que colgaba sobre las llamas, y el olor del estofado quemado se mezclaba con el hedor de los roñosos bandidos.

De repente, Tenio arrojó a un lado los dados y el cubilete de cuero.

—Ya tendría que haber vuelto —murmuró—. ¿Por qué no viene?

—Tal vez no quiera venir —gruñó Jamaran. Sus ojos negros miraron a Conan, y enseñó con una mueca sus dientes grandes y amarillentos—. Nos ha abandonado con este hombre al que parece

temer tanto.

Marusas, que había ido a recoger los dados, se detuvo.

—¿Crees que ha escapado con el oro? La suma ofrecida era grande, pero no más que la parte que se ha ido quedando de nuestros botines tan solo en el último mes.

—¡Erlik te maldiga, juega ya! —exclamó un hombre que se tapaba con un alargado parche de cuero el lugar donde había tenido la nariz. Sus pálidos ojos miraban constantemente con ira suspicaz, como si conociera y odiara los pensamientos de quienes veían su rostro desfigurado—. Hasta ahora he perdido veinte monedas de plata. ¡Juega, maldito seas!

Los otros tres le ignoraron.

Jamaran golpeó la mesa con su enorme puño.

—Aún otra cosa. ¿Por qué una mujer tiene que quedarse con diez veces más botín que los demás? Que lo haga todo ella sola; ya veréis cómo se divierten con ella los hombres a quienes intenta robar. Sin nosotros, solo sería una ladronzuela y, cuando la capturasen, ofrecería los mismos favores de los que ahora se muestra avara para evitar que le marcasen la mejilla.

—Pero sin ella —le replicó Tenio—, ¿qué somos nosotros? ¿Qué habíamos conseguido nosotros solos? Ahora gimes porque solo cobras cincuenta monedas de oro al mes, pero antes de conocerla no llegabas a diez.

—¡Es una mujer! —dijo el gigantesco kushita—. Las mujeres están para calentarle la cama al hombre, o para cocinarle, pero no para darle órdenes.

Marusas rio, y se tiró del negro y caído bigote.

—Yo también querría librarme de ella. Cómo nos divertiríamos sometiéndola, ¿eh?

—No podríais hacerlo entre los dos —dijo Tenio, mofándose—. A mí tampoco me gusta que una mujer me dé órdenes, pero ahora tengo más oro en la bolsa del que jamás había visto. Y sé que habríais de tenerla siempre atada de manos y pies, porque, sino, una mañana os despertaríais con vuestra propia daga en la garganta. O en algún lugar peor.

—No tienes nada entre las piernas —dijo Jamaran, resoplando. Le dio un codazo al zamorio—. Siempre he sabido que eres más mujer que hombre. Seguro que te pasas el día en Ianthe, en la Casa

de los Corderos Primales. —Ambos rieron estruendosamente, y Narizcortada, a pesar de sí mismo, se unió a sus carcajadas.

Tenio palideció, y empuñó su daga de estrecha hoja.

—No acepto que nadie me diga eso —masculló.

—Yo te digo lo que me da la gana —le respondió Jamaran; la alegría se había desvanecido de su voz—, y sino te voy a quitar esa daga y dejaré claro que no tienes nada entre las piernas.

—¡Malditos seáis todos, parecéis viejas charlatanas! —gritó Narizcortada—. ¿Ya no soy digno de que nadie juegue a los dados conmigo?

Se oyó un sonido bajo la mordaza de Conan; de no ser por esta, habría sido una risilla. Faltaba poco para que se mataran entre ellos; luego solo tendría que desatarse.

Tras arrojar su jarra al otro extremo de la sala, rociándolo todo de vino, Jamaran se levantó del banco y se acercó al cimmerio, andando sobre piernas tan gruesas como la cintura de un hombre ordinario. Los fríos ojos azules de Conan miraron fríamente a su oscuro ceño.

—Gigantón —le dijo con desprecio Jamaran y, hundiendo el pie en el costillar del cimmerio, levantó a Conan del suelo—. A mí no me pareces tan gigantesco. —Hizo caer de nuevo en el suelo a Conan—. ¿Por qué Karela quiere que te vigilemos bien? ¿Tiene miedo de ti? O quizá te ama, ¿eh? Creo que, si vuelve, te haré mirar mientras la poseo.

Al terminar cada frase, le arreaba una nueva patada con la bota, hasta que Conan, al borde mismo de la chimenea, tuvo que debatirse para tratar de respirar. El cimmerio miraba con odio a Jamaran; el forajido de cabeza rapada se agachó a su lado y cerró su pesado puño.

—Ya he pegado a diez hombres hasta la muerte con este puño. Tú serás el undécimo. No creo que Karela regrese, lleva demasiado tiempo fuera, pero esperaré un rato más. Quiero que lo vea. Las mujeres siempre se impresionan cuando ven matar así a un hombre. —Riendo, el corpulento kushita se puso en pie—. ¿Dónde está mi jarra? —rugió—. ¡Quiero vino!

Profiriendo maldiciones bajo la mordaza, Conan logró apartarse de los carbones a cuyo lado había caído, aunque no temiera quemarse. Había estado tan atento a todo, aguardando su

oportunidad para liberarse, que la conversación acerca de la tardanza de Karela le había turbado el ánimo. La conocía bien y sabía que no habría huido con el oro. Recordó las palabras de Boros. Las mujeres más bellas y orgullosas del país eran sacrificadas a Al'Kiir. Había pocas mujeres más bellas que Karela, y Conan podía dar testimonio de su orgullo. La estúpida moza, además de proporcionar los medios para invocar al dios a quienes pretendían hacerlo, se había entregado a sí misma como sacrificio. Estaba seguro de que había sido así. Tenía que rescatarla de su propia estupidez. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía liberarse?

Se volvió para no apoyarse en una quemadura del brazo; entonces, pese a la mordaza, sus labios se contrajeron en una sonrisa. Sin prestar atención a la abrasadora llama, metió en el fuego sus muñecas maniatadas. Apretando los dientes a pesar del agudo dolor, hizo fuerza con sus poderosos brazos, sus enormes músculos se hincharon. El sudor le perló el rostro.

Olió el hedor del cáñamo quemado; se preguntó cómo era posible que los otros no se dieran cuenta de lo que estaba haciendo, pero ninguno de los cuatro le miraba. Solo prestaban atención a sus jarras de vino, y Narizcortada seguía clamando por una oportunidad de recobrar el dinero que había perdido. Súbitamente, las cuerdas se rompieron y Conan sacó del fuego sus muñecas medio abrasadas. Buscó con la mirada su viejo sable, que estaba apoyado contra la pared detrás de los bebedores. No había manera de cogerlo sin enfrentarse antes a los hombres que se interponían entre él y su acero.

Narizcortada pateó ruidosamente sobre el banco. Conan se quedó inmóvil. Gruñendo, Narizcortada agarró su jarra y se puso a caminar de un lado para otro de la sala, murmurando airadamente contra los hombres que ganaban y no querían volver a apostar y lanzando siniestras miradas a los otros tres, que seguían absortos en su bebida. En ningún momento miró al cimmerio, que yacía rígido al pie de la chimenea.

Lentamente, para no llamar la atención, Conan fue moviendo hacia atrás los pies hasta que sintió que las llamas los rozaban. Al olor de la cuerda quemada se añadió el del cuero abrasado de las

botas, pero tampoco reparó nadie en este último. Finalmente, las cuerdas de los pies también quedaron chamuscadas. No podía perder tiempo con la mordaza. El corpulento cimmerio se puso en pie, y agarró un atizador negro y largo del hogar.

Narizcortada fue el primero en ver a Conan libre de sus ataduras, pero solo tuvo tiempo de gorgotear antes de que el vino le escapara de la boca y el atizador le partiera el cráneo. Gritando, los demás se pusieron en pie. Tenio empuñó la daga, pero Conan clavó la punta del atizador en el pecho del bandido de cara de hurón, y recogió el arma que cayó de su mano inerte. Marusas desenvainó, pero al instante retrocedió tambaleándose, y trató de gritar, a pesar de la daga que le había abierto una fuente de color escarlata en la garganta.

Rugiendo, Jamaran saltó hacia delante para forcejear con el cimmerio, le agarró la cintura con sus brazos de oso, lo levantó por el aire. Conan sintió como los grandes puños del kushita se juntaban bajo sus espaldas, sintió como empezaba a crujir su espinazo. Golpeó con ambas manos en el cogote a su corpulento enemigo, que tenía cuello de toro, una vez, dos veces, tres veces, sin lograr ningún resultado. El abrazo de Jamaran se iba estrechando inexorablemente. El cimmerio sabía que su columna vertebral no tardaría en romperse. Desesperadamente, empezó a abofetear en las orejas a su enemigo.

Gritando, Jamaran le soltó. Aun cuando cayera de rodillas sobre las losas, Conan acuchilló en la garganta al gigantesco kushita. Jamaran boqueó, pero al instante golpeó al cimmerio con su enorme puño. Conan paró el golpe, y sujetó con el brazo al bandido de cabeza rapada para acercarlo a sí. Como con un martillo, el cimmerio aporreó su cuerpo, y sintió como las costillas se rompían bajo su puño.

Una trompeta hizo sonar en la noche la llamada de ataque del ejército ofireo.

—¡Compañía uno, preparad antorchas! —gritó una voz—. ¡Compañía dos, al ataque! ¡No toméis prisioneros!

Hubo gran estrépito en el piso de arriba; se oyeron furiosos alaridos.

En su desesperado forcejeo, Conan no tuvo tiempo para preocuparse por el nuevo peligro. Jamaran le golpeó la cabeza con

la suya propia; el cimmerio se tambaleó y cayó, manteniéndose consciente con gran esfuerzo. El corpulento kushita intentó una vez más aprisionar a Conan en su aplastante abrazo, pero este le dio con la rodilla en la entrepierna y, con los ojos a punto de saltársele de las órbitas, logró levantarlo hasta que solo tocó el suelo de puntillas. Como relámpagos, los nudillos de Conan golpearon el mentón de Jamaran. El kushita echó atrás la cabeza con un fuerte crujido, pues se le había roto el cuello, y cayó al suelo hecho una bola.

Conan se quitó la mordaza de la boca y la arrojó sobre el cuerpo del hombre que le había amenazado con pegarle hasta la muerte. Una antorcha entró volando por una de las arpilleras, y luego otra. Conan saltó por encima de la mesa, apoyándose en ella con una mano, para ir a empuñar su espada; la desenvainó y arrojó a un lado la raída vaina de chagrín. Cuando los soldados recibían la orden de no tomar prisioneros, solían matar a todo el que veían moverse, sin preguntar si se trataba de un enemigo o de un cautivo. Conan no estaba dispuesto a dejarse matar fácilmente.

Un hombre apareció por la puerta, espada en mano; Conan aprestó su acero… y solo en el último momento se contuvo de abrirle el cráneo a Macaón. Narus entró corriendo detrás del canoso veterano, y también otros dos de la compañía.

—¡Sois vosotros! —exclamó Conan—. ¿Vosotros erais el ejército ofireo?

Narus se encogió de hombros y le mostró una abollada trompeta de latón.

—Tengo un talento nada usual, pero útil de vez en cuando. —Contempló los cadáveres que yacían sobre las losas—. Una vez más, no nos has dejado nada.

—Arriba hay otros —dijo Conan, pero Narus negó con la cabeza.

—Saltaron por algunas grietas que hay en las paredes, creyéndose nuestra patraña, y huyeron en la noche.

—Aún tendremos que pelear en otra misión —le dijo Conan—. Han tomado presa a Karela, y quiero liberarla. —«En lo alto del Tor Al’Kiir», pensó. Boros decía haber visto luces allí y no tenía ninguna otra pista—. Si queréis ir conmigo, tendremos que movernos con rapidez.

—Conan, por Mitra —rezongó Macaón—, ¿quieres que te diga algo? No tenemos tiempo para ir por mozas, ni siquiera por esa. Hemos venido a buscarte porque los infiernos de Zandrú se han desatado sobre Ofir.

—
Al'Kiir
. —El ánimo de Conan decayó—. Ya han invocado al dios.

—Yo no sé nada de ningún dios —murmuró Macaón—, pero Valdric ha muerto de la enfermedad que lo consumía, e Iskandrian ha tomado el palacio real.

Conan sintió asombro.

—¡Iskandrian!

—El anciano general se ha declarado partidario de Valentius —le explicó Narus—. Y ese joven engolado ha tomado el nombre de Moranthes II, como si el nombre pudiera convertirle en un gran rey. He oído decir que no aguardó a los ritos fúnebres; ni siquiera esperó al sacerdote, sino que tomó la corona del cadáver de Valdric antes de que se enfriara y se la puso sobre la cabeza.

—¡Deja ya de charlar, Narus! —gritó Macaón—. La mayoría de nobles piensan lo mismo que pensaste tú, cimmerio. Están tratando de unir sus fuerzas, pero Iskandrian va a derrotarlos antes de que lo logren. Una hora después de sentar a Valentius en el trono, ha partido con la mayor parte de la guarnición. Por si no bastara con esto, Taurianus está diciendo a todo el mundo que nuestra compañía tendría que unirse a los nobles. Va diciendo que la victoria de Iskandrian representará el fin de las Compañías Libres en Ofir. —Su rostro tatuado se ensombreció—. Le doy la razón en eso, Conan. Iskandrian acabará con los mercenarios.

—Ya nos preocuparemos luego de Iskandrian —dijo Conan—. Primero está Karela y otros asuntos todavía más importantes que ella. ¿Con cuántos hombres de la compañía has venido, Macaón?

—Contándonos a Narus y a mí, somos siete, siete de los que cruzamos a tu lado la frontera nemedia. He dejado a los otros dos protegiendo a Julia. Los demás están abatidos, cimmerio. Tienes que regresar ahora mismo si no quieres que se dispersen. Karela puede cuidar de sí misma, más que cualquier otra mujer.

—Hemos encontrado tu caballo negro amarrado con los de esta cuadrilla —añadió Narus.

—¡Crom! —murmuró Conan. Siete hombres no serían suficientes si encontraba lo que se estaba temiendo en la cumbre del Tor Al'Kiir —. Cabalgaremos hacia Ianthe, reuniremos a la compañía y volveremos a partir. Ya tendréis tiempo luego para hacerme preguntas. Que Erlik os maldiga el pellejo, montad ya. Montad, y rezad a todos los dioses que se os ocurran para que lleguemos a tiempo.

19

Los herrados cascos arrancaban centellas al empedrado; Conan cabalgaba por las oscuras y vacías calles de Ianthe; siete hombres le seguían con las capas flotando al viento. En lo alto del maligno montículo del Tor Al’Kiir llameaban antorchas, y lejanos puntos de luz se burlaban de sus esfuerzos desde el cielo sin luna. Se maldijo a sí mismo, y lamentó incluso el tiempo que había perdido sobornando al guardián del portalón de la muralla para que los dejara pasar.

Quería despertar a gritos a los durmientes, que se sentían en provisional seguridad tras sus muros de ladrillo y de piedra. Los paños funerarios colgaban de las ventanas cerradas y cubrían las fuentes públicas; ramillas de sa’karian, bayas negras y blancas entrelazadas como símbolo de muerte y renacimiento, adornaban cada una de las puertas. La capital de Ofir lloraba a su rey muerto con miedo e incertidumbre, pero no había nadie en la ciudad que supiera que aquel miedo, en comparación con el terror que les aguardaba al alba, era como la chisporroteante llama de una lámpara al lado del incendio de un gran bosque azotado por la tormenta.

Al entrar galopando por la puerta de cola de la casa donde estaba acuartelada su compañía, Conan gritó:

—¡A mí! ¡Salid todos, y montad a caballo! ¡Venga, malditos seáis todos en los Infiernos de Zandrú! —El silencio reinaba en el renegrido edificio; sus palabras resonaron, huecas, mientras los otros entraban detrás de él—. ¡Taurianus! —llamó—. ¡Boros!

Una puerta se abrió pese al quejido de las enmohecidas bisagras, apareció una débil luz, y cuatro figuras salieron al patio.

Fueron viendo que los cuatro envueltos en sombras eran Boros, Julia y dos más de su compañía que llevaban faroles con cubierta. Los dos hombres con armadura eran los otros dos que habían partido de Nemedia a su lado.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Conan.

—Se han ido —le respondió Boros con voz hueca—. Taurianus, ojalá Erlik abrase su alma por toda la eternidad, les convenció de que habías muerto, puesto que no volvías. La mitad le siguieron para unirse a los nobles contra Iskandrian. ¿El resto? —Sus flacos hombros se encogieron—. Se han marchado a esconderse donde puedan. Como tú no estabas, el miedo les corroía el corazón.

Conan combatió el impulso de proferir mil maldiciones contra la cabeza de Taurianus. No había tiempo; las antorchas seguían ardiendo en lo alto de la montaña. Lo que debía hacer tendría que hacerlo con los hombres de que disponía. Pero no quería llevar a nadie a luchar contra hechiceros, y tal vez contra un dios, sin antes decírselo.

—Boros —dijo sombríamente—, explícales lo de Al'Kiir. Pero hazlo con brevedad, anciano. El tiempo de su llegada se acerca, quizá venga antes del alba si nosotros no se lo impedimos.

Boros reprimió un grito y, manoseándose nerviosamente la barba, habló con voz temblorosa, en la que pesaban todos sus años; habló de los días anteriores incluso a la existencia del antiguo Ofir, y de los ritos de Al'Kiir, del Círculo del Sendero de la Mano Derecha y del aprisionamiento del demoníaco dios y de aquellos que querían resucitar para el mundo el horrible culto y la deidad a quien reverenciaban. Cuando calló, se hizo el silencio, roto tan solo por el grito de la lechuza. Todos podían oír el aliento de los demás, y en el de todos se reflejaba el miedo.

—Si le contamos esta historia a Iskandrian —dijo Conan por fin— creerá que se trata de una argucia de los nobles y nos hará matar, o nos tomará por locos y nos hará encerrar hasta que sea demasiado tarde. Pero todo lo que habéis oído es cierto, y terrible como una espada clavada en el corazón. Boros os ha dicho lo que se avecina, cuál es el destino que amenazará a vuestras hermanas,

esposas o hijas si son bellas y vigorosas. Yo voy a cabalgar a Tor Al'Kiir
para detenerlo. ¿Quién me seguirá?

Por un largo momento, solo le respondió el silencio; entonces Julia dio un paso hacia adelante, con la cabeza enhiesta.

—Si estos que dicen ser hombres no tienen coraje, yo iré contigo.

—Tú te irás a la cama —le rezongó Macaón—, si no quieres que te vuelva a atar como Karela para que no hagas tonterías hasta que yo vuelva. —La muchacha se puso detrás de Boros y miró con prevención al canoso mercenario, como si no hubiera sabido si debía tomarse en serio sus amenazas. Macaón asintió satisfecho, y se volvió hacia Conan—. Cimmerio, te he visto rodeado por más magos de los que la mayoría de los hombres alcanzan a ver en toda su vida. Pero no creo que uno más importe.

—El grito de la lechuza en una noche sin luna presagia muerte —dijo Narus, abatido—, pero jamás he visto a un dios. Yo también iré contigo, cimmerio.

Uno tras otro, los siete mercenarios restantes se comprometieron también a seguirlo, con voz humillada porque una muchacha les había superado en coraje, con ira y resolución por proteger a cierta mujer de aquel sangriento rito. Y todavía con miedo. Sin embargo, irían con él.

Conan contempló su escaso número a la pálida luz de los faroles, y suspiró.

—Nos bastaremos —dijo, más que nada para convencerse a sí mismo—, porque es necesario que nos bastemos. Es necesario. Claran, Memtes, id por vuestros caballos. —Los dos hombres a quienes había nombrado dejaron los faroles en el suelo y corrieron hacia los establos—. Partiremos en cuanto vuelvan —siguió diciendo—. Tendremos que escalar la montaña a pie, porque nuestros caballos no podrán subir por esas laderas, pero…

—Aguarda, Conan —le interrumpió Boros—. No te apresures tanto, porque solo te apresuras a tu muerte. Antes tienes que hacerte con el Bastón de Avanrakash.

—No tenemos tiempo, anciano —dijo Conan, sombrío.

Se volvió con impaciencia para escudriñar la noche, con la mirada puesta en la más profunda negrura del Tor

Al’Kiir
. Las antorchas seguían alumbrándola, le llamaban, se burlaban de su corazón. ¿Qué le podía estar ocurriendo a Karela mientras él aguardaba allí montado a caballo, como una estatua?

—¿Si tuvieras que enfrentarte a un león —le riñó el barbudo anciano— también dirías que no tienes tiempo de ir a buscar una lanza o un arco? ¿Saldrías a pelear con él a manos desnudas? Va a enfrentarte a
Al’Kiir
. ¿Crees que tu coraje y tu acero te valdrán contra un dios? Ya podrías rebanarte el pescuezo aquí mismo.

Conan, en su frustración, se aferró con fuerza a las riendas hasta que le crujieron los nudillos. No temía a la muerte, y tampoco la deseaba más que otros hombres; pero moriría en vano si igualmente sacrificaban a Karela, si
Al’Kiir
recobraba su libertad.

Se decidió con rapidez, espoleado por la necesidad. Le pasó sus riendas a Macaón y desmontó.

—Llévate mi caballo —le ordenó, al tiempo que se sacaba la loriga por arriba. Haría mejor el trabajo que le aguardaba si no llevaba armadura. Se agachó para quitarse las botas—. Nos encontraremos en la encrucijada, al pie de la montaña.

—¿Sabéis dónde está ese bastón del que habla el anciano? —le preguntó Macaón.

—En el salón del trono —dijo Boros—. En virtud de una antigua ley, a la muerte de un monarca su cetro y su corona deben reposar durante nueve días y nueve noches sobre su trono. Valentius ha violado la costumbre al tomar la corona con tanta rapidez, pero no osará ignorarla por completo.

—¡El palacio real! —exclamó Macaón—. Cimmerio, estás loco si crees que puedes entrar allí. ¡Ven! Lo haremos tan bien como podamos con honesto acero.

—En otro tiempo fui ladrón —le replicó Conan—. No será la primera vez que entre en un palacio sin pasar por la puerta.

Vestido tan solo con un taparrabos, se ciñó el talabarte al pecho para que la espada le colgara a la espalda, y la daga y la bolsa bajo el brazo izquierdo. Claran y Memtes salieron al trote de los establos;

las pezuñas arrancaron ecos a las pesadas losas del patio.

—Acudiré a la encrucijada con el bastón —dijo el cimmerio—. No fallaré. Procurad estar también allí.

Devorando camino con zancadas de pantera, Conan se marchó en la noche. Tras él, Macaón y los demás salieron del patio y volvieron sus monturas en otra dirección, hacia la Puerta Septentrional, pero el cimmerio se había fundido ya con las sombras, como un mortífero fantasma que corría por las calles oscuras en las que no había otras figuras humanas. Todas las puertas estaban atrancadas, todas las ventanas cerradas con postigos, pues los vecinos de la ciudad estaban acobardados por lo que pudiera ocurrir; solo algún perro callejero, flaco y casi salvaje, paseaba por las calles sin luna, y se asustaba del corpulento individuo que compartía su camino. Para las curtidas plantas de Conan, el empedrado se asemejaba a las rocas de su nativa Cimmeria y esta impresión daba alas a sus pies, como cuando había corrido de muchacho por las montañas. Sus grandes pulmones se dilataban con el esfuerzo de su carrera, pues esta vez no corría por el orgullo de la victoria, sino por Karela y por todas las mujeres que perderían la vida, y algo más, si él fracasaba.

Se oyó de nuevo el grito de la lechuza, y Conan se acordó de las palabras de Narus. Tal vez aquel grito anunciara su muerte, o la de algún otro. Crom, el fiero dios de la áspera y helada tierra donde él había nacido, daba vida y voluntad a los nombres, pero el torvo Señor del Montículo jamás prometía que la vida fuera larga, ni que la voluntad hubiera de vencer siempre. El hombre solo podía luchar, y seguir luchando mientras le quedaran aliento o vida.

El cimmerio no aflojó el paso hasta que aparecieron ante él los enormes muros del palacio real; sus almenas y torres solo eran sombras en el negro cielo. Las puertas gruesas, con refuerzos de hierro, estaban cerradas y atrancadas, el rastrillo bajado, pero Conan no perdió el tiempo mirando allí. En aquella noche no se valdría de tales medios para entrar.

Palpó con los dedos la superficie del muro, que veía indistinta en la negrura. Habían pasado largos siglos desde que fuera construido con piedras que pesaban veinte veces más que un hombre corpulento. Solo la más enorme de las catapultas habría podido arrojar peñascos con peso suficiente para dañar su solidez, pero

Conan no pensaba abrir ningún boquete. Los años habían ido desgastando la argamasa que separaba las grandes piedras, habían dejado huecos por los que un hombre nacido en las montañas podía escalar fácilmente.

Con ágil seguridad, Conan trepó, buscando, con los dedos de manos y pies, los surcos en los que el viento, la lluvia y el tiempo habían ido erosionando la argamasa; sus poderosos músculos tenían que esforzarse por izarle el cuerpo en los lugares donde solo podía aferrarse con las uñas. Bajo él, solo había la larga y mortal caída hasta el empedrado ahora oculto por la noche, pero no se detuvo en su rápido ascenso por la desnuda pared. Le estrechaba demasiado la urgencia como para permitirse tomar precauciones.

En lo alto del muro, se detuvo entre dos elevados merlones rematados por leopardos de piedra y aguzó el oído por si oía roce de botas sobre la almena o crujido de cueros y armaduras. Si tenía que enfrentarse allí con los guardias, su misión habría terminado antes de empezar. No se oía nada. Conan trepó a la almena. No había guardias en lo alto del muro. El palacio estaba tan silencioso como una tumba. Parecía que Iskandrian había dejado guardias tan solo a las puertas; el Águila Blanca atacaría con fuerza, tal como tenía por costumbre.

Desde la almena, una curva rampa permitía el descenso hasta el patio exterior. Allí, sin embargo, le iban a ver con seguridad, no importaba que quedaran pocos guardias o que los siervos se acobardaran, temerosos de que sus servicios al nuevo soberano pudieran ser castigados si este perdía la corona. Tendría que avanzar por los tejados. El más cercano, en un ala de palacio, era fácil de alcanzar con un salto de hombre vigoroso. Fácil si hubiera podido tomar carrerilla por un suelo liso, y no por una empinada rampa, y si ignoraba los tres pisos que le separarían del pavimento de granito.

Conan calculó las distancias y los ángulos, y luego tomó aliento y bajó corriendo por la rampa. Tras dar seis largas zancadas, saltó sobre el abismo. Una teja se soltó y cayó dando vueltas en la penumbra hasta romperse abajo, contra el empedrado; por un instante, el cimmerio colgó de una sola mano. Lentamente, logró izarse y puso una pierna en el borde.

La teja a la que se había agarrado se movió. Pero ya estaba

tendido sobre el techo; dejó a un lado esta última teja y contuvo el aliento, esperando por si el ruido de la primera teja, al caer, había llamado la atención de alguien. Sin embargo, no oyó nada.

Como una bestia de la jungla, Conan se puso en pie y corrió, sintiéndose los pies seguros sobre las inclinadas tejas, y trepó por gárgolas de granito hasta más arriba, saltó desde una balconada con baldosas negras y blancas, se agarró a un puntiagudo aguilón, anduvo, oprimiendo el pecho contra el liso granito, por una cornisa tan angosta que solo se podía apoyar en ella con los talones; entonces volvió a trepar, dejó atrás ventanas divididas por parteluces y tréboles, hasta que por fin entró arrastrándose por una estrecha arcada de ventilación y, desde la altura, contempló el salón del trono del palacio real.

Grandes lámparas de oro colgaban de su techo abovedado, al extremo de gruesas cadenas del mismo metal, y sus brillantes llamas iluminaban suficientemente bien el lejano suelo y sus mosaicos con grandes representaciones de leopardos y águilas, los símbolos reales de Ofir. En medio del salón se hallaba el féretro cubierto de negro donde reposaba el cuerpo de Valdric, que estaba vestido con una túnica de oro adornada con purpúreos bordados y adornos de perlas. Ningún hombre vivo se había quedado allí a vigilar al rey muerto.

Conan buscó el trono con los ojos. Igual que la gran silla donde se había sentado Antimides, estaba decorado con leopardos y águilas, pero era todavía más grande y de oro macizo. Los ojos de las bestias eran rubíes, y sus zarpas y garras sujetaban esmeraldas tan grandes como la articulación del pulgar. No había ni rastro de la corona. El cimmerio pensó que, a pesar de la antigua ley, Valentius no había sido capaz de separarse de la diadema real durante nueve días enteros después de apropiársela. Sin embargo, lo que había ido a buscar estaba allí. El cetro de Ofir reposaba sobre los brazos del trono y relucía, en toda su dorada longitud, con incrustaciones de todo tipo de joyas.

Con gran cautela, Conan entró en el salón del trono, y se valió de los pergaminos y arabescos esculpidos en las paredes de mármol para ir bajando, hasta que se le acabaron a unos veinte pies por encima del suelo. Desde allí, la pared estaba cubierta de tapices. Soltó uno de ellos por un extremo —representaba a un rey coronado

cazando antílopes a lomos de un caballo— y saltó, agarrándose al tapiz como si hubiera sido una cuerda. Sus pies rozaron el suelo; se soltó del tapiz y corrió hacia el trono.

Casi vacilante, levantó el largo cetro. Se había arriesgado mucho por la palabra de un borrachín, y había demasiadas cosas que dependían de aquello. Sacó con presteza la daga, empezó a arrancar oro fino y joyas centelleantes y dejó que cayeran al cojín de terciopelo purpúreo del trono. Al contemplar la madera que había dejado al descubierto, gruñó de satisfacción, pero continuó hasta que hubo arrancado todo el recubrimiento. Se quedó con un sencillo bastón de madera, tan largo como sus dos brazos abiertos y tan grueso como la suma de sus dos dedos pulgares.

Se preguntó si de verdad aquello podía ser el Bastón de Avanrakash. No hallaba cualidades mágicas en él, ni traza alguna de antigüedad. De hecho, si se hubiera tratado de un bastón para caminar, le habría atribuido solo unos días de edad.

—Sin embargo, estaba dentro del cetro —murmuró—, y es todo lo que tengo.

Para que le trajeran buena suerte, cogió un puñado de gemas del cojín, sin molestarse en mirar lo que eran, y se las metió en la bolsa.

—Un ladrón común… —dijo Taramenón desde la puerta que daba entrada al salón del trono—. Me parece que Sinelle se sorprenderá cuando regrese y encuentre tu cabeza al extremo de una pica, en lo alto de la Puerta del Río.

Conan llevó la mano detrás del hombro; desenvainó fácilmente la espada. Aferrando el bastón con la mano derecha, avanzó hacia el noble de elevada estatura. No tenía nada que decir, ni tiempo para decirlo. Aun cuando, en un rincón de su mente, se le inflamaba la lujuria a la sola mención de aquel nombre. Sinelle. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo sin pensar en ella? ¿Cómo había podido llegar tan lejos sin tocarla en ningún momento? La gélida furia de las batallas acabó con estos pensamientos, los sofocó.

Taramenón arrojó a un lado su propia capa escarlata de cuidada piel y desenvainó su acero.

—Había entrado solo un momento para escupirle en la cara a Valdric. Mi estómago siempre se revolvía al tener que ofrecerle obediencia a un cadáver que ya estaba medio podrido antes de morir. No esperaba tener la agradable sorpresa de encontrarte. —De

repente, la cólera transformó su rostro en una fea máscara—. La informaré de tu muerte cuando la vea esta noche. ¡Tus sucias manos no volverán a tocarla, puerco bárbaro!

Gruñendo, se abalanzó sobre él y trató de asestar un fuerte tajo al cuello de Conan.

El sable del cimmerio paró con gran estruendo el de Taramenón. El ofireo se quedó con los ojos desorbitados de asombro ante la fuerza del golpe, pero al instante atacó de nuevo. Una vez más, la espada de Conan paró la de su oponente y le arrancó centellas. Taramenón luchaba con la mortífera finura del mejor espadachín de Ofir, y su sable era tan ágil, veloz y mortífero como una víbora kothia. Conan peleaba con la fría ferocidad de un loco guerrero norteño; su acero era el rayo de los collados cimmerios. No podía perder tiempo en defenderse… tenía que vencer, y rápido, para que el estrépito de la batalla no atrajera a otros hombres y acabaran por derrotarle por la mera fuerza del número. Pero el constante ataque de Conan no le dejaba a Taramenón otra alternativa que la de defenderse él.

El sudor empapaba la frente del mejor espada de Ofir; se veía obligado a retroceder, una y otra vez, ante un implacable demonio con faz de piedra y gélidos ojos azules, ojos en cuyas profundidades descubría su propia muerte. El pánico se adueñó del rostro de Taramenón y, por primera vez en su vida, conoció el miedo.

—¡Guardias! —gritaba—. ¡Un ladrón! ¡Guardias!

En aquel breve momento en que se distrajo, el acero de Conan se cruzó con el del ofireo de elevada estatura, lo abatió, lo apartó y acometió por debajo. Las anillas de la cota de malla crujieron, el afilado acero atravesó músculo y hueso, y el puño de la espada del cimmerio se detuvo en el pecho de Taramenón.

Conan miró a sus oscuros e incrédulos ojos.

—¡Sinelle es mía! —masculló—. ¡Mía!

Taramenón echó sangre por la boca, y cayó. Conan contempló su cadáver, maravillado, antes de arrancarle la espada. ¿Por qué había dicho aquello? Sinelle no era importante en aquel momento. Karela sí lo era, y también lo eran Al'Kiir, y el bastón, y llegar cuanto antes a la encrucijada. Sin embargo, las imágenes que los acontecimientos le habían hecho olvidar

volvían a su recuerdo: sus redondeadas caderas y su piel de raso y sus opulentos senos y… Sacudiendo la cabeza, confuso, se acercó, casi tambaleándose, a la capa que Taramenón había arrojado a un lado para limpiar su acero ensangrentado y cortar algunos jirones con los que atarse el bastón a la espalda. Se preguntó si estaría enloqueciendo. Las imágenes de Sinelle seguían agolpándose en su cerebro, como si hubiera tenido que recuperar el tiempo pasado sin pensar en ella. «La encrucijada —pensó—. La encrucijada, ya no queda tiempo».

Volvió hacia el tapiz medio arrancado y empezó a trepar. «Sinelle». «La encrucijada, ya no queda tiempo».

20

Karela gruñó, pues le habían dado la vuelta al saco en que la llevaban; la arrojaron, atada y desnuda, sobre fría piedra. Tras el rato pasado a oscuras, la luz la cegó, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estas lágrimas la enfurecieron; no quería que quienes la habían tomado presa creyeran que la habían hecho llorar. Parpadeando, pudo ver finalmente las paredes de piedra toscamente tallada de lo que parecía una pequeña cueva, iluminada por antorchas de junco puestas en negros tederos de hierro.

Advirtió que no estaba sola. Sinelle estaba allí, y también otras cuatro mujeres, rubias de piel alabastrina que parecían variaciones de un mismo rostro. La aristócrata no vestía igual que cuando Karela la había visto por última vez. Se había puesto brazaletes de negra cadena de hierro en cada una de las muñecas y llevaba, por todo vestido, un par de tiras de seda negra que la cubrían por delante y por detrás y dejaban al descubierto los contornos de sus caderas y sus senos; también se había puesto un cinturón de anillas doradas. Karela miró fijamente su hebilla. Era como la cabeza de la maligna escultura de bronce que había vendido —pensó tristemente que, como mucho, había tratado de venderla—, pero en oro. Una diadema de cadenilla de oro sujetaba los aplatinados cabellos de Sinelle, austeramente entretejidos en forma de corona, y la cinta dorada lucía también los cuatro cuernos de la demoníaca figura.

Las otras mujeres estaban vestidas igual que Sinelle, pero los estrechos cinturones que les ceñían el talle estaban hechos de hierro negro, y se habían puesto brazaletes del mismo metal en los tobillos y en la garganta. No llevaban ninguna toca en el cabello, bellamente trenzado en torno a la cabeza. Inclinando la frente, contemplaban con ojos humildes y atentos a la aristócrata de exótica belleza.

Karela tragó saliva con fuerza, y se acordó una vez más de lo seca que tenía la garganta. Si hubiera podido hablar, le habría dicho a Sinelle que se quedara con Conan. Mentiría —porque no quería apartarse definitivamente del cimmerio por aquella ramera de cabello claro que se hacía llamar señora—, pero en aquel momento no podía atreverse a otra cosa.

Sinelle hizo un gesto con la cabeza, y las cuatro mujeres con cinturones de hierro sacaron correas de cuero. Karela, contra su propia voluntad, forcejeó por librarse de las ataduras. Si hubiera tenido una daga, o una única mano libre, o si su lengua les hubiera podido gritar un desafío…

—Escúchame, moza —dijo Sinelle—. Estas mujeres te van a preparar. Si te resistes, te pegarán, pero en cualquier caso harán lo que les he ordenado. Querría tenerte con el mínimo posible de marcas en el cuerpo, así que, si quieres someterte, baja la cabeza.

Karela trató de gritar, pese a su mordaza. ¡Someterse! ¿Aquella estúpida creía que se iba a arredrar por sus amenazas como una débil muchachita? Sus ojos verdes se volvieron hacia ella con silenciosa furia.

De repente, Sinelle se adelantó, puso un pie sobre las rodillas de Karela, que estaban atadas bajo el mentón, tiró de ella hasta ponerla de espaldas al suelo y la retuvo allí.

—Entonces, prueba el látigo. Dadle con fuerza.

Las otras mujeres se adelantaron, y sus correas de cuero hirieron a Karela por debajo de las atadas rodillas; le llovieron los golpes en las indefensas nalgas, que tenía rígidas a causa de su posición.

Los ojos verdes de Karela parecían ir a saltar de sus cuencas y, por un instante, la bandida agradeció que la mordaza le impidiera gritar; entonces, empezó a asentir frenéticamente con la cabeza. ¡Por Derketo! De nada le servía que la azotaran mientras yacía allí atada como un cerdo para el mercado.

Sinelle ordenó a las mujeres que se apartaran.

—Estaba segura de que te mostrarías razonable.

Karela trató de mirar a los oscuros ojos que la contemplaban desde arriba, y luego cerró los suyos, humillada. Estaba claro, por la manera como la miraba Sinelle, que esta no había dudado en ningún momento de que la pelirroja acabaría por rendirse. Karela rezó porque la liberaran, y así les pudiera enseñar lo que vale una

súplica arrancada con látigos. Les…

De pronto, le cortaron las cuerdas que la sujetaban. Karela alcanzó a ver el brillo de una daga. Se volvió para cogerla… y se desplomó sobre el suelo de roca, dolorida, sin fuerzas, puesto que aún tenía los músculos rígidos después de pasar tanto rato inmóvil y nada podía hacer salvo retorcerse. Lenta, dolorosamente, logró arrancarse la mordaza de los labios. Quiso llorar. Ya no veía la daga, y no había visto quién la empuñaba ni dónde se había escondido.

Al mismo tiempo que escupía al suelo la tela que había llevado en la boca, dos mujeres la pusieron en pie. Gimió de dolor; si no la hubieran sostenido, no habría logrado tenerse en pie. Otra mujer empezó a pasarle un peine de marfil por los enmarañados rizos, mientras que la cuarta, con paños suaves y húmedos, le iba quitando el sudor.

Karela trató de humedecerse la boca para poder hablar.

—No voy a venderte a una taberna —logró decir—. Te voy a arrancar el corazón con mis propias manos.

—Bien —dijo Sinelle—. Temía haberte quebrantado el ánimo. A menudo, el solo hecho de traer a la mujer atada hasta aquí basta para lograrlo. Me alegro de que ese no sea tu caso.

Karela la miró con sorna.

—Así, ¿quieres reservarte el placer de someterme? No vas a conseguirlo, porque no eres capaz de hacerlo. Y si quieres a Conan…

—¡Conan! —La aristócrata la interrumpió y, sorprendida, abrió como platos sus ojos negros—. ¿Cómo has conocido al bárbaro?

—En otro tiempo, fuimos… —empezó a decir Karela, pero terminó la frase en balbuceo y calló. Estaba fatigada, y se había puesto a hablar de cosas de las que no quería hablar—. No importa cómo lo conociera. Si lo quieres, deja de amenazarme y negociemos.

Sinelle le respondió con una risa musical.

—Entonces, crees que solo quiero desembarazarme de una rival. El hecho de que te consideres mi rival debería enfurecerme, pero solo me divierte. Supongo que ese hombre ha conocido a muchas mujeres en su vida y, si tú eres una de ellas, veo que tiene poco gusto. Pero eso ha terminado. —Le mostró la fina palma de su mano

—. Tengo al bárbaro aquí, moza. Cuando le llame, vendrá a mí arrastrándose sobre el vientre y bailará como un oso si se lo mando con un silbido. ¿Y te consideras mi rival?

Irguió la cabeza y rio con aún más dureza.

—Ninguna mujer podría tratar así a Conan —exclamó Karela—. Lo sé, porque lo he intentado, y por Derketo que soy diez veces más mujer que tú.

—Eres adecuada para los ritos —dijo fríamente la mujer de cabellos de platino—, pero yo soy la Suma Sacerdotisa de
Al’Kiir
. Si no lo fuera, no te querría ni para servirme en mi alcoba. Mis criadas son aristócratas de Corinthia y la que me llena el baño y me unta con aceites fue princesa en la lejana Vendhia y, sin embargo, su vida consiste ahora en obedecer mi más mínimo deseo. ¿Qué haría una zorra bandida al lado de tales esclavas?

Karela abrió la boca para responder, pero contuvo un grito al ver a un hombre en armadura negra que acababa de aparecer a la entrada de la caverna. Por un instante, pensó que se trataba de la criatura representada por la estatuilla de bronce. Se riñó a sí misma por su necedad. No podía existir una criatura como aquella.

—¿Taramenón ha venido ya? —le preguntó Sinelle al hombre.

—No, mi señora. Tampoco ha llegado ningún mensaje suyo.

—Pagará por esto —dijo acaloradamente Sinelle—. ¡Me está desafiando y pagará por ello! —Respirando hondo, se alisó la ya ajustada seda negra en torno a los redondeados senos—. Empezaremos sin él. Cuando llegue, prendedlo y maniatadlo. Aparte de la ofrenda de mujeres, también existen otros ritos.

—¿A Taramenón, señora mía? —dijo el hombre con voz sorprendida.

—¡Ya has oído mi orden! —Sinelle hizo un gesto brusco, y el hombre con armadura se inclinó en reverencia y se marchó.

Karela los había estado escuchando atentamente, con la esperanza de oír algo que pudiera aprovechar para huir, pero ahora estaba pendiente de las cuatro mujeres que la vestían, de las menudas y blancas flores de tarla que le entretejían en el cabello, los diáfanos velos de seda azul que tenían que ir cayendo uno tras otro para seducir al novio.

—¿Qué farsa es esta? —mascullaba Karela—. ¡Está claro que me

consideras una rival, pero si quieres librarte de mí de esta manera es que estás loca! ¡No me pienso casar con ningún hombre! ¿Me oyes, ramera de cara pastosa?

Una sonrisa cruel apareció en los labios de Sinelle, y su mirada le heló la sangre a Karela.

—No te vas a casar con un hombre —dijo suavemente la altanera aristócrata—. Esta noche te vas a casar con un dios, y yo me coronaré reina de Ofir.

El mojón alto y blanco de la encrucijada, una columna cuadrada de mármol donde estaban inscritas las distancias hasta las fronteras de Nemedia y de Aquilonia, emergió de la noche delante mismo de Conan. Ningún sonido quebraba el silencio, salvo la trabajosa respiración del cimmerio y la rítmica carrera de sus pies sobre el empedrado. Detrás del mojón se erguía la oscura mole llamada Tor Al’Kiir
, un gran afloramiento de granito que dominaba el llano paisaje circundante.

El corpulento cimmerio se agachó al lado del plinto de mármol, y se esforzó por ver en la negrura. No había ni rastro de sus hombres. Imitó suavemente el grito del chotacabras nemedio.

El amortiguado tintineo de los prietos arneses anunció la repentina aparición de Macaón y de los demás, que llevaban de las riendas a sus caballos. Memtes, que iba en retaguardia, sujetaba las riendas del gran caballo negro aquilonio de Conan junto con las de su propia montura. Todos llevaban arcos y carcajes a la espalda.

—Pensé que nos convenía escondernos —dijo en voz baja el tatuado veterano—. Al llegar, hemos visto unos cuarenta hombres armados que perseguían a otra cuadrilla igualmente numerosa, y también han pasado dos escuadrones de caballería ligera al galope. Estos últimos debían de ser exploradores.

—Si no me equivoco —añadió Narus en un tono de voz que no se podía oír desde lejos—, Iskandrian quiere entrar en combate esta misma noche, y los nobles prefieren no pelear hasta que hayan reunido sus fuerzas. Jamás habría imaginado que, cuando tuviera lugar la batalla final por Ofir, yo me iría a escalar una montaña.

—¡Pues márchate con Taurianus —masculló Conan—, si lo que buscas es la gloria!

Sacudió irritado su cabeza de negra cabellera. No solía mostrarse

tan picajoso, pero en aquel momento ni siquiera reconocía sus propios pensamientos. Con una desesperación extraña en él, estaba luchando por mantenerse en su resolución, estaba luchando con las imágenes de Sinelle y de lujuria que amenazaban con abrumarlo.

—¿Ese es el famoso bastón? —preguntó Macaón—. A mí no me parece nada mágico.

—Sí que es el bastón —le respondió el cimmerio—, y sí que es mágico. —Esperaba no haber mentido. Tras desatar los jirones de tela con los que lo había atado a su cuerpo, lo aferró con una mano y empuñó la espada con la otra—. Tenéis una última oportunidad de cambiar de opinión. Todo el que no esté seguro de lo que va a hacer, que se marche. —Solo le respondió el suave y mortífero susurro con el que las espadas abandonaron sus vainas. Conan, sombrío, asintió con la cabeza—. Entonces, ocultad vuestras monturas en aquel bosquecillo y seguidme.

—Ponte la armadura —le dijo Macaón—. La llevas atada a la silla de montar.

—No hay tiempo —dijo Conan y, sin aguardar a los demás, empezó a subir por la pedregosa ladera.

Nadie solía rezarle a Crom; después de su primer don, no ofrecía nada más a los hombres. Sin embargo, Conan ofreció una plegaria a cualquier dios que quisiera escucharle. Si debía morir, que muriera en buen momento.

Una silenciosa hilera de hombres resueltos trepaba detrás de él; iban a tirarle de la barba a un dios en su propia guarida.

El látigo volvió a herir a Karela en los hombros, y la bandida apretó los dientes para que no se le escapara ningún alarido. Estaba atada entre dos postes rematados con la obscena imagen de Al’Kiir, de rodillas, y todos los velos de fina seda azul, salvo el último, habían sido arrancados de su cuerpo sudoroso. Lo que podía hacerla gritar no era el incesante mordisco del cuero, no únicamente; habría muerto antes de dar aquella satisfacción a sus torturadores. Pero las abrasadoras marcas de color purpúreo que se iban entrecruzando sobre su cuerpo le parecían pequeños alfileres, en comparación con el ardiente deseo que se había encendido en su interior después de que Sinelle la untara con su ungüento. Karela se retorcía sin dominio de sí misma y lloraba de humillación.

La aristócrata de aplatinados cabellos danzaba delante de ella con fluida sinuosidad, cantaba palabras que apenas si se oían al ritmo de las embrujadas flautas y de las espadas envainadas que daban golpes en el suelo de la abovedada caverna. Entre Sinelle y Karela se erguía la estatuilla que esta le había robado a Conan, pero su maldad quedaba disminuida frente a la oleada de horror que irradiaba de la imagen gigantesca y sanguinaria que dominaba la estancia. Tres ojos negros que parecían tragarse la luz subyugaban a Karela. La mujer trató de apartar la mirada de aquellos ojos del infierno, rogó tener fuerzas para lograrlo, pero, como un pajarillo hipnotizado por una serpiente, carecía de voluntad.

Los flagelos golpearon una y otra vez. Las manos de Karela, aun atadas, temblaban a causa de los esfuerzos que la mujer hacía por no gritar, pues la demoníaca figura de color escarlata estaba vibrando, y producía un zumbido que se mezclaba con las flautas y le arrancaba el núcleo de su femineidad. «Conan —gritaba en silencio—, ¿dónde estás?».

Una agitación fuera del tiempo y del espacio, allí, donde solo hay eterna nada. Despertar, casi completo, pues un placer abrumador atraviesa el impenetrable escudo. Irritación, tan grande que todos los hombres del mundo unidos no podrían abarcarla. ¿Jamás han de cesar estos tormentos, estos antiguos recuerdos casi olvidados, que más valdría que se desvanecieran por completo? ¿No…? Plena consciencia por primera vez durante vanos eones, suficiente consciencia para congelar soles y detener mundos en su movimiento. Algo que hacer. Una única, prístina hebra de deseo y dolor cristalinos que se extiende hasta el infinito. Lentamente, con cautela nacida de largos siglos de decepción, desde el centro de la nada, la refulgente hebra de veneración fue seguida.

Conan se asomó a la esquina de un bloque de mármol grande y mohoso, destinado en otro tiempo a la construcción. Los grillos cantaban en la noche, y se oyó el ominoso grito de un ave nocturna. El resto era silencio.

En el llano que coronaba la montaña había gran número de paredes de nívea piedra, carentes de techo, y truncadas columnas de alabastro, jamás terminadas, cubiertas ahora de gruesas enredaderas. Entre las columnas había más de una veintena de hombres ataviados con negras armaduras y cascos astados, y un

tercio de ellos llevaba antorchas que proyectaban trémulas sombras sobre las ruinas erosionadas por los elementos. Conan quiso suspirar de alivio cuando vio el símbolo escarlata que llevaban en el pecho. Claramente, se trataba de la cabeza de la estatuilla que le había robado Karela, la cabeza de Al'Kiir. Hasta aquel mismo momento, no se había permitido el temor de equivocarse de lugar.

Conan pensó que aquellos hombres de negra armadura debían de estar vigilando la entrada de alguna estancia subterránea donde debía realizarse el horrible rito. Boros le había dicho que la tumba estaba enterrada en el corazón de la montaña. Por lo menos, debían de estar vigilando algo. La siniestra reputación del Tor Al'Kiir impedía que las gentes fueran allí, especialmente de noche, y por ello se habían descuidado. Algunos descansaban, apoyados en las aflautadas columnas de mármol. Otros se habían sentado y charlaban. Nadie estaba atento a la posible llegada de intrusos.

Conan hizo una señal con las manos; los nueve hombres, que estaban bien entrenados, se alejaron sin hacer ruido. El cimmerio contó en silencio, calculando cuánto tiempo tardaría cada uno de ellos en llegar a su puesto.

—¡Ahora! —gritó, y saliendo de su escondrijo, arremetió contra los guardias.

Como ya había previsto, el grito y la repentina aparición de un solo hombre paralizaron por unos instantes al enemigo, tiempo suficiente para que se oyera el chasquido de nueve arcos y nueve flechas emplumadas bebieran vida.

Los guardias de Al'Kiir habían sido elegidos por su destreza, pero, con todo, al mismo tiempo que sus camaradas caían, los sobrevivientes corrieron a refugiarse tras las columnas. Sin embargo, Conan los siguió. Empleando el bastón como una lanza, golpeó a un hombre debajo de la barbilla; el cartílago de la garganta crujió, y una boca que ya no podía gritar empezó a echar sangre.

—¡Por Conan! —oyó a sus espaldas—. ¡Conan!

Un espada le acometió, y el cimmerio cortó con su acero el

brazo que la sostenía. Se agachó para eludir un mandoble que le habría decapitado y, esgrimiendo su sable como un hacha, le abrió el vientre a su atacante casi hasta el espinazo. Apartó el cadáver de una patada y se puso en pie; se encontró con que todos los guerreros de negra armadura habían caído. Los mercenarios seguían en pie entre los cadáveres; blandían sus espadas ensangrentadas y, cautelosos, vigilaban la aparición de nuevos enemigos.

—¿Todos han muerto? —preguntó Conan. Macaón negó con la cabeza.

—Dos han logrado bajar corriendo por allí. —Señaló una negra abertura, desde la que una escalera descendía al interior de la montaña.

—¡Crom! —murmuró el cimmerio.

Con rápidas zancadas, entró por la abertura y empezó a bajar. Sin decir palabra, los demás le siguieron.

Sinelle, cuyo exuberante cuerpo estaba empapado de sudor, danzaba siguiendo formas y pasos antiguos, y su cuerpo se mecía y se contorsionaba en exaltación de la lujuria y del sufrimiento. Palabras perdidas en el tiempo brotaban de su garganta y resonaban por las paredes, suplicando y glorificando a su terrible dios. La monstruosa maldad astada ante la que estaba bailando vibraba como la cuerda de un arpa. El zumbido que procedía de la imagen estaba ahogando el sonido de las flautas y de las espadas envainadas, e incluso el chasquido del cuero en la carne; y, sin embargo, parecía mezclarse con la voz de Sinelle y darle más fuerza.

La aristócrata advertía, en parte, que la mujer pelirroja, atada y desnuda ante el flagelo, estaba perdiendo fuerzas y, con todo, seguía forcejeando sin rendirse. No había escapado ni un solo grito de sus labios. Sinelle pensó que estaba bien así y no abandonó ni por un instante su danza y su conjuro. Estaba segura de que su aparente éxito se debía tanto a la testarudez de Karela como a la imagen de bronce. Era mucho mejor que cualquiera de las altivas aristócratas, quienes al final siempre lloraban y suplicaban, y ofrecían su cuerpo a los hombres que las estaban azotando a cambio de un momento de respiro.

Uno de los guardias entró en la cámara con la cota de malla desgarrada y cubierto de sangre.

—¡Nos atacan, mi señora! —dijo jadeante—. ¡Son centenares! ¡Gritan el nombre de Conan!

Sinelle vaciló, y luego prosiguió desesperadamente con la danza y el conjuro. Detenerse en aquel momento habría representado un desastre, un cataclismo inimaginable. Pero la cabeza le daba vueltas. ¿Conan? Era imposible. Pero también era imposible que alguien se atreviera a subir de noche por las cuestas del Tor Al'Kiir. Entonces, ¿quién…?

Pensamientos, palabras y movimiento murieron a la vez. Cesó todo sonido; la gran cabeza astada se volvió hacia ella, y tres ojos sin párpados, negros como la muerte, la contemplaron como negras llamas de impía vida.

Guerreros en negra cota de malla, que con sus yelmos astados parecían demonios a la pálida luz de los fuegos que apenas si ardían ya en los tederos, aparecieron, como salidos de las paredes, para defender el pasadizo toscamente tallado en la roca. Pero aunque parecieran demonios, murieron como seres humanos. Conan se abrió paso entre ellos, y su viejo sable subió y bajó sin cesar, en furiosa carnicería, hasta que se tiño por completo de escarlata y rezumó sangre, como si hubiera habido heridas en el mismo acero. El cimmerio convirtió aquello en un matadero, y todos los que osaron hacerle frente murieron. Muchos no se atrevieron a enfrentarse a la roja espada, ni a los ojos fríos y mortíferos de quien la blandía, y pasaban de largo por su lado para luchar con los nueve que venían detrás.

El cimmerio no pensaba siquiera en los que rehusaban pelear con él. Lo que los otros defendían, lo que él buscaba, se hallaba más adelante, y no dejó de matar hasta que se hubo abierto camino hasta una gran estancia. Al ver lo que había en aquel lugar, la sangre se le heló en las venas.

Otros veinte hombres en armadura negra estaban allí, pero tan pasmados como él mismo, y parecían insignificantes como hormigas al lado de lo que había en la cámara: Karela, cuya exuberante desnudez estaba llena de verdugones, colgada de un par de postes de madera por las muñecas; Sinelle, vestida con extrañas sedas negras que, empapadas, se le pegaban al cuerpo, y con una diadema astada que le ceñía la frente; y, detrás de esta última, una criatura

nacida de la pesadilla de un loco, que tenía la piel del color de la sangre de un muerto. El renacido
Al’Kiir
echó atrás la cabeza, y de la amplia raja llena de dientes que tenía por boca brotó una carcajada que habría helado el corazón de un héroe.

Aun cuando la risa del maligno dios aturdiera a Conan, este no podía dejar de pensar en Sinelle. El bastón cayó de sus manos, y dio un paso hacia ella.

La aristócrata de ojos oscuros señaló al joven gigante con un esbelto dedo. Con el mismo tono que habría empleado para pedir vino, dijo:

—Matadlo.

La extraña letargia que había estado afectando a Conan cada vez que se acercaba a Sinelle le frenó la mano, pero, aun así, decapitó con la espada al primero de sus enemigos, antes de que el otro pudiera desenvainar. En sus ratos de ocio, los nobles podían jactarse de su caballerosidad en la batalla, aunque raramente la pusieran en práctica; los hijos del yermo norteño solo sabían luchar para vencer.

Entonces le atacaron los demás, pero Conan se retiró hacia la entrada, tan angosta que solo permitía que pasaran tres a la vez. Con frenesí que se acercaba a la locura, luchó, y su acero mató a muchos. Solo pensaba en Sinelle. Debía ir con Sinelle, aunque tuviera que caminar sumergido hasta la cintura en sangre.

Un chillido le obligó a mirar qué estaba ocurriendo detrás de los hombres que se afanaban por matarlo.
Al’Kiir
había aferrado a Sinelle con una mano garruda que casi le circundaba el talle, y la había levantado a la altura de sus tres ojos negros para examinarla.

Conan redobló sus esfuerzos, y la furia de su ataque, que no parecía apaciguarse ante la muerte, forzó a los soldados en cota de malla a retroceder ante él.

—¡Yo no! —gritaba Sinelle, y su rostro se retorcía de terror—. ¡Soy tu fiel esclava, oh poderoso
Al’Kiir
! ¡Tu sacerdotisa! ¡Te he traído a esa mujer para tu deleite!
Al’Kiir

volvió su astada cabeza hacia Karela, y su boca sin labios se curvó en colmilluda sonrisa. Dio un paso hacia ella y alargó el brazo.

—¡No! —rugió Conan, presa de la desesperación—. ¡Karela no!

Su pie tropezó con algo que, al rodar, hizo ruido de madera sobre piedra. El Bastón de Avanrakash.

Ignorando a los hombres que tenía delante, Conan lo recogió y lo arrojó como una jabalina. El bastón de lisa madera voló hasta el pecho de la monstruosa figura, golpeó y se clavó. La mano que Al'Kiir tenía libre pugnó por arrancarlo, pero parecía que hubiera quedado sujeto con garfios a su cuerpo. Empezó a manar un icor negro de la herida, y el dios astado chilló con un grito penetrante que no parecía hallar fin, que pulverizaba todo pensamiento y derretía los músculos.

Los aceros cayeron ruidosamente sobre el suelo de roca, pues los guerreros en cota de malla habían soltado las espadas y huían; pasaron por el lado de Conan como si este tampoco hubiera tenido ninguna arma. Y él, a su vez, no les prestó atención, pues el inacabable chillido no le permitía pensar en nada más.

En torno al bastón, los regueros de icor coagularon como cuentas de obsidiana, y el coágulo se fue ensanchando, se extendió incesantemente sobre la maligna forma.

Sinelle tiraba sin cesar de las garras que la tenían cogida; sus largas piernas pateaban salvajemente.

—Suéltame —suplicaba—. Suelta a tu fiel sacerdotisa, oh poderoso Al'Kiir. —Forcejeaba con dedos que se habían vuelto de piedra. Lentamente, como moviéndose con dificultad, la astada cabeza se volvió hacia ella—. ¡Suéltame! —chillaba—. ¡Suéltame! ¡No! ¡Mitra, sálvame!

Pateó con menos fuerza y, al fin, sus piernas se detuvieron, y dejó de chillar. Su pálida piel relucía como pulido mármol a la luz de las antorchas. Se hizo el silencio.

Huida. Huida de un dolor tan grande como para destruir un millar de mundos. Huida hacia la odiada prisión de la nada. Sin embargo, algo acompañó a la huida. Algo que volvió a recubrirse de carne, y una bella mujer desnuda, de ojos oscuros y cabellera de

platino, flotó en el vacío, y de su boca salieron gritos que no valía la pena escuchar. Maligna alegría, negra como los abismos del foso. Esta mujer proveerá largas centurias de deleite antes de que la patética chispa que fue su esencia humana se extinga y desaparezca. Pero el dolor no terminó. Al contrario, creció. La hebra cristalina que unía este plano de inexistencia con el otro mundo seguía intacta, inquebrantable. Pero hay que destruirla, para no tener que sufrir inacabables eones de dolor. Hay que destruirla.

Conan sacudió la cabeza, como si hubiera despertado de un sueño febril, y corrió hacia Karela. Cortó con presteza sus ataduras y la agarró, temiendo que cayera.

La bella bandida pelirroja volvió hacia él su rostro sudoroso.

—Sabía que vendrías —susurró con voz ronca—. He rezado porque me salvaras, y te odio por ello.

El cimmerio no pudo evitar una sonrisa. No importaba lo que ocurriera; Karela no cambiaba. Envainó la espada, y tomó a la mujer en brazos. Suspirando débilmente, Karela le rodeó el cuello con los brazos y oprimió el rostro contra su pecho. Conan creyó sentir sus lágrimas.

Se volvió hacia el cuerpo de piedra traspasado por el bastón de madera; tenía agarrada la estatua de una mujer forcejeante, en cuyo rostro habría una expresión de horror por toda la eternidad. Los furiosos sentimientos y la confusión que habían dominado a Conan ya no existían, como si nunca hubieran existido. «Me embrujaron», pensó con ira. Sinelle le había hechizado. Deseó que la mujer, allá donde estuviera, tuviese tiempo de lamentarlo.

Macaón y Narus entraron corriendo en la cámara, blandiendo sus espadas ensangrentadas, y se detuvieron torpemente, boquiabiertos y temerosos.

—No te voy a preguntar por lo que ha ocurrido aquí —dijo el mercenario de chupadas mejillas—, porque no sé si lo creería.

—Han huido de nosotros, cimmerio —dijo Macaón—. Hemos visto a diez que escaparon por un corredor lateral al vernos. No sé lo que has hecho, pero les has arrebatado todo coraje.

—¿Y los demás? —preguntó Conan, y el tatuado mercenario negó sombríamente con la cabeza.

—Han muerto. Pero antes de caer han pagado el tributo del barquero, y con creces.

De súbito, Narus señaló a la gran figura de piedra.

—Es… es… —balbuceó, incapaz de decir nada más. Conan se volvió. El cuerpo petrificado del dios se estaba estremeciendo. Emitió un zumbido, un zumbido que subió rápida mente de tono hasta perforarles los oídos como un clavo.

—¡Corred! —gritó el cimmerio, pero el dolor abrasador que le traspasaba el cráneo era tan fuerte que no oyó sus propias palabras.

Sin embargo, los otros dos no necesitaban que se lo dijeran. Los tres salieron corriendo por los corredores toscamente tallados en roca, y Conan iba delante, aunque cargara con el peso de Karela. En su acalorada carrera saltaron por encima de cadáveres, pero no vieron a nadie vivo. Y aquella vibración que mataba el cerebro les siguió por las empinadas galerías, piso tras piso, por las escaleras de roca, hasta las ruinas.

Tan pronto como salió corriendo por entre las columnas cubiertas de hierba, el cimmerio dejó de oír el zumbido. Los pájaros y los grillos habían huido; solo oía su propia sangre en los oídos. Antes de que hubiera podido tomar aliento, la montaña empezó a retemblar. Las columnas a medio erigir se desplomaron y las musgosas paredes se derrumbaron; bloques de mármol que habrían podido aplastar a un hombre le salpicaron de tierra, pero el estrépito de su caída quedaba enmudecido por el estruendo que ascendía desde las graníticas entrañas del Tor
Al’Kiir
.

Esquivando las nubes de polvareda y las lascas de rocas destrozadas, Conan bajó corriendo por la pendiente, aferrando contra su pecho el desnudo cuerpo de Karela. La ladera de una montaña, de noche, no es el mejor sitio para aguantar un terremoto, pero tampoco podía quedarse entre los muros que se estaban desmoronando. Conan presentía que solo podría protegerse de aquel terremoto corriendo tanto como pudiera para alejarse del Tor
Al’Kiir
. Y ciertamente corrió, sobre un suelo que se movía como un barco en una tormenta, y luchó por mantener el equilibrio aunque los pedruscos le golpearan los pies y las rocas cayeran como granizo. No sabía si Macaón y Narus le seguían; tampoco se detuvo a pensar en ellos. Eran hombres, y tenían que hacer frente a los riesgos.

Conan se sentía obligado a poner a salvo a Karela, porque algún instinto primordial le advertía de que iba a ocurrir algo todavía peor.

Con un sonido similar al de la tierra cuando se parte por la mitad, el pico del Tor Al’Kiir empezó a vomitar fuego, y tanto la cumbre de la montaña como las columnas de alabastro y los muros de mármol fueron arrojados al cielo, que resplandecía con ardiente fulgor. La explosión arrojó a Conan por los aires; el cimmerio giró intencionadamente en su caída, para que fuera su corpulencia la que aguantara el quebrantador impacto en tierra.

Ya no pudo ponerse en pie. Cubrió el cuerpo de Karela con el suyo propio, para protegerla de las rocas que volaban por el aire. Entonces, una única imagen quedó grabada al fuego en su recuerdo: una gran llama que se alzaba hasta mil pasos de altitud sobre el Tor Al’Kiir, una única llama con la forma del Bastón de Avanrakash.

Epílogo

A la pálida luz que precede al alba, Conan contempló Ianthe; sus torres se erguían entre las neblinas de la primera mañana y los tejados de rojas tejas barnizadas empezaban a reflejar la luz del sol que aún no había salido. Un ejército se acercaba a la ciudad: hombres armados con pendones de colores alegres, largas columnas de infantes con los escudos a la espalda, grandes nubes de polvo que ocultaban los miles de lentas pezuñas y de pies que caminaban pesadamente. «Un ejército victorioso», pensó. Pero ¿cuál era su caudillo?

Evitando mirar el humeante cráter del Tor Al'Kiir, bajó andando entre los enormes e irregulares peñascos que habían quedado esparcidos por la ladera de la montaña. Aquella noche, el montículo de granito había perdido una cuarta parte de su altitud y Conan no sabía, ni quería saber, lo que había en su nueva cumbre.

Oyó la voz de Narus, teñida con una nota amarga.

—Habría que prohibir que las mujeres apostarais. Estoy tentado de creer que me has cambiado los dados. Al menos, déjame que vuelva a comprar…

—No. —Karela le interrumpió, al mismo tiempo que Conan volvía con sus tres compañeros. La mujer se había puesto los calzones de Narus, que le quedaban demasiado ceñidos en las caderas y demasiado holgados en las piernas, así como la capa escarlata del mismo mercenario, que se había echado sobre los hombros, y su espada, que le colgaba hasta la rodilla. La capa no llegaba a ocultarle la curva inferior de los senos—. En estos momentos, estoy más necesitada de ropa que de oro. Y no te he cambiado los dados. Estabas tan ocupado mirándome desnuda con tus ojos asquerosos que ni siquiera te dabas cuenta de lo que

estabas haciendo.

Macaón rio, y el enjuto mercenario gruñó, mientras trataba de tirar de su loriga hacia abajo para que le cubriera hasta las huesudas rodillas.

—Tenemos que marcharnos —dijo Conan—. Parece que ha habido una batalla, y no importa quién haya vencido, habrá mercenarios sin clientes ni caudillos, hombres con los que podremos reunir otra compañía. Por Crom, tal vez haya suficientes para que vosotros tengáis vuestra propia Compañía Libre.

Macaón, recostado en una de las piedras de edificación que habían estado en lo alto de la montaña, negó con la cabeza.

—Yo ya estaba en este oficio antes de que tú nacieras, cimmerio, y esta noche me he hartado. Tengo una parcela en Koth. Voy a dejar la espada y me haré granjero.

—¿Tú? —le dijo Conan con incredulidad—. Cuando lleves un mes revolviendo tierra, arrasarás el poblado más cercano por pura necesidad de pelear.

—No voy a hacer lo que estás imaginando. —El canoso veterano rio entre dientes—. Tengo diez hombres trabajando en mi tierra. Seré un hombre aposentado, como suele decirse entre los granjeros. Iré a buscar a Julia a la ciudad y, si me quiere, me casaré con ella. Todo granjero necesita una mujer que le dé hijos fuertes.

Conan, ceñudo, miró a Narus.

—¿Y tú también quieres ser granjero?

—No me gusta la mugre —respondió el mercenario de chupadas mejillas, y le arrebató los dados a Karela, que había estado examinándolos despreocupadamente—, pero… Conan, nunca me ha importado pelear con magos, y aquellos hombres que parecían hijos de una mujer y una serpiente no eran peores que una horda de pictos borrachos de sangre… pero este dios que nos has buscado me ha dejado con el corazón en la garganta, no me había visto así desde la Batalla del Río Negro, cuando era tan joven que aún no me afeitaba. Me buscaré por algún tiempo una ciudad tranquila, donde haya mozas de grandes senos con las que pueda saltar sobre la cama y —juntó las palmas de ambas manos y agitó los dados en ellas, luego los dejó caer al suelo— jóvenes con más dinero que seso.

—Tendrán que ser muy jóvenes —dijo Karela, riendo— para que puedas sacarles algo de dinero. ¿Eh, cimmerio? Narus le miró con

rabia, y murmuró algo por lo bajo. Cuando Conan iba a abrir la boca, vio un borrón de color blanco por el rabillo del ojo, y ropas que se agitaban al viento algo más abajo en la ladera.

—¡Crom! —murmuró Conan. Eran Boros y Julia—. Le voy a retorcer su flaco pescuezo por haberla traído aquí —masculló.

Los otros se pusieron dificultosamente en pie y lo siguieron cuesta abajo.

Cuando Conan dio alcance a la muchacha y al anciano, vio que no estaban solos. Julia se había arrodillado al lado de Taurianus, y estaba desgarrando jirones de sus propias ropas blancas para tratar de restañarle la sangre que perdía por una docena de agujeros en la loriga. El cabello de Taurianus estaba lleno de suciedad y de coágulos, y una burbuja de sangre aparecía entre sus labios cada vez que lograba soltar aliento.

En cuanto vio a Conan, Boros levantó ambas manos.

—No me eches la culpa a mí. He tratado de detenerla, pero no tengo tu fuerza. Pensé que lo mejor sería acompañarla y protegerla lo mejor que pudiera. Ha dicho que estaba preocupada por Macaón.

—Estaba preocupada por todos —dijo Julia, y enrojeció—. Conan, lo hemos encontrado aquí tendido. ¿No puedes ayudarlo?

El cimmerio no tuvo que examinar de cerca las heridas de Taurianus para ver que el mercenario no sobreviviría. La tierra que le rodeaba estaba ya negra de su sangre.

—Así pues, los nobles han sido derrotados —dijo con voz suave —. Un mercenario que luchara en el bando vencedor no se habría arrastrado lejos para morir.

El ofireo parpadeó, y abrió los ojos.

—Acorralamos al Águila —murmuró, y siguió hablando, aunque a menudo tuviera que detenerse para tomar aliento—. Abandonamos el campamento… con hogueras encendidas… e Iskandrian… lo atacó… de noche. Entonces le acorralamos… por la retaguardia. Habríamos… acabado con él… pero una llama gigantesca… hendió el cielo… y ese demonio de pelo blanco… gritó que los dioses… estaban a su lado. Algunos gritaron… que era el Bastón… de Avanrakash. Cundió el pánico… entre nosotros. Huimos… y sus guerreros nos masacraron. Disfruta del tiempo que te queda… cimmerio. Iskandrian… está empalando… a todos los mercenarios… que captura. —De pronto, levantó medio cuerpo,

apoyándose en el codo, y alargó una mano hacia Conan—. ¡Soy mejor… que tú!

La boca se le llenó de sangre, y cayó de espaldas. Tuvo un espasmo, y luego se quedó quieto; sus apagados ojos miraban al cielo.

—Una llama gigantesca —dijo Narus en voz baja—. El destino te acompaña, cimmerio. Coronas reyes aun sin quererlo.

Conan se encogió de hombros, irritado. No le importaba quién tuviera la corona de Ofir, salvo en la medida en que él mismo se viera afectado. Si Iskandrian respaldaba a Valentius —pensó que tal vez había llegado el momento de llamar Moranthes II a aquel petimetre—, no tendría posibilidades de reunir hombres, y quizá tampoco quedaran hombres vivos a los que reunir.

—Tendré que marcharme a Argos —dijo.

—¡Tú! —exclamó bruscamente Macaón, y Julia se sobresaltó—. ¿No te dije que te quedaras en Ianthe? ¿Voy a tener que perseguirte con la vara? Las esposas de los granjeros pobres tienen una vida dura, y debes aprender a obedecer. ¿O te crees que voy a consentir que no le des de comer a nuestro único cerdo cuando yo te lo ordene y se muera de hambre?

—No tienes ningún derecho a amenazarme —le gritó la muchacha pelirroja—. No puedes… —Calló a media frase, y volvió a sentarse en el suelo—. ¿Esposa? ¿Has dicho esposa? —Tras respirar hondo, dijo muy seriamente—: Macaón, cuidaré de tu cerdo como si fuera mi propia hermana.

—Tampoco es necesario que llegues a esos extremos —dijo Macaón, riendo. Recobró la compostura, y se volvió hacia Conan—. Hemos recorrido juntos un largo camino, cimmerio, pero ya se ha terminado. Y como no me apetece que Iskandrian me remueva las tripas con una estaca, me marcho ahora mismo. Quiero estar lejos de Ianthe antes de que termine este día.

—Yo también —añadió Narus—. Iré a Tarantia, porque dicen que los nobles de Aquilonia no son avaros y les encanta apostar.

—Que os vaya bien —dijo Conan—. Y tirad por mí del cuerno del infierno si llegáis allí antes que yo.

Julia corrió a agarrarse del brazo de Macaón y, junto con Narus, empezaron a bajar por la ladera.

—Después de escuchar las tonterías de esa moza —murmuró

Karela—, necesito beber algo para no vomitar. Conan la miró pensativo.

—Los acontecimientos me obligan a marcharme a Argos, pues se dice que allí se están reclutando Compañías Ubres. Ven conmigo, Karela. Juntos, podríamos apoderarnos de todo el país en un año.

La bella pelirroja le miró conmovida.

—¿No entiendes que no puedo hacerlo, cimmerio? ¡Por las tetillas de Derketo, que despiertas en mí anhelos de parecerme a esa cría llorona, a Julia! Me haces débil, haces que busque tu protección. ¿Crees que una mujer como yo podría hacerte la cama y prepararte la comida?

—Yo nunca te he pedido que hagas eso —protestó Conan, pero Karela le ignoró.

—Algún día, me vería andando siempre a un paso detrás de ti, siempre callada para no perderme ninguna de tus palabras, y entonces te clavaría un puñal en la espalda. Y luego lloraría hasta la locura por lo que me habrías obligado a hacer. No quiero verme así, Conan. ¡No quiero!

Conan se entristeció, pero el orgullo impidió que la tristeza apareciera en su rostro.

—Al menos, has salido ganando en algo. Esta vez soy yo quien huye, y tú te quedas en Ofir.

—No, Conan. Las alimañas de mi cuadrilla no valen el esfuerzo de volver a reunirías. Me marcho al este. —Irguió la cabeza, y sus ojos refulgieron como esmeraldas—. Las llanuras de Zamora volverán a conocer al Halcón Rojo.

Conan metió la mano en su bolsa y sacó la mitad de las gemas que había arrancado al cetro de Ofir.

—Toma —dijo con voz áspera. Karela no las cogió—. ¿Ni siquiera puedes aceptar un regalo de despedida de un amigo?

Vacilante, Karela le tendió su delgada mano; Conan le puso las gemas en la palma.

—Eres mejor de lo que crees, cimmerio —murmuró ella—, y yo soy necia.

Le besó en los labios y se marchó; corría, y su capa ondeaba como una bandera escarlata.

Conan la siguió con los ojos hasta que se hubo perdido de vista.

—Ni siquiera los dioses comprenden el cerebro de una mujer —

exclamó Boros—. Los hombres, por su parte, rara vez utilizan el suyo.

Conan miró con ira al barbudo anciano. Había olvidado que Boros seguía allí.

—Ahora ya puedes volver a las tabernas y a tus borracheras —dijo el cimmerio con amargura.

—En Ofir no —dijo Boros. Se tiró de la barba, y miró nerviosamente hacia la destrozada cima de la montaña—. Los dioses no mueren como si fueran demonios ordinarios. Al'Kiir sigue con vida… en algún sitio. ¿Y si su cuerpo sigue allí enterrado? ¿Y si existe alguna otra estatuilla como esa? No querría encontrarme en este país si alguien más intenta invocarlo. Creo que me iré a Argos. El aire marino sentará bien a mis pulmones, y podré tomar un barco hacia tierras lejanas si me llegan malas noticias de Ofir.

—Conmigo no irás —masculló Conan—. Viajo solo.

—Puedo formular conjuros que te faciliten el viaje —protestó Boros, pero Conan ya estaba bajando por la ladera.

Sin dejar de hablar, el anciano de barba gris siguió torpemente al cimmerio, que se negaba a responder a su fastidiosa cháchara.

Conan pensó que volvía a estar solo, solo con su espada y su inteligencia; pero se había visto así en muchas otras ocasiones. Por supuesto, le quedaban las gemas que llevaba en la bolsa. Le valdrían para algo. Y Argos le esperaba, Argos, y algunas ideas que no se había tomado en serio hasta aquel momento. Si la suerte había llevado al trono a un necio como Valentius, ¿por qué no iba a encontrar él mismo un camino que le condujera a la misma meta? ¿Por qué no? Sonriente, aceleró el paso.



ROBERT JORDAN (Charleston, Carolina del Sur, 17 de octubre de 1948 - Charleston, Carolina del Sur, 16 de septiembre de 2007) es el seudónimo de JAMES OLIVER RIGNEY, JR. Se le conoce sobre todo por ser el autor de la exitosa serie de fantasía «La rueda del tiempo».

Jordan se diplomó en física en The Citadel, una universidad militar de Carolina del Sur. Aficionado a la historia, se alistó en el ejército de los Estados Unidos y participó en la guerra del Vietnam antes de dedicarse a escribir.

El 23 de marzo de 2006, Jordan reveló en un anuncio con tono firme y optimista que le había sido diagnosticada una amiloidosis con cardiomiopatía, y que con el tratamiento, su esperanza de vida media era de cuatro años, a pesar de lo cual estaba decidido a superar esas estadísticas. Posteriormente escribió en su blog *Dragonmount* animando a sus seguidores a no preocuparse sobre su salud y declarando que intentaría tener una larga y creativa vida, trabajando por otros treinta años. Comenzó el tratamiento de quimioterapia en la Clínica Mayo, ubicada en Rochester, Minnesota a principios de abril de 2006.

A causa de esta enfermedad falleció en la madrugada del día 16 de

septiembre de 2007.

Se piensa que su seudónimo procede del personaje principal de la novela de Ernest Hemingway *Por quién doblan las campanas*, pero el propio Robert Jordan siempre ha aclarado en su blog que sus seudónimos siempre se han escogido de tres listas de nombres usando sus verdaderas iniciales y que hubo un seudónimo que logró contener las tres iniciales tanto en el nombre como en el apellido.

El 18 de octubre del 2005, durante una firma de libros en West Chester, Robert Jordan anunció el título definitivo de su duodécimo libro de la serie «La rueda del tiempo» como *A Memory of Light*. También advirtió que el que sería el último libro de la historia principal de su saga, «podría ser un monstruo de dos mil páginas» debido a que quedaban muchos puntos por aclarar como para resolverlos todos en un único volumen. Jordan también dijo que estaba trabajando duro para poder cumplir los plazos así como la posibilidad de crear novelas derivadas de sus obra principal, lo cual contradecía en parte su declaración hecha acerca de terminar su obra y el mundo de La Rueda del Tiempo con unas protosecuelas.

Robert Jordan murió el 16 de septiembre del 2007 sin culminar el último libro de la serie. Sin embargo, el autor estuvo dictando datos y tramas, además de todo lo relacionado con *A Memory of Light* durante su enfermedad, por si sucedía lo peor. Utilizó la frase «ejército de escritores» al referirse a las personas que quizá convertirían esas cintas en material escrito, aunque ahora ya se ha determinado el autor que culminará la saga. Será Brandon Sanderson, autor de *Elantris* entre otras novelas. El primer libro de la saga, (el número 12 en inglés) escrita por Brandon Sanderson, *The Gathering Storm* se ha publicado en ingles en octubre de 2009, y el segundo volumen, *Towers of Midnight*, se publicó el 2 de Noviembre de 2010. El último volumen de la serie, *A memory of Light*, salió a la venta el 8 de Enero de 2013.